

ANTONIO SÁNCHEZ VALVERDE

EXAMEN DE LOS SERMONES DEL PADRE ELISEO



BIBLIOTECA
DE CLÁSICOS
DOMINICANOS

XXIII

EXAMEN DE LOS SERMONES
DEL PADRE ELISEO,

**CON INSTRUCCIONES UTILÍSIMAS
A LOS PREDICADORES**

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:
Manuel Rueda

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar

Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XXIII

ANTONIO SÁNCHEZ VALVERDE

EXAMEN
DE LOS SERMONES
DEL PADRE ELISEO

CON INSTRUCCIONES UTILÍSIMAS
A LOS PREDICADORES

Notas del autor.

Notas adicionales de José Luis Sáez, SJ.



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1995

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por
EDITORAS CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

*Quid prodest locutionis integritas, quam non
sequitur intellectus audientis? Qui docet vitabit
omnia verba, que non docent.... multo magis in
populis, quando Sermo promitur, ut intelligamur
instandum est. S. Aug. Lib. IV de Doct. Chris. cap.
20.*

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:
Manuel Rueda

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar

Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XXIII

ANTONIO SÁNCHEZ VALVERDE

EXAMEN
DE LOS SERMONES
DEL PADRE ELISEO

CON INSTRUCCIONES UTILÍSIMAS
A LOS PREDICADORES

Notas del autor.

Notas adicionales de José Luis Sáez, SJ.



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1995

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por
EDITORAS CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

*Quid prodest locutionis integritas, quam non
sequitur intellectus audientis? Qui docet vitabit
omnia verba, que non docent.... multo magis in
populis, quando Sermo promitur, ut intelligamur
instandum est. S. Aug. Lib. IV de Doct. Chris. cap.
20.*

Las notas del comentarista, el padre José Luis Sáez, aparecen con sus iniciales.

PROTESTA

Yo miro, lector mío, al P. Eliseo por las prendas que le adornaron en su vida, según las relaciones que nos han dado, como un religioso digno de una orden tan fecunda en hombres y mujeres, que han honrado con sus virtudes y letras al cristianismo, y que ha sido y es gloria de nuestra España. La modestia, el retiro, la obediencia, la mortificación, el celo y la caridad, que brillaron en el Padre Eliseo, producen en mí aquella emulación santa a que nos provoca el apóstol por las personas dotadas de piedad. Pero como sus Sermones puedan ser, sin perjuicio de su virtud, defectuosos, inútiles, y tal vez peligrosos en nuestros púlpitos y en manos de nuestros compatriotas, me ha parecido que, en obsequio de la religión y en honra de la nación, podía y debía hacer examen de ellos para manifestar los capítulos que son reprendibles.

La lectura del primer sermón me inspiró un horror, que pasó a escándalo en la del segunda, y casi no podía creer que leía en castellano la explicación del espantoso sistema del materialismo en un libro que se vendía sin reserva; ¿y podría quedarme indiferente a vista de esto, y más, cuando reconocí una impugnación debilísima y oscura? La continuación me descubrió muchos principios de moral errados, muchos dogmas tratados con error o con descuido, contradicciones muy visibles, asuntos, unos mal deducidos, otros propuestos sin regla, y algunos muy impropios de la Cátedra del Espíritu Santo.

Hallé que las Santas Escrituras, cuya letra y explicación conforme a la inteligencia de los Padres y sentidos de la Iglesia, deben ser toda la sustancia de un sermón, apenas entran en los suyos, y eso con muchos defectos. Observé unas ideas sobre la *virtud* más propias de Sócrates y de Platón, que de Jesucristo y sus discípulos. Noté un vacío inmenso de instrucción sobre las máximas del Evangelio: los medios de adquirir, aumentar y conservar la gracia de Dios y los dones de su Espíritu, sobre el uso y aplicación de los sacramentos, casi nada de explicación de los misterios; y eso poco envuelto en frases y períodos más oscuros para el común de los cristianos que los mismos misterios. Pero lo más singular es que entre tanta confusión y desaciertos, todo lo saca de los ilustrísimos obispos de Clermont y de Nimes, cuyos pensamientos y sentencias estropea de suerte que no pocas veces convierte en proposiciones falsas o peligrosas las más sanas e instructivas de aquellos sabios prelados, y si alguna vez habla bien, es cuando los copia a la letra.

En fin, conocí por las suscripciones que estos sermones iban a esparcirse por todos nuestros dominios, así por la lectura como por la prisa que se daría la turba de nuestros predicadores sencillos e inocentes, que piensan en brillar con estas producciones extranjeras, y lo consiguen muchos entre unos oyentes tan sencillos como ellos. Hace mucho tiempo que los propios españoles dan en envilecer la literatura de la patria, más que sus émulos, y sobre todo los predicadores. Miran con desprecio las obras de España y buscan con ansia aun los abortos de fuera. Si nuestros vecinos estuviesen mejor instruidos de esta *manía*, se valdrían de ella como de una prueba eficacísima para la rebaja de nuestra literatura, en que están tan empeñados. Siguen el gusto del otro sexo, porque a imitación de las señoritas, ninguno se atreve a salir en público, mientras que no se compone a la francesa. Acciones, palabras y pensamientos todo ha de venir de allá. El oyente que sólo entiende en castellano, queda en ayunas de una buena parte de estos sermones, y más si son los del Padre Eliseo. Los propios que los predicen, se vician, y así va cundiendo la corrupción de nuestro idioma. Yo extraño que no se le haya ofrecido a algunas de nuestras petimetrías, cuando oyen predicar en este estilo contra las cofias, peynados, guarniciones, etc. replicar al predicador

que ¿por qué ha de condenar su adorno a la moda, cuando todo su sermón está compuesto a la moda?

Apenas anuncia la *Gaceta* o se sabe por otra vía que ha salido un sermonario fuera de España, cuando ya se escriben innumerables cartas para conseguir los ejemplares, pero todavía deseo ver que uno de nuestros literatos o predicadores haya levantado la pluma para censurarlo: todo agrada, todo se aplaude, y cada uno suspira por ser el primero que aturda con los tales sermones o los traduzca. ¡Que al contrario sucede con las obras de nuestros compatriotas! Apenas se tiene noticia de una, ya hay muchos que piensan en impugnarla, y cuando no pueden se consuelan con difamarla. Bien sé que ésta será la suerte de este *Examen*: que desde luego se mirará como un atentado censurar unos sermones que se predicaron en París, que han aplaudido sus diaristas, y que ha llenado de elogios su traductor. Sé también que nada hará más fuerza que tacharles en la *oratoria*, pero tengo la satisfacción de que ninguno los salvará de mis reparos, aunque no haré aquí más de insinuar y convencer con brevedad y solidez los más principales.

Volviendo a nuestros propósitos, digo que conocí por las suscripciones que los Sermones del Padre Eliseo iban a extenderse por todos nuestros dominios, no sólo en perjuicio de la religión, sino en descrédito de la nación. Lo que tienen de desedificativo es mucho; lo que hay de piedad en ellos, muy poco, y eso traducido ya en otros, que también lo tomaron de los nuestros, como he dicho en otro lugar.¹ Procuramos de algún tiempo a esta parte, reformar los abusos de nuestra predicación, como lo han hecho todas las naciones cultas que padecían los mismos o mayores. No se ha dejado de dar algún paso; pero si llegásemos a gustar de los Sermones del Padre Eliseo, volveríamos mucho más atrás de donde estábamos, porque en lugar de frioleras y sutilezas, se producirían en el púlpito, no sin escándalo, principios de irreligión, máximas nada conformes a la santidad del Evangelio, con la misma escasez de la verdadera palabra de Dios, de la inteligencia de sus preceptos, y de los medios de guardarlos y conseguir la perfección cristiana. Nuestros antiguos predicadores, los más

1. Reflexión sobre el púlpito al principio del *Tratado del predicador*.

despreciables en sus sermones panegíricos, son infinitamente mejores que el P. Eliseo, y dan más pasto espiritual a los fieles en los que llaman *morales* de ferias y dominicas. Para atajar tanto mal, cuanto fuese de mi parte, he tomado este trabajo, en que más trato de alentar a la reforma del púlpito, dando a conocer los verdaderos modelos que deben seguirse, y los perniciosos ejemplares, como el Padre Eliseo y otros, que deben huirse, junto con las reglas instructivas, que satirizar a aquél. Todo lo fundo en la Sagrada Escritura, que es la que enseña qué cosa es predicar, lo qué y cómo ha de predicarse. Creo que ningún predicador juicioso se arrepentirá de leer esta obra, y que los novicios hallarán en ella mucha doctrina e instrucción para el ministerio que toman a su cargo, y cuyo buen desempeño debe corresponder a su grandeza.

No te espantes, lector, con los elogios que has oídos hacer de estos sermones; advierte quién los ha hecho y desconfiarás de ellos. ¿Acaso los ha ponderado Bossuet, Bourdaloue, Segnerí, o el V.P. Fr. Luis de Granada? ¿Sus panegiristas son sujetos de profesión teológica y versados en la predicación? Nada de eso. El *Diario Eclesiástico* de París ha sido el clarín de tanta fama. Pensarás que es alguna junta de doctores de la Sorbona la que da aliento a ese clarín; pues sabe que no tiene más de doctor ni de eclesiástico, como se intitula, que nuestros... Tratan materias eclesiásticas, porque la hinchazón o la ignorancia hace que cualquier erudito pase aquel precepto de *tractent fabrilia fabri*. Unos hombres que no han versado la Escritura ni los Padres, que no se han puesto a probar sus fuerzas en lo que es predicar, y que no tienen más caudal que cuatro reglas de retórica y algunas tinturas de humanidades, hablan de sermones como si examinasen alguna oración de Tulio, y es hacerles gran favor. Si estás acostumbrado a ver elogios que hacen a sus predicadores los del país de los diaristas, conocerás su mal método en la materia y estarás, como yo, fastidiado o irritado de ver que hacen los paralelos, no con los profetas, con los apóstoles, ni con los padres, sino con los reformadores de su poesía y teatro. Mascarón es Crebillon, Flechier Racine, Bossuet Cornelio, y la diferencia entre Massillon y Bourdaloue, la que hay entre los dos últimos poetas.

El P. Provincial, aunque le supongo doctor, merece la exclusiva por pariente y amigo; pero su mucha religiosidad no le

permitió votar, y dejó al juicio de los diaristas, *caracterizar el género de elocuencia del P. Eliseo, señalárselo el lugar que debe ocupar entre los oradores cristianos que ha celebrado la fama.*² Por lo que mira a nuestro traductor, es sospechoso el elogio por el interés que tiene en él, y creo de sus luces e ingenuidad que confesará su insuficiencia para hablar en punto de sermones. En fin, estoy persuadido que el P. Eliseo jamás pensó en imprimirlos, que en su vida no hubieran visto la luz, y que si tuviésemos una mesa censoria, tampoco hubiera entrado en prensa la traducción.

2. *Sermones del R. P. Eliseo*, I (Madrid, 1786), 12.



PRIMERA PARTE¹

*Declaratio sermonum tuorum illuminat,
et intellectus da parbulis. Ps. 118. v. 130.*

1. El tomo I del Examen de los sermones del Padre Eliseo fue publicado en Madrid, en 1787.

E X A M E N
DE LOS SERMONES DEL P. ELISEO,
C O N
INSTRUCCIONES UTILISIMAS
A LOS PREDICADORES.
F U N D A D O , Y A U T O R I Z A D O
con las Sagradas Escrituras, Concilios,
y Santos Padres.

P O R
D. ANTONIO SANCHEZ VALVERDE,
Racion. de la Sta. Igl. Prim. de Ind. Lic. en
Sag. Theol. y amb. Der. Abog.
de los R. Cons. &c.

*Declaratio Sermonum tuorum illuminat, qd
intellexus da parvulis. Ps. 118. v. 130.*

T O M. I.



EN MADRID:

En la Imprenta de Don Blas Román.
Año de MDCCCLXXXVII.

este discurso. Subdivide el P. Eliseo la primera parte de su proposición, que es *exponer los falsos pretextos de la incredulidad*, en otros dos; esto es, reduce a dos los pretextos que determina impugnar, “convenciendo al incrédulo de que la sumisión del cristiano es un uso legítimo de su entendimiento, y que la revelación es necesaria.”⁴ Paréceme, con licencia del P. Eliseo, que en esta subdivisión vuelve a padecer error; y me fundo en que su paternidad muy pocas líneas antes de hacerla, dice “que los incrédulos no conocen en materia de religión otros jueces ni otro árbitro que la razón, a cuyo tribunal apelan del precepto que se les impone de creer en dogmas que no entienden; y si resisten a someterse al yugo de la fe, es porque la religión cristiana se opone, a su entender, a los derechos de la razón, y porque la revelación es inútil.”⁵ De aquí se sigue que el incrédulo no toma por *pretexto* la ilegitimidad de la sumisión de su entendimiento y la inutilidad de la revelación; sino que tiene por fundamento de su opinión la suficiencia de la razón, que, en su entender, basta para darle a conocer cuanto ha de obrar y creer, suficiencia que le obliga a rechazar la revelación como contraria a los gajes de su entendimiento. Este es el fundamento de la incredulidad, al cual no puede, sin error, darse el nombre de *pretexto*, ni es divisible en dos, porque si mira como inútil la revelación es porque tiene por suficiente al entendimiento.

Contra este cimiento debió combatir el P. Eliseo con razones que convenciesen la insuficiencia de la razón humana, así para los arcanos de la fe, como para la ejecución meritoria de los preceptos. Pensó disfrazar su plagio, y se engañó.

Porque el obispo de Clermont en su discurso sobre la verdad de la religión (cuyos pensamientos bebe nuestro Eliseo, como iremos viendo) prueba que la sumisión del cristiano es el uso más prudente que puede hacer de su razón, y el más glorioso; pero ni dice que va convencer al incrédulo, sino a consolar a los que creen persuadiéndoles que la fe, que parece el escollo de la razón, es su único consuelo, su única guía y su único recurso, ni que es un *pretexto* del incrédulo, sino una vana afectación del talento, un errado dictamen de soberbia, y un deseo indis-

4. Pág. 6 al principio.

5. Pág. 5 al final.

creto de independencia. En una palabra, Massillon no piensa más que en hacer la apología de la religión de Jesucristo contra la incredulidad, como lo dice claramente. El P. Eliseo intenta con los mismos principios, que sólo se dirigen a libertarnos de la ridícula burla de crédulos, pusilánimes y supersticiosos, con que nos mofa el incrédulo, convencerle la falsedad de su fundamento, haciendo de él dos pretextos, sin advertir que para convencer al impío, es menester servirse de otras armas, como lo reconoce el propio Massillon al fin del exordio de su sermón *sobre las dudas de la religión*.

De la oscuridad de la proposición y error de la subdivisión de la primera parte, nació la confusión y el trastorno. Como juzgó pretextos, lo que era fundamento, discurrió apologizando, en lugar de proceder combatiendo: habló con los cristianos consolándoles, cuando debía dirigirse contra los incrédulos convenciéndoles la insuficiencia de su razón; lo cual no puede lograrse sin probar la necesidad de la revelación, porque no hay duda que el incrédulo discurre así: "El Creador (si es que se cree otro que la naturaleza) me ha dotado de una razón superior, capaz de conocerle cuanto conviene al hombre, y suficiente para conducirme a la observancia de todo aquello, que pide de mí, y puede contribuir a la felicidad, a que su bondad me destinó. ¿Para qué, pues, se me introduce una revelación, por el conducto de otros hombres como yo? ¿No sería imprudencia del artífice hacer un reloj sin piezas, muelles, y movimiento necesarios para su objeto? La sabiduría del Creador, que es perfecta en sus obras, me dotó de esta razón para que pudiese alcanzar el fin importantísimo de mi creación, sin necesidad de unos intermedios tan falibles por su naturaleza, como yo, cuyos testimonios en materia tan delicada debo examinar escrupulosamente para admitirlos."

Así desprecia el incrédulo la revelación por la suficiencia de su razón. Nosotros para convencerle debemos invertir el orden, y fundar la necesidad de la revelación en la soberanía de los objetos de la religión, a la cual no puede alcanzar el entendimiento más ilustrado, por la impenetrabilidad de los misterios, la excelencia de los preceptos, y la sobrenaturalidad de los medios y de los fines a que no puede alcanzar una razón limitada, viciada, y propensa al error. No hay otro medio de convencer al incrédulo, el cual sin esta convicción, siempre

mirará la sumisión del cristiano con desdén, con flaqueza o preocupación de su juicio. Si el P. Eliseo hubiese tomado este orden, le hubiera sido fácil enlazar la divina economía de la religión, que convence por consecuencia la insuficiencia de la razón tan exaltada de los filósofos presumidos, los cuales confunden la naturaleza de las cosas de la fe con la de la materia que están acostumbrados a examinar.

Entremos ya más al fondo, y registremos la amplificación y pruebas del P. Eliseo. Sienta por principio elemental "que el uso legítimo de la razón debe ser proporcionado a sus fuerzas."⁶ Este es el principio elemental de los incrédulos. ¿Quién habría de pensar que cuando pretende cortar la cabeza a la hidra de la incredulidad, le dé la mano para que se sostenga? "Luego lo que yo discurso (infiere el incrédulo) es un uso legítimo de mi razón; porque si lo discurso, es necesario concederme que tengo bastantes fuerzas para ello. Yo discurso que mi razón con aquella ley que me dicta y traigo impresa en mi alma, es suficiente para conducirme, y que doy a la divinidad todo el culto que le debo, sólo con amar la justicia, seguirla, y usar de caridad con el prójimo; luego es inútil cualquiera otra revelación y despreciable cualquiera obligación o precepto que se funde en ella."

Amplía el mismo principio nuestro Eliseo, dando más osadía a las falsas consecuencias del incrédulo. Porque dice: "adoptar sin examen lo verdadero y lo falso, imponer silencio a la razón, cuando ésta tiene derecho de juzgar: creer sin examinar los motivos de la creencia, y sacrificar las potencias a una autoridad que no debe sujetarlas, confieso que es una fe imprudente y temeraria y un homenaje indigno del Todopoderoso."⁷ De aquí vuelve a inferir el incrédulo que no puede ser reprendible, siguiendo el dictamen de su razón, fundada en sus principios que él tiene por luminosos, contra los cuales no encuentra razón más poderosa. Porque si examina, como debe según la doctrina del P. Eliseo, los motivos de la creencia en tantos dogmas y artículos como propone la religión cristiana, unos absolutamente incomprensibles, otros incompatibles con lo que discurre; y en tantas máximas y preceptos contrarios, en su opinión, a su constitución física y a su conversación, hallará

6. Pág. 6, línea 12.

7. Pág. 6, desde la línea 13.

que en adoptarlas y someterse ciegamente, hace al Todopoderoso un sacrificio indigno de la razón que le ha dado con derecho, y aun con obligación (según el P. Eliseo) de juzgar, y examinar lo que debe creer. Cualquier autoridad que pretenda erigir un tribunal contra su razón, sujetándola a creer y practicar aquello que no puede componer con el uso de sus potencias, será (según el P. Eliseo) un tirano, que le usurpa sus derechos más sagrados y la obliga a quebrantar la obligación más inviolable. Tales son las funestas consecuencias que naturalmente se deducen de los primeros principios que sienta el P. Eliseo. ¿Son éstos los sermones que dirigen a convencer el entendimiento; en los cuales la fuerza del raciocinio desarma la impiedad y la malicia, sin dejarles arbitrio alguno para la resistencia, los que combaten con valentía la incredulidad?⁸

En efecto, ella tiene por principio sobre que se apoya y sobre que giran los discursos, con que ha infectado la Europa, particularmente la Francia desde la mitad del siglo XVII, las proposiciones referidas. Creo con bastante fundamento que el obispo de Clermont hablando con juicio, dio margen a que nuestro Eliseo discurriese con error. Aquél dice⁹:

"La sumisión a las verdades que se nos proponen para que las creamos, puede tenerse por incredulidad o por parte de la autoridad que nos las propone; y si ésta fuese leve, sería flaqueza el creerla, o por parte de las cosas, que se nos quieren persuadir; y si éstas se oponen a los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad o de la conciencia, será ignorancia recibirlas como verdades: o finalmente, por parte de los motivos que se alegan para persuadirnos; y si éstos son vanos, frívolos e incapaces de determinar a un entendimiento prudente, será imprudencia el dejarse engañar."

Trastornó el P. Eliseo estas proposiciones por disimular el robo, y sacó las monstruosas, que dan armas al incrédulo, el

8. Prólogo del traductor, *ibid*, 3-4.

9. Mass. Sermón sobre la verdad de la religión, al principio.

cual no hallará, por cierto, pie en las de Massillon para su error, y el cristiano se consolará en ellas, infiriendo legítimamente con el obispo de Clermont... “que la autoridad que le pide la sumisión de su entendimiento, es la mayor, la más respetable y la mejor fundada que hay en la tierra. Las verdades que se le persuaden son conformes a los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad y de la conciencia. Finalmente, que los motivos con que se pretende persuadirles son los más decisivos, los más triunfantes, y los más propios para sujetar los espíritus menos crédulos.” De aquí desciende Massillon, no a convencer la incredulidad, sino a discurrir: ¿quién usa con más prudencia su razón, el fiel que cree o el incrédulo que rehusa creer? Pero antes de todo esto, dice: “Empecemos suponiendo que la fe y no la razón, es la que forma los cristianos, y que el primer paso que se pide a un discípulo de Jesucristo es que cautive su entendimiento y que crea lo que no puede comprender, que la razón tiene sus límites, pero que también tiene su uso en la fe.”¹⁰ Salva indispensable para la apología que iba a hacer: y que le faltó al P. Eliseo, debiendo ser, no la salva, sino el principio de convencimiento contra el incrédulo que se propuso combatir.

Sigámosle y veamos las pruebas de que se sirve para su intento: esto es, *que la sumisión del cristiano no se opone a los derechos de la razón*, después de haber sentado, que ésta debe examinar los motivos de la creencia para no sujetarse a una autoridad que no debe, haciendo un homenaje indigno del Todopoderoso, y que la proporción de sus fuerzas es la medida del uso legítimo del entendimiento. Supongo antes a favor del P. Eliseo, que su incrédulo no niegue la existencia de Dios creador, y atento al bien de los hombres. Ese mismo incrédulo niega que Dios ha hablado y que se haya ocupado en revelar cosa alguna: porque está persuadido de que con la razón le infundió todo el conocimiento que necesitaba para darle culto y servirle. ¿Cómo, pues, le convence de que Dios ha hablado? “Porque (dice) querer extender más allá de los límites debidos el poder de la razón, pretender que la naturaleza y la religión nada tienen oculto para ella, negarse a sujetar su entendimiento a la autoridad de un Dios que nos revela sus misterios, esto es precipitar el hombre su juicio en un abismo de errores, y

10. *Ibid.*

disputar el ser supremo su omnipotencia y su soberana verdad.”¹¹ Este es principio católico; pero incompatible con los derechos absolutos, que acaba de conceder a la razón; y este principio se conducía a probar ante todas las cosas la realidad o existencia de la revelación: porque antes de convencer esta verdad es escribir en el agua cuanto se diga al incrédulo sobre nuestros misterios y máximas, cuyas razones no alcanza, y a que sólo puede asentir convencido de que un Ser Creador del hombre y su razón lo ha revelado o lo ha mandado. Sin este fundamento, replicará el incrédulo, “Que en no asentir, ni precipita su juicio; ni disputa al Ser Supremo su omnipotencia, ni le niega su soberana verdad: que sólo niega y disputa que se haya dignado ni tenido necesidad de hablar a otro hombre para que él sepa lo que ha de hacer y creer: que en esta disputa, lejos de precipitar su juicio, le arregla a sus derechos constantes de examinar los motivos de la creencia: de no imponerle silencio en lo que tiene derecho de juzgar, para no precipitarse por una fe temeraria a hacer de su entendimiento un homenaje indigno del Todopoderoso.” ¿Y a esto llama el traductor aniquilar las objeciones con las razones más sólidas y eficaces, de manera que deja confundido y convencido enteramente al pecador?

Prosigue nuestro Eliseo y dice: “supuesto este principio, de él se sigue, etc.”¹² ¿Cuál es el principio que da por supuesto? Que extender más allá de sus límites el poder de la razón y negarse a sujetar su entendimiento a la autoridad de un Dios que nos revela sus misterios, es precipitar el juicio en un abismo etc. Esto que el P. Eliseo supone como principio, es en realidad el estado de la cuestión, que se reduce: 1. a saber si Dios ha hablado; 2. qué es lo que ha hablado; el incrédulo niega uno y otro: el P. Eliseo supone ambas cosas como principio. ¡Lindo modo de convencer! “Supuesto este principio (dice en tono de conclusión), de él se sigue que no se degrada la razón por ocultarle unos misterios, cuya inteligencia no es necesaria; que el entendimiento humano no debe desear comprender cuando se halla plenamente convencido,¹³ que el mismo Dios es el que ha revelado estos arcanos impenetrables: que aquella

11. Pág. 6, a línea 20 y siguientes.

12. Pág. 7 línea 3.

13. Aquí pone el traductor punto y coma; no sé si el original tendrá esa puntuación; lo cierto es, que no debe haber más de una coma para el sentido.

ceguedad voluntaria y aquella violencia en que consiste el método de la fe, énnoblecen y perfeccionan el entendimiento; y finalmente que la sumisión del cristiano no es prudente cuando la autoridad a que sacrifica sus potencias le suministra razones evidentes que le persuaden y convencen.”

Yo no he visto un desbarate igual. El P. Eliseo comienza con lo que debía acabar; supone lo que había de probar y saca las consecuencias como si ya hubiese probado. Cuando el incrédulo esté plenamente convencido de que el mismo Dios es el que ha revelado estos misterios incomprensibles, no deseará comprender ni juzgará que se degrada la razón en ocultarlos; pero mientras no se le convenza de eso, ¿cómo se le ha de privar de aquel derecho o uso legítimo de su razón según sus fuerzas, y se le ha de obligar a adoptar sin examen, a callar cuando tiene facultad de juzgar, y a sacrificar sus potencias a una autoridad que no debe? Además de eso, aquello de *ocultar a la razón unos ministros cuya inteligencia no le es necesaria*, es para mí un enigma impenetrable, porque justamente los misterios que más se ocultan a la razón, como el de la Trinidad y la Encarnación, son los que tenemos por más necesarios, y por consiguiente, de los que debe estar el entendimiento más convencido después de un examen serio de los motivos de su creencia. Si por inteligencia entiende el P. Eliseo demostración, es verdad que según nuestros dogmas, no hemos de buscarla en los misterios, a los cuales debemos creer ciegamente contra los sentidos y sobre la razón, ¿pero, por qué? porque creemos que Dios los ha revelado; mas al incrédulo, que niega la revelación, es menester convencerle, que la ha habido. Esto viene de que el P. Eliseo habla como Massillon en tono apologético, sin acordarse de la diferencia de su proposición.

Vamos por sus pisadas, que ya parece que va a desplegar las pruebas convincentes de la fe. “Ahora bien, oyentes míos, ¿qué autoridad hay mayor, más respetable y mejor fundada que la religión cristiana? ¿Dónde habrá razones más decisivas, más eficaces y más propias para vencer los ánimos menos crédulos?”, dice el P. Eliseo.¹⁴ Estamos a punto, cuando no de oír hablar al mismo Dios, a lo menos de sentir en cierto modo su voz, y no dudar de que ha hablado, esto es, de conocer como Elí, que su majestad había hablado a Samuel.¹⁵ Pero cuando yo

14. Pág. 7 línea 18.

15. I Sam. 3, 2-18.

esperaba del P. Eliseo uno de aquellos cuadros que me deslumbrase con una claridad, que descendiendo del cielo rompiese con su resplandor las nubes, hasta dar sobre la cabeza de Adán, y desde ella ilustrase a Abel y a todos los justos y patriarcas de la ley antigua, los cuales la recibiesen postrados y cerrados los ojos en muestra de su natural insuficiencia a tan divina luz, que penetrando lo interior de sus almas les obligaban a creer lo que no podían conocer, y a esperar lo que no eran capaces de pensar sin tan soberano auxilio. Me encuentro con que toma a un cristiano de nuestro siglo, y excitando la eficacia de su fe, le coloca en el paraíso a que reconozca la antigüedad de su culto, y por ella la verdad de su religión, viendo que el primer hombre "que salió de las manos de Dios rindió homenaje al ser supremo, y que este Dios que adoramos fue el objeto de su culto; y la historia de nuestra religión empieza al nacimiento del universo eterno."¹⁶

¿Qué palabras de Dios ha oído este cristiano en aquella situación? ¿Qué le dijo entonces Dios a Adán y cómo lo oye este hombre que se coloca a su lado? El P. Eliseo lo calla, con que le será forzoso ir a otra parte a saberlo. Tampoco no dice cuál fue el culto del primer hombre, para cotejarle con el nuestro y ver si vamos errados. Ya dice "que habiendo el hombre caído en la culpa, oyó en esencia misma de su condenación hablar de una gracia venidera, y recibió la promesa del libertador, etc."¹⁷, y prosigue con un brevísimo y enigmático epílogo de los sacrificios de la ley antigua, que figuraban a aquel libertador, al cual miraban los profetas, que unas veces le representaban en la oscuridad como víctima agobiada, y otras con el resplandor de su gloria como un príncipe terrible, cuyo imperio se extiende por todas las generaciones, a quien rodean reyes humillados, y concluye: "en fin, llega el tiempo en que el libertador debe consumar la obra de nuestra redención."¹⁸ ¡Hermoso lenguaje para convencer a un incrédulo, que si cree que hubo Adán, se ríe del precepto, se burla de la caída del precepto, y tanto cree que habló Dios como la serpiente! Aun para un pueblo cristiano y sin mezcla de impíos, era un idiota impenetrable, que le haría

16. Pág. 8 a línea 2.

17. *Ibid.* a línea 11.

18. Pág. 10 línea 7.

bostezar mientras no se le explicaba cuáles eran las promesas, quién el libertador, quién el Mesías, cuál el sacrificio de Abrahán, qué la immolación del cordero, la elección de las víctimas, etc. Todas estas son frases y figuras propias para hablar en la sinagoga, donde todos estaban ilustrados en su significación; pero para nuestros oyentes no son más que enigmas, y para los libertinos ridiculeces. ¿Quién sufrirá que sin haber nombrado desde el principio de la primera parte a Jesucristo ni tomarle en boca a toda ella, venga el P. Eliseo a defender y explicar su religión con el epíteto sólo del *Libertador*? "Las profecías (sigue) se cumplen; la realidad disipa las sombras y las figuras, la sangre de la víctima de propiciación se ofrece por todos los hombres, y el justo es sacrificado."¹⁹ ¿Qué entiende, no digo la mujer y el rústico, el negociante y el soldado, pero casi todo un auditorio de profecías y cumplimiento, de realidad y sombras, de víctima y propiciación? Lo mismo digo de la siguiente cláusula: "pero la muerte queda vencida con su propias armas."²⁰ Parece que se esmeraba el P. Eliseo en hablar de suerte que se verificase con sus oyentes la amenaza del Señor a los hebreos rebeldes, que oyendo no oirían, ni entenderían. Puede ponerse a la conclusión de la mayor parte de sus pruebas y pensamientos aquello del Evangelio: *qui habet aures audienti audiat.*²¹

Lo que acabamos de exponer concluye con la aparición del Libertador a quinientos discípulos que vierte su sangre por atestigar la verdad de su resurrección, y continúa: "Aquí, oyentes míos, se renuevan los prodigios y adquiere la religión cristiana un nuevo grado de evidencia con la predicación del Evangelio." Pinta el abatimiento de los apóstoles, no disimula su rusticidad, y dice que con mandar solamente creer, se rinden los más rebeldes, se sujetan la filosofía, los césares les toman por maestros, y "todo cede a la voluntad de estos nuevos conquistadores; y ellos mismos se admirán de la rapidez de sus conquistas."²² ¿Es éste el estilo desnudo de artificio que usan los apóstoles, y con que lograban tanto fruto?, ¿Cuánto mejor hubiera sido decir "que los césares, los filósofos y las naciones

19. *Ibid.* línea 9.

20. *Ibid.* línea 12.

21. Mt 11,15; 13, 9; Mc 4, 9.

22. Pág. 11 línea 9.

enteras se rendían a la cruz y al Crucificado en ella, que predicaban unos hombres sin poder, ni letras, los cuales penetrados de su insuficiencia daban gracias al Señor de la eficacia de su palabra, con la cual obraba tantos prodigios por medios tan desproporcionados?" No quiero detenerme más en este particular estilo, porque se tratará separadamente, aunque de cuando en cuando es indispensable retocarle.

Pondera la razón las conversaciones de Atenas y de Roma, la inutilidad del esfuerzo de los tiranos, la desolación de los templos del paganismo, el silencio de los oráculos, cosas bien triviales, hacinadas unas sobre otras, pero dichas de un modo que aturde. "Las obras de los hombres (dice), se miden por los años, y se las lleva la rapidez del tiempo; y el polvo que el viento disipa a su arbitrio (no sé que antes del P. Eliseo se haya hecho esta hermosa translación de arbitrio a los soplos o ráfagas del viento), "no es sino la imagen de su ligereza" (ni que ésta fuese imagen, sino puebla, ni que la torre de Babel fuese ligera, sino caduca o perecedera). "¿Qué se han hecho aquellos héroes, cuya apoteosis sostuvo la soberbia y la adulación? La muerte (para seguir la metáfora, debía decir el *tiempo*) "todo lo ha consumido; con las cenizas de sus padres, etc." O yo no entiendo lo que llaman los franceses *galimatías*; o éste es uno de ellos. Si les parece bien el estilo del P. Eliseo, no tienen razón para condenar *boursouflé*, *ampoulé*²³ hinchando y soplando el de nuestros Solís y Feijoo, ni tachar a aquél de que no supo evitar en sus poesías el énfasis, y las imágenes inconducentes, usando de uno y de otro su Eliseo en *Sermones*.

Pero fuera de eso, ¿de qué sirven todos estos rasgos de antigüedad, perpetuidad y milagros que añade también el P. Eliseo, como Massillon, para convencer al incrédulo que Dios ha hablado con efecto y revelado cosas superiores a su razón? Sirvióse muy a propósito de estos motivos de credibilidad el obispo de Clermont para animar y consolar a los fieles, criados en la fe de la revelación: no para combatir al incrédulo y convencerle de que Dios ha hablado, como se propone el P. Eliseo. El incrédulo niega parte de estos hechos como fabulosos, y mira otros como efectos de la superstición y del entusiasmo. La antigüedad y la perpetuidad no pasan de la clase de

23. Hinchado y ampuloso. (JLS)

señales de la verdad de la religión, cuyo fundamento esencial es la misma revelación. Por ella era verdadera nuestra religión desde los días de Abel, y no era antigua todavía. Por falta de ella tenemos por falso hoy el mahometismo, aunque cuenta ya más de once siglos. La impiedad es tan rancia, que desde los primeros siglos nos manifiestan las sagradas escrituras generaciones poseídas de este irracional delirio. El incrédulo responderá al P. Eliseo que si Adán reconoció al ser supremo por su autos, fue en virtud de la razón de que le dotó al formarle, que él hace lo mismo, y por consiguiente, "la historia de su religión empieza en Adán al tiempo del nacimiento del universo entero²⁴."

24. Elis. Pág. 8, línea 8.

II

MEDIO QUE DEBIÓ SEGUIR EL PADRE ELISEO PARA SU INTENTO

En efecto, el P. Eliseo, después de una proposición oscura y equívoca, de una subdivisión del colegio trastornada, y de deslumbrar la verdad con el afectado relumbrón de su estilo, puede decirse que antes dio armas a la incredulidad que triunfo a la religión. Sucedióle poco menos que a Lenglet, cuyo compendio contra Espinosa justamente suprimió la misma Francia, juzgándole más contrario que favorable al cristianismo. Si hubiese dado contra la incredulidad por sus cimientos con la prueba de la existencia de Dios y de la revelación, no hubiera tropezado en tan fatal escollo. Él confiesa en varios pasajes de éste y otros sermones que el incrédulo niega la divinidad, y por consiguiente sus revelaciones; luego sin convencerle uno y otro, azota al aire el que pensare combatirle. Esta secta en el día, por más que quiera negarlo, trae su origen del judío Baruc Espinosa¹, el cual después de haber apostatado de Moisés, recibió el bautismo con el nombre de Benito; pero no más fiel a las obligaciones de este sacramento que a las leyes de la circuncisión, trajo a examen la fe, y sacó por fruto de sus meditaciones el desbarro de no reconocer otra circunstancia necesaria y existente por sí, que la de este mundo material. No

1. El holandés Baruc de Spinoza (1632-1677), es autor del *Breve tratado de Dios, el hombre y la felicidad.* (JLS)

se atrevió a producir desde luego sus errores con claridad, comenzó a sembrarlos con maña en el *Tratado teológico-político*, que publicó en año de 1670, reservando el fomento de sus funestas semillas para las obras póstumas. Las conversaciones de Espinosa eran siempre respetuosas hacia el Ser Supremo, del cual hablaba con toda veneración.

Las naciones que ha infectado, pero no domina su sistema, hacen guardar el mismo respeto a sus sectarios, que en el fondo son unos verdaderos ateos, como Baruc, y estrechados en particular y sin recelo, dejan la mascarilla, y se halla que la voz de Dios, Ser Supremo, ente creador, primer principio, significa en sus labios lo mismo que en los de Lucrecio, esto es, la *materia* o la *naturaleza*.

*Nam tibi de summa Coeli ratione, Deumque,
dissenserere incipiam, rerum primordia pandam;
unde omneis Natura creet res, auctet, alatque:
Quove eadem rursum Natura perempta resolvat.²*

y lo que en boca de Ovidio, cuando explicando la creación y el Creador, dijo:

Hanc Deus, & melior litem Natura diremit.³

Siguen en realidad el sistema impío del ateniense Epicuro, a quien da por gloria su discípulo Lucrecio haber sido el primer blasfemo que perdió el respeto a la divinidad, no porque antes de él no hubiese nacido la raza de los impíos, como lo manifiesta la escritura; sino porque fue el primero que redujo a precep-

2. Lucrec. *De rerum nat.* lib. I a v. 49.

3. Ovid. I. Metham. fab. 2

tos y principios la impiedad y abrió escuela pública de ella. Las leyes del propio gentilismo fundadas en el sentido común de la razón casi la había sepultado en honra de la humanidad, hasta que en el siglo pasado la renovó Espinosa, jefe de los incrédulos del nuestro: los cuales, como quiera que hablen, sienten que no hay otro creador ni director que la *materia* o la *naturaleza*. Si tal vez dan a entender otra sustancia superior, la miran con Lucrécio como un ser poltrón, que ni crió, ni gobierna la máquina visible, sumergido en un reposo inmoral, que de nada cuida menos que de nosotros y de nuestras obras

.....*Nibil indiga nostri,
nec bene pro meritis capitur, nec tangitur ira.*⁴

al cual por justo retorno debemos abandonar en la ociosidad de su morada, hacer de él más aprecio que él de nosotros. Las obras de los filósofos modernos sobre el espíritu humano, sobre la capacidad de las naciones, sobre el genio de sus leyes, sobre sus inclinaciones dominantes, en las cuales se busca toda la diferencia por el clima y temperamento, en que nacen y habitan los hombres, sin graduarlas principalmente por la educación que reciben, la religión que profesan, el comercio que tienen, la libertad o esclavitud en que se crían y otros principios extraños de la misma naturaleza y que tienen el influjo más eficaz en la formación de las ideas, perfección y extensión de los conocimientos del arreglo de las costumbres; estas obras, digo, son partos del materialismo que da por madre del hombre, como del metal, de la planta y de la bestia, a la *naturaleza*, que le diferencia, segun los países en que le da a luz.

El renovador de este delirio, y patriarca de nuestros incrédulos no encontró muro más invencible para destruir la religión cristiana que las profecías; así, contra ellas fue que empeñó toda su fuerza. No se atrevió a negar la autenticidad ni la antigüedad de los libros sagrados que las contienen, aunque

4. *Lucrec.* supra a v. 57

había desertado de las banderas de Moisés; porque sabía que eran y habían sido depósito inviolable por religión, de una nación, que manifestaba su origen remontando de generación en generación hasta la creación del mundo, y daba en los mismos documentos la serie circunstanciada de sus ascendientes, de sus virtudes y vicios, y de la creencia que siempre habían conservado, sin disimular sus apostasías y castigos. Tampoco ignoraba que cerca de tres siglos antes de la venida de Jesucristo, reinando en Egipto Ptholomeo Philadelfo⁵, se habían hecho comunes a las naciones sabias con la historia del pueblo hebreo los vaticinios de sus profetas por la traducción de aquellos libros a la lengua griega, ya fuese por orden y cuidado del propio Ptholomeo, como afirman muchos, y entre ellos San Juan Crisóstomo,⁶ o bien por la necesidad de innumerables judíos que habían nacido y habitaban fuera de su patria entre las naciones, los cuales ignoraban ya la lengua santa.

Obligado Espinosa a reconocer los libros de Moisés, y por consiguiente las profecías, que son el baluarte del cristianismo, echó por el atajo de negar a los profetas la inspiración, y decir que todos ellos desde Moisés a Jesucristo, no habían sido más que unos hombres dotados de imaginación más fuerte y de genio superior al vulgo de los hebreos. He aquí el fruto de todo empeño de Espinosa; negar la inspiración de los profetas, porque con ella le estorbaban a arrastrarse como el cerdo, y tener la gloria de morir como un jumento. Los que juzgan de sí con más alteza, y creen que hay un Dios y que el hombre puede tener la dignidad de que le hable, son espíritus flacos y supersticiosos. ¡Qué grandeza de alma la de un incrédulo, qué elevación de ingenio! ¡Qué superioridad de talentos, negar la fe a lo que lee en aquellos libros tan antiguos y venerados, y rendirse ciegamente al testimonio de un judío apóstata de su religión y desertor del cristianismo! Aunque ellos digan que sólo reconocen por jefe a su razón, no pueden negar que Benito fue el que restableció a esa *razón* en el grado de jefe, que había perdido para capitanejar en los asuntos de la religión.

La demostración pues, de Dios, la verdad y cumplimiento de las profecías que animan y consuelan la fe del cristiano, que

5. Tolomeo II, llamado Filadelfo (304-247 a. C.), era hijo de Tolomeo I (Soler), reinó de 285 a 283. (JLS)

6. Chrisost. Hom. 4, in cap I. Genes.

fueron el medio con que Jesucristo manifestaba que era el Mesías, hijo de Dios; el argumento concluyente de que se servían sus apóstoles contra los judíos, y el arbitrio con que San Pablo trajo a la fe crecido número de paganos en Tesalónica,⁷ manifestando en su sermón la conveniencia de la muerte ignorminiosa de Jesucristo y de su resurrección admirable, con los vaticinios circunstanciados de los profetas tan anteriores, éstos deben ser la razón y la prueba invencible contra los incrédulos de nuestros tiempos. Porque, en efecto, unos hombres que ensalzan tanto la luz de su razón, la fuerza de su genio y la superioridad de su espíritu, no pueden negar que en tantos millones de sujetos como ha producido aquélla,

*... Magna Deum, materque ferarum,
Et nostri genitrix⁸*

la tierra que ellos reconocen por su madre original, sin otro auxilio que su propia virtud, no ha habido ni habrá alguno, que con anticipación de siglos diga lo que ha de verificarse después en cosas que no dependen del curso de los astros o de las leyes ordinarias de la naturaleza.

La conjunción de los planetas, por más admirable que parezca al vulgo, no pasa la esfera de un cálculo curioso que se deduce de cuatro principios; aun éstos se han conocido después de la observación prolja de muchos años, en diferentes naciones y por los hombres que han brillado en ellas. Igual juicio debe hacerse de los pronósticos (cuando se les dé crédito) que por la combinación de los astros al tiempo de la generación y del nacimiento, o por la delineación de facciones y construcción de la persona, han hecho los fisionomistas más famosos, concluyendo de semejantes principios las afecciones o inclinaciones del hombre. Porque con todo eso, no pueden asegurar que será dominado y arrastrado de ellas, de modo que se

7. Cfr. Act. 17, 1-9.

8. Lucrec. lib. 2, v. 598.

verifique en efecto el cumplimiento del pronóstico, como se vio en la más autorizada por la historia, de Sócrates, cuyo aspecto examinado por uno de estos sabios o charlatanes sacó que era brutal, borracho y deshonesto. Irritados los discípulos del filósofo, querían dar sobre el fisionomista por la injuria de su maestro, pero éste les sosegó, asegurándoles que sin duda había sentido propensión a aquellos vicios infames y vergonzosos, de que había conseguido victoria con el auxilio de la filosofía.

Aunque se permita, digo, todo ese vuelo a la ciencia del hombre chocará siempre el éxito contra su libre albedrío, que puede inutilizarlo. Por consiguiente, si se manifiesta a estos *espíritus fuertes* el suceso o cumplimiento, no de un vaticinio, sino de una cadena de innumerables vaticinios, los cuales no han dependido de las leyes de la naturaleza, pues su superioridad sobre ella los hace más increíbles que aquellos sucesos se vaticinaron con los accidentes y menudas circunstancias que habían de acompañarlos, que junto con ellos se profetizaban otros hechos que habían de verificarse y se verificaban, y en fin, que por espacio de cuatro mil años fueron repitiéndose sin alteraciones, hasta el tiempo en que se vio su cumplimiento, deberán por necesidad confesar que hay una luz de otra naturaleza muy superior a la de los hombres, dotada de un poder capaz de ejecutar por sí y sin impedimento lo que conoce y quiere.

Establecido este principio, se les abren los libros de Moisés y de los profetas, y se les lee en ellos el primer vaticinio y revelación hecha a Adán, ofreciéndole en su propia descendencia el vengador de su agravio y *libertador* de su miseria, el cual sería la simiente o producción de la mujer (sin nombrar varón para su generación), que por este medio triunfaría del espíritu engañoso que le había alucinado,⁹ se les descubre, que con esa esperanza vivieron los descendientes más arreglados del primer hombre, los más virtuosos, humanos, benéficos, sufridos y esforzados, sin ambición ni soberbia que conoció la antigüedad, hombres que no afearon su vida con los vicios y torpezas de los héroes que celebra el paganismo. Desde este punto puede conducirse al incrédulo de una época en otra y casi de siglo en siglo, hasta el establecimiento de la Iglesia.

9. Gen. 3, 1-6.

Cuando parecía que se iba amortiguando aquella fe y esperanza del *libertador*, eso es, 2104 años después de su promesa y casi dos mil antes de su nacimiento, ya se individualizó en la innumerable descendencia de Adán una familia de la cual traería su origen, cuyo progenitor o cabeza se llamaba *Abrahán*. A éste se le reveló, siendo anciano, y su mujer incapaz de concebir por su avanzada edad, que tendría de ella un hijo, al cual había de dar por nombre *Isaac*.¹⁰ Logró Isaac la reiteración del vaticinio, y le ofreció Dios una prodigiosa multiplicación de descendientes, y que en uno de ellos alcanzarían todos los hombres la bendición y favores del cielo.¹¹ A Jacob, hijo de Isaac, se le permitió con intervalo de pocos años, la propia oferta,¹² el cual 147 años después, estando para morir anunció a sus doce hijos los sucesos de cada uno, y aseguró que en la posteridad de *Judá* se establecería el cetro hasta venir el *Ofrecido*.¹³ En efecto David, descendiente de esa rama, ocupó 1085 años antes de Jesucristo el trono de Israel por su elevación milagrosa, a que le condujeron los más raros e inopinados sucesos.¹⁴ Este rey vaticinó que de sus hijos habría de nacer el Mesías, de cuya vida, muerte y resurrección notó las circunstancias más menudas y señaló los prodigios que habían de seguir su muerte, como se ve con claridad en sus salmos. Cuatro siglos después, vio Isaías en espíritu el propio misterio con la especialidad singularísima de que una doncella sería la que sin concurso del varón, por pura virtud de Dios, diese al Mesías a luz;¹⁵ lo cual repitió poco después Jeremías.¹⁶ Miqueas, no el antiguo, sino el morastita, séptimo entre los doce profetas menores, habló seis siglos antes de Jesucristo del reino de su Iglesia, su establecimiento, elevación y permanencia, añadiendo, en orden al nacimiento, la demarcación del lugar que había de ser, como fue, en Belén de Efraín.¹⁷

10. Gen. 17,18.

11. Gen. 26, 23-24.

12. Gen. 28, 13-15.

13. Gen. 49, 10.

14. 2 Sm. 5, 1-16.

15. Isai. 7, 14.

16. Jr. 31, 4-6.

17. Miq. 5, 1-2. La distinción entre Miqueas antiguo y morastita, se refiere a Miqueas Ben Yimla (1 Re 22), y el profeta Miqueas natural de Mana...

Estas y otras muchas profecías que omito, las cuales debe saber cualquiera que sube al púlpito, y puede hacer uso de ellas con felicísimo suceso en éste y otros objetos de la religión, logran, fuera de su autoridad intrínseca, un peso de autoridad extrínseca, por otros dos principios que las acompañan. El primero es que aquellos profetas las juntaban con otros vaticinios pertenecientes a lo temporal del pueblo hebreo, como de hambres o abundancias, paces o guerras, sucesos prósperos o adversos, libertades o cautiverios, vidas o muertes de reyes, repulsa o sucesión de sus hijos en el cetro, los cuales veían cumplir para que se afirmasen más en la fe de las profecías sobre el Salvador; y que la mayor parte de aquéllos, sabemos por la misma historia de los egipcios, medos, persas y otras naciones antiguas, que tuvieron su cumplimiento del mismo modo que se refieren en los libros sagrados. El segundo es la vida ejemplarísima y la clase no vulgar de los mismo profetas. Ninguno fue escogido entre las heces del pueblo, en ninguno se conoció vicio, aun de aquéllos que no sólo no condena el mundo, sino que los mira tal vez como adornos del espíritu. Hombres continentes, sobrios, íntegros, verídicos, pacientes, a cuya semejanza ha querido el paganismo hacer sus héroes o sus dioses, prestándoles los colores de semejantes virtudes. La esperanza de ilustrar a los reyes y a los pueblos con sus divinas visiones, era la mofa, la persecución y la muerte; pero ni el miedo ni los males, ni las promesas más lisonjeras podían hacerles ocultar un rasgo de las verdades que se les revelaban.

¿Pues qué diré si el orador cristiano toma la defensa de su religión y la impugnación de la incredulidad por el lado de los vaticinios que hizo el propio Mesías en el curso de su predicación? Él predijo que uno de sus discípulos sería el que le vendiese, que otro de ellos habría de negarle, que no sólo sería crucificado, sino escarnecido y azotado; penas que jamás se unían en una persona; que estos ultrajes no los ejecutarían por sus manos los hebreos, y se servirían para ello de las manos de los gentiles, entregándole en ellas, que Jerusalén sería sitiada rigurosísimamente, que sus moradores sufrirían calamidades cruelísimas, que su protervia sería causa de que la ciudad y su augustísimo templo fiesen arruinados hasta los cimientos para siempre, que la nación sería esparcida entre todos los pueblos y gentes, sin que les quedase un lugar propio, un rey o altar

común, que sus discípulos serían acosados, calumniados, perseguidos de todo el mundo y entregados al cuchillo; pero que su religión había de florecer, dilatarse y triunfar.

Sería infinito si tratase este argumento en toda su extensión; basta lo que hemos dicho para que se conozca el único medio incontrastable de que debe servirse cualquiera que pretenda convencer al mismo Espinosa o al famoso Bayle¹⁸ si viniesen, de que hay un ser que manda sobre el mundo visible y sus moradores, el cual reveló a hombres señalados cosas que ni podía alcanzar la ciencia de los mortales, ni rastrear con su razón; y entre ellas, que él propio había de venir a incorporarse con nuestra naturaleza material, a enseñarnos por su boca, a movernos por su ejemplo, a confirmarnos en la verdad de cuanto dijese con prodigios, a elevar nuestras almas con su auxilio invisible sobre el orden de rectitud, que hasta entonces se había conocido; a hacernos participar por una infusión interior su propia esencia increada, a dar vida en cuanto hombre para asegurarnos estos bienes y a resucitar, por la virtud de su divinidad, su mismo cuerpo, y elevarle al cielo para que creyésemos en nuestra resurrección y vida eterna. Espinosa, Bayle y cuantos incrédulos ha habido antes, y después de ellos, han huido el cuerpo a estas investigaciones, echando por el camino de examinar sólo la naturaleza, y aun ésa en el estado de su corrupción, suponiéndola siempre igual y sin alteración por el pecado del primer progenitor. Para ello, niegan con descaro la economía de la creación, las penas del delito original, y las misericordias del creador, burlándose de la historia más comprobada, con el argumento único de no ser compatible con lo que naturalmente piensan, y apetecen los hombres. Jamás entran en la averiguación seria de algunas de las profecías y su cumplimiento, ni nos han dado en cara con la suposición de ella o el defecto de su éxito.

No es menester, ni sería regular que el predicador se empeñase en un sermón contra la incredulidad en traer la serie y número de profecías y su verificación; bastaré escoger algunos de los ramos, digámoslo así, en que pueden dividirse, por ejemplo; la tradición no interrumpida en una nación del carácter de la hebrea que, a pesar de su inconstancia, de sus varias

18. Pierre Bayle (1647-1706), filósofo francés precursor de la ilustración, y autor del *Diccionario histórico y crítico*.

fortunas, de sus diferentes gobiernos, de sus divisiones internas y de sus errores, guardó siempre el fondo de la promesa hecha al primer hombre, esperó su libertador y aunque confundía sus señales, nunca las perdió de vista, la prosapia o ascendencia, según la carne, que de generación en generación fueron descifrando los profetas sin contrariarse, aclarando cada vez más el orden de la sucesión, hasta verificarse en Jesucristo, su concepción y nacimiento, las que hablan de su vida y su conducta, las que tratan de su doctrina, las que pintan su pasión, etc. En cada uno de estos ramos y su cumplimiento se funda el propio argumento irrefragable por la incapacidad natural del hombre más sabio, penetrante y experimentado de prevenir con certidumbre sucesos tan remotos superiores a la razón y contrarios a las leyes de la naturaleza.

Yo no encuentro otro medio que pueda llamarse de convicción contra el incrédulo, secta peor que todas las herejías, las cuales tienen principios y artículos en que convienen con nosotros: y más difícil que el propio gentilísimo. Porque éste con la profesión de su politeísmo ya reconoce el ser superior a la naturaleza, que trasluce la inmortalidad del alma, distingue acciones dignas de pena y de premio, y sólo hay que trabajar en rectificarle las ideas que tiene de este ser, de esa alma y de ese destino póstumo. Pero al ateo, incrédulo o materialista no puede convencérsele de otra suerte que por la revelación, con la cual se prueba la existencia de Dios, la verdad y la justicia de cuanto abraza la religión. De cualquiera otro argumento se burla, le oye tranquilo y aun aplaude la elocuencia, la invención, la cultura y el espíritu del orador.

Tomar por tema la flaqueza de su razón, que le cree tenacísimamente capaz de comprender cuanto le conviene y es necesario a su felicidad y perfección, sin hacerle ver antes que no puede esa perfección o felicidad sin obrar y creer ciertas cosas que no alcanza esa razón, es una predicación la más inútil que puede imaginarse, y la más perniciosa si se comienza por las proposiciones de que "el uso legítimo de la razón se proporciona por sus fuerzas, la cual tiene derecho de juzgar y de examinar todo antes de adoptarlo, porque creer sin examinar los motivos de la creencia sería sacrificar ilegítimamente sus potencias, y hacer al Todopoderoso un homenaje indigno con una fe imprudente y temeraria." ¿Qué más pretende el incrédulo?

lo que esa libertad de conciencia, en la cual confunde el Padre Eliseo con temeridad e imprudencia los principios de la fe divina con los de la humana, midiéndolas por un rasero?

Esta abertura vendría bien en un discurso o disertación sobre si la crianza de Rómulo y Remo fue como la refieren los historiadores romanos, sobre averiguar si en la India hubo Rey Poro, al cual venció Alejandro en la conformidad que cuenta Curcio, sobre verificar si el Papa Silvestre bautizó a Constantino, y con el propio baño que lavó su alma, quedó su cuerpo purificado de la lepra, y otros asuntos semejantes. Porque en ellos se trata de unos hechos, cuya verdad y falsedad puede averiguar el hombre por la fuerza del raciocinio, por la investigación de la cronología, por la combinación con otros sucesos incontextables, por el descubrimiento de nuevos documentos etc. y hechos, cuyo asenso o disenso en nada perjudica a un interés tan esencial como es el de la salud eterna. Pero en los asuntos de la fe, que empieza por rendir y cultivar el entendimiento, cortándole el vuelo a sus raciocinios, debe comenzarse, conforme enseña el apóstol, manifestando que las armas de nuestra religión no son carnales, y reciben de Dios su eficacia para destruir los muros que opone la malicia del mundo con su filosofía, con su elocuencia, con sus raciocinios humanos, con que inútilmente intenta destruir la fe de un Dios verdadero, y no cortar el paso a la propagación del Evangelio de Jesucristo, exaltándose con altanería sobre la ciencia de Dios, que nos obliga a someter con humildad nuestro entendimiento, haciendo de sus luces un obsequio a la verdad y predicación de la religión, más glorioso que la libertad halagueña del mundo.¹⁹

Así, cuando este divino maestro enlazó la fe de Pedro, que le reconoció por hijo de Dios vivo, no bendijo la superioridad de sus luces naturales, porque con ellas hubiese alcanzado esta verdad; por el contrario, *"dichoso tú, -le dijo- que me has creído, no porque la carne y la sangre te hayan revelado mi divinidad, sino porque contra todo lo que ves en mí, has sometido los principios de la carne y de la sangre a la revelación de mi Padre que está en los cielos."*²⁰. Por tanto, dice San Agustín sirviéndose de la autoridad de Isaías²¹, *nisi credideritis non intelligetis*, (si

19. 2. Cor. 10 vide Nat. Alex. ibi.

20. Math. 16, 17.

21. Isai. 7, v. 9.

no creyéreis, no llegaréis a entender), que la fe ha de preceder al entendimiento; de suerte que la inteligencia venga a ser el premio de la fe;²² y en una carta a Dióscoro enseña que la fe debe guiar a la razón, y que el invertir este orden es propio de los herejes.²³ San Bernardo reprende a Pedro Abelardo del mismo error, y dice que gradúa la fe por la opinión, como si fuese lícito sentir y hablar en ella como a cada uno le parezca, y como si sus arcanos no estuviesen asegurados con la certidumbre de la verdad y pendiesen de las vagas y varias opiniones de los hombres.²⁴

Cuando se trata de creer en profecías o revelaciones particulares, las cuales no deben condenarse a ciegas, apagando la luz del Espíritu Santo, como dice San Plabio,²⁵ ni seguirse con ligereza, dando asenso a todo espíritu, sin indagar si es Dios, como aconseja San Juan,²⁶ entonces tienen lugar las proposiciones referidas del P. Eliseo de examinar los motivos de la creencia, de no imponer silencio a la razón, ni someterla con una fe imprudente y temeraria a quien no tiene autoridad para obligarla. Aun en los casos semejantes juzga, examina y discierne la razón, no por los principios que le suministra su luz natural, sino por las reglas y nociones que Dios le ha dado en las Sagradas Escrituras. Ni es facultativo a cada uno de los fieles entrar en este examen y decidir; debe esperar y seguir el juicio de los obispos, como lo manifiesta muy bien San Ireneo²⁷ en dos pasajes, que no copio por largos, y pueden verse en sus obras o en la exposición de Natal Alejandro a las Epístolas Canónicas.²⁸ Éste y todos los teólogos católicos niegan que de ese testimonio de San Juan, ni de aquél del Eclesiástico *"qui cito credit, levius corde est"*²⁹ puede inferirse sin herejía que cualquiera tenga derecho a pesar en la balanza de su razón y examinar los dogmas que la Iglesia ha recibido.

Conclúyese de lo dicho el fundamento con que hemos condenado las citadas proposiciones del P. Eliseo, cuando pretende

22. Aug. Serm. 51, vel 139. cap. I.

23. Id. ep. 118. vel 56. cap. 5.

24. Bern. Ep 109.

25. I Thesal. 5, 19.

26. I Joan. 4, I.

27. S. Iren. lib. 3 cap. 3.

28. Natal Alex. in exp. Mor Ep 2, ad Thes. cap. 2.

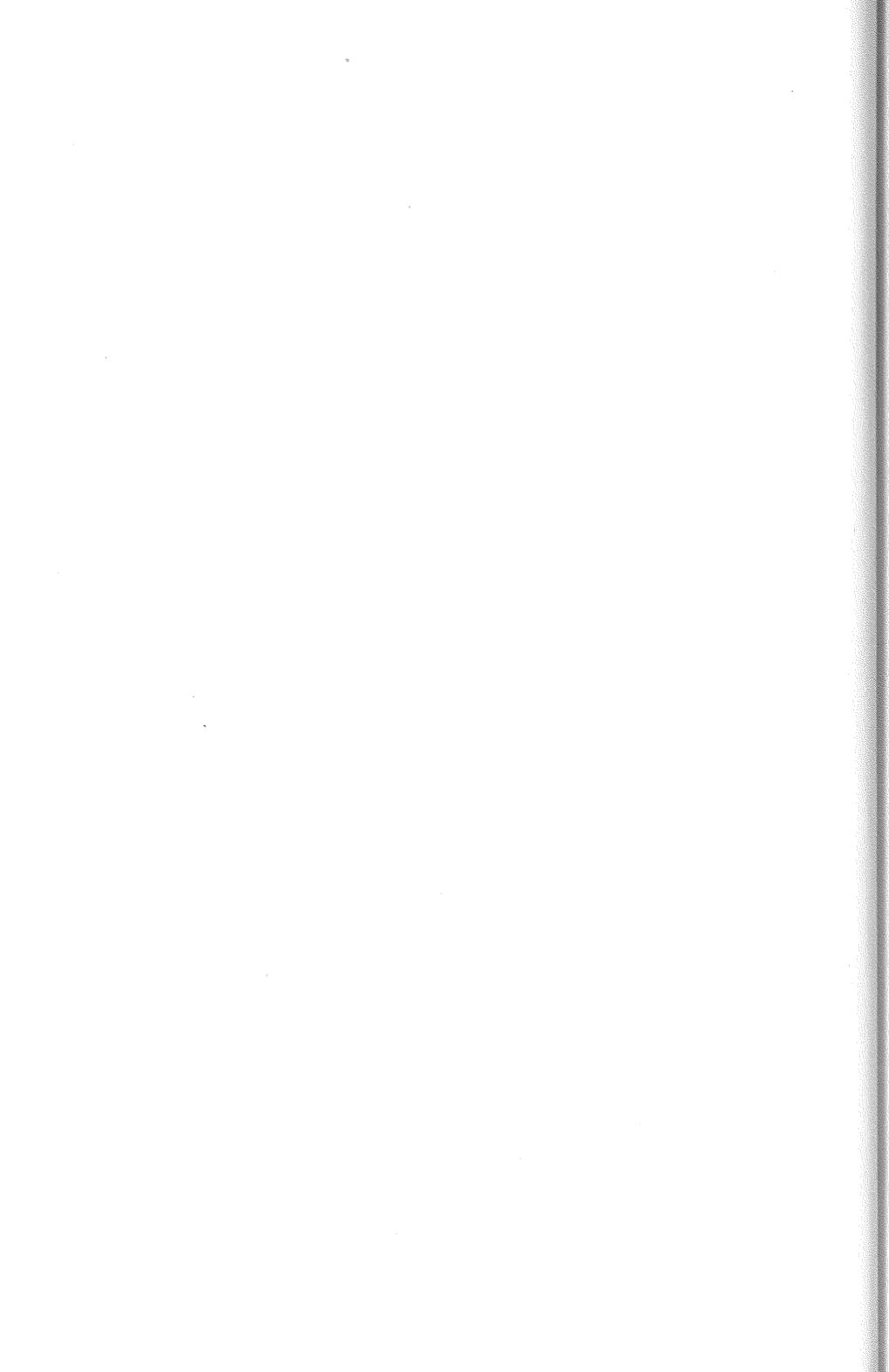
29. Eccles. 19,4.

convencer al incrédulo; porque para entrar a éste, que niega la existencia de Dios y la revelación, por el camino de la verdad, no hay otro sendero que el ponerle delante la revelación, la cual es el argumento intergversible de sí misma y de la divinidad. Para creer en los asuntos de nuestra religión no hay más motivo, si no es saber que Dios lo ha revelado; por eso a la creencia llama el apóstol obediencia a la fe con ciega sumisión del entendimiento. El que cree, dice, no ha de indagar cómo es que bajó del cielo el Verbo Eterno a predicar los misterios que hemos de creer, porque eso sería pensar en arrancar a Jesucristo de la diestra de su Padre y volverle al mundo para que nos certificase su voluntad con señales visibles o resucitarle del mundo de los muertos.³⁰ Sírvese aquí San Pablo de los ejemplos de la encarnación, de la muerte y de la resurrección de Jesucristo; misterios los más increíbles a la razón humana, y con todo eso, objeto, origen y mérito principalísimo de la fe católica; para enseñarnos que si en ellos no debe averiguar el hombre, cómo pudieron cumplirse, sino creerlos por pura fe, tampoco debe examinar los demás asuntos de la religión, persuadiéndose a que cuando parezcan más difíciles y cuando menos los alcance nuestro ingenio, tanto mayor el mérito de la fe.

No hay, vuelvo a decir, otro argumento de *convicción* contra el impío. Si a la luz de éste, no se disipan sus tinieblas y antes se obstina en su error, es señal que o no ha llegado el tiempo de su visitación o que se ha sellado el decreto de su reprobación, y se le ha negado el don gratuito de la fe, que da el Señor por pura liberalidad a los que le creen. Los otros argumentos de antigüedad, perpetuidad y uniformidad de la doctrina, de milagros, martirios, propagación de la Iglesia, santidad, equidad, honestidad y pureza de su moral, de silencio de los ídolos, destrucción de los templos, etc., no tienen fuerza sin el de la revelación. Es verdad que a éstos y aquéllos llaman los teólogos motivos de credibilidad; pero los dividen para su uso en tres clases.³¹ Unos, dicen que son propósito contra los gentiles y judíos; otros contra los herejes, y otros para consuelo y confirmación de los católicos. Contra el impío ninguno es convicente sino el de la revelación, que se funda directamente en el objeto formal de la fe y suma *verdad*.

30. Rom. 10, 6-7.

31. Mart. Bec. Summ. Theol. p. 2. T. 2 de Fide, cap. 6.



III

MALOS PRINCIPIOS Y SUBDIVISIÓN DE LA SEGUNDA PARTE

En ella se propone Eliseo exponer los verdaderos motivos de la *incredulidad*, que reduce a la *soberbia* y la *disolución*. Sienta desde luego “que el hombre trae consigo mismo dos principios de oposición al cristianismo, de los cuales uno es la indocilidad de su entendimiento, y otro la depravación de su voluntad¹.” No encuentro sobre qué pueda apoyar el Padre Eliseo ni la indocilidad, ni la depravación. Por el contrario, las mismas escrituras sagradas me persuaden de que nacemos sin esos vicios. El Divino Maestro en varias ocasiones se sirvió del ejemplo de los niños, y aun les tomaba de la mano y ponía delante de sus discípulos para enseñarles en ellos la docilidad con que debían abrazar su doctrina. “Cualquiera, les decía, que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él,² el que no fuere tan humilde y sometido como son los niños, no poseerá el Reino de los Cielos”³. Conforme a esta soberana máxima del Maestro, escribía Pablo a los de Corinto, que se asemejasen a los niños, no en el juicio y la inconstancia, sino en la *malicia*⁴. ¿Pues, dónde está la indocilidad y depravación que

1. P. 21 lin. 18 (I) Lue 18, 17.

2. Luc. 18, 17.

3. Mat. 18, 3-4.

4. I cor. 14, 20.

traemos con nosotros contra el cristianismo? Nos endurecemos y depravamos o nos maleamos con la edad, con el mal ejemplo, con la educación perversa, con la repetición de las caídas, que engendran el hábito vicioso, el cual se arraiga y envejece por el malo o ningún uso de los sacramentos, de la oración y del ejercicio de las obras de piedad y de las virtudes contrarias. Cuando alguno se atreviese a disculpar al Padre Eliseo diciendo que tal vez en su país serán los niños peores que los hebreos para abrazar el cristianismo, le sale al encuentro San Hilario de la propia nación, el cual, exponiendo el Evangelio de San Mateo, funda la semejanza con los niños que pide Jesucristo a sus discípulos, en la docilidad y humildad de aquéllos "que siguen a su padre, aman a su madre, ignoran lo que es desear mal al prójimo, no hacen caso de riquezas, no se insolentan, a nadie aborrecen, no mienten , creen lo que se les dice y tienen por cierto cuanto oyen."⁵ El Padre Eliseo contradice esta proposición y habla con más tino cuando dice: "Aquella invencible propensión al bien supremo, que parece le une a Dios antes que la reflexión llegue a hacerle conocer su objeto, la fija por su elección en sólo las criaturas."⁶ ¡Tan inconstante es en sus máximas!

De un principio tan mal explicado, dio en otra doctrina peor; porque la depravación que supone de la voluntad, dice, "que no le deja abrazar una religión que sólo ofrece al pecador penas eternas."⁷ Con un medio semejante insultó Lucrecio a la piedad, cuando pintó la religión abatiendo el ánimo de los míseros mortales con el terror de su aspecto y la vista de su azote, que mostraba desde la región del cielo.

*Humana ante oculos foede cum vita jaceret
In terris, oppressa gravi sub Religione,
Qua caput à Cali regionibus os tendebat,
Horribili super aspectu mortalibus instans⁸.*

5. Hilar. com in Math. c. 18.

6. Tomo 2. p. 45.

7. Pág. 21 lin. 24, tom. I.

8. Lucrec. lib. I v. 63 etc.

No encontró el poeta Epicuro imagen más horrorosa para hacer detestable la piedad, que ocultar sus dulzuras y manifestar sus castigos. ¿Es ésta la pintura de una religión tan benéfica como la nuestra? ¿Es éste el medio saludable para mover al incrédulo? ¡Con qué rasgos tan diferentes la pintaba el vicario del divino Autor, cuando daba gracias al Eterno Padre de que con la resurrección de Jesucristo nos hubiese reengendrado y elevado por su misericordia infinita nuestra alma a una esperanza viva de la herencia incorruptible!º ¡Qué al contrario se la figuraba Pablo! Él daba, como Pedro, gracias al Soberano Maestro de que hubiese puesto su bondad en el ministerio apostólico, derramando con abundancia en su espíritu la gracia con la fe y la caridad, aunque antes había sido un blasfemo, perseguidor e impostor calumnioso contra su doctrina. Obligado de tanta clemencia, exclama a favor de la religión: "Oh promesa fiel y digna de todo agradecimiento, que viniese a este mundo Jesucristo para salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el mayor, y si en mí ha hecho el ensayo de su misericordia, es para que sirva de ejemplo a todos los que después han de creer y esperar la vida eterna."¹º

De esta graciosísima imagen de la religión, que traían ambos estampada en su espíritu, sacaban los hermosos coloridos con que pintaban a los fieles. Pedro nos dice: "Llenaos cumplidamente de gracia y paz en el conocimiento de Dios y de Jesucristo Nuestro Señor; porque nos ha dado con su divina virtud, por medio de la fe con que conocemos a su hijo, cuanto nos conviene para la vida espiritual y la piedad, llamándonos sin más mérito que el de su propia gloria y poder; pues en el mismo Jesucristo nos dio las mayores y las más preciosas promesas, para que así participéis de su naturaleza divina."¹¹ ¿Y ésta se llamará una religión que sólo ofrece al pecador penas eternas? Pablo escribe a los colonenses en estos términos: "Rogamos sin cesar por vosotros, oyendo la fe que tenéis en Jesucristo y la caridad que mostráis con todos los santos, movidos de la esperanza que os guarda en el cielo y oísteis en la palabra del Evangelio..., dando gracias a Dios Padre de que nos haya hecho dignos de entrar en parte de la suerte de los santos en la luz; el cual nos sacó del poder de las tinieblas y trasladó al reino

9. I Pet. I, 3.

10. I Thim 1, 12-17.

11. 2 Pet I, 2-4.

del hijo de su cariño, en quien logramos con su sangre la redención y remisión de los pecados.”¹²

¿Pero cómo habían de pensar o explicarse de otra suerte los discípulos de aquél Maestro, que vino del cielo a establecer esta religión con la publicación de la venturosa noticia, de que se nos acercaba el reino de los cielos? Su precursor le anunció a los pecadores como un cordero que venía a quitar los pecados del mundo, no como juez que iba a darles la sentencia de muerte eterna.¹³ Él comenzó la predicación de su evangelio y dio el principio a la religión con la promesa de la felicidad celestial¹⁴. Él ponía tan a mano aquel reino de Dios, que nos aseguraba hallarse dentro de nosotros mismos.¹⁵ Él publicaba que había venido a llamar, no a los justos sino a los pecadores.¹⁶ Decía que su venida era a soldar las quebraduras,¹⁷ a salvar lo que había perecido¹⁸ y a darnos vida y más vida.⁽¹⁹⁾ ¿Y ésta puede decir el Padre Eliseo que es una religión que sólo ofrece al pecador penas eternas? La religión que alarga la mano al pecador para levantarse, que abre los brazos para recibirla, que le llama y le espera en todo tiempo, y que le brinda con el perdón de las penas que merece su pecado, que le ofrece los auxilios para que cumpla las obligaciones, que le impone y le presenta como premio una gloria eterna; ¿esta religión puede decirse sin la mayor temeridad, que sólo ofrece al pecador penas eternas?

Cuando el Padre Eliseo hubiese contenido su proposición en los términos de que sólo ofrecía penas, sin añadir eternas, entendiéndolo por la negación del mundo y de sí mismo: por las mortificaciones y cruz que es menester llevar y sufrir en la santa ley, todavía sería falsa y ofensiva la piedad cristiana, ya por la limitación del adverbio sólo, ya por la significación del verbo ofrecer. Porque, en realidad, aunque en el camino del cristianismo debe el hombre mortificarse con la guerra de sus pasiones, por lo cual dijo el Divino Maestro,²⁰ que no había

12. Colos. cap I, 12-14 Joann I, 29.

13. Joann, I, 29.

14. Math. 4, 17.

15. Luc. 17, 21.

16. Mar. 2, 17.

17. Luc. 4, 19.

18. Math. 18, II.

19. Joann. 10, 10.

20. Math. 10, 34.

venido a sembrar paz, sino guerra, separando al hombre de su amor propio y cuanto le lisonjea, también dijo²¹ que uno de los efectos más admirables de su muerte era dejar por herencia una paz, no como la que da el mundo, sino una paz celestial, espiritual, que suaviza, endulza y santifica todas las penas y sufrimientos de la cruz, y de la negación de sí mismo. Una paz verdadera y no falsa, como la que da el mundo y la que busca el incrédulo con sus delirios, sin lograr por más que alucine con ellos, vivir tranquilo y sin mortificación en sus sensualidades, que el propio mundo llena de acíbar e inquietudes; de suerte que entre estas dos paces, hay la diferencia de que la del mundo dura poco y causa solicitud continua; la de la religión, por unos combates momentáneos, se goza toda la vida.

¡Qué diferencia tan notable entre las penas del impío y la del hombre religioso! ¡Qué distancia entre los gozos de uno y otro, y qué campo tan ameno para discurrir a favor de la religión contra la incredulidad! ¡Pero qué prueba tan convincente contra el Padre Eliseo, que a esa religión de paz y de dulzura hace el agravio de decir que sólo ofrece al pecador penas eternas! Lo que ella le ofrece en realidad, son medios eficacísimos para suavizar las que son inseparables de su condición caduca o para huir las que le vienen por la falsa satisfacción de la carne. Niégale, pero le libreta de las tristes consecuencias en que maldice los monumentos del placer, cuyas amarguras contrapesan con mucho exceso a los ratos de mortificación de un alma fiel, que a costa de ellos espera un premio de eterna duración y complacencia.²² ¿Y qué espera el incrédulo después de unas brevísimas delicias? menos un bruto: porque éste queda sin las inquietudes y peligrosas resultas que trae al hombre la sensualidad, y al cabo acabará del mismo modo que piensa acabar el impío, y sin aquél escrúpulo que jamás le falta a éste, de si habrá otra vida eterna. Todas estas diferencias dan una materia abundantísima para discurrir cristianamente contra la incredulidad y el libertinaje, dando sus verdaderos y luminosos colores a la religión, y haciendo el negro y propio retrato de la impiedad.

En la subdivisión de esta segunda parte no tuvo mejor tino el Padre Eliseo que en la primera. Divide los verdaderos motivos

21. Joann 14, 27.

22. 2. Cor 4, 17.

que mueven al incrédulo en dos, que son la soberbia y la corrupción del corazón, juntando así la segunda y tercera parte del sermón de Massillon sobre la verdad de la religión, las cuales desflora aquí también a su modo. Pero con licencia de ambos creo que aunque en otras herejías haya tenido mucho influjo la soberbia de sus autores, como en un Montano, en un Arrio, en un Pelagio, en un Lutero, que no habiendo sido, a lo menos antes de hacerse cabezas de partido, viciosos en sus costumbres, se dejaron llevar por un espíritu de hinchazón, con que se creían superiores a los demás en mérito o en luces, diferentes errores, y se obstinaron contra el sentimiento universal; no así en la incredulidad, porque los dogmas que aquéllos defendían eran muy separados de lo que mira a pureza de costumbres, que tal vez elevaron hasta negar la penitencia al relapso, condonar las segundas nupcias, etc.; pero el objeto principal de la incredulidad ha sido desde el principio soltar la rienda a las pasiones y dar a la sensualidad del hombre toda la licencia que tienen los brutos en las selvas. Esta monstruosa madre es la que da motivo para muchos discursos, con que se cubra de confusión a la incredulidad, y ni el obispo de Clermont tuvo razón para retirarla hasta el tercer punto, ni el P. Eliseo para ponerla por segundo miembro de su segunda parte, dando el primer lugar a la soberbia, que sólo debe servir, cuando se trata de la impiedad, como excepción de la regla general, por aquellos ateos que han vivido (si puede creerse) con arreglo en sus pasiones. El P. Eliseo confiesa "que la impiedad casi siempre empieza por el corazón"²³, y que "los primeros pasos que da el impío hacia la incredulidad no son sino efectos de sus extravíos y de sus desórdenes."²⁴ El ilustrísimo Massillon reconociendo esto mismo, da en el Sermón sobre la verdad de la otra vida, el primer lugar a la relajación, de la cual dice, que es la raíz de toda incredulidad.

En efecto, la relajación y la sensualidad, que no la soberbia, son el incentivo poderosísimo que ha arrastrado y precipita en la impiedad tanto número de almas en los reinos donde se pierde el respeto a la religión, sin que las leyes repriman tan sacrílego atentado, como se queja justamente el P. Eliseo.²⁵ La

23. Pág. 29 lin. 7.

24. Pág. 32 lin. 12.

25. Pág. 43 lin. 17.

turba innumerable de ambos sexos que sigue allí la doctrina de la sensualidad, o mejor diré que vive según sus máximas, no tiene otro imán que la arrebate si no es la concupiscencia de la carne. Comienza el joven a sentir los ardores de esta pasión, tasca con un freno que la reprime, quisiera desfogarla sin temor, encuentra maestros que lisonjean su apetito, y sin examinar por falta de capacidad o por exceso de calor los principios que le proponen, se rinden ligeramente a ellos porque vienen a medida del deseo. Aquí cabe muy bien todo aquello de "adoptar sin examen etc." Si por razón de una cristiana educación, vivió algún tiempo contenido en su pasión, en el recogimiento de su familia con el temor santo de Dios, luego que se le echa a tomar el aire del gran mundo (como explican allá) para formarse a la sociedad, bebe en ella el espíritu de esta doctrina, que sin dilación y con fuerza fermenta en sus venas. La edad varonil encuentra la sangre con este vicio, y va acariciándole mientras tiene fuerzas para complacerle; y cuando le faltan, cree que ha perdido cuanto hace apreciable la vida.

No digo que todos siguen la misma carrera, ella por sí ofrece bastantes precipicios que la hacen odiosa. La misericordia del Altísimo, que se derrama sin cesar sobre todos los hombres por la sangre de un redentor, es más poderosa que sus enemigos y triunfa muchas veces; pero lo más común es, según la experiencia, que en semejantes países es mayor, sin comparación el número de los que abrazan y envejecen en la impiedad, que el de los que preservan o curan de su ponzoña. Tienen los materialistas un género de satisfacción en inducir la juventud por la carrera de sus sensualidades, para cubrir con la muchedumbre de sectarios la confusión que les acusaría su brutal conducta, si fuesen más singulares. Desconfían de sus armas para con las personas de juicio, en las cuales no pueden hacer mella, y asedian contra la edad juvenil su infame lógica de las pasiones, cuya energía domina y tiraniza unos corazones tiernos, en que contra el orden regular de la naturaleza obran con más violencia, cuando son más nuevas y casi recién nacidas.

Sus argumentos consisten en tratar como impertinencias y preocupaciones de viejos las ideas del pudor, murmurar las instituciones de los colegios, su educación y las precauciones honradas y religiosas con que se recatan los niños de ambos sexos del trato y concurrencia peligrosas a la honestidad, como

invenciones que oprimen a la juventud con tiranía, blasfemar de los votos de la virginidad, continencia y mortificación, como destructivos de la naturaleza y de la sociedad; tachar al sacerdocio y sus funciones de superstición y de ceremonias pueriles y ridículas, censurar con rabia las naciones que siguen leyes ordenadas para mantener con el temor de la pena temporal el respeto debido a la religión, insultándolas con los epítetos de bárbaras, inhumañas y sanguinarias, para lo cual suponen o exageran hechos denigrativos. Aconsejan y elogian la frecuencia del teatro, la abertura y franqueza en la sociedad, la concurrencia recíproca del estado, la amenidad deleitosa e instructiva del café; y los ejercicios graciosos y saludables del baile y de la danza, que contribuyen a la agilidad del cuerpo, a conservar el equilibrio de los humores y a hacerse un lugar distinguido, principalmente entre las personas del otro sexo. Estos son sus silogismos concluyentes, cuyas puntas se embotan en los espíritus maduros y penetran con triste facilidad los corazones más tiernos.

Si se les reduce a hacer reflexiones serias y a discurrir por principios, se les encuentra enteramente desarmados, y el que parecía un Doctor de la impiedad, descubre al primer choque que no es más de un francés, el cual así como se viste, camina y gesticula sin otra razón que la de que ésa es la moda, el paso y el gesto de París, también habla el lenguaje de la impiedad, porque es el uso de allá. No lo digo yo: lo había dicho Massillon y lo repite Eliseo por estas palabras: "la lástima es que esto lo vemos demasiado en estos tiempos infelices, en que se ha hecho la impiedad un lenguaje de la moda."²⁶ De suerte que para uno que dogmatiza con tal cual apariencia de raciocinio, hay sin exageración cien mil que son unos meros aturdidos, sin otro cimiento que la ligereza genial, ni más prueba que la gran moda del gran mundo, que es el gran París. Esto puede tanto en ellos y hace en su espíritu una impresión tan viva, que aun cuando los principios de la religión que tomaron en la primera educación cristiana, y las aldabadas de la gracia los mueven a confesarse o a otros actos de piedad, procuran con todo estudio ocultarse de los compañeros temerosos de la mofa.

Por estas razones, dije que el primero y aun el único motivo que debió asignar el P. Eliseo a los incrédulos en la segunda

26. Pág. 26 lin. 4.

parte, debió ser la disolución. Si lo hubiera practicado así, excusaría pasar de la soberbia a la disolución con un salto chocante, ajeno de toda sombra de transición; bien que en esto es desgraciadísimo el Padre. Dice que²⁷ "en algunos la soberbia basta para darla ser, y en otros el desorden de costumbres es el segundo origen de la incredulidad." Ajuste el que quisiere esas frases, y examine su propiedad. También se hubiera ahorrado el argumento de los impíos, que ponderan la templanza, la castidad, y la fidelidad a sus obligaciones de algunos sectarios suyos.²⁸ Porque aunque fuese cierto este cortísimo número, sería la excepción de la regla general, que pone la raíz de la incredulidad en la reajación, y entraría en el de los heresiarcas, que ha precipitado la soberbia o la avaricia, según la doctrina del apóstol San Pedro, que anunciando en sus días la piara de los libertinos y el espíritu de sus maestros, llama a éstos *embusteros*, que introducirán sectas de perdición, y con fingidas doctrinas negociarán por avaricia, y de los discípulos dice que seguirán sus lujurias.²⁹

En efecto, esos hombres sobrios y contenidos, fieles y oficiosos, como se dice, sin embargo de seguir el partido del materialismo o el de una total indiferencia en punto de religión, han sido llevados a este extremo por la avaricia o por la vanagloria de ser mirados como oráculo de la muchedumbre infinita de viciosos y aturdidos, que aplauden y enlazan a los que fomentan sus pasiones con algún color, y pagan a buen precio sus elecciones. Este fue, a mi ver, el espíritu que maleó las buenas luces y desquició la instrucción sobresaliente del más famoso dogmatista de la irreligión, María Francisco Auronet de Voltaire, digno legatario de la famosa epicúrea Ana Ninón de Lenclós. Si en él o en otro de su carácter, no influyó la relajación de las costumbres, fue animado en sus delirios por el aplauso tan universal de los libertinos de todas las naciones, y por el producto tan considerable que sacaba de sus impiedades. ¿Cómo hubiera logrado una consideración tan alta y una celebridad tan expléndida, si no fuera por el aire satírico de sus escritos contra lo más sagrado? ¿Cómo llevara tras sí tanto séquito, si no fuese por la filosofía infame, tan

27. Pág. 29 lin. 4.

28. Pág. 33 lin. 16.

29. Pet. 2, 1-2.

halagüeña a las pasiones, que siembra a manos llenas en sus obras? Búsquese otro mérito fuera de ése para tanta gloria y utilidad, y no se encontrará; porque la pureza y gracia de su estilo en la prosa y en el verso le darían nombre entre los humanistas de su nación, y no más. Sus historias son despreciables por los capítulos más esenciales, que son la falta de imparcialidad y la de exactitud, tanto en los hechos, que viste a su antojo, y no pocas veces son supuestos, como en la cronología. Los defectos de sus piezas no son pocos, aunque los disimula con rasgos brillantes y originales, que no pueden negársele. La física nada le debe, en las matemáticas no adelantó cosa alguna, y en suma todo lo debe a su sátira contra la religión en los puntos más recomendables, y a su moral relajada. ¡Cuántos hombres en la misma Francia de más sabiduría, sin comparación, que Voltaire, dotados de ingenio más sólido, más profundo y más penetrante que el suyo; sobre todo, de juicio más seguro y constante, apenas son conocidos de algunos sabios, y vivieron en la oscuridad o yacen olvidados de su nación! La sátira que condujo a Voltaire a la Bastilla, y le causó mil inquietudes en el curso de su vida, fue el origen de su crédito; a medida que con ella se franqueaba el paso a la gloria popular, fue extendiéndola de las personas a los Estados, de éstos a los gobiernos, de aquí a los hechos, y doctrinas más recibidas, hasta rasgar con ella los velos del santuario. Pero si éste y algún otro maestro de la impiedad y de la irreligión no caminaron al precipicio por el camino real de la disolución y marcharon por la senda de la vanidad y de la avaricia; no por eso deja de ser certísimo que la caterva innumerable de sectarios va por aquélla.

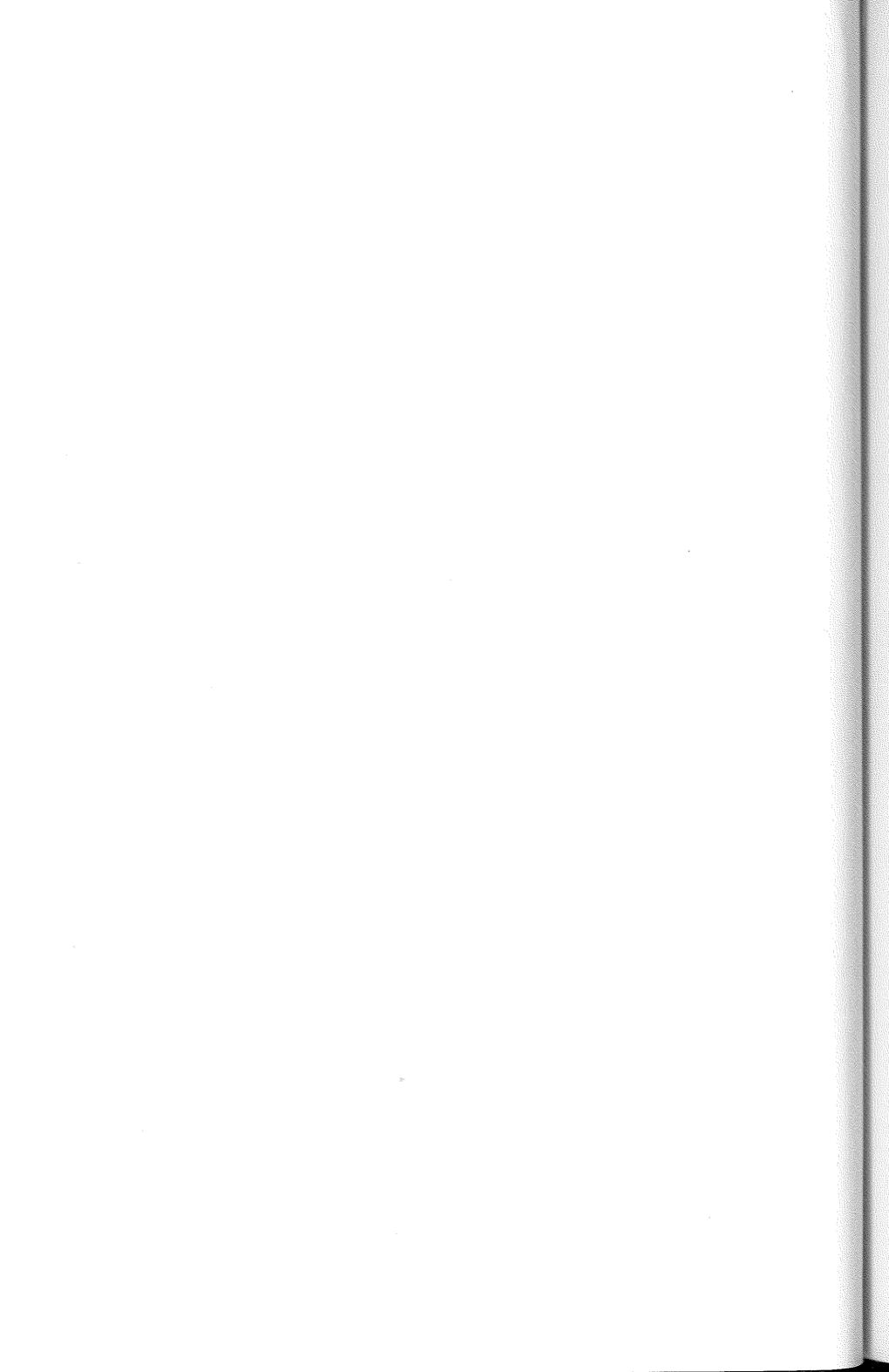
No me detendré en manifestar los plagios, porque basta haber indicado los tres sermones de Massillon que desfloró el P. Eliseo, para hacer éste. Ni en examinar el modo con que trata aquí su argumento contra la incredulidad, porque sería repetir la falsedad de principios, el trastorno de partes y la enervación de los razonamientos de Massillon, que hemos tocado en la primera parte. Me contentaré con decir dos cosas. La primera, que define a la soberbia de un modo raro. "La soberbia, dice, no sólamente se dedica a conseguir los bienes exteriores que pueden hacer al hombre superior a los demás, sino que esta pasión perniciosa se forma a sí misma placeres ocultos y se

irrita contra la divinidad.”³⁰ ¿Puede darse una pintura más extraña de la soberbia? Aun la cláusula de... “se irrita contra la divinidad”... que tal cual parece un rasgo de la soberbia, no lo es, no digo de la soberbia de los hombres, pero ni de la de Lucifer, porque éste se irritó contra Dios y no contra la *divinidad*, a cuyos soberanos gajes aspiraba. Aplíquense las mismas frases a la lujuria, y tendrán más propiedad. Hagamos por gusto la prueba de este modo...” La lujuria no sólo se dedica a conseguir los bienes exteriores, que pueden facilitar al hombre la satisfacción de su sensualidad, sino que esta pasión perniciosa se forma a sí misma placeres ocultos que no se atreve a dejar traslucir, y se irrita contra la divinidad, testigo inevitable y juez vengador, porque todo lo que la oprime, la enfurece, etc.” Así puede continuarse atribuyendo con más propiedad a este vicio lo que el Padre Eliseo predica de la soberbia. ¿Quién ha pensado hasta ahora darla el apetito de los bienes, que caracteriza a la avaricia? ¿La invención de placeres ocultos que distinguen la lascivia más refinada?

La segunda: que aunque el P. Eliseo hace todo su fondo de Massillon, no entra como este Prelado en el corazón del incrédulo para escarbar en sus senos la semilla de la impiedad, averiguar de dónde le vino, cómo prendió, qué riesgo tuvo y por qué medio logró su proceso; ni le confunde con la vista de su torpeza, la malignidad de sus frutos y el rubor que causaría a los ojos de los hombres su cosecha, si descubriesen cuánto excede los límites ordinarios de la flaqueza humana. En una palabra, no saca, como el obispo de Clermont, el retrato espantoso de cuerpo entero del incrédulo, ni le da el negro colorido que hace odioso al impío, retratándole *d'apres nature dans tous ses traits*, como se explican por allá, que es en lo que debía tener más vigor y gracia el pincel del Padre Eliseo, “que mostró siempre mayor afición al estudio de las letras humanas.”³¹

30. Pág. 22 lin. 14.

31. “Carta del P. Provincial a los autores del *Diario de París*”, op. cit. 10-11.



IV

**PERNICIOSOS EFECTOS QUE PUEDEN ACUSAR
A NUESTRA FE LA TRADUCCIÓN DE ESTE SERMÓN,
EL SIGUIENTE, Y LOS DOS SOBRE LA HONRADEZ
SIN LA RELIGIÓN**

Dijimos al principio que teníamos por peligrosa a la piedad de nuestra nación la traducción al castellano del sermón sobre la *incredulidad*. Lo mismo nos parece del siguiente y de los dos de la falsedad de la honradez sin la religión;¹ y la importancia de este defecto, común a las cuatro piezas citadas, nos estimula a no dilatar su declaración. La lectura de ellas, lejos de edificar y perfeccionar a los españoles en la fe, que por la misericordia de Dios y los loables estatutos de nuestros padres, conservamos intacta, puede conducirnos al borde del error y aun precipitar a muchos en el abismo de la incredulidad, porque el P. Eliseo vierte allí todas las máximas, principios y discursos de la incredulidad. Y como la doctrina de esta secta es tan halagüeña a la carne y persuasible a la materialidad de los sentidos, tomará el enemigo ocasión y armas con que combatir la fe y corromper más las costumbres. Nosotros hemos mirado siempre estas materias con toda la circunspección que merece su delicadeza, y nuestras sabias y religiosas precauciones dirigidas a contener a nuestros nacionales en los límites de la

1. Corren desde la pág. 123, t. I.

religión, no sólo en las obras sino en las palabras, nos han conservado hasta ahora, gracias a Dios, el depósito de la fe en toda su integridad. Murmúrennos por ellas los extraños de nimios, de supersticiosos o de ignorantes, que menos importa eso que ser libertinos, incrédulos, espinosistas o socinianos,² defectos que ellos miran como elogios y testimonios de la superioridad de su ilustración. ¡Tal es la gloria de su siglo filosófico!

Yo no reprendo la conducta del P. Eliseo de emprender tantas veces el empeño de batir a los incrédulos; nada es más propio del celo de un predicador entre gentes que han abierto la puerta a la impiedad. Crócole, y con mucho dolor, cuando dice,³: "bien conozco que estas horribles paradojas debían estar sepultadas en las tinieblas, y que sería peligroso publicarlas, aun cuando se refutasesen al mismo tiempo; pero nuestro siglo no permite guardar silencio y usar de esta circunspección con la venturosa sencillez del cristiano; esta funesta doctrina está ya demasiado extendida, el daño está hecho y ya no es tiempo de precaverlo... Las leyes no han reprimido estos atentados, y de ahí ha nacido lo que siempre sucederá, etc." Lo mismo nos había significado el Ilustrísimo Massillon en estos términos: "No me atrevería a decirlo aquí, católicos, si este modo de hablar, dudando de la fe, no se hubiera hecho tan común entre nosotros, que ya no es necesario usar de precauciones para impugnarle."⁴ Pero por una razón contraria reprendo y juzgo perjudicialísima a nuestra nación la traducción de esas paradojas y de esas monstruosidades. Entre nosotros no puede decirse sin injuria que ya esté extendida la doctrina de la impiedad, que el daño está ya hecho, que el modo de hablar, dudando de la fe, sea común, y que por tanto no sea ya tiempo, como en Francia, de usar de precauciones y de sepultar en el silencio aquellas horribles paradojas y monstruosidades que los nuestros ignoran felizmente. Ponérse las en la mano por medio de la traducción es echar semilla, dar principio al error y comenzar el daño con la santa apariencia de sermones. ¡Cuántas veces ha entrado la peste del Oriente en cajas de botica! Nuestras leyes, cuya severidad contra estos atentados censuran temerariamente los franceses, porque no sólo reprí-

2. Partidarios de Fausto Socino (1539-1604), que negaban la Trinidad, y la divinidad de Cristo.

3. P. 42 y siguientes.

4. Mass. Serm. de las dudas acerca de la religión.

men la licencia de obras y palabras, sino que casi ahogan los pensamientos impíos; nuestros ministros que con tanto celo y vigilancia trabajan en purgar la tierra de maleza y abrojos, cuidando que no venga por el aire la semilla, y observando la atmósfera, por si traen algunas ráfagas de viento que soplan de la otra parte de los montes, nos tienen en el caso opuesto al de Massillon y Eliseo, y por lo mismo será muy peligroso que se publique, aun cuando se refute al mismo tiempo, la doctrina de la incredulidad. El venerable y docto padre Fray Luis de Granada es un testimonio irrefragable de nuestra antigua circunspección en tales puntos. En su introducción al *Símbolo de la fe*, obra digna de su piedad y literatura, y monumento digno también de la religión, se fue con tanto pulso, que en el Prólogo a la cuarta parte dice: "No me entrometo en confutar muchas maneras de errores que tienen los que están ciegos, y sólo toco aquéllos que todos saben, cuales son los de los judíos y mahometanos, porque no me acusen de que *desayuno* a otros de errores que no saben."

¿Pues qué diremos de los cuatro sermones del Padre Eliseo, en que toca y vuelve a tocar los errores del materialismo; nos desayuna y aun rellena de sus máximas, nos pone por extenso sus principios y nos manifiesta sus consecuencias? Ellos solos componen un tratado suficiente del materialismo. Añádese a esto, lo primero, que cuando se proponen sus principios para combatirlos, usa por lo regular el autor de estilo más sencillo e inteligible que cuando los impugna; por ejemplo⁵: "¿De qué sirve, dicen los incrédulos, aumentar las pruebas de una revelación que es inútil? La razón y la ley natural le bastan al hombre para conducirse, y con cualquier culto que tribute a la divinidad, está cierto de agradarla, con tal que sea amante de la justicia y caritativo con el prójimo. De aquí infieren que la revelación es inútil, pues sin ella creen que podemos cumplir con todas estas obligaciones.⁶ Todos creen que los apetitos más abominables, cuando nacen de la compleción, no necesitan de otro título para ser lícitos, y miran los vicios más infames como unas inclinaciones inocentes que la naturaleza inspira y que la misma naturaleza aprueba.⁷ Procura persuadirse que el hom-

5. P. 15. 1, 8.

6. Pág. 34. 1,23.

7. Pág. 32, 1,23 etc.

bre, semejante a los animales, no es más que un compuesto de materia que el acaso destruirá en breve; se dice a sí mismo que es inútil ajustar sus costumbres a la ley, una vez que la noche del sepulcro ha de sepultar en sus sombras todas nuestras acciones, mira las máximas de la equidad y de la virtud como errores populares, los premios y los castigos como puras quimeras, y la religión que las propone como una invención política destinada a contener al hombre con el temor, y dar mayor autoridad a las leyes que mantienen el buen orden en la sociedad.⁸ No me alargo a otros pasajes, tanto o más escandalosos, aunque esta obra no es propia del vulgo como los Sermones del Padre Eliseo, por no dar con ellos la copa de la iniquidad y hacer potable la impiedad, según la frase de Job.⁹

No usa el Padre Eliseo un estilo tan claro, cuando quiere refutar esos errores, y casi ofusca y enerva las razones a fuerza de querer realzarlas v.gr.¹⁰: "Siguen unos incomprensibles errores, porque no quieren creer en misterios incomprensibles; blasfeman lo que ignoran, repreban lo que nunca han examinado y sacrifican a la vanidad las potencias que nosotros sacrificamos a una autoridad legítima."¹¹ Animad vuestras cenizas, ilustres almas, cuyos doctos escritos confundieron en otro tiempo a los Celsos y a los Porfirios. ¿Podrán acaso alcanzar los ojos a vuestra vista esos impíos, que desprecian los monumentos de erudición que habéis dejado a la posteridad? Etc.¹² Y para manifestar toda la eficacia de esta verdad, dad aquí testimonio vosotros, que sepultados por espacio de muchos años en las tinieblas de la impiedad, habéis al fin abierto los ojos a la luz y conocido la gravedad de vuestras culpas; decidme, ¿si en una edad madura, en que estando las pasiones menos vivas, dejan a la razón toda su libertad, habéis formado entonces dudas sobre la religión?¹³ Cuando está ya colmada la medida de los delitos y se ha perdido el derecho que se tenía a la suprema felicidad,

8. Nota. Que en todo esto copia el P. Eliseo la paráfrasis del salmo 13, de Massillon; pero la desnuda de aquella ironía que usa éste para hacer odiosa la incredulidad, al mismo tiempo que descubre sus principios, y sus más impías.

9. Pág. 26, 1 10.

10. Pág. 28, 1,10.

11. Job. 15, 16.

12. Pág. 30 lin. últ. y siguientes.

13. Pág. 31, 1,21.

entonces es cuando el hombre se ofrece y entrega en brazos de la suerte y funda toda su esperanza en volver a la nada.”¹⁴ No todo lo que entienden aquello comprenden esto, ni puede hacerles fuerza alguna. En la propia refutación colma de elogios a los escritores incrédulos, a los cuales da el título de restauradores del buen gusto y de la cultura de los antiguos, de hábiles en la retórica, de cuya arte saben servirse para exponer su doctrina.¹⁵ Ni se diga que habla con ironía, porque en otra parte¹⁶ canta bien de plano y dice, “que los escritos que salen de la mano del incrédulo, y en que se combate la providencia de Dios &c., no respiran sino humanidad, y están llenos de las más vivas exhortaciones al amor del prójimo.” Esto me parece tan irregular como el que trate a los sectarios con los epítetos de *hombres viles e ignorantes, almas ociosas y disolutas*,¹⁷ lo cual no es conforme a la caridad que debe brillar tanto en el predicador ni a las reglas de la oratoria cristiana, porque aunque son contrarios a nuestra causa, no tratamos, como en el senado o como en el areópago, de triunfar de ellos por su condenación, sino de ganarles y traerles con suavidad al camino de la salvación en Jesucristo. Lo segundo, que aun para combatir a la incredulidad no era menester manifestar tanto sus secretos perniciosos, por más infectado que se suponga el concurso. A los mismos auditorios predicaron Giroust, Bourdaloue, Massillon y otros; pero como sabían que con la cizaña estaba mezclado el buen grano, fueron con el debido tiento para no maltratar éste por segar aquélla. El Padre Eliseo no ha hecho otra cosa que destripar, si puedo decirlo así, sus discursos, enervar sus razones, y amplificar las máximas del materialismo, que ellos supieron batir y perseguir hasta sus mismas tiendas, haciéndose entender de los que estaban imbuidos del error y sin poner la piedra del escándalo en que pudiesen tropezar los inocentes, y por no imitar la loable conducta de estos hombres, es peligrosa entre nosotros la lectura de las piezas citadas.

14. Pág. 27, 1,14.

15. Pág. 126, 1,3.

16. Nota: Que el fondo de todos estos pensamientos es sacado de los sermones referidos de Massillon, y desfigurado, y enflaquecido con el estilo del Padre Eliseo.

17. Pág. 27, lin. 6.

V

EXAMEN DE LOS SERMONES INDICADOS
EN EL ANTECEDENTE

Aunque en el parágrafo antecedente hemos manifestado el perjuicio de la traducción de estas tres piezas por la claridad con que ponen a la vista de nuestros pueblos los arcanos infames de la impiedad, en lo cual son análogas con la primera, necesitan todavía de examen más particular. No será tan prolíjo como el de la otra, no por falta de materia, sino porque haríamos una obra inmensa y nada útil. Poco satisfecho el P. Eliseo de su asunto *sobre las obligaciones del cristianismo en la sociedad*, que deduce de las palabras de Jesucristo, *quaerite primum regnum Die &c* referidas por San Mateo en el cap. 6, dice: "...quizá se me censurará de que me limito en esta cátedra cristiana a instruir y resucitar vuestro celo para la patria..."

Antes de oír su respuesta a este reparo, querría que me respondiese a este otro: ¿por qué de un Evangelio en que habla Jesucristo literalmente del esmero de la divina providencia sobre todas nuestras necesidades corporales, para que descuidados de ellas nada más procuremos ni trabajemos en otra cosa que en alcanzar el reino de los cielos, ha sacado la idea de que el Evangelio ilustra y determina con sus preceptos las obligaciones del cristiano en la sociedad, y santifica y facilita con sus motivos el cumplimiento de ellas? ¿Por qué de las palabras del Divino Maestro *nollite timere*, con que nos quita el miedo a los

tiranos, cuya violencia está limitada a la vida temporal, y nos pone a la vista el temor santo de Dios, que se extiende hasta la eterna, deduce¹ "que los principios de la incredulidad son incompatibles con la verdadera honradez, porque destruyen las obligaciones del hombre en cuanto a Dios y en cuanto a la sociedad?" ¿Por qué del mismo texto infiere² "que la honradez de los incrédulos nunca es sólida, porque los motivos que le deja la incredulidad son insuficientes?" Acuérdome a este propósito de un opositor, que del texto *Saúl percusit mille*, sacó la conclusión de que *David fuit author omnium psalmorum*. Si lo hizo por el celo de combatir la impiedad, ningún pasaje del Evangelio era más a propósito que el de *quaerite primum &c.* en el cual enlaza el Salvador la providencia de Dios siempre benéfica, y no como quiera o en general, sino la que ejercita sobre cada uno de nosotros, que es el primer escollo del materialista.

¿Cuál más terminante que el otro de *nollite timere*, para hablarles de vida eterna, de premios y penas y de la inmortalidad del alma, que son los dogmas que procuran destruir con su secta? Pero en el Padre Eliseo se advierte un prurito que le caracteriza, de tratar asuntos políticos, de hablar sobre la sociedad y el orden público y de discurrir por principios de pura humanidad; y por seguirle, violenta los textos para sacar esos temas e incurre en otros defectos que iremos viendo.

¿Y cómo satisface al reparo que se opuso? "Que si pudiese conseguir solamente que una persona supiese mejor sus obligaciones y amase más las leyes, su religión y al prójimo, su ministerio no dejaría de tener mérito para con el Señor."³ No hay duda que sería muy meritorio. Y también lo sería si todo el tiempo que gastaba en decir un sermón, en aprenderlo y escribirlo, lo hubiese empleado en oración mental, ¿quién lo duda? La censura no recae sobre si el Padre Eliseo merecía o no merecía para con Dios, hablando a las gentes de aquella materia; lo que puede tachársele, y yo le tacho y le repreuelo es que en aquel lugar no hablase de las obligaciones del cristiano como cristiano y discípulo de Jesucristo, explicándose las con-

1. I Serm. de la honradez, Pág. 127, lín. 4.

2. II Serm. de la honradez, Pág. 164, lín. 5.

3. Pág. 41, lín. 8.

forme al Evangelio, el cual le manda cumplirlas puramente por Dios y en Dios. De esta práctica evangélica viene sin sentir, digámoslo así, el amar las leyes, al soberano y al prójimo en Dios y por Dios, y ella es la que forma los verdaderos patriotas mirando a la patria celestial. El predicador falta a su obligación y trastorna la palabra de Dios, si intenta mover los ánimos de sus oyentes con utilidades y esperanzas temporales.

Jamás propuso Jesucristo por fin de su doctrina otra cosa que la negación de sí mismo, la mortificación, la paciencia y la cruz, ni otro medio que la gracia, el desprecio del mundo, de sus riquezas y de su felicidad, ni más premio que la vida eterna. Lo que predicaba, lo ejecutaba y cumplía para confirmarnos con su ejemplo, con el cual nos exhortaba San Pedro;⁴ y por tanto decía San Pablo, que no predicaba más que a Jesucristo, y ese crucificado.⁵ Bien sabían ambos, que este soberano asunto de la religión era el escándalo de los hebreos, y la mofa de los sabios del gentilismo; pero predicándole, convertían a los unos y a los otros. No ignoraban ellos y sus más inmediatos sucesores las calumnias, con que desde el principio pretendió la malicia hacer odioso el cristianismo, ni la rabia, que animaba contra él a los césares y príncipes, a quienes se les figuraba como opuesto a sus intereses, a la subordinación, al amor de la patria, y a las virtudes sociales; (¡tan antiguas son estas notas!) mas no por eso se ponían a predicar, que las máximas del Evangelio eran las que ilustraban y determinaban las obligaciones del hombre en la sociedad; que sin ellas no había verdadero patriotismo; que por ellas se formaban los héroes, y que los motivos del paganismo eran muy insuficientes. Los filósofos del gentilismo hacían valer sus sectas y procuraban ganar discípulos por estos y otros medios semejantes, que hacen su impresión derechamente en los sentidos, que despiertan los intereses temporales tanto del particular como del gobierno; pero los apóstoles y varones apostólicos, aunque con esto hubieran ahorrado muchas penas, nunca predicaron sino el espíritu del cristianismo; lo que hay en él de más contrario a la carne y a la prudencia humana: lo que más hiere la delicada sensibilidad del príncipe, y del vasallo; porque aquéllos no buscaban, como los apóstoles,

4. I Pet., 2, 21.

5. I Cor., v. 23.

la gloria de Dios, sino la suya, no se cuidaban de encaminar las almas al cielo, sino a su escuela. No será extraño ni reprehensible, especialmente donde cunde el materialismo, tirar algunos rasgos sobre la conformidad del Evangelio con la razón y el orden público, al modo que San Pablo tomó ocasión de la lápida que vio en Atenas para predicar a Jesucristo en el areópago, y aun se sirvió de un hemistiquio de Arato; pero esto ha de ser ligeramente y de paso, como por consecuencia o retorción, y no como tema de una oración evangélica.

Un sermón, cuyas proposiciones sean semejantes a las del P. Eliseo en estos tres, choca a los hombres religiosos, enseña a la mayor parte del auditorio lo que le convenía ignorar, y da necesariamente en la monstruosidad de tejer una tela, cuyo fondo o campo es la impiedad con todas sus máximas, principios y consecuencias, sembrando de algunas flores de filosofía con tal cual perfil de la religión. En prueba de ello, venga el de las obligaciones del cristiano en la sociedad. Entra el Padre Eliseo con la declamación:

“¡Cuán despreciable es aquella sabiduría profana que desune los intereses de la sociedad de los de la religión, que se persuade de que la exactitud de los preceptos del Evangelio no es compatible con las máximas de una sabia política; y a que todo desmayaría si la piedad sola gobernase los imperios!...”⁶

En el mismo estilo sigue toda la plana 42, trayendo las detestables consecuencias que saca el incrédulo del Evangelio. Emplea la 43 en decir que estas horribles paradojas debían sepultarse en las tinieblas, pero que la Francia estaba ya tan viciada de ellas, que no podía guardarse silencio. Lo demás de ella y toda la 45 lo ocupa en indicar el modo que tienen los incrédulos de hablar sobre el cristianismo; plana bien notable, porque en 26 líneas que contiene no hay más punto que el final y doce comas. La 46 y parte de la siguiente es otro pedazo de exordio vago reducido a decir que toda la opinión de los impíos

6. Pág. 41 y sig.

no quitará su triunfo a la religión, y que el cristianismo es una ley suave, que inspira el perdón de las injurias, el desinterés, el amor a la patria, el celo de servirla y el conocimiento de la verdad, con una sentencia grave y aguda por la metáfora de saetas... "Todas las saetas, dice, de sus enemigos se quiebran así que dan en aquel semblante majestuoso."⁷

Todo el pedazo de tela que hemos recorrido en cinco planas y medias no tiene a favor del cristianismo más (fuera de la intención, con que lo decía el Padre Eliseo, y de la afección piadosa con que le oye o lee un católico) que una u otra cláusula, como es "que el cristianismo no tiene por apoyo la ignorancia o es semejante a aquellos rayos que reconcentrados en lo profundo de las nubes parece hacen un estrecho más majestuoso"⁸, sólo causa respeto con las tinieblas entre que se oculta⁹." Pero ya se ve que esto es decir nada, y eso muy mal. ¿Qué rayos son éstos que se reconcentran en lo profundo de las nubes?, ¿cuáles son los que hacen estruendo majestuoso?, ¿en qué tinieblas se ocultan para causar respeto? Hasta ahora la física no conoce otros rayos, que los que rompen la nube en vez de reconcentrarse, los que dan un estallido horroroso, en lugar de estruendo majestuoso, y los que causan no *respeto con las tinieblas*, sino asombro y espanto con la violencia e instantánea luz que vibran, esto es rayo, y lo demás es trueno. Acuérdome de un sermón, que para burlarse de los predicadores que usan de este lenguaje, hizo un sujeto, y decía una de sus frases: "Aparecióse en tiempo de Nabuco una que parecía serpiente, exhalando fuego por lo más arduo de sus venas..." En la 45 procura atemorizar las conciencias delicadas de los materialistas con el escrúpulo de que "aun cuando no llevasen el fin (se entiende cuando hablan contra la religión) de erigir su sistema sobre las ruinas del cristianismo, siempre sería delito dar tanta fuerza a unas dificultades que ellos mismos no quieren resolver." Lo mismo le digo yo al Padre Eliseo, que sería mucho mejor que no impusiese a sus oyentes en las dudas y principios de los incrédulos, especialmente cuando no se pone a resolverlas, y a combatirlos más que con declamaciones vagas a favor del cristianismo.

7. Pág. 46, lín. 24.

8. Así está.

9. Pág. 44, lín. 5.

Tal es aquélla: "Triunfarás, augusta religión, de todas estas persecuciones, y tu autoridad, capaz por sí sola de humillar la soberbia y de ensalzar la humildad, debe infundir un mismo respeto así a los sabios como a los ignorantes. El humo denso que sale del abismo no empañará jamás tu lustre."¹⁰ Sin duda quiso el Padre Eliseo cometer la figura que llaman sus paisanos *Elans* y los retóricos *exabrupto*, que es como un rayo que cae a cielo raso, cuando está el tiempo más sereno. Bossuet fue muy distinguido en este género, porque los vibraba la profunda ciencia de la religión y el volcán de su corazón sensibilísimo a los intereses de ella; pero aquí es un granizo como el día de Santa Ana el año de 1782. En fin, desciende el Evangelio, y aunque no es a la cláusula de su tema, *quarite primum &c.*, sino a otra muy diferente, a lo menos son palabras de Jesucristo, *diliges proximum tuum &c.*, y dice que con esta sola respuesta que dio al discípulo ansioso de saber sus obligaciones, se mantiene firme la religión contra los ataques insidiosos del incrédulo.¹¹ Y en verdad que si éste fuese todo el apoyo del cristianismo, no andaban lejos de su perfección los cuáqueros¹² y los mismos incrédulos que ponen en el amor del prójimo y ejercicio de la caridad toda la suma de su secta. El gran precepto del Evangelio, de amar al prójimo como a nosotros mismos, ni es ni puede ser cimiento que por sí solo sostenga el edificio de la religión; no es más que una máxima que caracte-
riza la bondad y beneficencia de nuestra divina filosofía, para cuya observancia es menester la fe, la caridad y el auxilio del Maestro que la enseñó, y sin estos fundamentos, ni es meritorio del amor del prójimo, ni añade cosa alguna a lo que enseñaron y aun practicaron muchos filósofos antiguos, y a lo que confiesa el Padre Eliseo, *que exhortan vivamente los incrédulos en todos sus escritos*.¹³

¿Y qué deduce de este precepto para probar que el Evangelio ilustra y determina las obligaciones del cristiano en la sociedad? Salta por las brasas: huye lo mismo que le manda su tema,

10. Pág. 46, al princ.

11. Pág. 47, al princ.

12. Pág. 126, a la lín. 3.

13. Del inglés quaker; secta fundada por William Fox en el siglo XVII, que condenaba toda violencia y exaltaba la caridad. Rechazaban el bautizo y la comunión. (JLS)

quarite primum regnum Dei, y sin acordarse de Dios, ilustrando su precepto en toda su extensión, que comprende las obligaciones del hombre como cristiano en Dios y por Dios, de cuyo cumplimiento fiel resulta por consecuencia el amor y subordinación a los soberanos y los deberes a la patria; pasa a esto, como objeto principal y antepone el orden público al orden espiritual del Evangelio. Hace el oficio de orador político y deja a un lado el de predicador religioso. ¿Y cómo enlaza las obligaciones del hombre con el Evangelio? Dice: "que los cristianos en medio de los tormentos pedían a Dios por Nerón... porque así los tenía enseñados Jesucristo, quien siempre fiel y siempre afecto a su ingrata patria, encomendaba a sus discípulos que fuesen obedientes a los soberanos, respetasen el orden público y sólo opusiesen mansedumbre a la violencia de los tiranos..."¹⁴ Yo no sé ni dónde ni para qué trae el Padre Eliseo aquello de que "Jesucristo siempre fue fiel y siempre afecto a su ingrata patria, encomendaba &c." ¿Qué fidelidad o qué afecto patriótico es éste? Jesucristo negaba a su misma madre y parientes, y aseguraba que no tenía otros que aquéllos que hacían la voluntad de su Eterno Padre.¹⁵ Jesucristo huía de su patria y tenía por máxima que ningún profeta lograba aprecio en la suya.¹⁶ Jesucristo en ninguna parte escaseó más su doctrina y su beneficencia que en Nazaret, su patria, donde no parece que predicase más que un sábado;¹⁷ consta que curó a pocos,¹⁸ en fin, que no obró allí sus maravillas,¹⁹ de suerte que él mismo se hace, en nombre de sus compatriotas, la reprensión de que no practicaba con ellos y en su patria los prodigios que en otras partes.²⁰ ¿Y qué responde a esta objeción? Póneles a la vista por toda satisfacción los ejemplos de Elías, que en tiempo de hambre, a ninguna de sus paisanas socorrió como lo hizo con la viuda de Sarepta, natural de Sidonia, y el de Eliseo, que habiendo tantos leprosos en Israel, sólo curó al sirio Naamán.²¹ ¡Lindas pruebas

14. Pág. 47, lín. 17.

15. Math. 12, 46.

16. Id. cap. 13, 58 & *alibi*.

17. Marc. 6,2. Luc. 4,16.

18. Marc. 6,5.

19. *Ibidem*.

20. Luc. 4,23.

21. Ib., v. 25 &c.

de fidelidad y amor a su ingrata patria! Tanto, que por ellas le echaron sus conciudadanos de la sinagoga y la ciudad, y le persiguieron furiosos hasta la colina del monte con ánimo de precipitarle.²² Cuando en Nazaret hubiese hecho el Salvador los mismos beneficios y milagros que en Cafarnaum, ¿qué conexión tenía esto con la sociedad ni el orden público?

“Orad, les decía (prosigue el Padre Eliseo) en las calamidades de la Iglesia, pedid a Dios que convierta los corazones; y si acaso no escucha vuestros ruegos, y permite que la persecución se encienda, acordaos entonces de que habéis sido enviados como ovejas en medio de los lobos: *sicut oves in medio luporum.*” Ve aquí después de tanta tela, una florecilla de cristianismo, pero mal dibujada todavía. Lo primero, porque atribuye a Jesucristo palabras que no dijo. De toda esta cláusula sólo hay suyo la palabra *orad*, y no la contrae expresamente en parte alguna del Evangelio a las calamidades de la Iglesia, sino a las persecuciones de los apóstoles, los cuales en virtud de este precepto, no sólo estaban obligados a orar por los que les persiguiesen a causa del ministerio apostólico, sino también por los que les fuesen contrarios en razón de cualquier otro motivo particular, como debemos practicarlo todos los cristianos en fuerza del propio precepto. Esta es una alteración muy repreensible. También es palabra de Jesucristo la de *sicut ovès &c.*, pero no lo son las antecedentes, con que las liga Eliseo. Lo segundo, porque el espíritu con que trae estas máximas verdaderamente cristianas y sacadas del Evangelio, aunque no dichas por el Salvador en los mismos términos, no es conforme al espíritu del Evangelio, el cual no miró en ellas a formar ciudadanos ni patriotas, sino cristianos perfectos, que amasen sobre todo a Dios, y en Él y por Él a sus prójimos. El que cumple con este divino mandamiento a todos los hombres, sin excepción de reino, ni ciudad, los abraza en Dios, los ama como a sí mismo, se desvela, trabaja y aventura por el bien de todos y el de cada uno, como por el suyo propio; de aquí concluyen que siendo tan lastimosas las consecuencias de la perturbación del orden público, lo respeta, lo guarda, mira en los que mandan al mismo Dios, que les ha colocado al frente de las naciones, obedece a sus ministros y guarda exactamente sus leyes, sin examinar su

22. Ib. a v. 28.

conducta o su justicia, ni quejarse de sus decretos, que recibe y aun adora como dimanados de la providencia eterna.

Cuando todos los miembros de un estado vivan y obren penetrados de tan soberanas máximas de amar a Dios sobre todo y al prójimo por Él y en Él, como a sí mismo, establecerán con la subordinación la felicidad de sus familias, la unión con sus vecinos, la liga con todo el pueblo, la conexión de la provincia, y en fin, el vínculo indisoluble y venturoso del estado. Por eso he dicho que estas ventajas temporales no deben mirarse más que como consecuencias remotas aunque muy legítimas del verdadero cumplimiento de aquel precepto *diliges proximum tuum &c.*, cuyo objeto principal y único, es formar el corazón del hombre a la religión, y la fuerza y extensión de esa soberana máxima es la materia y el asunto propio de un predicador, no aquellas utilidades del siglo. San Agustín, queriendo desvanecer las mismas preocupaciones de que el cristianismo era contrario a la sociedad y al orden público, no pensó en tomar por tenia que el Evangelio ilustraba y determinaba las obligaciones del cristiano en la sociedad, como el Padre Eliseo; y responde, suponiendo las máximas fundamentales del Evangelio, que siempre que se ajusten a ellas los generales y soldados, los maridos y mujeres, los padres y los hijos, los reyes y los jueces, los deudores y exactores del real fisco, se verán obligados los censores del Evangelio a confesar que nunca sería más feliz un estado que cuando todos sus miembros obedeciesen a la ley de Jesucristo,²³ porque lo principal es ser buen cristiano, y el que lo sea será buen miembro de la república en cualquiera clase. También dije que para tratar así este asunto conducía el Padre Eliseo por la mano el propio texto de su tema de *quarite primum &c.*, porque enseñando primero al hombre a buscar el reino eterno, que es la patria verdadera y la ciudad permanente, le diría que el primer paso para conseguirlo era el amor de Dios y del prójimo, de cuya explicación cristiana le era fácil descender a la apología de la religión contra los que la juzgan opuesta al orden público, y de este modo tenía más juego su texto en el discurso, pero era menester que no hubiese hecho la proposición y división en los términos que hemos visto, sino que concluyendo

23. S. Agustín. Ep. 138, alias 5, ad Marcellinum.

por el tema, que nuestra primera obligación es trabajar por el reino celestial, manifestaría que los principios que nos conducen a él nos hacen al mismo tiempo más útiles a la sociedad y al estado. Esto no tenía violencia, y era muy digno de un hijo de Elías.

Todos los miembros de un estado fundidos en el molde del Evangelio, y unidos, fuera de los vínculos de la naturaleza, con el espíritu de la caridad en familias, pueblos, ciudades y reinos destinados por una providencia soberana a los diferentes ejercicios del cuerpo civil, militar y político; esto es, unos a mandar y otros a obedecer, no llevan por mira principal de sus acciones más que a Dios, y por agradarle se esmeran en cumplir las obligaciones generales del cristianismo, y las particulares anexas a aquél estado, en que su mano les ha puesto. El padre manda a los hijos, el amo a los criados, el jefe a los soldados, el príncipe a los vasallos como a hijos y criaturas de Dios, cuya imagen respeta en ellos; con el mismo objeto obedece el vasallo al soldado, el criado y el hijo a aquéllos que ha puesto Dios sobre sus cabezas, para que dirijan su conducta. Ésta es la doctrina constante y uniforme de las santas escrituras, de que dice el apóstol San Pablo con especialidad los más bellos documentos. El amor de Dios es el espíritu del amor al prójimo, que anima todas las obras del cristiano, y por eso éste a nadie debe llamar padre, maestro ni señor, si no es a Dios, a quien sirve y obedece, cuando obedece y sirve a los padres, maestros y señores temporales. Cuando se predique así, no da la conexión o conveniencia, sino el influjo poderosísimo de la religión en el patriotismo y orden público, podrá decirse: "que el cristianismo eleva el corazón a Dios para unirlo con mayor fervor al orden de la sociedad", como dice el Padre Eliseo,²⁴ haciendo el amor de Dios medio y el de la sociedad en último, sino que el cristianismo elevando el corazón a Dios une con mejores vínculos al orden de la sociedad. También podrá asegurarse con verdad que la piedad no es un agregado que ha inventado la política; pero que sus reglas, sus maximas, sus preceptos y el fin de ellos, es lo más útil y conveniente a una política sabia. Yo no sé en qué pensaba cuando dijo: "los que creen que la piedad es un agregado que conviene a la política,

24. Pág. 50, lín. 1.

quedarán confundidos; de esta suerte pensaban los primeros fieles.”²⁵ Un hombre que intenta probar que el Evangelio ilustra y determina las obligaciones del cristianismo en la sociedad con sus preceptos, que facilita y santifica el cumplimiento de ellas con sus motivos, ¿se empeña en confundir a los que creen y tienen a la piedad por un agregado que conviene a la política? ¡Extraña contradicción! tanto, que más me inclino a que sea defecto del traductor que del autor, y más cuando advierto que sigue con un fragmento de la apología de Tertuliano, en que manifiesta la conveniencia de nuestra doctrina con la salud pública de los emperadores y el imperio.

Después de aquella pequeña y mal dibujada florecilla de la religión, prosigue el Padre Eliseo ya con preguntas, ya con admiraciones, insertándonos todas las imposturas de los crédulos, en cuya opinión no es el cristianismo otra cosa que entusiasmo y superstición; sin otra defensa que decir al paso que el Evangelio, por la moderación y el perdón de las injurias, condena semejantes excesos, hace ciudadanos leales a la patria, generosos con sus amigos, sumisos en la persecución y otras generalidades.²⁶ Inserta que el cristiano es discípulo de un maestro que amaba a su pueblo... Yo diría a todo género humano... que vertía lágrimas sobre las ruinas de su patria... Yo diría sobre la ceguera de los judíos. Ni Jerusalén era en propiedad su patria... Que no temió irritar la envidia de los fariseos, defendiendo los derechos del César... Yo diría que confundió la malicia de los fariseos que iban a tentarle, declarándoles la diferencia de derechos y de obligaciones divinas y humanas. Jesucristo no vino a exponer su vida por las regalías del César, sino por pagar a la justicia de su Eterno Padre. En una palabra, el Padre Eliseo trastorna de un modo áulico las verdades primitivas del Evangelio y las consecuencias que de ellas resultan.

Pero no dejemos de seguirle. Después de trastornado el orden del Evangelio, dándole por objeto principal de sus preceptos el amor de la patria y orden público, dice: “Que los que inspiran este celo no prestan menos luz, pues señalan todas las obligaciones del ciudadano en la sociedad, precaven todos los

25. Pág. 47, lín. 2.

26. Véase desde la Pág. 48, lín. 14, hasta la 51 lín. 9.

abusos y demuestran que la verdadera piedad nunca se opone a la prosperidad pública.”²⁷ ¿Y cómo es que las señalan?, porque les acuerda que tienen un origen común que establece en ellos el amor fraternal, que como no es posible acudir a todos, es necesario aplicarse principalmente a servir a aquéllos con quienes tienen más vínculos, según regla establecida por San Agustín,²⁸ cuyo lugar no cita, ni en realidad se necesita, porque no es estatuto del santo, sino regla muy general sacada del Evangelio. Que la tierra que habitan juntos produce entre los hombres, mirándola como madre común un nuevo lazo, y esta inclinación, que le es propia²⁹ (luego no viene del Evangelio), los une con mayor estrechez, y forma aquel efecto virtuoso que llamaban los antiguos, amor de la patria (*charitas patrii soli*), y que los hombres se sienten enlazados con mayor fuerza al considerar que aquella misma tierra que los ha alimentado cuando vivos, los recibirá en su seno después de muertos.³⁰ En nada de esto se ve más que principios de una ley natural, y esa tomada con la más tosca materialidad, porque el que sabe pensar, y tiene a la tierra por madre común y patria de todos los vivientes, del mismo modo mira la alcoba de París donde nació, que el Cairo, donde no ha estado, e ignora si le alimentará vivo con sus frutos o le recibirá en su seno después de muerto. La prueba más convincente es que los gentiles, siguiendo los mismos principios, por un efecto natural se llenaban de aquel afecto de *charitas patrii soli*. Esto es amontonar sin discernimiento, y queriendo probar que el Evangelio señala las obligaciones del hombre en la sociedad y engendra el amor a la patria, manifestar que éste es propio de la naturaleza por unos motivos materialísimos. Añade que “José se consolaba con pensar que sus cenizas descansarían con mayor reposo en medio de sus conciudadanos”³¹, que nos es poca injuria a laantidad de aquel patriarca. Lo mismo digo de la parábola que trae del sacerdote y el samaritano,³² la cual es un testimonio de la extensión que debe tener la caridad, no sólo fuera de la patria, sino más allá de la nación. Lo que dice

27. Pág 51, lín. 16.

28. Pág. 52, lín. 16.

29. Ib., lín. 23.

30. Pág. 53, al princ.

31. Ib., lín 6.

32. Pág. 52, lín. 7.

(también fuera de su propósito), que la diferencia de cultos y de misterios no debe debilitar este fundamento primitivo de la humanidad,³³ necesita la explicación. El evangelista San Juan, principal panegirista y recomendador de la caridad cristiana, nos enseñó que no tuviésemos comunicación, que no recibiésemos en nuestras casas y que aun nos guardásemos de saludar a los herejes, porque de lo contrario nos haríamos cómplices de sus maldades.³⁴ De ello nos dio un ilustre ejemplo, huyendo de cierta casa de baños, porque supo que estaba en ella Cerinto³⁵ y en efecto, los cristianos sólo podemos comunicar con los de otro culto o misterios en aquello a que obligan las leyes de la humanidad. "Los franceses, en quienes (dice el Padre Eliseo) el amor al soberano se confunde con el de la patria, y este afecto puede servir por todos los demás, porque nacen naturalmente buenos vasallos, y los soberanos buenos señores &c."³⁶ ¡Oh nación venturosísima! Jamás podrás reconocer por hijos tuyos a un Jacobo Clement, a un Pedro Barrière y sus cómplices, a un Juan Chatel, a un Pedro Ovin; a un Vicario de San Nicolás des Champs, ahorcado en 1596, en su propio capital, a un Damiens y otros parricidas y atentadores contra las sagradas vidas de tus soberanos.³⁷ No puede reconocerlos por hijos; cuando más, serán abortos de una madre, cuya fecundidad en vasallos naturalmente buenos, degeneró en esos monstruos. Nuestra España, cuyos hijos forma la religión al lado del amor de Dios en el de los soberanos, no puede producir tan execrables abortos.

Lo que sigue³⁸ sobre la fuerza que añaden a este afecto la fe, la esperanza, la caridad, y los sacramentos, ni es determinar las obligaciones del cristiano en la sociedad, ni son principios de patriotismo, sino un amor recíproco entre todos los cristianos del mundo, y unas virtudes que también enlazan al cristiano

33. Ib., lín. 5.

34. 2 Jn., 10-11.

35. El episodio de los baños de Efeso y la presencia de Cerinto lo cuenta S. Policarpo. Cfr. MG 7, 853. (JLS)

36. Pág. 53, lín. 9.

37. Se refiere, entre otros, al dominico Jacques Clement (1567-1589), que asesinó a Enrique III (31 de julio de 1589), y fue masacrado por la guardia palaciega. Jean Châtel (c. 1575-1594), fue un fanático que atentó contra la vida de Enrique IV en París; François Ravaillac (1578-1610), asesinó a Enrique IV, y Robert Damiens (1715-1757), atentó contra la vida de Luis XV. (JLS)

38. Ib., lín. 16.

con el chino, con el tártaro y con el musulmán. El celo de Matatías por la defensa de la ciudad santa³⁹ es común en el fondo con el de muchísimos paganos, esto es, si se mira sólo por la patria, lo que le eleva a otra esfera es haber tenido por primer objeto la conservación de la religión que Dios había dado, y del único templo en que se le adoraba conforme a sus ritos. El desconsuelo del pueblo hebreo a las orillas de los ríos de Babilonia debe nivelársele del mismo modo, y si de esta naturaleza eran las pruebas de que dice el Padre Eliseo, "no me cansaría, fieles míos, de traeros a la memoria que la religión afirma la unión y la felicidad de los hombres, y el amor y la prosperidad de la patria",⁴⁰ poco importa que se las haya dejado en el tintero, porque serían pruebas de la fuerza de cualquier religión, y no características de la nuestra, que se funda en más soberanos testimonios. Cuantas naciones han sufrido el yugo de la conquista, han tenido su culto y sus dioses, han llorado la servidumbre y la expatriación, como los hebreos, han juntando en la comunión de aras y templos la de unos con otros, y en la misma hoguera que ardía el incienso de Egipto o el copal de México a Osiris y a Vitzilipuztli, se inflaman los corazones en el amor de sus respectivas patrias.⁴¹

No entro en la segunda parte, en que se propone probar que la religión facilita con sus motivos el cumplimiento de las obligaciones sociales, en la cual pega cuatro veces, como nido de golondrina, el *quarite primum regnum Dei*, porque en realidad ofrece los mismos reparos sobre iguales defectos que la antecedente, esto es, habla más la impiedad que el cristianismo, se explica aquélla con más claridad y energía que éste, y al cabo, en lugar de un cuadro de San Miguel que triunfa de la serpiente, pinta el Padre Eliseo uno de Eva, que la deja hablar cuando quiere, y que por fin triunfa de ella, y también porque me llaman la atención los dos sermones *sobre la falsoedad de la honradez*, que aunque cada uno merece bastante examen y censura, será preciso contentarnos con algunas reflexiones.

Define el Padre Eliseo "la honradez una conducta arreglada por el conocimiento y amor de la virtud."⁴² Ésta puede ser igualmente

39. Pág. 54.

40. Pág. 55, lín. 13.

41. Es posible que se refiera a Huitzilopochtli, Dios de la guerra. (JLS).

42. Pág. 127, lín. 14.

la definición del cristiano y la del incrédulo, entendiendo cada uno a su modo el nombre de *virtud* conforme explicamos en el Cap. IV, Parte II. Pero prescindiendo de esto, hallo que desde la definición se sale de la cuestión, dando a la honradez tanta extensión cuanta es la de la *justicia universal*, que consiste en el conocimiento y amor de la virtud, por el cual se conduce en sus acciones. No es esta la idea, que ligan los hombres a la palabra *honradez*, sino la de cumplimiento fiel a todo lo que tiene respecto con el comercio exterior de los demás, sea por virtud, sea por vanidad o por cualquiera otro motivo, como observe siempre una conducta firme en sus obligaciones así públicas como privadas, no por una ley universal, eterna e inmutable, y una libre conformidad con la razón soberana, como dice el Padre Eliseo, sino conforme a las leyes del estado, de la sociedad y, en una palabra, a lo que se llama *hombría de bien*. Esta es la honradez en el sentido común, y la que el Padre Eliseo define o describe es la justicia cristiana.

Si se intentase probar solamente que la doctrina del cristiano, la cual conduce al hombre en todas sus acciones, ya públicas, ya privadas, por el amor y conformidad con la voluntad de Dios, invariable y rectísima, sin atención a interés temporal ni a respeto humano, era por estos mismos principios mejor que el ateísmo, la incredulidad y el libertinaje para formar hombres honrados, porque sobre la conformidad de sus operaciones con la sana política, de fidelidad del comercio y los verdaderos intereses del estado, les da una dirección constante, superior a los acasos, independientes del amor propio y sacrificadas a la obediencia, en que consiste la justicia universal, sería muy bueno aquel principio, no como definición de la honradez, sino como máxima elemental de la religión, que comprende y excede con mucho a la honradez y hombría de bien que requiere la sociedad para su firmeza. Pero, cuando se trata de manifestar al incrédulo que los principios de su secta son incompatibles con la honradez en la sociedad, es darle una definición en que él no conviene, porque niega a Dios, no se cuida de agradarle, ni conoce ley eterna: y por consecuencia es inútil todo el discurso fundado sobre una definición de esta naturaleza. Él juzga honradez las acciones externas que nacen del amor a la humanidad, y giran a hacer efectivo su ejercicio con el prójimo. Consiguiente a la definición de esta honradez, hace el P. Eliseo una contraposición diciendo:

*"Si el hombre vive en el mundo sin destino, sin obligaciones, sin libertad y sin una regla invariable que le enseñe a distinguir el bien y el mal, entonces es preciso decir que ese derecho natural que nuestro filósofos prediados de sabios, nos citan a cada paso, no es más que una mera preocupación, y que la honradez que afectan es puramente un quimera que sólo existe en su imaginación. Tal es, fieles míos, la espantosa perspectiva que ofrecen a nuestra vista los incrédulos."*⁴³

Bien lejos está el incrédulo de reconocerse en ese retrato. Él se juzga destinado a procurar su felicidad, con obligaciones a la humanidad, de cuyo amor, confiesa el Padre Eliseo⁴⁴ que están llenos sus escritos, exhortando vivamente a la caridad del prójimo, al mismo tiempo que combate la providencia eterna, la inmortalidad del alma y la verdad de la otra vida, con libertad, no como quiera, sino excesiva y menos impedida que la de un cristiano; y finalmente con regla, que es la ley natural, la cual entendida por su razón, mira como una norma invariable. Las consecuencias que deduce de esa perspectiva, tampoco las concede el incrédulo, a excepción de aquella "todas las obligaciones del hombre en cuanto a Dios quedan destruidas."⁴⁵ Conviene en ella, no como la primera consecuencia que brota su sistema, sino como el punto capital de su impiedad. En esta inteligencia, ¿de qué ha de servir probarle "que la piedad es la primera obligación del hombre para con Dios, y consisten en aquel movimiento de amor, de respeto y de gratitud, que excita en nosotros la vista de sus perfecciones infinitas, consideradas bajo diversos respectos" &c.? ⁴⁶ Esa piedad supone (como dice Eliseo) la existencia de un ser inteligente, que ha creado de la nada todas las criaturas, que arregla la suposición del universo y dispone todas las cosas con sabiduría infinita &c.⁴⁷, todo lo cual niega el incrédulo.

43. Pág. 128, lín. 1.

44. Pág. 126, lín. 3.

45. Pág. 128, lín. 18.

46. Ib., lín. 24 y siguientes.

47. Pág. 129, lín. 6 y siguientes.

Para no detenernos más en un asunto, cuya explicación sería demasiadamente peligrosa a la delicadeza de la fe, como lo será la lectura de los dos sermones sobre la honradez del incrédulo, me ceñiré a hacer observar dos cosas que los caracterizan de perjudiciales a la religión y defectuosísimos en línea de *discursos*. La primera es que contienen (como insinuamos hablando del de la *incredulidad*) un compendio muy claro del sistema de los materialistas. Escandaliza leer las planas 128, 131, 132, 134, las dos siguientes, las 138 y 139, pero no nos cansemos; ambos discursos son el lienzo de una batalla entre la religión y la incredulidad, en cuyo choque menudea ésta más y con mayor denuedo que aquélla sus golpes. La religión no le opone otra defensa sino exclamaciones... “Oh Dios mío, con estos rasgos forma el impío la idea de vuestra grandeza:⁴⁸ ¡qué monstruosa divinidad es ésta, fieles míos, y qué consecuencias horribles para la piedad no nacen de semejantes principios!”⁴⁹ Aun cuando no encuentra para oponer a los golpes de la impiedad más que estas voces lastimeras, es repitiendo entre sus suspiros las crueles heridas que le tira el incrédulo con su doctrina,⁵⁰ para sacar por último consuelo la triste consecuencia que sólo me permitiré apuntar sin copiarla, porque estremece. “Si éste es el carácter del Dios que adoramos &c.”⁵¹

Conténtase otras veces con volver los ojos a sus fieles hijos, y preguntarles: “¿No os estremecéis, hijos míos, al oír estas infames máximas? ¿La impiedad podrá hallar acaso entre vosotros apologistas y personas que la admiren?⁵² ¿En qué vendrán a parar con efecto todas las virtudes sociales, si la impiedad formase todos los vínculos que nos unen con el prójimo?”⁵³ Parece que el mismo Padre Eliseo se espantaba de la densa nube de saetas sacadas del carcaj o aljaba de la impiedad, y repite la disculpa del primer sermón, esto es: “que si desplegaba sus labios para hacer patentes esos sistemas espantosos que las tinieblas eternas deberían ocultar a los ojos de los hombres, es porque las oraciones y las lágrimas secretas de los ministros de

48. Pág. 135, lín. 15.

49. Pág. 136, lín. 1.

50. Véase desde la lín. 3 hasta la 13.

51. Ib., desde la lín. 13.

52. Pág. 147, lín. 14.

53. Pág. 154, lín. 4.

Dios sobre los desórdenes de los incrédulos no bastaban ya a contener la osadía de sus atentados, y lejos de huir la vista del público, se presentaban con arrogancia a vituperar y blasfemar la religión,”⁵⁴ añadiendo, “su ejemplo peligroso aumenta todos los días el número de prevaricadores en medio de vuestro pueblo. ¡Desgraciada de aquella nación donde prevalecen las máximas de los impíos, y donde las leyes públicas no reprimen su atrevimiento.”⁵⁵ Esto mismo me obliga a mí a repetir que la traducción de sus sermones en que habla de los incrédulos, es muy perjudicial a la fe sencilla de la nación española, cuyas leyes públicas reprimen, no digo el atrevimiento declarado, sino las maquinaciones secretas de la impiedad, y por eso ni presenta con arrogancia, ni vitupera la creencia, ni ha acostumbrado nuestros oídos a sus blasfemias, ni aumenta con su ejemplo el número de los prevaricadores, como se queja el Padre Eliseo que sucede en Francia.

La segunda observación es consiguiente a ésta, y la fundo en que cuando el Padre Eliseo combate la incredulidad, no hace más que oponer cuadros a cuadros y consecuencias a consecuencias, dando mejor luz y colorido a los contrarios que a los nuestros, y más claridad y fuerza a las hilaciones de la impiedad que a las del cristianismo. Nada produce que pueda desarmar a un incrédulo, que o niega a Dios o le quita la providencia, gobierno y creación del mundo, “el cual dirige todos sus principios a arruinar los fundamentos de la piedad,”⁵⁶ y la representa como una deidad ciega e indigna de nuestro culto,⁵⁷ conforme lo reconoce el Padre Eliseo: en cuyo supuesto, ¿de qué ha de servir contra él cuanto se diga fundado en la existencia de Dios, su providencia, su amor a las criaturas que hizo y las obligaciones que éstas tienen de retornarle un culto de piedad cordial? Estos razonamientos son útiles para excitar a los católicos radicados en la fe; para hacerles sospechoso el trato de un incrédulo, y aun para hacerle odiosa su comunicación, en lo cual me parece que no se conformará mucho el Padre Eliseo, según la máxima de que “la diferencia de cultos y de misterios no debe debilitar este fundamento primitivo de la humani-

54. Pág. 147, lín. 19.

55. Pág. 148, lín. 10.

56. Pág. 132, lín. última.

57. Pág. 133, lín. 5.

dad;"⁵⁸ pero de ningún provecho ni energía para aterrizar y confundir al impío. Algunas veces se sirve de argumentos, y entonces, por desgracia, sólo echa mano de aquéllos que puede el incrédulo retorcer con facilidad y decir, que igualmente hacen contra nosotros y contra cualquiera religión. Tal es aquél (si es que puede llamarse argumento), en que se extiende desde la pág. 149, diciendo... "¡Qué azote es para la tierra un conquistador a quien la ambición conduce a la gloria, si las máximas de la impiedad guían sus empresas!", y sigue pintando los estragos que causaría al género humano. ¿Qué fuerza le hará esto a un incrédulo? Dirá que uno de los preceptos de su secta es:

*Quod si quis vera vitam ratione gubernet,
Devitiae grandes homini sunt, vivere parce
Aequo animo; me que enim'st unquam panuria Parvi.*⁵⁹

máxima que no desdice de las nuestras, dictadas por el Espíritu Santo en los proverbios.⁶⁰ En virtud de ella le dirá que condena la ambición de los conquistadores, y que prefiere la obediencia tranquila a la zozobra inquieta de los conquistadores y sus cetros.⁶¹ Le dirá que la idolatría, el mahometismo y todas las sectas han producido esos monstruos que respiran furor y carnicería en vez de la humanidad y amor del prójimo que inspira la suya, por confesión del mismo Eliseo. Lo mismo responderá sobre "aquellos genios turbulentos, aquellos espíritus altivos y audaces, que parece nacieron para mudar el semblante del universo, que fomentaron disensiones, desquiciaron los tronos, y de cuyos secretos manejos fueron juguete los príncipes y las naciones."⁶² No reconoce, dirá el incrédulo, mi sistema, ni produce esos abortos sanguinarios que han traspasado todas sus reglas, arrebatados de la violencia de sus

58. Pág. 52, lín. 5.

59. Lucrec., lib. 5, v. 1116.

60. Pro. 30, 9.

61. Pág. 150, lín. 13.

62. Lucrec. supra, v. 1122.

pasiones, a las cuales opone por valla, como el cristianismo, la humanidad y el amor del prójimo, y en atribuir esa transgresión a mi sistema, y hacerle origen de semejantes horrores que condena expresamente, comete el Padre Eliseo una falsedad muy indigna de todo impugnador de la doctrina contraria a la suya y de un predicador del cristianismo. La idolatría, tan diferente de la incredulidad, es la madre legítima de esos desórdenes según las mismas escrituras, conforme al texto expreso del libro de la sabiduría, en que después de pintarlos, concluye *infandorum enim idolorum cultura, omnis mali caussa est, & initium & finis.*⁶³ La propia réplica hará, cuando pinta su doctrina como enemiga de la amistad, de la buena fe y del orden público, a que le puede oponer los testimonios de sus impíos maestros, que recomiendan estas virtudes en fuerza de la razón y de la ley natural que es su guía, como lo confiesa el Padre Eliseo en varios pasajes. Porque una cosa es que el impío niegue la virtud, obrando con el respeto a Dios, por el cual la graduamos nosotros; y el vicio por la oposición a la ley eterna, con que nosotros le condenamos; y otra cosa es atribuirle que condenen las acciones buenas, y sigan precisamente las malas en fuerza de su sistema. Nuestra divina religión y su moral no necesitan de imposturas, ni de esas suposiciones, para defenderse de la impiedad o la herejía, ni para combatir sus errores, usar de estos artificios, antes es humillarla que darle triunfos, fingiendo que tiene pocas fuerzas para dar contra los cimientos de la incredulidad. ¿Y de qué diremos que viene esta flaqueza en los sermones de Eliseo? De que quiere dar por objeto principal de la religión formar ciudadanos y patriotas, antes que formar cristianos, como dijimos arriba.

De aquí viene también que todas sus miras se dirigen (según se verá después más por extenso) a la sociedad, a la patria, al orden público, y que la fuerza de sus argumentos se funda en la pura humanidad. Si pinta la caridad con el prójimo, allá va... "mi patria asolada, el sepulcro de mis hermanos pisado, sus puertas quemadas",⁶⁴ como si eso mismo no debiese penetrar de compasión las entrañas de un parisiente humano que viese a Londres envuelto en cenizas. Si habla de la benignidad de la

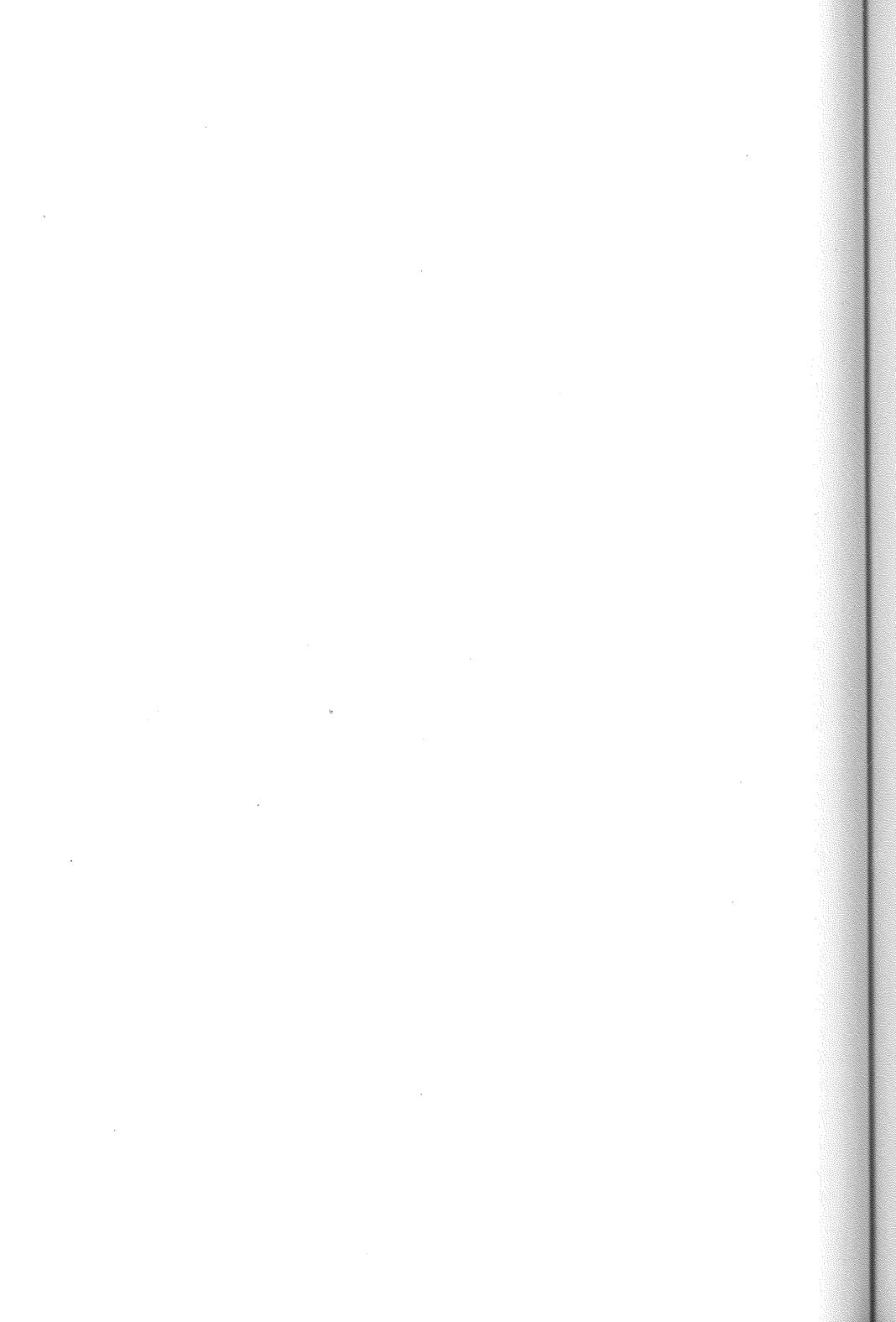
63. Sab. 14, 23-27.

64. Págs. 56 y 57.

caridad, la tuerce a que... "hace capaz al ciudadano de los mayores sacrificios, le afiona con más fuerza a la patria, encamina todos sus pasos hacia el orden público."⁶⁵ ¿Qué más? El mismo sacramento de la penitencia (¡hay mayor delirio!), se dirige según el Padre Eliseo a esos fines. "Cuando el hombre, dice, se humilla en los templos y depone aquel fasto del orgullo que ofende a los mortales, cuando llora a los pies del sacerdote, y se corrige en la sociedad."⁶⁶ Si a alguno no le parecen los argumentos y discursos que hace el Padre Eliseo a favor de la religión, tan débiles como son en realidad, es por la pía afición con que la fe ilustra e inflama nuestros corazones. Su virtud divina nos descubre, a la luz de cualquier chispa, un espacio dilatado, y en cada golpe que da contra la impiedad parece que vemos el brazo omnipotente que va a aniquilarla. El incrédulo, a quien, en vez de alumbrar, ciegan los rayos de la fe, que está prevenido de aversión contra ella, pesa a sangre fría el valor de nuestros fundamentos, y cuando no encuentra más que humanidad en contraposición de la misma humanidad en que él predica, se burla del argumento. Las virtudes que así se le enlazan no las mira como efecto de la religión cristiana, sino de la ley natural que él abraza. Si en la segunda parte del sermón sobre las obligaciones del cristiano en la sociedad, y en la del segundo sobre la honradez tiene algunos rasgos más dignos del ministerio, gracias al señor obispo de Clermont, de quien los toma, sin que por eso falten en uno y otro la flaqueza de no tomar los puntos más capitales, y de confundirlo todo con su estilo y método.

65. Pág. 58, lín. 14.

66. Pág. 59, lín. 16.



VI

EXAMEN DEL SERMÓN SOBRE LA EXCELENCIA DE LA MORAL CRISTIANA

¡Qué asunto más vasto, más grande, más jugoso, para que un predicador manifieste su ciencia sagrada y descubra su elo-
cuencia cristiana, llenando a sus oyentes de instrucción y
penetrándolos de los más vivos sentimientos! La excelencia de
la moral cristiana comienza por la divinidad de Jesucristo, su
autor: abraza todas sus acciones y palabras, se dilata por la
solidez y sublimidad de sus principios, se extiende por la
conexión estrecha de cada una de sus máximas, encierra la
eficacia de sus medios y comprende un plan acabado de la vida
interior y exterior de los discípulos de tan soberano Maestro. A
pesar de tanta extensión, no es difícil la explicación de su
sistema, y con facilidad se metodiza o reduce a principios
elementales, con que se eslabona la serie de todos sus documen-
tos. Las doctrinas de los sabios del siglo, por más que haya
centelleado en ellos la sabiduría, tienen ordinariamente los
lunares de oscuridad y desunión, que tal vez llega a ser contra-
dicción, y se hallan siempre embarazadas para dirigir confor-
me a sus principios las acciones y movimientos del hombre. La
que enseñó el hijo de Dios, el cual es la misma sabiduría,
califica su excelencia por una sencillez acomodada a la capaci-
dad de los rudos e ignorantes. No es tan visible el movimiento
de la máquina material del mundo sobre dos ejes, como lo es el

concierto de hechos, dichos y pensamientos del cristianismo sobre dos principios, a que redujo el mismo Jesucristo la suma de su moral.¹ ¿Y cuáles son? "Amarás, dice, a tu señor Dios de todo tu corazón, en toda tu alma y en todo tu espíritu. Éste es el supremo y el primer mandato. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos preceptos está comprendido cuanto contiene la ley y los profetas."² Sobre estos preceptos ninguno hay más sublime, *majus horum aliud mandatum non est.*³ Éstos son los preceptos fundamentales, y éstos son los principios sublimes de la moral cristiana: de ellos nacen todos los otros mandamientos y a ellos se reducen cuantas máximas enseña el Evangelio. Su elevación está en unir al hombre con Dios, desprendiéndole por él de sí mismo para divinizarse cuanto es posible, y volverle así clarificado en Dios, para unirle con su prójimo y ser unión de éste con Dios, ganándoselo por la caridad.⁴ ¡Qué bien dice su divino autor, que no hay precepto más alto que éstos!

Si de la sublimidad queremos distinguir la excelencia, como hace el Padre Eliseo, la hallaremos principalmente en dos capítulos: el primero, en que toda esa alteza de principios y la vasta extensión de máximas concernientes a la vida interior del hombre que comprenden, se pone a nivel de la capacidad de cualquier pobre que quiere aprender y seguir esa moral, cuyo maestro llama a su escuela a nobles y plebeyos, hombres y mujeres, sabios e ignorantes, grandes y pequeños, y todos pueden salir filósofos consumados. El segundo es que el Divino Filósofo que la enseña y la hace inteligible a cuantos la abrazan, también la hace practicable. No es como Sócrates, que acabó vertiendo su sangre sin dejarle a Critón más que preceptos muertos, y a Platón doctrinas vacuas, de que se sirviese cada uno según su propio talento y sus fuerzas naturales. Jesucristo hace un sacrificio cruento de su cuerpo para resucitarlo y vivir infundiendo su espíritu de luz, de fortaleza y de todo género de perfecciones en todos los que siguen su escuela, creen su divinidad y le piden ese mismo espíritu.⁵ En una palabra, el que

1. Mat. 22, 40.

2. *Ibid.* 22, 37.

3. Marc. 12, 31.

4. I Cor. 9, 19-23.

5. Mat. 21, 22; Luc. II, 13.

vivo dio la doctrina con la voz y el ejemplo, muerto da la inteligencia y los auxilios para practicarla. Éstos son los verdaderos capítulos de excelencia, si se distingue de la sublimidad en la moral cristiana, y éste es el plan verdadero de uno y de muchos discursos en elogios y recomendación de nuestra severa y soberana profesión.

¿Cómo la trata el Padre Eliseo? No me paro en decirle que las palabras de Jesucristo, de las cuales toma su asunto, eran más a propósito para discurrir contra los incrédulos. Tampoco me detengo en que antes de nombrar persona alguna de éste ni del otro mundo, y antes de indicar tiempo, comienza con la pregunta: “¿Qué hombre había hasta entonces venido al mundo que tuviese derecho para atribuirse una cualidad tan excelsa?” esto es, la de llamarse luz del mundo.” Cualquiera de sus oyentes podría preguntarle ¿de cuál época hablaba para poder hacer juicio y contestarle?, porque en efecto no han sido pocos los impostores que han querido revestirse de este carácter. Si el Padre Eliseo hubiera puesto, como es regular, por fin de la traducción de su texto, *dijo Jesucristo, o añadido son palabras del Divino Maestro*, entonces estaba clara su pregunta; pero usa tan poco de este soberano nombre en sus sermones, que me atrevo a decir que en una sola carta de San Pablo se repite más veces el nombre de Jesucristo que en doce sermones de Eliseo. En el que examinamos, cuyo asunto es precisamente la excelencia de su doctrina, no le nombra sino cuatro veces, y eso como por descuido. Pero perdonemos venalidades, y pasemos a cosas de mayor peso.

Dice Eliseo “que su ánimo es probar la excelencia de la *moral cristiana*, explicando sus principios, sus motivos y el uso de ella.”⁶ No puede desearse más, y si lo cumple, hará con poco trabajo un discurso sublime por la misma elevación de la materia. Su exposición clara y sencilla será más alta que cuanto oyeron Roma y Atenas cuando florecían en la elocuencia. Los conocedores del género sublime, que ninguno analizó mejor que Longino⁸, sólo encuentran esa elevación en el fondo de las

6. Pág. 79 al princ. El P. Eliseo tomó este interrogante de Massillon, tomo 1, pág 172, lín. 13, y quizás por disimular, omitió el nombre de *J. C. hijo de Dios vivo*, con que la concluye Massillon.

7. Pág. 82, lín. 12.

8. Casio Longino, filósofo griego del s. III, al que se atribuye un tratado de lo sublime. (JLS)

cosas expuestas con sencillez y claridad, no en los tropos, en el adorno, la elección de voces, ni en los pensamientos. Ponen el ejemplo de lo sublime en aquella cláusula de Moisés tan sencilla: *dijo Dios hágase la luz y quedó hecha la luz.*⁹ De la propia clase son las cinco palabras con que dio principio al Génesis, *al principio crió Dios el cielo y la tierra*, cláusulas brevísimas, inteligibles al más rústico, pero que contienen y producen una multitud prodigiosa de ideas de poder, de grandeza, de majestad de subordinación, de prontitud y de obediencia, no digo en los entes inanimados, sino en la misma nada que no existía, para hacerse visible, adornada, hermosa y llena de gracia, por virtud de aquella voz. Los veintiún versos de Ovidio, con que pinta en el exordio de sus *Metamorfosis* el propio objeto, esto es, la creación, no dicen tanto como aquellas exquisitas miniaturas de Moisés, con ser el retazo que hemos citado de Nasón, uno de los más preciosos que puede presentar la elocuencia poética. A esta clase refieren los retóricos aquella mirada del Salvador a San Pedro, con que, sin decir palabra, derritió su corazón en lágrimas.¹⁰ Y si la perfección del espíritu del hombre es sin comparación más elevada que la obra de su creación y la del mundo, si lo más alto de su perfección es la caridad o amor de Dios y del prójimo, ¿qué podrá haber más sublime que la declaración sencilla de estos principios? ¡Cuantas ideas del primer orden se ligan con sólo el primero: *Hombre, amarás con toda tu alma a tu Dios!*!

Explicando su ánimo en la conformidad que hemos visto, hace su proposición y división el P. Eliseo en estos términos: "En una palabra, la moral cristiana es sublime en sus principios, y éste será el asunto de la primera parte, es noble en sus motivos y las máximas que la caracterizan son de un uso universal, y éste será el punto de la segunda parte."¹¹ No me parece que es menester mucha vista para distinguir que los puntos en que se divide el Padre Eliseo, son tres muy diferentes; esto es, *principios sublimes, motivos nobles y máximas de uso universal*. Conócese mejor por el salto que hace desde los motivos para pasar a las máximas, diciendo: "Réstame ahora

9. Gén. I, 4.

10. Luc. 22, 61.

11. Ib., líñ. 20.

manifestaros que las máximas de la moral cristiana son de un uso universal.”¹² Pero, como se ha puesto por ley el no pasar de dos miembros, y es un zurcidor malísimo que jamás usa de transición ingeniosa, hizo aquella miscelánea. Con todos sus tres miembros carece también la proposición de la dote de la *claridad*, para la cual debía haber apuntado cuáles eran los principios sublimes, cuáles eran los motivos nobles y cuáles las máximas universales. No hay sermón en que no tenga este defecto, y nace, como se verá bien en el que examinamos, del ningún orden que hay en ellos, de suerte que es imposible reducirlos a una suma, sin descubrir su desconcierto.

Su entrada a la primera parte, que es otro exordio, por más veces que se lea, en vez de aclarar su sentido, produce más confusión. Es un *morceau* en francés y un *bocado* en castellano que no hay estómago suficiente a digerirlo. “Todas las obligaciones del hombre (dice) se fundan en la naturaleza de su ser (*mayor gracia sería que se fundasen en la naturaleza del ser de la Luna*), en sus relaciones con su creador y en los vínculos que le unen con el prójimo.”¹³ Esto último está claro y es verdadero. Lo que yo no entiendo es cómo se ate con ello lo siguiente: “De aquí nacen aquellas ideas universales (*paréceme que oigo a Lulio*) de virtud y de equidad, aquel orden inmutable, aquella justicia primitiva y aquella luz del entendimiento que esparce sobre nuestras acciones una claridad que nos hace ver la naturaleza de ellas, y les imprime una señal invariable con que se distinguen. De aquí finalmente nace aquel conocimiento interior del alma, superior a la violencia de las pasiones, que nos hace considerar los deseos opuestos a esta armonía con un desorden, un abuso de nuestro ser y un uso criminoso de los dones del Creador.”¹⁴ ¡Extraña calentazón de cabeza! Luego, naciendo el hombre, como en realidad nace, en la naturaleza de su ser con relaciones a su Creador y vínculos con el prójimo, tendrá desde luego las ideas universales de virtud y de equidad etc., y sobre todo, aquel conocimiento del alma superior a la violencia de las pasiones. ¿Qué más queríamos los descendientes de Adán? Si quiso hablar del hombre en el estado de la

12. Pág. 113, lín. 4.

13. Pág. 83.

14. *Ibid.*

justicia original, en el cual fue dotado de todas las virtudes, dones y luces, tampoco dice bien que de la naturaleza de su ser y de sus relaciones con el Creador y el prójimo, *nacen aquellas ideas universales, &c.*, porque la fuente de estos privilegios no fue su naturaleza, sino la gracia. El que como autor natural le crió en aquella conformidad, le infundió como dispensador sobrenatural aquellas excelencias espirituales para que llenase los fines de su creación, no como los brutos, sino como los ángeles, mereciendo con sus acciones. Esta es la verdadera teología que reprueba aquella especie de charlatanería pulpital, que caracteriza el estilo de Eliseo.

“Los grandes principios (sigue) de la moral se deben tomar del conocimiento prefecto del hombre, y de sus relaciones con el Ser Supremo y con el prójimo.”¹⁵ Buen preludio para el que va a dogmatizar y establecer un sistema moral de su invención; pero muy impertinente para tratar de la excelencia de una moral enseñada por el mismo Creador, sobre la cual lo que debía decirse es que es sublime o excelente, porque sus principios perfeccionan la naturaleza de su ser uniéndolos con Dios y con el prójimo, y que sin esta dirección (que no basta el conocimiento como insinúa Eliseo), “la piedad es ciega, el culto degenera en superstición &c.”¹⁶ Todavía es más reparable la continuación de: “Sabed, pues, fieles míos, que la moral cristiana enseña lo que es el hombre, sus relaciones, el fin de su creación, sus obligaciones, (hasta aquí vamos bien) y sus principios sublimes; y la semilla de todas las virtudes se toma de estas nociones luminosas. Le hace ver su grandeza, &c.”¹⁷ Ate el que estuviere más despacio estos cabos, y dígame si la moral cristiana enseña al hombre sus obligaciones y sus principios sublimes, o si con unos principios sublimes le enseña sus obligaciones. De la misma impropiedad teológica es lo que sigue.

¿Pero no acabará de decirnos cuáles son estos principios sublimes, y esas nociones luminosas, semilla de todas las virtudes? Allá va: “Le hace ver su grandeza y su bajeza y la razón de esta contrariedad...”¹⁸ ¿Pero en qué o cómo?... “Le da a conocer

15. Ib., lín. 21.

16. Ib., lín. penúltima.

17. Pág. 84, lín. 14.

18. Ib., lín. 19.

su dependencia del Ser Supremo, su flaqueza y el remedio de todos sus males..." Este no es el objeto de la moral cristiana, sino de la religión... "Le representa la divinidad bajo relaciones que hacen preciosos sus atributos e inspiran amor y gratitud..." Lo mismo digo de esta cláusula... "Pone a la vista el *fundamento de las virtudes sociales y la extensión de esta obligación*, en cuyo cumplimiento consiste la armonía pública y la felicidad de todos los mortales..." He aquí lo que caracteriza nuestra moral en el sentir de Eliseo, el cual pone por principios sublimes de ella los que miran directamente a la sociedad y a la armonía pública. Si ese hubiese sido el fin de la doctrina del Mesías, eran disculpables los judíos que llamamos carnales, y le esperaban como restaurador de la patria. Con todo, aún no acaba de individualizar cuáles son los principios sublimes que producen tan bellos efectos, especialmente las virtudes sociales y la armonía pública.

Después de todo esto, se acerca a declarar los principios sublimes, y dice: "¡Qué idea sublime nos da del Ser Supremo esta moral cuando explica los motivos de nuestro culto!"¹⁹... Y prosigue con una descripción poética sobre la omnipotencia y la creación del mundo, semejante a las relaciones de Calderón en sus *Autos sacramentales*. ¿Qué conexión tiene la moral cristiana en sus principios, con que el poder divino haga que *el caos se aclare, se extienda la bóveda inmensa de los cielos, suspenda estrellas, aprisione el mar, cubra de velos la noche* (como si la misma noche no fuese el velo más denso), *que el sol espere sus órdenes para empezar su curso?*... Hasta ahora ignorábamos que el sol hubiese hecho alguna pausa, (si no es en el prodigo de Josué), desde el punto de su creación. Nada de esto toca a la moral cristiana, sino a la pura teología, que contempla a Dios por su esencia y atributos. El mismo Eliseo dice a renglón seguido que "con estos grandes rasgos pinta la religión cristiana el poder divino y da a conocer al hombre su dependencia del Ser Supremo."²⁰ Como la voz *religión* es una significación mucho más comprensiva que la de *moral*, puede decirse de ella todo lo que impropisimamente atribuye a la moral, la cual

19. Pág. 85, lín. 6.

20. Pág. 86, lín. 4.

se reduce a lo que debemos obrar conforme a las reglas del Evangelio. La existencia de Dios, su bondad, su poder, su ciencia, su providencia y todos los atributos divinos, los supone, pero no los trata. El culto debido a la divinidad no es más de su inspección que la Trinidad Beatísima a quien se tributa, y sólo tiene por objeto la moral la dirección de ese culto, para que sea puro y agradable a Dios, suponiendo su raíz en la virtud teológica de la caridad, de la fe y de la esperanza, de que no trata, y pertenecen a la religión en general. Es verdad que "eleva con sus principios al hombre sobre la superstición, le inspira aquella noble adoración y aquella suave piedad a que acompañan siempre la confianza y el amor."²¹ He aquí que la fe y la caridad, virtudes sobrenaturales con que Dios se comunica graciosamente al hombre, y son el supremo culto en espíritu y verdad, las supone la moral cristiana para elevarse sobre la superstición. Dije que aquello era verdad, pero todo lo que se sigue en la Pág. 87 es falso, esto es, que la moral cristiana represente la divinidad bajo sus atributos, que nos enseñe la libertad con que Dios obra, ni la providencia con que nos dirige. Tampoco se mete en averiguar si el hombre es el vínculo de todas las partes del universo. Este modo de ensartar y confundir unas cosas con las otras, aunque todas sean muy buenas, es lo que reprende el sabio Filón en una brevíssima sentencia *Epistama áne pistamonós*, que es decir, hablar sin tino de cosas buenas o *inscrier scientiam tradere*, como traduce el incomparable Padre Dionisio Petau.²²

Si recorremos toda esta primera parte, encontraremos después una pinturilla de la providencia:²³ una declamación contra la idolatría, para venir a dar en que el verdadero culto consiste en el amor de Dios. Vuelve sobre la superstición, y dice "que amando a Dios se darán a conocer la elevación de las máximas de la religión y la dignidad de sus principios:",²⁴ de que se infiere que aun el amor de Dios, en que consiste el culto, no es una de las máximas o principios sublimes de la moral cristiana,

21. Pág. 87, lín. 4.

22. Pág. 88 per totam.

23. Dion. Pet. in *Proleg.* c. I, n. v. Se refiere a Filón de Larisa, filósofo griego del s. I a.C, director de la Academia de Atenas. Establecido en Roma, tuvo como discípulo a Cicerón. (JLS)

24. Pág. 90, lín. 17.

sino un indicativo de la elevación de ellos, lo cual cotejado con lo antecedente es otro galimatías, y en buen castellano una zaragalla. Del amor de Dios y el culto pasa a manifestar la sublimidad de los principios morales, cuando explican los *fundamentos de las virtudes sociales* y las relaciones que nos unen con el prójimo. Saca de Massillon algunos rasgos del amor propio o concupiscencia, cuya injusticia condena el Evangelio con el precepto de *diliges proximum tuum*; del cual cuenta por primeros efectos el hacer comprender al ciudadano que habiendo nacido sociable, debe contribuir a la sociedad con sus servicios, consagrarse su persona y sus tareas a la patria, evitar la ociosidad vergonzosa y la actividad inquieta, y sacrificar su reposo a las ocupaciones útiles; y por breve añadidura la caridad universal, no porque Dios la manda, sino porque "encuentra su propia satisfacción en la felicidad de sus semejante."²⁵ Una exhortación a los grandes y poderosos a favor de la limosna, sacada también de Massillon en su pequeña *Cuaresma*, del cual copia a la letra las mejores expresiones, ocupa la pág. 93. Las tres siguientes hablan del perdón, de las injurias y amor de los enemigos, las cosas más triviales; pero con un estilo tan suspendido en el aire que a fuerza de no arrastrar, es, si no me engaño, lo que llaman sus paisanos *guindé*, y no ha de ser de corta talla el que le alcance. Si algo tienen estas tres planas de sobresaliente también se debe al Obispo de Clermont. En fin, se aplica al hombre los principios sublimes de la moral, para enseñarlo a conocerse a sí mismo y a penetrar "un velo muy denso que le ocultaba lo interior de su ser... y sólo descubría en sí contrariedades singulares, como vanidad y miseria..., deseos de inmortalidad y terrores de la muerte, propensión invencible al bien infinito y afición siempre nueva a placeres frívolos."²⁶ ¿Qué luz podrá, dice,²⁷ disipar estas densas tinieblas?... Dios era el único que instruyéndonos de sus voluntades libres, podía enseñarnos que el hombre no está como salió de sus manos.. A estos males se juntaba uno mucho mayor, el cual era la soberbia, y una presunción que se extendía hasta sacrificar a otro el don de Dios."²⁸ Esta idolatría, lejos de ser soberbia y presun-

25. Pág. 92, lín. 15.

26. Pág. 97 á lín. 1.

27. Pág. 98, lín. I.

28. Ib., 17.

ción, es el mayor abatimiento a que ha podido la ignorancia reducir la altivez del hombre.

"La moral cristiana (dice) destruye esta injusta altivez, enseñándonos que el Ser Supremo es la causa de toda nuestra ciencia y virtudes, que nada podemos por nosotros... que estábamos perdidos sin remedio... que Dios estaba esperando una víctima que fuese digna de él, y la tierra no podía producirla;"²⁹ y concluye, "que el género humano hubiera fenecido a no haber contenido Jesucristo los golpes, *arrojándose* en medio de nosotros y su Padre para detener sus rayos."³⁰ Este es el lenguaje de los poetas, cuando hablan de las iras de Júpiter. ¿Y de dónde sacó el Padre Eliseo que estos conocimientos vienen de la moral cristiana? Véase por gusto la continuación: "Desde este instante empieza y va siguiendo de siglo en siglo la augusta obra de la reparación del hombre,"³¹ hasta el texto *non volentis &c.*³², en que recapitula y con que concluye su primera parte de los principios sublimes de nuestra moral, y se hallarán indicadas todas las materias de teología, y como por incidencia los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo.

¿Quién no advierte en esta primera parte un vacío espantoso de moral, cuando debía hallarse el Padre Eliseo embarazado en deducir todas las reglas y máximas de costumbres, que comprenden los dos principios de amor de Dios y del prójimo? ¿Cómo hemos de conocer la sublimidad de esos principios, sin saber sus consecuencias? ¿Será sólo admirando la omnipotencia, adorando la providencia, esperando la misericordia, agraciando los beneficios del creador? Éstos más son motivos de amar a Dios que pruebas de la sublimidad de su moral. Los filósofos menos instruidos, y tal vez opuestos a aquellos dos principios, hablaban con entusiasmo de la grandeza y bondad del creador. Los herejes, que han corrompido nuestra santa filosofía, no han negado por eso la perfección y excelencia de los divinos atributos, ni la indispensable obligación que tenemos de tributarle un culto de gratitud y de amor. La sublimidad, pues, de los dos principios de nuestra moral con-

29. Pag. 99 á lín. 7.

30. Ib. últ. y sig.

31. Pág. 100, lín. 9.

32. Pág. 101, lín. 7.

siste en que dirigen al hombre a la participación de la divinidad por una comunicación íntima de nuestra voluntad con la divina por medio de la conformidad entre las dos, para lo cual es menester que viva con piedad, honestidad y justicia, sin esperar cosa alguna de los hombres, y sólo de Dios la vida eterna, que es la que ha de perfeccionar aquella unión y comunicación.³³

El amor de Dios es el primer principio de donde dimana esta especie de *Theoseos* que llaman los teólogos,³⁴ pero la moral no trata de su esencia: quiero decir, no disputa sobre la difusión del Espíritu Santo en nuestros corazones, en la cual consiste esencialmente la caridad.³⁵ Esa investigación, como también la de la fe y la confianza tocan a lo que es verdadera teología, y la supone la moral, ocupándose sólo en dirigir al hombre en las obras y ejercicios del don sobrenatural de la caridad, y toma el precepto de amar a Dios por principio de toda su doctrina, que la eleva a la misma sublimidad de su raíz. Dios intimó el precepto de su amor desde el principio al pueblo hebreo, sin esperar a manifestarse en nuestra carne.³⁶ Jesucristo, autor de nuestra moral, le repitió como establecido mucho antes, y le tomó como principio de sus máximas. En ellas y su evangelio, *amar a Dios* es en una palabra guardar sus mandamientos.³⁷ Si preguntáis a ese Divino Maestro, ¿cuáles son sus preceptos en cuya observancia consiste el amor de Dios?, os responde que además de los del Decálogo, son primero no amar cosa alguna de este mundo, sea padre, madre, hijo o hija más que a Él.³⁸ Segundo, cargar, no en una u otra ocasión, sino diariamente con su cruz,³⁹ esto es, cumplir con fidelidad todas las obligaciones de su estado, mortificando las pasiones y subyugando la voluntad, así como Él se sacrificaba a las que su Eterno Padre le imponía, haciendo en todo la voluntad de éste que le enviaba, y no la suya,⁴⁰ que es, dice San Pedro, el modo de seguirle y el ejemplo que nos dejó para imitarle.⁴¹ Tercero, que el que le ama

33. Tit. 2, 12-13.

34. Petav. supra.

35. Rom. 5,5.

36. Deut. 6, 5.

37. Juan 14, 15.

38. Mat. 10, 37.

39. Luc. 9, 23.

40. Juan 6, 38.

41. I Ped. 2, 21.

debe confesarlo públicamente con palabras y con obras, sin temor de los hombres, negándose enteramente a sí mismo y exponiendo la vida por amor suyo y del Evangelio.⁴² Hasta aquí debe llegar el que quisiere cumplir, según la moral de Jesucristo, con el precepto de amar a Dios. A estos tres capítulos se reducen las otras máximas, como son la constancia de ánimo y la paciencia en la adversidad, en la aflicción, en el quebranto de la salud, en la pérdida de los bienes, la resolución para privarse de los placeres, mortificar la carne, luchar contra las pasiones, la indiferencia en la pobreza o las riquezas sin apegar el corazón a ellas cuando abundan, en fin, el odio del mundo que sólo brinda concupiscencia de la carne y soberbia.⁴³ El que guarda estos preceptos, dice el discípulo amado, panegirista de la caridad, es el que conoce a Jesucristo,⁴⁴ posee la caridad de Dios en su perfección⁴⁵ y permanece verdaderamente unido con Él.⁴⁶ ¿Tendría poco que hacer el Padre Eliseo o le faltaría materia y pruebas de la sublimidad de este primer principio de la moral cristiana, si hubiese entrado a examinarla en sí misma por el Evangelio, que es el libro que la enseña? Todas las lenguas de los predicadores que ha habido y habrá hasta la consumación de los siglos, tratarán este asunto sin temor de que les falte materia, porque Él es la plenitud de la ley⁴⁷ y el fin y término de todos los preceptos,⁴⁸ según el apóstol.

Pero este amor de Dios, que es el primer principio, dice San Juan, que es el *mandato antiguo*, que tuvo el hombre siempre,⁴⁹ que hay otro nuevo igualmente verdadero, efecto de la luz del Verbo Encarnado, con la cual se disiparon las tinieblas.⁵⁰ ¿Y qué mandato es ese nuevo? El que intimó el autor de la moral evangélica, Jesucristo, para desterrar las sombras con que el amor propio había oscurecido el corazón del hombre y sepultado en las tinieblas los afectos de la humanidad, el amor del prójimo. *"Este es mi precepto, que os améis recíprocamente,*

42. Marc. 8, 35.

43. I Juan, 2, 15-17.

44. Ib. 3, 13-15.

45. Ib. 5, 1-3.

46. Ib. 5, 20.

47. Rom. 13, 10.

48. I Tim. 1, 5.

49. I Juan, 3, 11.

50. Ib. 1, 5-7.

como yo os he amado:"⁵¹ precepto que llama *nuevo*.⁵² ¿Y en qué está la sublimidad de este segundo principio y precepto de nuestra moral? ¿Se verifica, por ventura, sólo con no aborrecer al prójimo, mirarle sin desagrado, mostrar una indiferencia con todos y tener ciertas amistades estrechas por sangre, por interés o por otros títulos más delincuentes? No, responde el Maestro: la regla universal que os doy es que midáis, y niveléis vuestro amor por el que yo os he tenido *sicut dilexi vos*; de que debéis inferir, lo primero que vuestro amor debe ser universal, sin excepción de personas: el número de vuestros amigos ha de ser el de los hombres, que ese ha sido el de los míos.⁵³ Lo segundo ha de ser un amor efectivo, esto es, de obra tratándolos a todos como tú quisieras ser tratado de los otros: cubriendo su desnudez, saciando su hambre, acogiéndole en el desamparo, consolándole en la aflicción; en una palabra, mirándome a mí en él, haciendo por él cuanto harías por mí, si en persona y conocidamente me vieses en la tierra.⁵⁴ Lo tercero, estas obras no han de ser cuando te acomode, cuando te sobre mucho, y como por pura liberalidad y beneficencia, sino como una obligación de que no puedes dispensarte, a menos que te sea imposible o tengas igual necesidad en la misma línea.⁵⁵ Lo cuarto, que aunque tu hermano haya maquinado contra tu honor, despojándote de tus bienes y sea un enemigo capital que sólo piense en perderte; con todo has de amarle como a ti mismo: has de hacerle todo el bien que esté en tu mano, y has de orar por él. En fin, el miedo de la pobreza o de la escasez por socorrerle, el de los peligros o persecuciones por ampararle, no han de acortar tu mano, ni dispensarte de la protección del necesitado; y como yo no he omitido cosa alguna a beneficio tuyos, tampoco tú debes excusar paso ni acción a beneficio de tu hermano. ¡Cuánto puede decirse a favor de la sublimidad de este segundo eje o principio de la moral cristiana! Con él deben enhebrarse todas aquellas máximas que constan del Evangelio, y declararon en particular los apóstoles, dirigidas a unirnos y enlazarnos recíprocamente en Dios, como lo están entre sí los

51. Juan, 15, 12.

52. Juan, 13, 34.

53. Rom. 8, 32.

54. Mat. 25, 37

55. Isai 58, 7.

miembros de un cuerpo sano, vivificador de un solo espíritu, animados de un solo corazón y obedientes a una sola cabeza.⁵⁶

De aquí nace la sociedad, el patriotismo, la felicidad del estado, y éste es el fundamento más sólido del orden público. Pero aunque esto se sigue, es un desbarro ponerlo como objeto principal del segundo precepto. Ni lo es menos atribuir la caridad cristiana a la humanidad, que si ésta no hubiera estado muerta o por extremo viciada, no daría con razón Jesucristo al amor del prójimo los títulos de *precepto nuevo*, y *precepto suyo*. Las locuciones de "que el hombre encuentra su satisfacción en la felicidad de sus semejantes";⁵⁷ es muy dulce el hacer felices a los hombres y conocer que uno es el autor de su prosperidad;⁵⁸ no hay gloria sólida fuera de la humanidad,"⁵⁹ que usa el Padre Eliseo y toma de Massillon, huelen a gentilismo, respiran vanidad y están muy lejos del lenguaje apostólico. Un predicador, en vez de esas frases, lo que debe decir es que las satisfacciones y dulzuras sencillas que produciría la humanidad en el hombre, si hubiese conservado la inocencia, estaban ya desterradas de su corazón, habían bastardeado y daban frutos de amargura y de discordia, pero que Jesucristo había desahogado la semilla, que como autor de la naturaleza puso al principio en el hombre con su precepto nuevo, para que regada por su espíritu y dirigida por su ejemplo, diese mejores, más dulces y sazonados frutos. Pero ni una sola vez pone en lugar de la voz humanidad a la divina gracia del Espíritu Santo, como debía. Sus oyentes, al salir de aquel sermón, dirían lo que los iconios a San Pablo, cuando les preguntó si habían recibido al Espíritu Santo. Ni aun su nombre hemos oído⁶⁰, respondieron. ¿Puede haber cosa más extraña que no acordarse de esta divina persona, cuando se habla sobre la caridad y desde su cátedra?

La segunda parte de este sermón, que correremos ligeramente, da nuevos testimonios del mal orden y peor juicio de su autor. "La sublimidad de los principios de una moral no prueba (dice) enteramente su excelencia"⁶¹... Unos principios sublimes

56. Pág. 92, lín. 15.

57. Pág. 93, lín. 20.

58. Ib. lín. última.

59. Act. 4, 32.

60. Pág. 101, lín. penúlt.

61. Act. 19, 2.

no pueden estar desnudos de la excelencia, porque la sublimidad comprende la excelencia, y añade mucho sobre ella, conforme al sentido de las mismas voces. Funda el P. Eliseo su proposición en que "puede el hombre saber sus obligaciones sin practicarlas, y en que no es tan raro el ver a las costumbres estar opuestas con la doctrina."⁶² Si ésta es la prueba de que una moral no es excelente, aunque tenga principios sublimes, acabóse la excelencia de la cristiana que va a probar, o dígame ¿por qué hay tantos cristianos malos, y se condenan muchos? Este es el modo de hablar de Eliseo: él echa proposiciones al aire, se le figuran sentencias los absurdos, no discurre por principios, y por consiguiente incurre en contradicción. Veamos los motivos excelentes que presenta nuestra moral "capaces (como dice) de detener los movimientos desordenados, de calmar el ardor de las pasiones y de sujetarlas al imperio de la razón; que inclinan el ánimo a la justicia, que fijan nuestra inconstancia, inspiran horror a un delito clandestino, y prontitud a ejecutar las obras buenas en un rincón."⁶³ Pone el primero "en el amor de la justicia y conformidad con la voluntad divina"⁶⁴ ...que es el más noble motivo de las acciones virtuosas, pues inclina al buen orden por el amor mismo de aquella justicia suprema que es la regla de todas las virtudes.⁶⁵ Explica un poco más ese motivo, y dice de él "que nuestra moral cristiana le propone a nuestras acciones virtuosas, y quiere que el cristiano no procure agradar más que a su Dios."⁶⁶ ¿Y habrá quien deje de conocer por estos extractos y por todo lo que dice en la segunda parte que el primer motivo noble de la moral cristiana, que asigna el Padre Eliseo, es el primer principio sublime; quiero decir, el amor de Dios, que es la justicia universal y eterna, único origen del buen orden, regla de las virtudes, invariable, sin dependencia de humanas revoluciones y causa de que cada uno se mantenga en el lugar en que Dios le ha colocado? ¿Quién ignora que el que no procura más que agradar a Dios es el que le ama, y que la caridad consiste en agradarle y hacer en todo su divina voluntad? Este es el primer

62. Pág. 102, lín. 1.

63. Ib., lín. 2.

64. Pág. 103, lín. 7.

65. Ib., lín. 22.

66. Pág. 105, al prin.

principio sublime de la moral, y lo que esperábamos ahora del Padre Eliseo era que nos enseñase los motivos nobles que gradúan su excelencia, deteniendo en el cristiano los movimientos desordenados, calmando las pasiones y fijando la inconstancia, que son los enemigos que tiene para no amar a su Dios, creador, omnipotente, misericordiosísimo, único y sumo bien, en el cual está su felicidad, y contra el cual y su ley "se sublevan nuestras inclinaciones, y nos arrastran, como a pesar nuestro, según el propio Eliseo."⁶⁷

Esperábamos "aquellos grandes móviles que excitan el corazón humano,"⁶⁸ para que pusiesen en movimiento la propensión invencible al bien infinito con que nacemos," y que en contraposición de las pasiones que, a pesar nuestro, nos arrastran a los objetos ilícitos y al placer sensual, nos tirasen con igual o mayor violencia hacia el buen orden y a la felicidad verdadera, que es amar a Dios. Pero nuestro Eliseo lo que hace es volver a hablar de este amor y de su objeto con los hombres de justicia eterna, regla de virtudes, que es lo mismo que decir Dios, y con el título de conformidad con la voluntad divina, que es lo propio que amar a Dios por sí mismo, como expresamente viene a confesarlo cuando dice: "la conformidad con la voluntad divina es por consiguiente el más noble motivo de las acciones virtuosas, pues inclina al buen orden por el *amor mismo de aquella justicia suprema*,"⁶⁹ luego siendo Dios esa suprema justicia, sacamos que el amor de Dios, primer principio sublime, es la conformidad con la voluntad divina, y el más *noble motivo* de las acciones virtuosas o de la moral cristiana. En efecto, la conformidad, práctica de todas las operaciones del cristiano con la voluntad de Dios es, no el motivo, sino el fin y objeto, el deseo de esa conformidad, o la conformidad afectiva es la propia caridad o amor de Dios. De aquí es que cuanto dice de la nobleza de su primer motivo, pudo haberlo dicho en el primer principio sublime, aunque con la misma impropiedad que cuanto habló de él, y tal vez con menos, porque para primer motivo noble venía mejor todo aquello del culto, de la grandeza de Dios, de su omnipotencia, de nuestra felicidad bajo de una

67. Pág. .113, lín. últ.

68. Pág. 102, lín. 10.

69. Pág. 103, lín. 21.

providencia "que parece hizo del hombre el único objeto de sus complacencias, el fin de todas las predicciones y el vínculo de las diferentes partes del universo para el cual da la tierra con profusión sus tesoros, y por el cual se levantan las nubes, forman la lluvia en sus estaciones, etc."⁷⁰ Esto y aquello de "es un Dios lleno de bondad, es el protector de la viuda y el huérfano, y el consolador de la virtud oprimida; no castiga sino como padre, hiriendo con una mano y sanando con otra."⁷¹ Porque en realidad estos hermosos rasgos de la divinidad son los motivos que nos inclinan, aunque no invenciblemente, a amarla, guardar su ley y conformarnos con su divina voluntad, la cual es la justicia eterna e invariable, que puede fijar con su gracia nuestra inconstancia, sosegar las inquietudes de nuestro corazón, y corregir la soberbia en la prosperidad o mitigar y consolar la amargura en las adversidades, haciéndonos adorar y amar sus soberanos designios, como de un dispensador benéfico, atento siempre a nuestro bien. Y aunque el Padre Eliseo trae algo de esto en el primer motivo, no es la beneficencia de Dios, que pintó en el *primer principio*, ni la gracia del Espíritu Santo, que nos comunica su bondad por los méritos de Jesucristo.

Tan lejos estaba del pensamiento de Eliseo hacer al Espíritu Santo autor del amor a Dios, como dijimos arriba, y de la conformidad práctica del cristiano con ese amor, que cuando quiere satisfacer a los que le tienen por motivo débil para el cumplimiento de las obligaciones,⁷² no les opone la omnipotente virtud de aquel espíritu que hace al hombre superior a sí mismo, y sólo dice, hablando como de una virtud humana, "que tienen el amor del buen orden por un afecto demasiado débil para que el hombre sacrifique los placeres, cuyo atractivo es lo que causa la dulzura de sus vida."⁷³ Y que "observando su ley por la conformidad con el buen orden, produce *por sí sola* una alegría pura, alivia los pesares de nuestro destierro, y es una prenda preciosa de los bienes venideros."⁷⁴ ¡Raro talento tiene el Padre Eliseo para desquiciar las mejores verdades del cristianismo! Él suele decirlas, pero en un estilo desfigurado.

70. Pág. 87 per totam, y a la vuelta.

71. Pág. 88, lín. 19.

72. Pág. 108, lín. 22.

73. Pág. 109, lín. 6.

74. Ib. a lín. 19.

"No comprenden el poder de una virtud, que hace al hombre superior a sí mismo."⁷⁵... Es un dogma católico, si aquella *virtud* diese a entender la virtud de la gracia del Espíritu Santo; sin este respecto parece pelagianismo... La satisfacción de que se goza &c. es otra verdad de nuestra religión, si en vez de aquel *por sí sola* se pone la cláusula *en el Espíritu Santo*, sin la cual también suena doctrina de Pelagio.⁷⁶ De esto es mucho lo que hay en sus sermones, aunque yo no lo atribuyo a otra cosa que a la manía de hablar siempre de *buen orden*, de *virtudes sociales*, y a la singularidad de distinguirse de los demás predicadores (aun de aquellos propios que le hacen favor) hablando sin la escritura, sin los padres, y en lenguaje profano; tan afecto es a él que en este mismo sermón no duda decir que los motivos de la moral cristiana "enseñan al hombre a despreciar así los reveses como los favores de la *fortuna*".⁷⁷ Ídolo del gentilismo que adoró en vez de la providencia, cuyo divino nombre, y no aquél, debe resonar en los labios del cristiano, y mucho más en los de un predicador, el cual debía decir que el cristianismo enseña a mirar con indiferencia así la adversidad como la prosperidad, con que la providencia prueba al hombre. No es menos pagana aquella de que "el fin que propone (nuestra moral) a las almas virtuosas las ennoblecen, y pone el sello al heroísmo de sus acciones".

El segundo motivo noble lo pone el Padre Eliseo en "que la religión cristiana abre al hombre esperanzas más nobles, y quiere que aspire a la Patria Celestial."⁷⁸ ¡Gracias a Dios que el Padre Eliseo conoce que lo que quiere la religión cristina es que el hombre aspire a la *Patria Celestial!* ¿Y qué dice de bueno para alentarnos en medio de "la rebelión de las pasiones, los esfuerzos de los malvados, las enfermedades, la ignorancia y la miseria, anexas a nuestro destierro"⁷⁹ para suspirar por la Patria Celestial? Dice, y con razón "que en ella libres los escogidos de las miserias que nos rodean, gozan sin disgusto, y

75. Ib., lín. 4 y 5.

76. Teólogo y heresiárca inglés (360-420), que negaba el pecado original y, por tanto, la necesidad de la gracia. Fue autor de un comentario en latín a las Cartas de S. Pablo. (JLS)

77. Pág. 102, lín. 24.

78. Pág. 3, lín. últ.

79. Ib., lín. 15.

aman sin remordimientos, porque el amor crece con la posesión del bien supremo.”⁸⁰ No es tan bien dicho lo que añade: “el placer supremo de los escogidos consistirá en no tener en sí nada que se oponga a esta soberana regla.”⁸¹ Yo no sé de teólogo alguno que haya colocado en esto la suma de la bienaventuranza. También dice que “el conocimiento de la verdad en el cielo reformará el juicio que ha formado, y le manifestará que la felicidad no se logra sino sujetándose al *buen orden*.”⁸² Yo estoy en la inteligencia de que esta reforma del juicio errado sobre la felicidad, es una de las miras principales de la moral cristiana, y que el que no le hubiere reformádole en esta vida, no irá a aprenderlo a la otra, donde se le ha de juzgar por la conducta que haya tenido, encaminando sus obras a la felicidad verdadera. El que la hubiere buscado con juicio errado, tendrá su parte con los infieles, como dice el Evangelio:⁸³ el que reformado el error de sus juicios, la haya seguido, la encontrará en el cielo y gozará de ella con visión beatífica, en que consiste la bienaventuranza, no en conocer que nada tiene que se oponga a la soberana regla. Este examen de si tenemos o no cosa contraria a la justicia esencial es lo que llamamos el juicio, en el cual se decide la cuestión para que ninguno, tiznado de cualquier mancha, entre en la bienaventuranza.⁸⁴

He aquí cuanto halló que decir el P. Eliseo sobre el segundo motivo noble de la esperanza, que por sí solo le daba materia, y muy propia, para todo el discurso de la excelencia de nuestra moral, pero él lo halló tan estéril, que lo unió con el amor de la justicia,⁸⁵ y por eso concluye diciendo: “En una palabra, el amor de la justicia es el estímulo más noble de las acciones virtuosas,”⁸⁶ a que aplica las palabras de Jesucristo, truncándolas, por no gastar tiempo en eso, como puede verse en el evangelista San Mateo,⁸⁷ que las trae a la letra así: *Estote ergo vos perfecti sicut & pater vester calestis perfectus est.* Para que viniesen al caso del

80. Pág. 112, lín. 4.

81. Ib., lín. 13.

82. Ib., lín. 18.

83. Luc. 12, 46.

84. Apoc. 21, 27.

85. Ib., lín. 8.

86. Ib., lín. 24.

amor de la justicia, que era su intento, antepuso a ellas la mitad de aquella altísima sentencia con que comienza el libro de la Sabiduría, exhortando a los jueces de la tierra a que amen la justicia, *diligite justitiam, qui judicatis terram.*⁸⁸ Con todo eso, aquel testimonio sólo sirve para manifestar que el amor de la justicia no es el motivo noble de la moral cristiana, ni el trabajar por imitar la perfección del Padre Celestial, con que confirmó Jesucristo el precepto del amor de los enemigos; sino uno de los principios sublimes, como lo manifiestan las mismas palabras que hablan en imperativo y mandando *diligite...estote.*

Como el Padre Eliseo ignora absolutamente el arte de las *transiciones*, no pudo encontrar un medio de disimular la unión que quiso hacer en el segundo punto entre motivos nobles y máximas universales, y echó, como siempre que pasa de punto a punto o de miembro a miembro, su *resto*: Réstame ahora manifestaros &c. Aquí es donde nos dice alguna cosa de lo mucho que debió decir en los principios sublimes, pero ni lo dijo todo, ni del modo que debía, para que pudiésemos perdonarle la transposición o el trastorno. No lo dice todo, porque sólo habla con mucha generalidad del desprendimiento de los bienes y de los placeres: ni como debe, porque no da a aquellas máximas y sentencias el peso de la autoridad de Jesucristo, trayendo sus palabras y su nombre en cada máxima. Hace tan poco caso de este estilo, indispensable a un predicador, que persuadiendo la inmutabilidad del Evangelio a pesar de la corrupción de los siglos, de la diversidad de opiniones y de clases, inserta unas palabras del Salvador, sin nombrarle, con un ..."yo os digo en verdad..."⁸⁹ que todo el mundo pensaría, a excepción de los pocos que supiesen el Evangelio, que aquella assertiva era del propio Eliseo; y por el mismo defecto alteró la traducción del texto, diciendo: "El cielo y la tierra se acabarán, pero jamás tendrán fin las palabras de la ley santa"⁹⁰, en lugar de: pero jamás tendrán fin mis palabras, *verba autem mea non prateribunt.*⁹¹ Junta algunos pensamientos de los de Massillon en su pequeña *Cuaresma* y en el Sermón sobre la *Inmutabilidad*

88. Sap. 1, 1.

89. Pág. 117, lín. 6.

90. Ibid.

91. Mat. 24, 35.

de la ley de Dios, y de ordinario con sus mismas palabras, en que no es razón gastar papel, cuando cualquiera puede desengañarse por sus vista.

La proposición, "Confieso que la perfección evangélica sólo es un consejo, y no puede ser la regla de todas las clases..."⁹², cuyo primer sonido halaga demasiado a nuestro amor propio, es falsísima y debió convencerse de ello el Padre Eliseo por las propias palabras de Jesucristo, que había citado poco antes, *estote ergo vos perfecti, &c.*, y poco antes de ellas había puesto también delante de todos la perfección del Padre para que la imitasen como buenos hijos.⁹³ Las austeridades increíbles, la separación entera de las criaturas, los retiros en las profundas soledades, que trae por prueba, ni son máximas ni consejos del Evangelio, por lo mismo que no son necesarios a la virtud. Fuera de David y de Judit es interminable el catálogo de los hombres y mujeres perfectísimos que ha producido el Evangelio en el comercio de las gentes, en todos los estados, en todas las clases, en los propios tronos, en una palabra, en el mismo mundo, cuya santificación fue el objeto del Evangelio y de la encarnación del Verbo Eterno.⁹⁴

Todo el mundo, pues, debe aspirar, si quiere salvarse, a la verdadera perfección evangélica. Los que han añadido a ella algunas reglas y estatutos con votos de observarlos, y que en esto no han mirado a otra cosa que a estrecharse más con la perfección evangélica, han necesitado de que la Iglesia pruebe solemnemente esos medios, los cuales no añaden perfección sobre el Evangelio, y sería una blasfemia atribuir a los hombres miras más perfectas que las de Jesucristo. Los otros prodigios de penitencia, separaciones más enteras del mundo y sepulturas en la espesura de los bosques necesitan de que se manifieste por señales no equívocas el impulso del Espíritu Santo para que no se repreuben. La perfección es para todos, lo que debe discernir es cómo ha de alcanzarse en cada estado. La fuerza de esta verdad, la falsedad de aquella proposición y la escasa ciencia de la religión en el Padre Eliseo, se convence en las últimas líneas de su sermón. Habla con los que viven en medio

92. Pág. 120, lín. 1.

93. Mat. 5, 45.

94. Juan, 12, 47.

de las delicias, y les pone por regla de su conducta toda aquélla en que consiste la perfección evangélica, como es el desprecio de los bienes, la mortificación de los sentidos, la maceración de la carne, y concluye contradiciéndose expresamente, cuando dice: "Vivid, pues, en la tierra como personas destinadas a poseer la herencia eterna: desprended vuestro corazón de los bienes perecederos, renunciad a los falsos placeres, mortificad vuestros sentidos, *sujetaos a toda la severidad de las máximas evangélicas*, meditad continuamente y cumplid con exactitud esta ley sublime por sus principios, noble por sus motivos, y de un uso universal, para que alcancéis los premios eternos prometidos a los que la guardan, y yo os deseo."

VII

EXAMEN DEL SERMÓN SOBRE EL AMOR DE DIOS Tomo II, Pág. 42.

Una conexión y casi casi identidad, que se observa entre los Sermones Sobre la excelencia de la moral cristiana y Sobre el amor de Dios, nos obliga a pasar inmediatamente de aquél, que es el tercero del primer tomo, a éste, que es el segundo del segundo, porque teniendo el lector más frescas y presentes las especies del uno, pueda hacer con más facilidad el cotejo con las del otro. Animado siempre el Padre Eliseo de su preocupación por la ley o filosofía natural (que no hay nación más sujetada que la suya a las preocupaciones, ni que hable más contra ellas), quiere reducir el amor a Dios a la fuerza de la razón, y dice "que un corazón capaz de agradecimiento, y que se puede atraer con los beneficios, una propensión invencible al bien supremo, pero que la razón debe fijar sólo en Dios, son los motivos de amarle, que intenta aclarar en este discurso."¹ Hete aquí otra vez la *propensión invencible* o el *ardor invencible* a la felicidad o al Ser Supremo y al bien infinito, del sermón antecedente.² ¡Qué dichosos seríamos si naciésemos con ese afecto invencible! Y si nacemos con él, ¿por qué nos condena Eliseo en otra parte³ "a traer dentro de nosotros la depravación

1. Tom. II, Pág. 48, lín. 4.

2. Tom. I, Pág. 97, lín. 9.

3. Tom. I, Pág. 21, lín. 18.

de la voluntad tan adicta a sus inclinaciones viciosas, que no le deja abrazar el cristianismo?" En el purísimo estado de la inocencia, cuando debió ser y fue con efecto más viva nuestra inclinación hacia el Creador, no pudo dársele el epíteto de *invencible*, habiéndose rendido tan prontamente a la tentación. ¿Cuál será un sermón que supone estos principios por parte de la voluntad? Respecto del entendimiento no es menor la falsedad. Si el hombre "trae consigo una indocilidad de entendimiento, que se revela contra la autoridad que le pide el sacrificio de sus potencias"⁴, ¿cómo podrá su razón tener poder para fijar el corazón sólo en Dios?

Todo es desatino y todo es pelagianismo, bien que material, porque no juzgo al Padre Eliseo capaz del formal. Una razón por sí limitada, por el pecado original más disminuida, y por la sublevación de las pasiones viciosas, casi ciega, ¿podrá fijar en Dios una voluntad flaca para lo sobrenatural, y demasiado inclinada a lo terreno, en la edad en que el entendimiento se halla en estado de formarla por sus conocimientos y discursos? Un don tan alto, que es esencialmente divino, cual es la caridad o unión del corazón de la criatura de Dios; una virtud superior, como enseña en apóstol, a la propia fe y a la esperanza⁵, ¿vendrá a ser el efecto de la razón? ¿Para qué bajó el espíritu de Dios, y baja incesantemente? ¿Para qué nos cansamos en pedir con instancia ese espíritu? Filosofemos sobre las obras del Creador a beneficio nuestro, que la razón fijará sólo en Dios un corazón capaz de agradecimiento. No quiero recargar, como podía, sobre este error y sus perniciosas consecuencias; porque es muy notorio el dogma católico de que la caridad es don divino de pura liberalidad del Señor, y porque conozco la candidez del Padre Eliseo, que en el mismo discurso destruye, como acostumbra, las proposiciones aventuradas con que empieza.

No obstante que este piloto se hace cargo de lo tempestuoso del tiempo "por el desorden de las pasiones que nos dominan" arrastrados de los deleites "a que nos dejamos llevar con la mayor violencia por la impresión de los bienes mundanos,"⁶ de

4. *Ib.*

5. I Cor., 13, 13.

6. Pág. 47, lín. 19.

lo tenebroso de la noche “por el error que seduce nuestros corazones”⁷ y de lo endeble de la quilla “que mueven débilmente las gracias de la virtud⁸, dice: “Intentemos sin embargo reducir al hombre a su fin verdadero.”⁹ ¿Y cuál será el arbitrio para reducirle “en medio de esa miseria, en que está sepultado todavía?”¹⁰. Bien desesperada parece la empresa; pero la destreza del Padre Eliseo facilita la ejecución fundado en que al hombre “le quedan algunas señales de la perfección y de la grandeza a que le había ensalzado el Creador. Un corazón capaz de agradecimiento, y una propensión invencible al bien supremo que la razón debe fijar sólo en Dios.”¹¹ Yo no lo entiendo. “Aquella invencible propensión al bien supremo, que parece le une a Dios antes que la reflexión llegue a hacer reconocer su objeto, *ha dicho* que la fija por su elección en sólo las criaturas”¹². Esa razón tan poderosa para fijar el corazón sólo en Dios, ha confesado que, “dominada por los sentidos, no le habla ya con bastante eficacia para convencerle de la necesidad de amar a su Creador, ni quiere abrir los ojos para ver el espectáculo del universo que publica sus beneficios”¹³. ¿Cómo, pues, sacará a salvamento esta nave, cercada por todas partes de escollos y vacíos, agitada de furiosas tempestades, y en una noche tenebrosa? Él, parece que no quiere servirse de milagros, porque halla “que las gracias de la virtud la mueven muy débilmente”¹⁴ con que todo el esfuerzo vendrá a ser de la razón. Eso da a entender en lo que hemos visto, pero la religión y la fuerza de la verdad le hacen recurrir al verdadero móvil, como iremos viendo.

Divide su asunto en dos partes. “Expondré (dice) en la primera parte que siendo el hombre capaz de agradecimiento, debe amar a su Dios; y en la segunda que el hombre que conoce su felicidad sólo debe amar a su Dios.”¹⁵ Comienza la primera parte suponiendo todo el abuso que hace el hombre de los dones

7. Ib., lín. 18.

8. Ib., lín. 20.

9. Ib., lín. penúltima.

10. Pág. 48, lín. 1.

11. Ib. á lín. 2.

12. Pág. 45, lín. 18.

13. Ib., lín. penúltima.

14. Pág. 74, lín. 20.

15. Pág. 48, lín. 11.

del Creador, y su extremada ingratitud, cuyo delito atribuye a sus errores e ilusiones más que a sus afecciones primitivas, júzgale más frágil que vicioso, y tiene por injusticia representarle insensible y casi ingrato con su bienhechor. Al deseo de la independencia, que señala por "primera causa de nuestra sublevación, dice que se unen el desorden de las pasiones, la ilusión de los sentidos, que no nos deja ver la *luz de la razón*, el atractivo de los deleites, que ocupa toda el alma y la hace olvidar la mano bienhechora, etc."¹⁶ A pesar de tanta oscuridad de *la luz de la razón*, y de tanto olvido, no duda afirmar que: "La razón puede todavía descubrirle en las maravillas de la naturaleza la bondad de su autor; su corazón agradece sus beneficios, la gratitud y el amor de un ser que obra para hacerle dichoso le parecen afectos que hermosean su existencia; (esta frase le gusta mucho al P. Eliseo) repreuba en sí la elección desarreglada que le hace violar esta obligación",¹⁷ de que concluye que es capaz de agradecimiento, y que la ley primitiva del reconocimiento subsiste en medio de las tinieblas y de las pasiones. Vuelvo a decir que no lo entiendo. Si la ilusión no deja ver la luz de la razón, si el deleite borra en el alma la memoria del bienhechor, ¿cómo puede la razón todavía descubrir a esa alma, que no la ve, bondades de un Creador, que tiene olvidado? ¿Cómo puede ese corazón ciego agradecer llevado de la luz de una razón que no ve, ni reprobar su elección contraria a la obligación de gratitud? Que el hombre sea capaz de agradecimiento, que esa virtud primitiva (quiero decir, la semilla del reconocimiento) quede en su corazón, aunque muy sepultada y oprimida por las ilusiones de los sentidos, errores de la razón e inclinaciones viciosas, es una verdad incontestable; pero es un desatino y una herejía creer que esa razón, que ya no luce, mueva a un alma que ya no conoce la mano de su bienhechor, a agradecer sus beneficios, y que de la gratitud haga escala para subir al amor. Cuando hubiese cargado de menos sombras a la razón por la ilusión de los sentidos, en lo cual pasó los límites de la verdad, y agobiado menos el corazón con la violencia de las pasiones, en lo cual se excede, todavía era falso el asunto, porque en el estado del pecado no hay más luz que la de la

16. Pág 49, lín. 19 y sigte.

17. Pág. 50, lín. 6.

gracia ni más móvil que el Espíritu Santo, que ilustre el entendimiento, levante y ayude el corazón, a que coopere con él tanto para agradecer, como para amar a Dios. Su bondad, por más maravillas que haya obrado a nuestro beneficio, no es estímulo poderoso, ni aun bastante para poner en movimiento el corazón sin más guía ni apoyo que el conocimiento.

Rebatidos estos principios, veamos la subdivisión (que esa es indispensable) de la primera proposición: "Todo lo que sale de la mano de Dios es un beneficio para el hombre en el orden de la naturaleza; los trabajos no son más que efecto de nuestros desórdenes, y aunque son castigos justos, la bondad divina es tan grande que los convierte en bien en la obra de la redención. Éstos son los importantes objetos que intento representarlos."¹⁸ Empecemos aquí el sermón, que lo demás ha sido un galimatías, y aquí nos presenta dos puntos bastante claros y arreglados, para despertar en el hombre el agradecimiento a su Creador y elevarle al amor de su Redentor, si el predicador se sirve de los verdaderos medios. En realidad Eliseo hace un soliloquio tierno, llamando su alma a que por entre las sombras del error y la flaqueza de la voluntad, divise los rasgos de la bondad divina, y se consuele en las aflicciones con las semillas de la felicidad que la gracia puede hacer brotar entre las ruinas de su grandeza.¹⁹ Después pinta el mismo *cuadro* de la creación con las mismas figuras que le pintó en el sermón de la moral cristiana,²⁰ y dice que en medio de su magnificencia nada era de todo lo creado un beneficio, porque faltaba el hombre capaz de gozarlo y de amar a Dios por sus dones, elevándose a él por el agradecimiento. "Sale el hombre de manos de Dios, y queda acabado el magnífico *cuadro* del universo"²¹ "El hombre parece ser el fin y el vínculo de todas su producciones"²², que es lo mismo del sermón citado de la moral, y puede uno y otro mirarse como la Égloga de Virgilio, en que pondera los beneficios de Augusto bajo el nombre de Títiro, con el cual podía haber concluido, poniendo en boca del hombre la expresiva admiración de Títiro:

18. Pág. 51, lín. 6.

19. *Ib.*, desde la lín. 15.

20. Tom. I, Pág. 85.

21. Pág. 54, lín. 16.

22. *Ib.*, lín. última Vede Tom. I, Pág. 87, lín. 23.

O Melibae, Deus nobis bac otia fecit &c.²³

De esta Égloga prosaica hecha, como se ha manifestado, en el Sermón de la moral, y dilatada en éste un poco más, en la cual, entre varias expresiones reprobables, se dan al sol elogios dignos del apóstata Juliano en su panegírico a este astro, como aquélla: "sin ti todo es confuso, todo es deforme, y tu primer resplandor parece que hace salir segunda vez de la nada todas las criaturas"... y la antecedente: "Manifiéstate, luz resplandeciente, viva imagen de la suprema inteligencia"²⁴. ¿Quién, si no es un hombre peregrino en las escrituras y en la teología, ignorante de lo que es el ministerio de la predicación, y sin conocimiento del lugar sagrado en que hablaba, hubiera dado a una porción de materia luminosa el elogio más expresivo que encontró el apóstol, para recomendar la divinidad de J. C.? *El cual es imagen de Dios*, dice a los de Corinto;²⁵ *el cual es imagen del Dios invisible*; escribe a los colosenses.²⁶ ¿Qué más diría Juliano, supremo pontífice y sacerdote del sol? De esta Égloga, repito, pasa a otra sobre el estado de la inocencia, aventando más la zampoña y como pidiendo con el mismo Virgilio más alto aliento a sus musas:

Sicelides Musae, paulo majora canamus:

ya se ve, como que iba a cantar, con él la dorada edad de la inocencia.

Magnus ab integro saculorum nascitur ordo.²⁷

23. Virg. Buc Ecl.

24. Tom. 2, Pág. 53, desde la lín. 5.

25. 2. Cor. 4.

26. Colos. 1, 15.

27. Virg. Buc Eclog. 4.

Y ¡ojalá! le hubiese pasado por la cabeza en lugar del panegírico de la brevísima edad dichosa, cuya imagen es más propia para abatirnos, humillarnos y llenarnos de melancolía, que para levantar el ánimo al agradecimiento de unos beneficios que apenas gustó nuestro primer progenitor, y miramos tan lejos. ¡Ojalá! vuelvo a decir, hubiese intentado catequizar y bautizar aquel paganismo, y en vez del estado de la inocencia, hubiera hablado del de la reparación en el verbo eterno, a que le daba margen el poeta con el verso:

*Jam redit & Virgo redeunt Saturnia regna:
Jam nova progenies Coelo demittitur alto &c.*

aunque nos encajara (que yo se lo perdonaría) aquéllos y los dos siguientes. Porque entonces entraba en el beneficio más grande que nos hizo Dios en prueba de su amor, para encender en nuestros ánimos la caridad.²⁸ Entonces imitaría a San Agustín en varios lugares en que habla soberanamente de tan alto beneficio y de los motivos con que nos obliga a la retribución,²⁹ y entonces podía discurrir largamente y a propósito, instruyendo en el misterio de la encarnación, cuya fe y conocimiento posible es tan necesario a los cristianos; y moviéndoles por su excelencia y utilidad al amor de un Dios, que tan tierna y liberalmente nos amó. Esto sería predicar sobre el amor de Dios, llevando siempre a la vista la gracia e influjo del Espíritu Santo, que vino a merecer y darnos ese verbo encarnado, sin lo cual es imposible amar a Dios.

Pero una *Pastoral* que nos hace ver a Adán tendido en el paraíso, desnudo, "que manda a los animales, y le obedecen por el respeto que infunde la imagen de la sabiduría suprema impresa en su semblante":³⁰ tranquilo bajo de un cielo sereno que no experimenta las necesidades sino para gozar de los placeres,³¹ con el cielo abierto a la vista para ser trasladado a él

28. Rom. 5, 8.

29. S. Aug. serm. 142 aliás 45. Deverbis Domini, & 34 ex. Homil. 50 & Enar. in Psal. 148 n. 8.

30. Pág. 56, lín. 21.

31. Pág. 58, lín. 8 y 12.

después de una vida tan agradable,³² colocado en este mundo visible para contemplarle, gozar de él y elevarse a Dios por el agradecimiento, dotado de justicia, rectitud, inmortalidad, y hecho el soberano de todas las criaturas;"³³ una Pastoral como ésta ¿de qué sirve a un auditorio cristiano? Los hombres carnales, que si no son toda, son mucho más que la mayor parte de él, se sienten excitados con semejantes pinturas, no al deseo de ver a Dios por medio de la guarda penosa de sus mandamientos, y gozarle en el paraíso celestial; sino a la envidia de una vida poltrona y regalada; y de imaginar que en una situación tan venturosa nada sería más fácil y natural que alabar al que les había puesto en tanta felicidad. Irrítanse contra sus primeros padres, y casi son más inexorables que Dios para perdonarles una transgresión, con que les privaron de vida tan dulce. ¿Pues qué diremos cuando desde el seno halagüeño de esas delicias naturales nos arranca, para precipitarnos en el abismo de las amarguras, de la languidez y de la muerte, contrarias a aquel estado por el pecado de Adán? ¿Cómo "no hemos de temer fijar nuestra vista en la pintura de nuestras miserias, y creer que el exceso de ellas en nada debe disminuir nuestro agradecimiento?"³⁴ Aquí nos hace el cuadro de nuestra caída en el primer hombre con las mismas sombras horrorosas de la de Lucifer, que pone después al lado de la nuestra.³⁵ Nos dice que los trabajos de esta vida no pueden en realidad ser "sino efecto del pecado."³⁶ Que de la separación de Dios y la conversión de nuestra voluntad a las criaturas, viene el atractivo de los bienes terrenos que inflama las pasiones, y la conmoción que causa en los sentidos quita la quietud a la sabiduría; la razón pierde su imperio, la rebelión se manifiesta y el hombre se afrenta de verse."³⁷ Vuélvese a hablar con la concupiscencia por prosopopeya (figura de que usa con demasiada frecuencia), como raíz de todos nuestros males, cuya enumeración hace en dos planas.³⁸

32. Ib. lín. 15.

33. Pág. 59, lín. 1.

34. Pág. 60, lín. 3.

35. Ib. desde la lín. 18.

36. Pág. 62, lín. 18.

37. Pág. 63 toda.

38. Págs. 64 y 65.

Trata después de alentar al hombre, que llora en medio de tantos males, y dice "que ame a Dios y se consuele en Jesucristo que puede restituirlle con mayor abundancia los bienes perdidos."³⁹ En fin, llegó el Padre Eliseo al verdadero motivo del amor de Dios; pero todavía es menester examinar cómo lo propone y qué fuerza le da. Hasta aquí ha predicado del juicio, del pecado original, de las aflicciones, y en una palabras de todo lo que se quiera, menos del amor de Dios o de la caridad. Los rasgos que se ven son de una especie de agraciadoimiento o amor natural por la mucha bondad y amor que el mismo Dios nos mostró en la creación. El que nos tuvo, dándonos a su unigénito, es sólo el que puede encender en nuestros corazones la caridad que necesitamos. En Jesucristo es con efecto "donde la bondad del Señor debe triunfar de la dureza de nuestros corazones."⁴⁰ Pero no "porque hace servir para nuestra felicidad el exceso de nuestras miserias, y muda en recompensas los más justos castigos", como dice su paternidad;⁴¹ sino porque, compadecido del exceso de nuestras miserias, vino a derramar sus misericordias para sacarnos de ellas con su doctrina, que nos las hace conocer; con su gracia, que nos da virtud para remediarlas; y con su muerte, que satisfizo a la divina justicia por la culpa, raíz de tales miserias. Ni puede decirse con propiedad "que mudó los más justos castigos en recompensa," porque esto en rigor quiere decir que la rebelión de las pasiones, la muerte, la concupiscencia y todos sus efectos quedaron con la muerte de Jesucristo hechos recompensa de sus méritos. Lo que debía decir era que el Redentor con el poder infinito de su sangre detuvo el brazo de la justicia, quitó de las manos de su padre el azote, y en recompensa de ella le obligó a que en vez de los castigos que merecíamos, nos restituyese a su gracia y a su herencia, de que estábamos privados justamente. Aquí entona, aunque no muy a tiempo ni con las mejores expresiones, un cántico eucarístico o de acción de gracias, "porque el altísimo se ha compadecido de sus siervos, y tanto como el cielo está elevado de la tierra, otro tanto ha exaltado el Señor sus misericordias"⁴², en el cual teje con tres versos del salmo 102, que no

39. Pág. 66, lín. 5.

40. Ibid., lín. 11.

41. Ib., lín. 13.

42. Pág. 66, lín. 21 y sigtes.

cita otros, y le concluye con el diluvio y el iris "resto ligero de nube, el cual modificando la luz con suaves colores anuncia la vuelta de la serenidad y la calma de las tempestades."⁴³ ¿Qué más diría Calderón?

Pero el P. Eliseo no necesita de "renovar esas imágenes de consuelo, de que usa el Espíritu Santo, para traernos a la memoria la bondad del Señor"⁴⁴. Paréceme que podría decirle al P. Eliseo lo que San Esteban a los hebreos, que siempre resistían al Espíritu Santo: *vos semper Spiritui Sancto resistitis.*⁴⁵ La primera vez de sólo dos que nombra al Espíritu Santo en un sermón, que debe ser todo de Espíritu Santo; porque el Espíritu Santo es el amor de Dios en persona, y Dios comunicado a nosotros en la persona del Espíritu Santo, es el principio de nuestra caridad, el que la aviva, el que la conserva y el que la inflama; una sola vez, digo, que le nombra, es para echar a un lado sus expresiones, como menos capaces o como inútiles. "¿Qué necesita más nuestro corazón para abrazarse en amor y reconocimiento que el considerar aquella augusta reparación que mudó en favor nuestro, cuanto se había empleado para perdonarnos (*ya he dicho que esta proposición es falsa*) aquella gracia, precio inestimable de la sangre de J. C., que nos vuelve con la virtud la felicidad que es inseparable de ella?"⁴⁶. Ahora pregunto yo al P. Eliseo: ¿cuál es esa gracia, esa virtud, quién es el que puede hacer que consideremos la obra de la reparación y que a su vista se abrase el corazón en amor? ¿No es el Espíritu Santo la gracia y la virtud que nos ha merecido J.C. con su sangre? ¿No es el único que nos ilustra, tanto para conocer los beneficios altísimos de Dios en la reparación, como para encendernos en su amor por el agradecimiento de ellos? Pues si todo esto es así, y estas verdades, puede decirse que son la suma del Evangelio; si de las cosas de Dios sólo puede hablar el Espíritu de Dios, porque sólo él conoce y las conoce⁴⁷, ¿por qué ha de desechar el P. Eliseo las imágenes de que usa el Espíritu Santo para representarnos por este medio en la caridad? Si dijera, pasemos de estas imágenes, que aunque dictadas por el Espíri-

43. Pág. 67, lín. 19.

44. Ib., lín última y sigtes.

45. Act. 7, 51.

46. Pág. 68, lín. 2.

47. I Cor., 2, 11.

tu Santo, sólo pintan bondades naturales a las obras de generación, por la cual logramos la comunicación de ese mismo espíritu divino, que ilumina, mueve y produce en nosotros la caridad efectiva, entonces hubiera dicho muy bien y encaminándose a hablar dignamente del beneficio de la reparación, capaz de mover al amor divino. Pero nada hallaremos menos que eso.

Pone con San Pablo la prueba del amor de Dios para nosotros en habernos dado a su unigénito; saca con el mismo apóstol, sin dignarse de citarle, las consecuencias de cuanto debemos esperar de su divina caridad: la confianza que nos infunde contra su ira "el medianero que viene a arrojarse entre nosotros y su padre para detener sus rayos,"⁴⁸ cuya satisfacción más copiosa que nuestras maldades no deja ya derecho alguno a la venganza"⁴⁹. Ningún teólogo excusará de temeraria esta última proposición. Es verdad que la redención fue superabundante, pero también es cierto que es menester la aplicación de ella a cada uno de los hombres para que el Señor no use de aquel derecho, y que para la aplicación ha de concurrir, entre otras cosas, nuestra cooperación. *Si tamen compatimur &c.*⁵⁰ Eleva al grado de sublime la perspectiva que ofrece el plan de la redención en la ejecución, si se atiende a la serie de las profecías (que fue sobre lo que debió hablar en el Sermón de la incredulidad, y es muy ajeno de éste), sacando por consecuencia de todo lo que ha dicho: "ved ahora, católicos, cómo la armonía nació del centro del desorden y la felicidad del extremo de la desgracia."⁵¹ ¡Digna consecuencia de semejante discurso, y desatino natural de quien viendo a la luz del sol "las proporciones exactas que despiertan la idea de perfección impresa en el alma"⁵², no se cuida de la luz de las escrituras ni de la teología para conocer las proposiciones exactas, con que debe hablarse de Dios. Si la armonía es el verbo encarnado, ¿quién le enseño al P. Eliseo a decir la tontería de que nació del centro del desorden? Si la felicidad consiste en conocer a Dios y amarle por sí mismo, si este conocimiento y amor no puede venir si no es del Espíritu

48. Pág. 69, lín. 3, repetición T. I., Pág. 100, lín. 1.

49. Ib., lín. 13.

50. Rom. 8, 17.

51. Pág. 70, lín. 20.

52. Pág. 55, lín. 4.

Santo, comunicado a nuestras almas por los méritos de Nuestro Redentor ¿no será temeridad decir que esa felicidad nace del extremo de la desgracia? Va mucho, como dijimos arriba, de que nuestras miserias fuesen el motivo de la reparación a que el Redentor naciese del centro del desorden y el Espíritu Santo del extremo de la desgracia. Y si “es verdad (como en efecto lo es), que la rectitud de la razón, la inmortalidad y el imperio absoluto del alma sobre el cuerpo, no se nos ha restituido con la justicia, si la voluntad es todavía tan débil y está en peligro la virtud, ¿cómo es que la gracia del medianero está con nosotros y nos hace triunfar en nuestra flaqueza del enemigo que nos venció?”⁵³ Si a pesar de la intervención del medianero es preciso confesar que caminamos como los Israelitas por un desierto y por una arena abrasadora que engendra serpientes”⁵⁴, ¿dónde está la felicidad restituida? ¿Cómo es que Dios ha perdido el derecho a la venganza? Responde el P. Eliseo “que tenemos, como los israelitas, remedios para todos estos males. Hallamos en el cuerpo de J.C. el maná que fortalece nuestras almas, la fuente, que apaga nuestra sed, la columna de luz que nos guía, la señal cuya virtud sana de las mordeduras de las serpientes ponzoñosas, es a saber: J.C. crucificado”⁵⁵. De aquí infiere que aunque “los beneficios de Dios en la creación eran preferibles, mueven más nuestro afecto en la redención, si contemplamos los males de que ésta nos libertó”⁵⁶. ¡Raro contraste! Acaba de manifestar que después de la redención caminamos todavía por el desierto entre mortíferas serpientes, con hambre, con sed y acosados de todos los males, y sin más que ponernos a la vista el cuerpo de J. C., quiere persuadirnos de que “de este modo la clemencia divina, volviendo a lucir como los primeros rayos del sol después de un tiempo tempestuoso, en que los truenos consternaban la naturaleza, infunde un gozo más vivo en los corazones;”⁵⁷ como si con sola la acción de morir J.C. se verificasen todos los efectos admirables de la redención, y consiguiésemos la felicidad eterna. Así parece que lo creía el P. Eliseo, pues alabando a renglón seguido las

53. Pág. 70, lín. 22, y 71, hasta la lín. 12.

54. Pág. 72, lín 2.

55. Ib. desde la lín. 7.

56. Pág. 73, lín. 9.

57. Ib.

misericordias de Dios en J.C. dice, "y si mi salvación está en vuestras manos, ¿no es preciso que piense que mi felicidad está más asegurada que si dependiese únicamente de mis propios esfuerzos?"⁵⁸. ¿Quién ha pensado hablar de la piedad de Dios en estos términos, tan a propósito para producir una confianza vana? Lo peor es que luego hace otro interrogante: "¿No es ésta la confianza que deben inspirar los ministros de vuestra palabra?"⁵⁹. Ni por pienso, P. Eliseo mío; ni por pienso. V.P. lo trastorna todo y saca unos predestinados de malísimo carácter, y muy diferentes de los que forma J.C. en su Evangelio.

Cuando V.P. predique que toda la beneficencia con que Dios trató al hombre en su creación, tanto en el orden de la naturaleza, libertándole de los afanes del trabajo, de las incomodidades de los elementos, del dolor, de la enfermedad y de la muerte; como en el de la gracia, dotándole de todas las virtudes en un alma ilustrada, al que avasallaba sus pasiones por el amor que ardía en ella su Creador, el cual podía fomentar sin dificultad con aquellos auxilios; no tendiéndose sobre la alfombra verde del paraíso a deleitarse en los bienes que se le habían concedido, y a gozar a pierna suelta del placer con la satisfacción de que estaba mirando el cielo abierto para pasar allá sin más que agradecer, como su paternidad la pinta; sino elevándose por todos y cada uno de estos dones, y en cada acción de su goce al amor de su creador por su propia bondad. Que toda esa grandeza, y felicidad la habíamos perdido sin arbitrio humano para la restauración, y caído por el contrario en todas las miserias, que trae consigo el pecado con la separación de Dios. Que en medio de esa imposibilidad de nuestra parte, y de la soberana justicia que Dios tuvo para abandonarnos, se condolió de nosotros y determinó unirse con nuestra carne en la persona del Verbo, para que así pudiese un hombre Dios satisfacer a un Dios ofendido. Que este Salvador, dando en su persona la satisfacción de que éramos incapaces, nos libertó de la pena del pecado original, y nos dio medios de satisfacer por los pecados que después cometiésemos por nuestra flaqueza o nuestra malicia; y con que poder precaver la caída (medios que no tuvo Adán en el paraíso, y por eso abundó más la gracia del hombre

58. Ib., lín. 14.

59. Pág. 74, lín. 16.

celestial en la redención).⁶⁰ Que por los méritos de su mismo hijo nos dio también después de su muerte su divino espíritu, etc., y finalmente, que estos beneficios, aunque no se consiguen sólo con haber encarnado y muerto J. C. ni nos restablecen por la regeneración en la justicia original y su preciosísimos gajes, son todavía más apreciables que los que con aquella justicia se le dieron a Adán, porque éste luego que pecó se vio condenado, se encontró sin sacramentos, no veía redentor ni esperaba un paráclito, todo lo cual tenemos nosotros en el orden de la reparación. Cuando V.P. vuelvo a decir, haya predicado y fundado todo esto, y manifestado que sólo la luz y la gracia del Espíritu Santo, que nos adquirió con su sangre el medianero, podía abrir los ojos de una razón ciega y levantar a Dios un corazón muerto y convertirlo en tierra, entonces podrá decir San Pablo que donde abundó el delito, fue mayor la gracia,⁶¹ que fue la misericordia y maravilla de la separación que la de la creación,⁶² porque fue mayor la caridad del padre del hijo pródigo cuando le recibió y cortejó después de haberle abandonado y malgastado sus dones, que cuando le engendró: este mismo hijo se sintió más tocado al amor de su padre, recibiéndole en sus brazos, echándole la estola al cuello y preparando un convite para celebrar la vuelta, que cuando le dio su legítima.⁶³

Sí, P. Eliseo; en esta conformidad, y otras semejantes es que se recomienda a los cristianos la beneficencia altísima de Dios, para excitarles a su amor. Todo aquello de la creacion es mucho menos, y así ha de tocarse con brevedad. Que "nosotros somos los artífices de nuestra desgracia."⁶⁴ "Que los trabajos de esta vida no pueden ser sino efecto del pecado."⁶⁵ "Que los hijos de Adán llevan sobre sí un yugo pesado desde el día que salen del seno de su madre hasta el día de su sepultura;"⁶⁶ son unos principios ciertos, dignos de que se aclaren en estilo más perceptible, y que se dilaten en un sermón de otros asuntos; en

60. Ib., lín. 20.

61. Rom. 5, 20; Eph. 1, 8.

62. Rom. 5, 20; Ef. 2, 4-7 supra.

63. Missa in Preparatione calicis.

64. Luc. 15, 20-24.

65. Pág. 60, lín. 6.

66. Pág. 62, lín. 18.

el del *Amor de Dios* no es menester dieciocho páginas para decir cosas trivialísimas, sin novedad que el estilo poético, y algunos pensamientos poco exactos. Comienza⁶⁷ por el *cuadro* de la creación, impertinentísimo en realidad en aquel lugar que debía ocuparse en cosas de orden superior. Esto es lo que reprende Horacio y todos los retóricos, pintar el gallo desde el huevo; y aquí es más reprendible, porque con esa extensión en cosas de corto influjo, se dejan de tratar las más principales y más altas. Cuando parece que se encamina a hablar de la reparación por medio de J.C., apenas toca en el nombre, comienza a saltar a las profecías, dice dos palabras, con poco tino, sobre la gracia; vuelve a los efectos del pecado y dice que hallamos en el cuerpo de J.C. el maná, la fuente, etc. sin explicar cómo ni cuándo. Yo dejo la que quisiere contemplarlo, si leída la primera parte de este sermón se siente movido por ella al amor divino.

La segunda parte de este discurso es más rara. Toda ella se compone de varios fragmentos de los Sermones de Massillon para el día de Todos los Santos, Tom. I; de la Purificación, Tom. II; de la Pasión, Tom. VI; del tercer Domingo de Cuaresma, y de la paráfrasis del salmo 18, Tom. IX; pero siendo unos mismos los pensamientos y las expresiones, salen tan desfigurados de mano del P. Eliseo, por disfrazarse, que ni hacen la impresión de su original ni tienen la belleza y claridad de él. Por otra parte vienen forzadísimos, y son del todo impertinentes para el asunto del amor de Dios; como que Massillon los trae, unos para probar la felicidad de los justos por las luces de la fe y las dulzuras de la gracia; otros para manifestar que la divina clemencia conmutó la pena de muerte que merece el pecador en el continuo sacrificio de sus sentidos; unos para convencer la evidencia de la ley por la propia conciencia del pecador, y otros para descubrir la miseria de los grandes, que abandonan a Dios por la mayor violencia de sus pasiones y variedad de sus antojos. Todo lo cual sólo a rastras puede venir en un sermón sobre el amor de Dios.

Al principio confiesa el P. Eliseo la *inutilidad* de su primera parte, y de aquel *cuadro* delineado por la mano del Creador,⁶⁸ en que pintó feliz al hombre: "los cielos, (dice) y la tierra publican

67. Pág. 64, lín. 1.

68. Pág. 52, lín. 19.

vuestra bondad; nuestro corazón no está sordo a su voz; y si el amor que exigís de nosotros no fuese más que aquel primer impulso de la gratitud que excita la impresión del beneficio, todos los hombres os amarían en vuestros dones. Pero la caridad etc.”⁶⁹ Si a alguno ha podido parecerle duro nuestro examen, no puedo darle mayor desengaño de mi sinceridad. Aquí hace una bella descripción de los soberanos efectos que produce el amor de Dios, diciendo “que es un afecto que domina todos los movimientos de nuestra alma, sujetando todos nuestros deseos a la ley, sacrifica todas nuestras pasiones al buen orden y nada deja en nosotros que no sea propio de la virtud”⁷⁰ Esto es cierto, pero es menester que nos enseñe en qué consiste ese afecto, obrero de tantas maravillas, y cómo se logra. Esto será predicar del amor Dios. Asegura, “que el amor no llega a tener tanto imperio, si no es que el corazón emplee toda la actividad con que apetece la felicidad.”⁷¹ Es verdad; pero es falso que “ésta sea la fuerza que nos arrastra, y éste el móvil que da todo el impulso, y que ninguna otra causa puede producirlo o destruirlo; que la gracia sólo puede modificar su movimiento del mismo modo que la razón y las pasiones.”⁷² Esto es falsísimo, y algo más. La gracia es la causa principal del amor divino, sin la cual ni aun el primer pensamiento de amar a Dios somos capaces de formar por nosotros mismos;⁷³ de suerte que aunque nosotros cooperamos con nuestra libre voluntad, y el Espíritu Santo no obra en el corazón del hombre como una máquina inanimada,⁷⁴ con todo, el acto de amor de Dios sobrenatural y divino se atribuye con toda principalidad a Dios, o a su gracia, como causa que obra en nosotros el querer y el ejecutar.⁷⁵ Este es el dogma católico enteramente contrario a la proposición de Eliseo. Lo que salva al P. Eliseo, pero no a su sermón, es que al fin de él, hablando de la oposición de nuestras pasiones con la ley de Dios, y de la separación que hace el pecador con la culpa, exclama así: “¡Oh Dios mío, y qué separación! ¡Y quién podrá

69. Pág. 76, lín. 12.

70. Ib., lín. 21 y toda la pag. 77.

71. Ib., lín. 12.

72. Pág. 78, lín. 1.

73. Ib., lín. 5.

74. 2 Cor. 3, 5.

75. Conc. trid. Ses. VI Can. IV.

unir estas distancias! Sólo vuestra gracia, que de un extremo del mundo al otro todo lo abraza, todo lo dirige y todo lo penetra con un poder invencible, que fija los deseos del corazón por el amor dominante de vuestra ley, y perfecciona la libertad bajo el imperio de la caridad.⁷⁶ Esta es la conclusión de su sermón verdaderamente católica y verdaderamente contraria a la antecedente, que es en rigor, cuando menos, semipelagiana.

Dice "que el amor de nuestra felicidad, que es inseparable del de Dios, es el poderoso motivo que propone para unirnos a Dios."⁷⁷ No hay duda que el que aspirare a la bienaventuranza, es menester que amar a Dios, pero también es menester que se le enseñe que ame a Dios no es afecto tan sensible que pueda el hombre conocer cuándo está unido con Dios y le ama como debe, sin otra gracia especial que se lo revele,⁷⁸ y que sólo puede tener una probabilidad por la guarda de los mandamientos, la buena voluntad a abrazar todo lo que fuere conforme a la voluntad divina, hasta sacrificar la salud, los bienes, el reposo, la honra y la misma vida, en que consiste lo que el mundo y los hombres tienen por felicidad; y esto es lo que no hace el P. Eliseo. Lo primero que nos enseña el Espíritu Santo para entrar en el servicio de Dios es la preparación del ánimo para pasar por las tribulaciones y las tentaciones.⁷⁹ Lo mismo nos exhortan Pedro, Juan y Santiago repetidísimas veces en sus cartas. En fin, el mismo J.C. nos enseña que ese es el espíritu de su Evangelio.⁸⁰ Es verdad que el poder soberano de la gracia ocurre a endulzar las amarguras más crueles de los justos, aun cuando llega su aflicción al estado de cansarse de la vida, como lo experimentó el apóstol⁸¹, que entre los más importunos combates de la carne, en que parece inevitable el incendio, sirve de abundante rocío, que le apaga;⁸² y que la sangre que se vertió en la cruz es la que hace ligera la de los justos.⁸³ Pero predicar a los hombres carnales que el amor de la felicidad en este

76. Pág. 100 á lín. 3.

77. Philip. 2, 3.

78. Pág. 79, lín. 5.

79. Triden. sup. cap. IX.

80. Ecli. 2, 1.

81. Math. 16, 24 & alibi.

82. 2 Cor. 1, 8.

83. Rom. 7, 25.

mando es el más poderoso motivo que debe excitarles a amar a Dios, es una especie de paradoja. Que manifestadas las penas de la mortificación cristiana, se contraponen con las del mundo y con las que trae el placer de los sentidos, y se concluya que son más llevaderas aquéllas que éstas, por los auxilios, por los medios y por los premios eternos, ya lo entiendo y son máximas de los santos padres. Pero los motivos poderosos para amar a Dios y guardar sus mandamientos consisten esencialmente en la grandeza de su amor para con nosotros, manifestada en tantas obras, digna cada una de muchos discursos instructivos, edificativos y patéticos, en la soberanía y certidumbre de unas promesas tan altas, como la de que habitará de asiento en nuestros corazones;⁸⁴ que será con nosotros en las tribulaciones; finalmente en la de la eterna felicidad, vista y goce de su ser. Sobre todo, porque habiendo de ser el mismo Dios el principio y el agente principal de nuestro mérito para tanta gloria, cifra nuestro trabajo, solicitud y diligencia en la vigilancia y atención, orando y pidiendo con la certidumbre de alcanzarlo así todo;⁸⁵ por lo cual recomienda tan altamente J.C. y después de él los apóstoles, la Iglesia y los padres la práctica de la oración, y unos de estos la llamó *omnipotencia supplex*, que quiere decir poder ilimitado, que lo hace todo rogando. Por el contrario, digo del Sermón del Padre Eliseo sobre el amor de Dios, discurso infructuoso que reduce la caridad a voces.

84. Matth. 11, 29, 30.

85. Joan. 13, 23. II.

VIII
EXAMEN DEL SERMÓN SOBRE LA AMBICIÓN
Tomo II, Pág. I

Volvamos un poco atrás, esto es al primer sermón del segundo tomo sobre la *Ambición*, por la misma razón que dimos al principio del capítulo antecedente, pues también en éste se observa el estilo propio del P. Eliseo de tratar la moral cristiana y sus asuntos sin relación alguna a la santidad del Evangelio, sin respeto a la perfección espiritual de sus oyentes, y sin más mira que la temporal de la sociedad y el orden público, que le hace perder de vista casi enteramente el espíritu de J. C. en su doctrina y el objeto esencialísimo del ministerio apostólico. Hasta aquí hemos manifestado, no sin dolor, cuánto papel hace en los discursos el P. Eliseo esta manía, que así puede llamarse, pero todavía tiene más juego en el Sermón de la *Ambición*.

Apenas se acuerda del Evangelio cuando discurre sobre ella, si no es en la salutación, para deducir el asunto. Ante todas cosas, es de notar que desde el exordio comienza ofendiendo nuestra piedad y lastimando a los oídos católicos, especialmente de los españoles, con sus negras expresiones contra la santa Salomé. A esta mujer tan justa, que venera la Iglesia y coloca en sus altares como una de las primeras que a imitación de los apóstoles, conocieron y siguieron al Mesías, le obsequió con sus oficios y facultades, le acompañó con ternura al patíbulo, le buscó muy temprano en el sepulcro y perseveró toda su vida en

la más fiel observancia de su doctrina, la pinta el P. Eliseo como un monstruo abominable. Su indiscreta petición para que J.C. colocase a sus hijos en las primeras sillas, la gradúa "de la solicitud más viva que jamás se vio, y a ella de madre ambiciosa y la menos juiciosa que hubo jamás para pedir."¹ Dice, "que se dejó llevar de los apetitos más desenfrenados,² que usurpó las facultades de Dios,³ que se valió de medios injustos, usando de tramas ocultas, de adulación y de las más vivas súplicas,⁴ que autorizó en sus hijos aquella presunción, que haciendo las veces de la capacidad necesaria, anuncia desde luego un abuso inevitable de la autoridad,⁵ que la viveza de su solicitud no es más que efecto de la codicia, de la ignorancia y de una ridícula vanidad;⁶ que la vileza de las diligencias del ambicioso y la depravación de su corazón, a quien el delito no cuesta ya horror alguno, se observan en el proceder de la madre de los hijos del Zebedeo, la cual usa de toda la bajeza de los respetos que inspira la adulación, afecta un lenguaje lisonjero y servil, tributa honores divinos para obtener favores humanos;⁷ y que la presunción es la cualidad más señalada que se nota en el carácter de sus hijos y que llena su imaginación de ideas de fausto, y deslumbrada con el falso brillo de un imperio fantástico etc."⁸ No gasta por cierto el P. Eliseo colores tan negros para pintar a un libertino. Entre los innumerables cuadros de que se compone su obra, ninguno es más singular que el de Santa María Salomé, pero yo aseguro que estos colores no los molió el Espíritu Santo, ni dirigieron el pincel los padres de la Iglesia.

Dos evangelistas cuentan el hecho que da idea a esta pintura, y son San Mateo en el cap. 20, y San Marcos en el 10, el cual no hace mención alguna de la madre, como San Mateo. Nótese en ambos que J.C. encaminó la repuesta de la tal petición, no a la madre, sino a los hijos. ¿Y cuál fue esa respuesta? *No sabéis*, les

1. Pág. 1, al princ.

2. Pág. 2, lín. penúlt.

3. Pág. 3, lín. 9.

4. Pág. 4, lín. 6.

5. Ib., lín. 14.

6. Pág. 14, lín. 2.

7. Pág. 22, lín. 10.

8. Pág. 35, lín. 2.

dice el Señor, *lo que pedís*. Bien se conoce que traslucían en ellos la indiscreción de su demanda, ocultáronse de los demás para hacerla y aun separados, advierte el Crisóstomo, que se avergonzaban, y se valieron de la interposición de su madre: *Pudore victi, matris patrocinium assumpserunt*,⁹ en que se ve que no eran tan presuntuosos, faustosos y deslumbrados como los hace Eliseo en su *cuadro*. A favor de la madre es de advertir que en la soledad tenía todavía empacho de hacer la súplica que le habían sugerido sus hijos, fue necesario que el propio J.C. la provocase a declararse, preguntándole qué quería *quid vis?* Esta observación, que es del glorioso P. S. Bernardo¹⁰, borra todo el cuadro del P. Eliseo y desmiente aquella solicitud más viva que jamás hubo, aquel desenfreno de apetitos, aquellos medios injustos; aquella vanidad ridícula, aquella vileza en las diligencias, aquel descaro que ha perdido el horror a los delitos, y aquella usurpación de los derechos divinos. En vez de viveza, codicia y solicitud, muestran en su pretensión el encogimiento y el rubor que caracterizan su sexo, y aun su religiosidad; descubre un alma, que aunque tocada del afecto maternal, ni la arrastra una ambición desmesurada ni mira con indiferencia el crimen cuya sola sombra, mal representada, la asusta y amedrenta de suerte que antes de llegar a desplegarse sus labios, es preciso que la anime el mismo a quien va a pedir.

San Jerónimo dice,¹¹ que conociendo el Señor que su petición venía más de sus hijos que de ella, dirigió su repuesta a aquéllos, y que aunque todos parecen reos de ambición, es más disculpable la madre y mucho más digna de perdón, porque pide con un engaño mujeril, por afecto de piedad, y con ignorancia de lo que pide. San Ambrosio la excusa por la razón del cariño, que es natural a las madres, de la avanzada edad en que se hallaba, del desamparo en que la ponía la separación de sus hijos por seguir al Salvador; y así sólo la culpa de error, y ese propio error lo disculpa con el amor, *etsi erro pietatis tatem error est*; y aunque al parecer avara en el deseo, estima el santo su culpa por venial, porque no pide bienes, sino gracia, y claramente dice que no hizo sin rubor su petición, *neque*

9. S. Joan. Crisos. Hom. 66 in Math.

10. S. Bern. Ep. 126 ad Episc. Aquit.

11. S. Hyer. in cap. 20, Math.

inverecunda petitio. Llámala madre anciana, religiosa en su conducta *mater atate longeva, studio religiosa.*¹²

San Fulgencio le da un colorido todavía más gracioso. "Esta bienaventurada madre, dice, había aprendido por la lección de las Sagradas Escrituras que la grandeza de J.C. era tal que los querubines servían de silla a su trono *sedet super cherubin,*¹³ que era el señor de los cielos, y por eso se acerca a ser ilustrada, se postra delante de él como esclava y le pide no cosas terrenas, sino del cielo, donde penetraba que tenía su dominación. Muestra su confianza (*parte tan esencial de la oración*) con la voz *dic, di o manda; y pues con sólo decirlo has hecho el cielo y la tierra,* también con una palabra prepararás a mis hijos el trono celestial. ¡Oh mujer en el sexo, tu afecto materno ha pasado más allá de la humana dignidad! Predica J.C. desde el patíbulo de una cruz, y tú conoces ya su verdadero imperio; él anuncia que subía a Jerusalén donde sería vendido y crucificado, tú llegas a pedirle por tus dulces hijos. ¡Oh mujer, dichosa madre de unos hijos santos; tú has predicado en el mérito a los bienaventurados y te has adelantado sobre el honor de los ángeles! ¿No te basta, que del ejercicio humilde de pescadores, en que les habías educado, les hayas sacado para predicadores grandes? ¿Después de las redes pides el cielo, después del anzuelo el Evangelio, y después de la barca el trono?"¹⁴ ¡Cuánto va de estos colores y pincel a los del P. Eliseo!

Los santos padres que han comentado este pasaje, más bien se descargan a imitación del Salvador, contra los hijos que contra la tierna y anciana madre, atribuyéndoles el pecado de la ambición. San Agustín¹⁵ no duda llamarles también *soberbios* por la confianza con que respondieron que podían beber el cáliz. Con todo, esos mismos padres reconocen que todo lo que en ellos parecía ambicionar, temeridad y soberbia, más era ignorancia que otra cosa. Este error de que principalmente les acusan, aun lo disculpan con la falta de las luces de la fe, por no haber recibido todavía al Espíritu Santo. Vese esto claramente en los lugares citados de San Juan Crisóstomo y de San Bernar-

12. S. Amb. lib. 5 de fide ad Grat., cap. 2, vel. 31.

13. Isai., 37, 16.

14. S. Fulg. Serm. de fil. Zebaedei.

15. S. Aug. Ener. in psal. 103, Serm. 3.

do. Muy distante el Santo Abad de precipitarse con la poca caridad y demasiada desedificación del P. Eliseo, distingue dos géneros de ambición: una sobria y en cierto modo oculta, que obra con precaución, aunque no sin culpa: *moliens saltem caute, & si non caste*; procura avanzarse, pero no se aleja de la sombra del pudor, y aunque no teme a Dios con aquel temor saludable que es menester, conserva todavía la honestidad, respeta a los hombres y se sonroja con la vista del público. Tal fue, en su sentir, la ambición de los discípulos, que el P. Eliseo eleva con temeridad y con escándalo al último exceso. Sobre todo, la prueba más concluyente de la venialidad de su pecado se conoce leyendo tres líneas más del propio Evangelio. Cuando Santiago y Juan habían ya consumado (si es lícito decirlo así) su pecado con la respuesta arrogante del *possumus*, que añadieron a la necesidad de la petición, ¿qué les dice J.C.? Promételes que derramarán su sangre y apurarán las amargas heces del cáliz por su amor; que fue, como dice un santo, otorgarles toda su petición y colocarles a su diestra, elevándoles al reino de los cielos por el martirio; y a su siniestra, concediéndoles en el mundo la alteza del ministerio apostólico. Si su pecado hubiese sido tan atroz, no era posible que el justo juez les diese tan inmediatamente el mayor premio.

La piedad de la religión y la devoción tan particular que profesamos a los santos, especialmente a Santiago, que nos ha destinado el cielo por tutelar y patrono, al cual debemos tan señalada protección, me han llevado casi insensiblemente a hablar más de lo que quería en este punto. La unión de los rasgos, con que el P. Eliseo hace la pintura detestable de tal madre y tales hijos, es suficientísima para recoger su Sermón de la Ambición, indigno, no digo de las manos de un español, sino de las de cualquier católico. Hay algunos que se interesan demasiado en encarnar la cuchilla de la censura en cuanto nos toca, sin perdonar lo más sagrado. De los otros apóstoles refiere a renglón seguido el Evangelio que se indignaron con la pretensión de los dos hermanos, sobre lo cual dice San Juan Crisóstomo que mostraron aquella emulación carnal que suele hervir en los pechos de los palaciegos del mundo; esto se arrimaba más al asunto del P. Eliseo, le daba materia de ampliación, y ni una palabra dice de ellos. Si él hubiese pensado, como debía, en hacer un sermón verdaderamente moral, oponiendo a la ambi-

ción la virtud de la humildad, y a la inclinación al vicio el contraste de la gracia; ni hubiera tenido necesidad de recargar contra la santa madre y contra los gloriosos hijos, ni dejara tan al descubierto su piedad. Pudo hablar de su petición-indiscreta, para deducir el asunto y tratar después cómo se introduce la ambición en el corazón, cómo le domina, cómo le lleva a apechugar con cuanto se le opone y cuántos estragos causa; y manifestar que sólo la humildad sostenida y animada de la gracia, es la que puede impedir su introducción, progresos y perniciosas operaciones; pero suponiendo que lo que en aquellas almas sencillas, no ilustradas todavía, ni fortalecidas por el Espíritu Santo, era puramente error, conforme al Evangelio, *nescitis*, es en nosotros un afecto desordenado que con facilidad pasa a ser soberbia, se acompaña con la envidia, produce todas las bastardías de ésta, es el vicio y trastorno de las cortes, y cuanto hubiese estimado conveniente para combatir una pasión tan infame como peligrosa, tan aborrecible, como funesta.

Eliseo, lejos, según su práctica ordinaria, de seguir estos planes arreglados, ni se acordó en su discurso de otro lugar del Evangelio o de las Santas Escrituras, ni vio los santos padres que le han comentado; ni le pasó por la imaginación la virtud de la humildad, que es cosa bien notable en un sermón contra la ambición. No sé si el nombre solo de aquella virtud sonaría mal en su auditorio, y si el recomendarla, parecería bajeza, y se ocupó todo, con mayor esmero que en otras veces, en tratar de la utilidad y perfección de la *sociedad* y del *orden público*. Da lástima verle tirando todas sus líneas a este objeto: "El amor del bien público (dice) es el único motivo que debe animarnos en la solicitud de las dignidades".¹⁶ "El que en la eminencia del puesto antepone el placer de hacer feliz al prójimo al esplendor frívolo que sólo lisonjea la vanidad, es el modelo más perfecto del Ser Supremo."¹⁷ Tiene esta proposición su aire de moral, si aquel placer en la felicidad del prójimo y desprecio de la vanidad, nacen de la caridad cristiana; esto es, si el que colocado en la eminencia es animado en todo del amor de Dios, y arregla por él cuanto obra; pero el P. Eliseo ni nombra aquí la caridad ni a Dios: por *nosotros*; por *nosotros*, y por *nosotros* es

16. Pág. 6, lín. 10.

17. Pág. 8 toda.

que lo hace todo, y lo que le pone en movimiento, "no dice que sea el amor de Dios, sino... que el amor del bien público, la prosperidad de la patria y la felicidad de los demás son los motivos que deben estimularnos en la pretensión de los honores"¹⁸... y si por *nosotros* y por amor del bien público obra el hombre, es impiedad llamarle modelo el más perfecto del Ser Supremo. Éste es un principio de paganismo honrado, el lenguaje de los filósofos y la doctrina de Sócrates y de Plinio, más no la de J. C. Ninguno de aquellos sabios enseñó la humanidad de otra suerte; pero ni ellos ni los principes, o grandes que se gobernaron por tales máximas, pudieron excusar la vanidad y lisonja del amor propio tan inseparable, sin el auxilio de la gracia, de las acciones grandes; ni merece que se le tenga por modelo, y modelo el más perfecto del Ser Supremo. Aquél es modelo perfecto del Ser Supremo, que amándole en todo, y sobre todo, del mismo modo se ocupa en las cosas chicas que en las grandes, tengan o no relación con la utilidad de los demás, por sólo el fin de agradarle.

No es creíble que el entusiasmo del P. Eliseo por la *patria*, la *sociedad* y el bien *público*, llegue al extremo de no excluir del plan de sus sermones a los que obran por pura vanidad; ni yo me atrevería a decirlo, si él no se explicase en términos tan claros como éstos:

*"Si alguna vez el amor de la gloria mundana acompaña a estos motivos, es porque el hombre esclavo de la concupiscencia se atribuye injustamente a sí mismo unos talentos que sólo debe referir al autor de todos los dones; a lo menos esta pasión, aunque injuriosa al Creador, no perjudica a la sociedad siempre que apetece la gloria para cumplir con su obligación y mirar por el orden y felicidad pública"*¹⁹.

¡Qué proposición tan indigna de los labios de un predicador, y carmelita descalzo, aprobar acciones *injuriosas al Creador*!

18. Pág. 9, lin. 3.

19. Págs. 9 y 10.

En la boca de los fiscales de un soberano católico aun serían escandalosas; porque, aunque al interés de los príncipes nada importe que los vasallos obren por vanagloria o por religión, con tal que lo hagan *por cumplir con su obligación* y mirar por el orden y felicidad pública; con todo los príncipes que son religiosos, desearían que fuesen animados los suyos por el motivo eficaz e invariable de la sumisión evangélica, que acri-sola y afianza más que la vanidad las almas fieles en la subordinación. Si el P. Eliseo no condena estas acciones, ¿por qué dice que es falsa la honradez del incrédulo, y que los motivos que le deja su secta son suficientes? ¡Notable contradicción! ¿Pero cuándo ha podido contarse en el P. Eliseo y su moral con un sistema constante por principios? Defecto casi inevitable, en el que predica robando de unos y de otros. Si los mismos paganos que aplaudían sus héroes cuando se sacrificaban por la patria, y cuando fijaban su atención en la felicidad pública, hubiesen creído que obraban por un espíritu injurioso al Ser Supremo, en vez de elogios le hubieran tributado desprecios, según las máximas de su teología. Lo peor es que aun se adelante el P. Eliseo a decir que los motivos del amor de la patria y del bien público son la raíz, no sólo de la emulación que eleva el alma, destierra la pereza, desvanece la ociosidad y coloca la piedad en el cumplimiento de la obligación; sino que produce pontífices sabios en la ley del Señor; vigilantes sobre su rey, celosos e intrépidos en conservar la pureza de la fe, de las costumbres y de los derechos del santuario. ¡Qué trastorno! La caridad sola es la que puede producir estos admirables pontífices: el deseo del bien público, de la felicidad del prójimo, y de las obras que lo comprueban, son centellas de aquella caridad, la cual no pocas veces se hallará embarazada en conciliar intereses opuestos.

Para poner perfectamente en claro la manía del P. Eliseo o el entusiasmo de colocar el bien público en el centro de nuestra conducta, al cual miren y del cual nazcan todas las acciones, juntaremos los pasajes más principales de este Sermón sobre la Ambición. De ella dice “que degrada y envilece al hombre, sofocando en su corazón el amor del bien público *único motivo* de las almas virtuosas,²⁰ que el hombre no aspiraría a las

20. Pág. 15, lín. 13.

dignidades, y huiría de ellas si el amor del bien público dominara en su corazón;²¹ nosotros no debemos sino a la patria el sacrificio de nuestra libertad;²² si el hombre no llevase otra mira en la solicitud de las dignidades, sino el bien público, la utilidad de la patria y la felicidad de los ciudadanos, no conocería otros medios etc.”²³ La fe y la religión vienen como por añadidura; pero el contraste esencial de la ambición es el bien público...” ¡Ah, y cuán diversamente discurriría el hombre si considerase bien la verdadera grandeza, y si el amor del bien público dominara en su corazón!”²⁴ Si alguna vez une con los principios sociales la virtud, habla de ella en un sentido equívoco, semejante al que usaban Sócrates, Platón y Séneca. Si para prueba o confirmación de algún pensamiento trae ejemplos de la historia sagrada como el de Amán, Atalia, Jasón, Absalón, Achitophel y otros, no los trata como cosas en que ha puesto la mano el Altísimo, en que brilla su justicia y en que nos enseña el Espíritu Santo a huir y aborrecer la ambición; vienen en su discurso del mismo modo que la historia de un mandarín de la China que se hubiese desgraciado o la de una Cleopatra. En una palabra, ni éste ni la mayor parte de los Sermones del P. Eliseo, son, como debían, un templo, en que la representación de las imágenes sagradas mueve a la imitación de las virtudes cristianas, al sacrificio de las pasiones y al cumplimiento de las obligaciones por el amor de Dios; sino una sala colgada a la moda que entretiene con países y divierte con el gusto de su vestuario, colgadura y bagatelas.

Cuando entre estas lecciones paganas resaltan algunos rasgos de moral más cristiana y de este estilo propio del púlpito, son de otros oradores franceses, principalmente del señor Obispo de Clermont en su pequeña *Cuaresma*. En la tercera parte del que hizo Massillon para el primer domingo, pone la ambición y la subdivide en tres efectos, a saber, que hace infeliz al ambicioso, que le envilece y que le mueve a valerse de medios injustos. De aquí sacó Eliseo la división del suyo, con el disfraz de motivos despreciables, medios injustos y uso peligroso; pero

21. Pág. 16, lín 3.

22. Pág. 17, lín 7.

23. Pág. 16.

24. Ib., lín. 1.

en el fondo son la misma idea y pensamientos. No es esto lo que yo condeno. Unas mismas proposiciones, sin variar en los términos pueden ser el asunto de muchos sermones y de diferentes predicadores, sin que sea por eso uno copista de otro; pero el P. Eliseo disfraza las proposiciones, y después bebe los pensamientos, que digiere muy mal, y copia a la letra las cláusulas de Massillon. Comienza Eliseo su primera parte así:

"Todo poder viene de Dios, y sólo se ha establecido en el mundo para hacer feliz al hombre."

Massillon empieza el de la 4^a. Dom. de Cuar. así:

"Todo poder viene de Dios, y todo lo que viene de Dios está establecido para utilidad del hombre."

Cotéjase cuando dice el P. Eliseo desde la lín. 14, Pág. 21, hasta la lín. 9 de la 22, con lo que dice Massillon en el discurso de la 1ra. Dom. de Cuar., Pág. 28, y apenas se hallará de diferencia una ligera mutación de palabras. Veámoslo por curiosidad.

Eliseo: "El delito que le ensalza es en su concepto como una virtud que le ennoblece."

Massillon: "El delito que sirve para ensalzarle es para él una virtud que le ennoblece".

Eliseo: "El mérito que concurre con él a la misma pretensión le ofende y le irrita".

Massillon: "Si el mérito ajeno le hace oposición, le mira como a su enemigo a quien nunca perdona".

Eliseo: "Atormentado siempre de la envidia, vería con menos sentimiento perecer los negocios públicos en sus manos, que el que se salvases por el cuidado y talentos de otro".

Massillon: "Sacrifica a su envidia la salud del estado, y más quiere ver desgraciados entre sus manos los negocios públicos que el que se salven por medio de los cuidados y talentos ajenos."

El que quisiere continuar el cotejo, puede hacerlo por sí mismo con un poco de paciencia.

— Pasemos a otro lugar. Cuanto dice Eliseo desde el final de la Pág. 42, pintando los estragos de un conquistado, no es más de una copia mal sacada sobre un excelente original de Massillon. Vaya el original:

Massilllon: "Se levantarán monumentos soberbios para immortalizar sus conquistas, pero las cenizas aún calientes de tantas ciudades que en otro tiempo florecieron, la desolación de tantos campos despojados de su antigua hermosura, las ruinas de tantas murallas bajo de las cuales han quedado sepultados tantos ciudadanos pacíficos, y cuantas calamidades permanezcan después de él, servirán de lúgubres monumentos que inmortalicen su vanidad y su locura; habrá pasado como un torrente que destruye la tierra, y como un majestuoso río que trae a ella la alegría y la abundancia."²⁵

Todo es excelente en este lienzo: los períodos son numerosos, las ideas vivas y sensibles, y el contraste del torrente y el río es por sí sólo una imagen que toca en el sublime de Longino y excede lo magnífico de Hermógenes. Veamos la copia que sacó Eliseo, el cual no cabiéndole en los bolsillos llenos de paja los colores y el pincel de Massillon, saca su paleta y tira estos rasgos:

"¿Qué retrato nos hace la historia de aquellos conquistadores a quienes la ambición conducía a la gloria, y que dotados de virtudes guerreras prefirieron la pompa y la celebridad de los triunfos a la felicidad del género humano? Semejantes a aquellos torrentes de fuego que, saliendo impetuosamente de lo profundo de los abismos, arrasan las regiones vecinas y no ofrecen a la vista por todos lados sino la imagen de la muerte, no han dejado a la posteridad sino monumentos lúgubres, provincias despobladas, campos despojados de su hermosura, ciudades reducidas a cenizas y ciudadanos sepultados entre sus ruinas?"²⁶ En esta copia vemos la cabeza

25. Mas. sup., Pág. 29.

26. Elis., Págs. 42 y 43.

del original a los pies, y éstos en lugar de la cabeza, y todo desfigurado con el trastorno de las partes, la mutación de los miembros del período y la falta del contraste entre el río y el torrente; por cuyos medios pensó el P. Eliseo pasar el contrabando literario de un plagio. Sería menester copiar ambos sermones, y los retazos de otros del mismo Massillon con que viste el suyo Eliseo, sin poner de su casa otra cosa que la aguja y el hilo de diferente color con que zurce los remiendos para que entren por entre ellos la cabeza, y manos la patria, la sociedad y el amor del bien público, sin que se descubra la religión, la humildad ni el amor de Dios. Y para que se convenza más el que dudare, le indicaré que la segunda parte en que habla el P. Eliseo de los medios injustos por la lisonja y la adulación, es tomada principalmente de la segunda parte del de Massillon a la 1^a Dom. de la pequeña Cuaresma,²⁷ aunque también pica de otros; pero siempre les desnuda de aquella relación que tienen en boca de Massillon con el espíritu del cristianismo, para ajustarlos a su fantasma patriótico. Cosa bien indigna de un predicador, mucho más del que cuenta por ascendientes a Elías y al Bautista, y por reformadores a la Seráfica Teresa y a San Juan de la Cruz; modelos que le obligan a respirar, no digo en el púlpito, sino en las conversaciones, el celo de la gloria de Dios como Elías, la severidad de la ley de la penitencia, como el Bautista, y los incendios del divino amor, como Teresa y su admirable director. Tal vez las obras de los dos últimos, por ser de españoles, le habrán parecido, como a otros paisanos suyos (no al ilustrísimo Bossuet, que se servía de ellas, y las citaba con el mayor elogio) que enseñan una espiritualidad entusiástica. Pero pudo haber aprendido del borgoñés San Bernardo, que enseña que todo el acierto y grandeza de los que mandan consiste en los talentos gobernados por la caridad, maestra de la humildad, por cuyo defecto dice que son pocos los que mandan con utilidad, y que si mezclasen con la discreción y

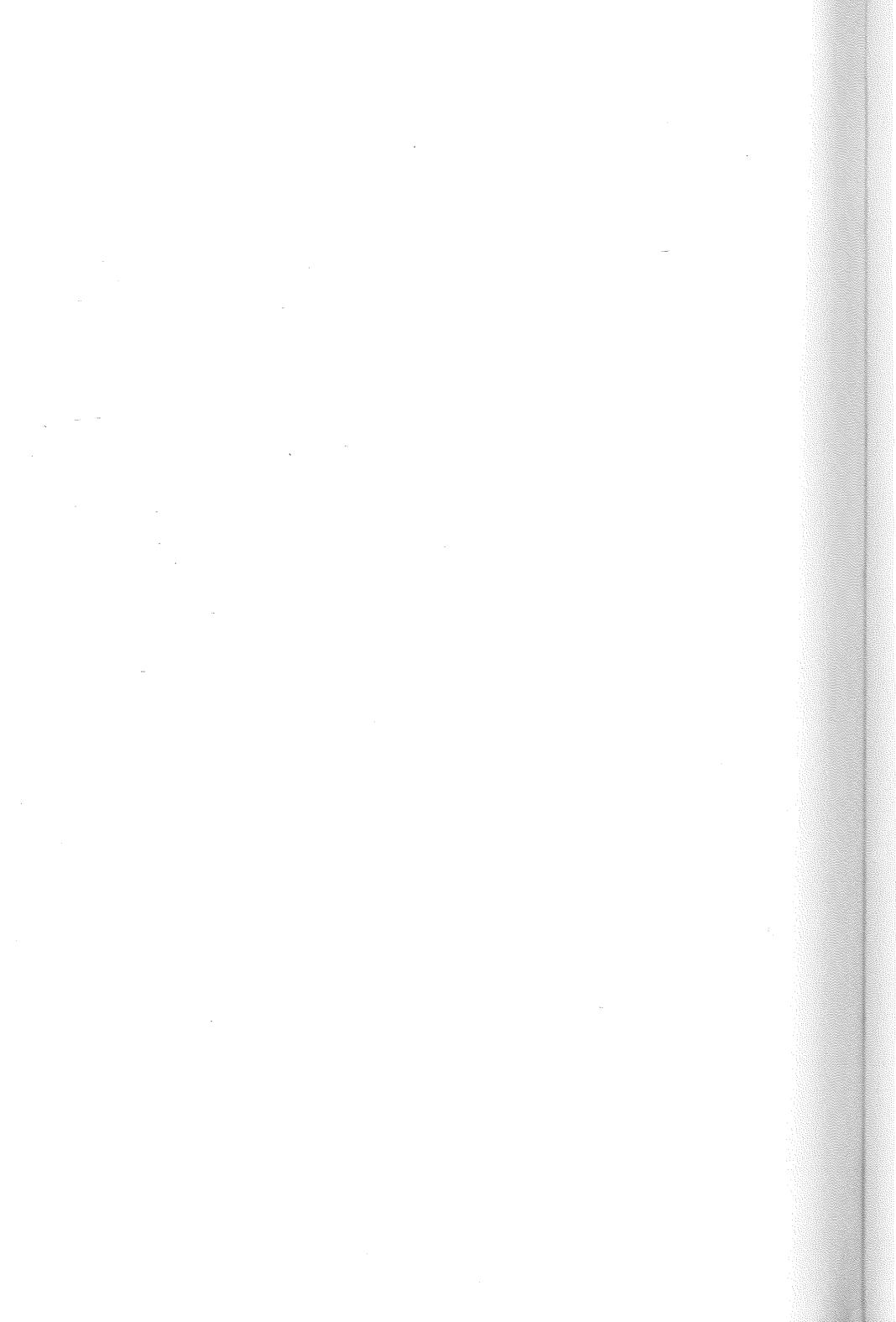
27. La "pequeña Cuaresma" se refiere a los domingos de quincuagésima, sexagésima y septuagésima. (JLS)

talentos la virtud de la caridad, que sólo se consigue con el magisterio soberano del Espíritu Santo, entonces se olvidarían de sí, no buscarían su interés, no resistirían a los superiores, no faltarían a la condescendencia racional con los súbditos, ni dictaría sus órdenes la soberbia.²⁸ Y pregunto, ¿no es este plan, fundado sobre la caridad y el amor de Dios, el de un sermón contra el vicio capital de la ambición que destruye la humildad cristiana y da sobrado margen para hablar, como por consecuencia, de las ventajas que produce esta doctrina a favor de la sociedad y el orden público? ¿No puede por aquí mismo convencerse que aunque el cristiano no debe cuidarse de otro reino que el de Dios, aunque en la tierra no tiene ciudad permanente,²⁹ y aunque no debe conocer más patria que la del cielo, ni otros conciudadanos que los bienaventurados,³⁰ con estas mismas miras se anima para servir mejor que otro a su soberano y al estado?

28. S. Bern., Serm. 23 in Cant.

29. Heb. 13, 14.

30. Efes. 2, 19.



IX

DEL SERMÓN SOBRE LA FELICIDAD DE LOS JUSTOS Tomo I, Pág. 203

Volvamos a seguir el hilo. En este sermón se le presenta al P. Eliseo uno de aquellos asuntos más dulces y más edificativos que tiene la religión cristiana. La felicidad de los justos en el propio destierro y en el caos de la miseria humana, es una verdad que hiere con melodía los oídos, llena de dulzura el corazón y enamora no sólo el espíritu de los mismos justos, sino el de todos los cristianos, una verdad la más propia para dar emoción y sentimiento sin los vanos adornos de la elocuencia. Cualquier predicador bien penetrado de ella la tratará con aquel entusiasmo divino que produce la sublimidad en el mismo descuido y desaliento de las voces. Las graves y verdaderísimas sentencias, los altos y sencillos principios de esta proposición, "la vida del justo en este mundo, es, sin comparación, más feliz, más alegre, más tranquila, abrazando la cruz de Jesucristo y negándose a sí mismo, que la del pecador sano, rico, poderoso, lisonjeando el torrente de sus pasiones." Esta proposición, que al principio parece paradoja al libertino, se consolida y desenvuelve con unas reflexiones que siendo triviales en la religión, no por eso pierden ni la agudeza ni la gravedad, ni la excelencia, con unos cotejos tan exactos como palpables, que se sacan de los senos del corazón del hombre y se amplían con los ejemplos y testimonios de la escritura, y con la experiencia que

cada uno tiene en sí, sin necesidad de buscarla fuera. Tratado de este modo el asunto de la felicidad de los justos, aficiona a la cruz de Jesucristo y hace odioso al mundo con tanta más facilidad, cuanto más se pone en juego el amor propio, el cual se ve al mismo tiempo sublimado y santificado.

¡Oh verdad llena de atractivo y de consuelo, oh religión santa, que alejas al hombre, no digo de las penas eternas, sino de la propia miseria inseparable de su ser, y le ofreces una felicidad que jamás ha podido encontrar, buscándole con tanto estudio! ¡Qué brillo no lograrás con la elocuencia del P. Eliseo! Mucho debió esta verdad halagüeña de la virtud, y honrosa a la religión, a los Bourdaloues, Massillones y Flechiers; y conforme al juicio de los panegiristas del P. Eliseo nos la presentará aquí con nueva belleza o con más encantadores atavíos. Pero ¡cuán corta es mi vista! Cuanto más leo su discurso, menos descubro en él ni la fuerza, ni los encantos de esta verdad. Es cierto que su belleza es tan divina, que por más que la desigure un mal pincel, aunque la desgreñe y la envuelva en la capa de Diógenes, descubrirá todavía por entre sus desgarrones, rasgos que la hagan amable. El retrato de los maestros de los estoicos, Zenón, que decía que con la virtud podía el hombre ser dichoso en medio de los tormentos más crueles y a pesar de los reveses de la fortuna, aunque no lo adorne de las divinas perfecciones que le da el espíritu de Dios, y la represente con sólo las gracias que descubren en la virtud una razón casi ciega y una filosofía guiada por tales principios, no dejará de imprimir en el espíritu ideas deliciosas que le inclinen a cultivarlas y seguirlas. Esto es todo lo que yo alcanzo en el presente sermón: una pintura filosófica bien inferior a la de Zenón, y muy distante, no digo de la original que trazó Dios en las sagradas letras, sino de las copias que tenía a la vista el Padre Eliseo.

En efecto, este retratista cogió las de los ilustrísimos Flechier y Massillon para sacar la suya; pero por disimular, la desgració. Massillon traza el diseño por las luces de la fe y las dulzuras de la caridad; el P. Eliseo apaga aquéllas, y echa éstas a un lado; y ésta es la diferencia que se nota en el asunto de ambos. "La justicia cristiana, dice Eliseo,¹ hace al hombre tan feliz como puede serlo en la tierra; lo uno, porque alivia todos sus pesares, y lo otro,

1. Tom. I, Pág. 206, lfn. 17.

porque aumenta todos sus placeres." Massillon dice²: "¿pero en qué consiste la felicidad de los justos en esta vida? En manifestar la verdad oculta a los sabios del mundo, y en gozar del deleite de la caridad, que está negado a los amadores del mundo. Porque las luces de la fe suavizan todas las penas del alma fiel y hacen más amargas las del pecador; las dulzuras de la gracia calman todas las pasiones, y negándose al pecador corrompido le dejan entregado a sí mismo." Ve aquí un propio diseño, con sólo la diferencia de que Massillon descubre desde luego la divinidad de las perfecciones que va a pintar, y Eliseo sólo ofrece un esqueleto por ocultar, sin duda, la pobreza de su imaginación, y no descubrir que cuantas pinceladas iba a dar eran copiadas de aquél.

Este estudio de ocultar su robo le siguió en toda la obra, y sin poder por eso conseguir que no se conociese el plagio, descubrió más su pobreza, mendigando de cuando en cuando algunos jirones o rasgos de los preciosos vestidos que tejió el ilustrísimo Flechier en el sermón de la samaritana, consagrado también a la felicidad de los justos. Y se ve que no es razón consumir el tiempo en ir manifestando cada pensamiento y proposición del P. Eliseo en los sermones de estos hombres, que causaría mucho fastidio, sin alguna utilidad. Indicaremos algunos que basten para convencer a los que no tengan las obras de aquéllos o la paciencia de confrontarlos. La salutación y entrada de la primera parte son unos principios generales, que en varios discursos traen los citados oradores, y el texto de grave *jugum*³ manifiesta bien, que aquellos principios se tomaron de Flechier.⁴ Comienza a amplificar su primera proposición sobre el principio de que nuestras ilusiones son el origen de nuestros pesares, lo que apoya con el testimonio de San Ambrosio *causa laboris est ignorantia*.⁵ Massillon empieza del mismo modo: "La raíz de todos nuestros pesares (doy sus palabras) regularmente consiste en nuestros errores, y sólo somos infelices, dice un santo padre, porque nos equivocamos en el juicio que hacemos de los bienes y de los verdaderos males, *causa laboris &c.*"⁶ Subdivide el P. Eliseo la primera

2. Pág. 4, lín. 11 de la edic. cit.

3. Pág. 207 in fine.

4. Serm. de la Sam., Pág. 151, lín. 15, Tom. 5 de la imp. de Madrid en 4.

5. Pág. 209, línea 5.

6. Sermón de todos los santos, parte I, al principio.

parte de su discurso, y dice que el justo encuentra los consuelos en el testimonio de su conciencia, en la perspectiva del mundo y en las esperanzas de la fe. "Tres reflexiones que os harán ver que el verdadero remedio de nuestras penas es la justicia cristiana.⁷ Para daros a conocer esta verdad de que tanto honor resulta a la virtud, os suplico reparéis en que ya sea que un alma tocada de Dios se acuerde de lo pasado y de aquellos tiempos de disolución que a su penitencia, (esto es lo que llama el P. Eliseo, y Massillon también testimonio de la conciencia), ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo a su vista (he aquí la perspectiva del mundo) ya finalmente, que se ponga a pensar en lo futuro (aquí vienen las esperanzas de la fe), todo le consuela, etc."

Desde aquí se aparta de Massillon y va chupando de Flechier. Cuanto dice en la Pág. 210, es lo que dice el otro en la 243, aunque con más aire del púlpito el Flechier, el cual se funda en que Dios creando al hombre nada olvidó de cuanto podía conducirle a su perfección, y así plantó en él las semillas de todas las virtudes y le dio una inclinación natural al bien y una aversión al mal, que puede ser debilitada por el vicio, pero no destruida. El mismo principio establece el P. Eliseo diciendo que llevamos en nuestra alma los principios de la virtud. Olvidóse aquí su paternidad del Sermón sobre la incredulidad, en cuya segunda parte comienza por la sentencia opuesta, de que el hombre trae consigo la indocilidad de su entendimiento y la depravación de su voluntad. Como no habla lo que sabe, sino lo que encuentra, no es extraño que se contradiga. También dice que si "la virtud no es nuestra primera inclinación, conocemos que es la primera obligación nuestra"⁸, cláusula de Massillon, el cual dice "nacemos (como dice el apóstol) con las reglas de la ley en nuestros corazones, aun cuando nuestras primeras inclinaciones no sean a la virtud, a lo menos conocemos que ella es nuestra primera obligación."⁹ En una palabra, el que quiera convencerse por sí mismo del plagio, y que todos los pensamientos y expresiones buenas de este sermón los tomó el Padre Eliseo de los señores obispos Massillon y Flechier, tómese el trabajo de leerlos.

7. Ib., Pág. 5, lín. 7.

8. Pág. 210, lín. 4.

9. Mas. sup., Pág. 18, lín. 10.

Lo que puso de su casa el P. Eliseo fue el desorden con que los propone, el estilo oscuro, fastidioso y desunido de que los vistió: algunos principios falsos, y sobre todo unas nociones de la virtud, opuestas entre sí y muy equívocas. Yo no sé cómo componía el P. Eliseo sus sermones. Si los hubiese predicado sin una prolífa preparación, como lo hacían de ordinario los padres, y alguno de sus oyentes se hubiese tomado el trabajo de escribirlos mientras los decía, ya fuera disculpable en el desorden, falta de transiciones y otros defectos que se observan en ellos; pero habiendo puesto tanto estudio y tanta curiosidad, se hace increíble, a no tocarlo, el ningún orden y demás tachas, de que adolecen todos sus discursos, con la diferencia de poco más o menos, según hemos mostrado en los antecedentes, y notaremos en éste.

Divide su proposición en dos partes, cada una de las cuales subdivide en otras tres, de suerte que este sermón tiene seis parte o seis proposiciones, suficientes cada cual de ellas para dar materia a un sermón sobre el propio asunto. El primer miembro de los dos de la proposición es "que la justicia cristiana hace al hombre tan feliz como puede serlo en la tierra, porque alivia todos sus pesares."¹⁰ Para subdividirlo hace otro exordio que comienza con la sentencia: "El hombre debe pensar que vino al mundo para padecer, y que la mayor felicidad nunca está libre de penas."¹¹ Creo que el P. Eliseo se engaña mucho y se contradice. El hombre vino al mundo por Adán, y no para padecer ni para ser infeliz, que esto le sobrevino por el pecado, origen de la muerte y de los males: vino para gozar de toda la felicidad posible fuera de la patria, y el P. Eliseo se sirve de esta beneficencia de Dios, para excitarle a su amor. Dos buenas planas ocupa en el Sermón sobre el amor de Dios, discurriendo por ese beneficio. Habla allí con el creador sobre las maravillas de sus obras, y le dice que a la comunicación de ser y de vida, que su omnipotencia había derramado en ellas, faltaba todavía "la comunicación más noble, es a saber, la de la felicidad que gozáis en contemplar vuestras perfecciones infinitas. Ya se presenta (*dice*) esa bondad que va a derramarse sobre una criatura, a la que unidos el amor y el poder forman en fin para

10. Pág. 206, lín. 17.

11. Pág. 207.

hacerla *dichosa...*" Cada cosa es para él un beneficio, atendida su organización". "Dios no se deja ver al hombre sino bajo los símbolos de la beneficencia; se conoce que todo esto lo ha hecho para que esta criatura le amase, pues ella sola es la que experimenta el gozo de la felicidad."¹² Pues si S. P. sabía esto, ¿cómo dice que el hombre debe pensar que vino al mundo para padecer? Pero vaya; se conoce que no pensó hablar en rigor teológico, y que lo que quiso decir fue que después del pecado de Adán nacemos infelices o como se explica San Pablo hijos de la ira por naturaleza. Infiérolo de que sólo así es verdadera la sentencia, y de que en la cláusula siguiente dice que la revelación nos ha mostrado la aflicción, como efecto de la culpa.

Pasemos a las tres reflexiones o tres partes en que subdivide el primer miembro, y pone el P. Eliseo con Massillon los consuelos del justo en la adversidad, a saber en el testimonio de la conciencia, la perspectiva del mundo y las esperanzas de la fe. ¡Qué confusión y qué vacío no se encuentra en las dos primeras partes que tratan del testimonio de la conciencia y de la perspectiva del mundo! ¡Qué estilo tan lúgubre en las reflexiones! Cuanto dice sobre el testimonio que da la conciencia al justo y al pecador en la adversidad, y cuanto saca de la perspectiva del mundo, es una misma cosa, como puede conocerlo cualquiera que haga el cotejo de los consuelos del justo y de los desconsuelos del pecador, que trae allí el P. Eliseo, y se reducen "a que en la desgracia todo contribuye a aumentar las penas del pecador, al cual la memoria de lo pasado es todavía más amarga que la experiencia de lo presente."¹³⁾ De suerte que todos los remordimientos de su vida anterior obran en él (según el modo de pensar del P. Eliseo) por la mala correspondencia que halla en el mundo y en los hombres, en la cual hace consistir la perspectiva del mundo. Si todos los malos pasos, artificios, maquinaciones, y perversidad del pecador hubiesen producido los efectos que él deseaba, no tendría remordimientos, porque iba todo a su placer, y por consiguiente su felicidad sería mayor que la del justo. Así lo pensaba el P. Eliseo, y conviene en que "es necesario confesar que cuando todas las cosas se adaptan a nuestros deseos... La voz de la conciencia no

12. Tom. 2, Pág. 55 y 56.

13. Pág. 211, lín. 12.

se oye tanto, las diversiones agradables debilitan sus impresiones, y el alma demasiado apasionada a los bienes de que goza, apenas conoce el valor de la virtud, etc., etc.”¹⁴ Prueba de que no hay diferencia en la materia de las reflexiones que hace sobre el testimonio de la conciencia y la perspectiva del mundo, entre el justo y el pecador en el estado de la adversidad es que habiendo discurrido en la primera por contraste entre las conciencias de ambos, en la segunda pone al pecador a pensar sobre su situación desde la línea II de la página 219, hasta la 223, y sin dar al justo más reflexiones que las primeras del testimonio de su conciencia, concluye: “el justo afligido es el que sólo halla en las revoluciones del siglo presente consuelos que alivian sus penas.”¹⁵

Hemos visto la confusión. Tratemos ahora del vacío. ¿Qué sacamos de siete fojas que echa el P. Eliseo en estas dos reflexiones a favor de la virtud? Muy poco o nada. Porque, como hemos visto, el pecador cuyos proyectos van viento en popa, nada siente, nada le remuerde, y vive contentísimo en el seno de la abundancia y del placer entre el atractivo de la esperanza, la ilusión de la gloria y el encanto de la sensualidad, mientras “el justo está llorando sus desórdenes y sus flaquezas”¹⁶. Porque, aunque la gracia (que no toma en boca el P. Eliseo) le consuele en su espíritu, si el del pecador, sea por prestigio o por encanto nada en las delicias, quedará superior en el contraste, y será falsa la proposición general de que “la justicia cristiana hace al hombre tan feliz como puede serlo en la tierra.” Si el P. Eliseo no hubiera dado, sin razón, tanto vuelo a la felicidad del pecador en la prosperidad, discurriría mejor a favor de la justicia cristiana. Hasta ahora no ha habido ni habrá, no digo un cristiano, pero ni un gentil a quien la Divina Providencia haya dejado caminar por una senda tan suave y tan florida, que haya podido olvidarse de que es mortal: que jamás haya sentido dolor o incomodidad en su cuerpo, a cuya voluntad nada se haya opuesto, cuya sensualidad no haya sentido algún inconveniente insuperable, a cuya ambición todo haya cedido sin dificultad ni trabajo. Un ente de esta calidad sería

14. Pág. 210, a lín. 11, hasta el fin.

15. Pág. 223, lín. 19.

16. Pág. 217, lín. 14.

una quimera. El modo de discurrir en honra de la virtud para la felicidad, que produce en la tierra, es hacer el paralelo de la tranquilidad de ánimo y del sosiego con que vivió un S. Antonio Abad, por ejemplo, comparado con las inquietudes y zozobras de un Alejandro, de un César, de un Carlos XII y un Federico II de Prusia. En estos cotejos de los héroes que el mundo ha conocido y envidiado, es que se prueba la verdad honrosa a la religión, de que sus preceptos y máximas no conducen sólo a la felicidad eterna, sino que dan al hombre la que puede apetecer racionalmente en el mundo. Si un espíritu filosófico prefiere justamente la tranquilidad con que dormía Amicias¹⁷ en su choza a la ambición de César, que llegó inquieto a despertarle y valerse de él para pasar el río, ¿cuánto tendrá que decir un orador evangélico sobre la preferencia de un justo? ¿Y qué hizo el P. Eliseo en aquellas siete fojas? Tres soliloquios fríos: dos del pecador, no en la prosperidad que ofrece el mundo, sino puesto en la mayor desventura, y uno del justo, no atribulado con aquellas tentaciones que le inquietan y perturban, sino en la meditación de sus culpas pasadas, en que la gracia le consuela sensiblemente con unas lágrimas dulces. A estos soliloquios añade su favorita *prosopopeya*, en que apersona la virtud, y hablando con ella le dice “¡Oh dulce y consoladora virtud, qué caro les cuesta a los que os desamparan! ¡Qué espantoso espectáculo viene a ser el mundo para un infeliz, cuyo corazón envilecido por el pecado, se halla también abatido por la desgracia!”¹⁸

La tercera reflexión o punto, que consiste en las esperanzas de la fe, que son todo el fondo de la felicidad del justo en la peregrinación, hasta que destruidas la fe y esperanza, reine sólo la caridad, como dice el apóstol, y que por consiguiente bastaba por sí sola para muchos discursos sobre la felicidad del justo, la trata el P. Eliseo en un estilo cortado, por proposiciones generales, oscuras y sin enlace. No nos detengamos en manifestarlas, véase toda la página 224 y 225 con las dos siguientes, y nada se encontrará que pueda decirse que es discurso, sino una serie de sentencias sueltas sobre las promesas de Dios y la certidumbre de la esperanza; antes parece que

17. Rey rústico de Laconia, nieto de Zeus, que fundó la ciudad de Amiclea. (JLS)

18. Pág. 223, lín 6.

se lee un índice que un sermón. Las más de ellas no son inteligibles a un auditorio v.g., "Cuando el Espíritu Santo testifica nuestro amor, nos convence también de que somos amados de Dios; pues nosotros no podemos amarle sin que Dios nos ame primero, y este duplicado testimonio excluye todo temor servil, etc., etc."¹⁹ Otra: "El justo espera, y esto basta; compara los bienes del mundo con la felicidad eterna. En fuerza de esta consideración, la ilusión desaparece."²⁰ La última cláusula, que cierra la primera parte de este sermón, es muy notable. Dice así: "Pero J. C. sólo dirige a los justos estas palabras de consuelo: ¡Felices aquéllos que aman la virtud! Cualquiera que sea su suerte en la tierra, la misma virtud aliviará sus penas, etc., etc."²¹ Nótese lo primero, que en todo el Nuevo Testamento no hay tales palabras de J.C., porque el *beati mundo corde*, con que concluye el P. Eliseo, no dice eso. Lo segundo, que aun cuando el Divino Maestro las hubiese dicho o fuesen lo mismo que *beati mundo corde*, no las dirigía sólo a los justos. Su majestad habló siempre con los pecadores para convertirlos, y por tanto dijo que no había venido a buscar justos, sino pecadores, y a salvar lo que había perecido.²²

La segunda parte del sermón bien analizada contiene lo mismo que la primera, a excepción de la introducción, que me acuerdo haber leído en el P. Giroust y en otros, sobre la preocupación común de los mundanos contra la vida arreglada de los buenos o como los llaman en su país, como por desprecio, devotos. Todo lo demás, digo, es en suma lo propio que ha dicho en la primera parte con diversa colocación o construcción de palabras, y envuelto en la *ilusión de los sentidos... agitaciones violentas... alegrías bulliciosas... ímpetus violentos de las pasiones... regocijos bulliciosos... embeleso de los sentidos...* que repite a cada paso. Cualquier predicador que quisiere servirse de este sermón para decirlo, es menester que lo tome muy a la letra en la memoria, porque a la hora que se le desenhebre una frase, se acabó el sermón, como el cuento de las cabras con que se chasquean unos a otros los niños. Bien que casi lo mismo sucede en la mayor parte de los discursos que

19. Pág. 224, lín. 19.

20. Pág. 227, lín. 15.

21. Pág. 229, lín. 23.

22. Math. 9, 13. Luc. 19, 10.

se nos ponderan: la sustancia es tan escasa que no puede perderse el hilo de las voces, sin que se pierda el sermón. Unos atribuyen a Bourdaloue y otros a Massillon el dicho de que el mejor de sus sermones era el que había aprendido de memoria y dicho más a la letra. De quien quiera que sea, si es cierto, digo que para tales predicadores debía ponerse al pie del púlpito un exorcista a darle por bendición el de la misa estas palabras: *Exorcizo te, immunde Spiritu, recede ab hoc Praedicatore Dei, & sa locum Spiritu Sancto;* porque como dice San Agustín, los predicadores que van servilmente ligados al cartapacio, quitan cuanto es de su parte, el influjo de Dios.²³ Los que comienzan la carrera de la predicación aunque para entrar en ella, tengan toda aquella instrucción que apuntamos en el *Tratado del predicador*, P. XLVI, deben exceptuarse de esta regla para evitar el riesgo de perderse; y para que el ejercicio de aprender de memoria lo que trabajaron y pulieron con esmero, vaya llenándoles de locuciones pura y castigadas y de pensamientos bien seguidos de que hagan después uso, cuando hablen con menos preparación.

Pero volviendo al asunto de este Sermón sobre la felicidad de los justos en esta vida, me parece (con licencia de los Massillones, Flechieres y otros oradores famosos), que ni ellos ni su mal copista Eliseo, acertaron con el verdadero diseño, ni el perfecto método del claroscuro, que debe emplearse en la pintura del contraste de las dos felicidades del justo y del pecado, para dar a conocer sin equivocación la preferencia de la del justo. Yo confieso que los señores obispos de Clermont y Nimes las pintaron con bastante gracia, pero quedaron cortos en la exactitud, y faltó el vigor a sus pinceles; quiero decir, dieron, bastante aire al vestido y al follaje de la felicidad del justo y bello atractivo a sus figuras, pero no se cuidaron de la constancia de su aptitud, ni de las rigurosas reglas del retrato. Como estas imágenes han de sacarse de los divinos originales que ha trazado el espíritu de Dios, es preciso que el predicador observe con cuidado todos los golpes y rasgos más menudos, que empleó este soberano maestro.

Para que se conozca cuál de estas dos felicidades es más apetecible, es menester lo primero, establecer el origen de cada

23. Aug., lib. 4 de D. C., cap. 15.

una, esto es, manifestar que la felicidad del justo es obra de la gracia de un Dios misericordioso, y omnipotente, que habita en las almas fieles y derrama en ellas su fuerza y su dulzura, y que la del pecador se funda en una imaginación falible e impotente, y no tiene más apoyo que las cosas mudables y caducas. Lo segundo, que la comparación corra por todos los estados y casos de la vida del hombre. Para esto ha de considerarse al justo y al pecador en las dos situaciones de prosperidad y de adversidad, conforme al común modo de pensar de los hombres. Éstos fijan la idea de la prosperidad en la salud, la abundancia y el poder; la de la adversidad, por el contrario, en la enfermedad, en la pobreza y en el desprecio. De aquí se sigue que la preferencia de la felicidad del justo, en contraposición a la del pecador, consistirá en hacer ver que los placeres del justo en su salud, en el goce de su abundancia y en el uso de su poder son por la gracia de Dios más puros, más constantes, y por consiguiente más satisfactorios que los del pecador, que en las mismas situaciones vive siempre sobresaltado y temeroso. Pasando después al contraste de ambos en la adversidad, se manifiesta la conformidad dulce del justo en el quebranto de su salud, en la pérdida de los bienes temporales, en la persecución y en los desprecios. La virtud divina que obra en su corazón y no le abandona, no sólo le consuela en estos casos, sino que le alegra, le verifica, y por medio de las propias adversidades, le perfecciona y aumenta su virtud, como enseña el apóstol²⁴, y no conoce otro mal que el perder a Dios, y mientras éste le quede, halla su felicidad. Pero esta máxima de la perfección evangélica que enseña San Pablo²⁵ y explica San Agustín,²⁶ la contradice el P. Eliseo con mucho magisterio en el Sermón *sobre el perdón de las injurias*, y trata de entusiasmo, no digo a la alegría de los justos en la pérdida de las cosas temporales y en las persecuciones, en que dice el apóstol que se gloriaba, sino a la indiferencia en sufrir los trabajos.²⁷ Oigamos a San Agustín: "No está, dice, el mérito y el fruto del cristiano en padecer cuanto haya que padecer, sino en padecerlo por J.C. en su nombre; y eso no ha

24. 2 Cor., 12, 9.

25. Rom. 5, 3

26. S. Aug., lín. 1 de Ser. Do. in monte, cap. 5.

27. Tom. I, Pág. 253, lín. 3 y sig.

de ser sólo con constancia, sino también con alegría." Tales son los principios de moral del P. Eliseo. El pecador que pone la felicidad en las cosas temporales, luego que se siente enfermó, que se ve pobre y sin valimiento se juzga, y es para sí infelicísimo, y no hay cosa que por justos juicios de Dios, no aumente sus penas, así como todo contribuye por su adorable providencia al bien del justo.²⁸

No niego que dicen mucho de esto los predicadores de que hemos hablado, pero ni observan la coordinación que es menester para que resulte el retrato perfecto, ni el claroscuro necesario para la distinción de las figuras. No consiste la belleza de una cara en tener todas las partes y lineamientos que la componen, ni en que cada una de las facciones tenga su perfección propia y relativa con las otras, es menester a más de eso la exactitud de la simetría, y basta que un ojo quede una línea más abajo que el otro o más separado de la nariz, para hacerla monstruosa. El verdadero colorido de estas dos imágenes no es el que se vende en las cortes, en los hospitales y en las cárceles, que sólo sirven para aparejo del lienzo: deben sacarse de la escritura, de la historia de la Iglesia, y mezclarse con los que escarba la filosofía del corazón del hombre. Massillon recargó mucho de estos últimos; Flechier aumentó la dosis de los sagrados, aunque no tanto como era preciso; pero Eliseo no hacía más que embadurnarse los dedos en las piedras en que ellos molieron, y pasarlo por su lienzo; quiero decir que cada proposición, cada pensamiento y cada sentencia del contraste, entre la felicidad del justo y la del pecador debe fundarse en la escritura, apoyarse con las vidas y ejemplos de los santos, y darle tal cual perfil, con las luces de la razón y la experiencia. Los insignes malvados comidos de sus pasiones; los mártires y admirables penitentes alegres entre los tormentos y maceraciones, todo sirve para este cuadro, y para convencer de que en toda situación que se contrapese al justo con el pecador, se hallará el corazón de aquél más tranquilo, más despejado y lleno de satisfacción que el de éste.

Dije arriba que lo peor que había puesto el P. Eliseo de su casa en esta copia, eran las nociones equívocas y muchas veces contrarias entre sí de la virtud. En efecto, el P. Eliseo dice que

28. Rom. 8, 28.

la verdad de la máxima evangélica, de que sólo los justos son verdaderamente felices en la tierra, "enlaza la felicidad con la virtud"²⁹ de que se conoce que la virtud es en su opinión la causa de la felicidad de los justos en la tierra, ¿y cuál será esta *virtud*? La justicia cristiana: porque en su proposición dice "que la justicia cristiana hace al hombre tan feliz como puede serlo en la tierra."³⁰ Si yo no me engaño, el P. Eliseo se equivoca en esta idea de la *virtud*. La justicia cristiana es el conjunto o agregado de todas las virtudes, esto es, de todos aquellos dones del Espíritu Santo que llamamos virtudes, y al hombre, en que se ha dignado derramarlos, y que con esta divina virtud omnipotente se ha ejercitado en los actos de ellas constantemente, llamamos virtuoso. Por consiguiente, la justicia cristiana puede mirarse o como *hábito* que viste y hermosea al alma del hombre ejercitado en las obras santas o como *potencia* (según se explican los teólogos) que es el mismo don o dones del Espíritu Santo. Si se considera la justicia cristiana del primer modo, quiero decir, como *hábito*, no puede decirse, hablando con propiedad, que hace al hombre feliz, cuanto puede serlo en la tierra, porque antes ese ejercicio de las virtudes que tiene en el curso de su vida, es efecto de la virtud del Espíritu Santo en sus dones, y su felicidad en esta vida consiste en ir cooperando con la virtud del Espíritu Santo, la cual y no otra cosa alguna, es el origen, causa y principio de la felicidad de los justos en la tierra.

Este es un dogma incontestable, fundado en los testimonios más terminantes de las sagradas letras. Ya había J.C. destinado a sus apóstoles, para que predicasen su Evangelio por todo el mundo, y antes de subir a los cielos les previene que se mantengan en Jerusalén sin dar principio a tanta obra, hasta que les venga de arriba la *virtud*: *Quoad induamini virtute ex alto*, como dice S. Lucas al final de su Evangelio,³¹ el cual repitiendo el mismo encargo o mandato al principio del libro de los Hechos de los Apóstoles, manifiesta que la virtud que habían de esperar para empezar a predicar, era la del Espíritu Santo: *accipietis virtutem supervenientis Spiritus Sancti in vos.*³² El

29. Pág. 204, lín. 10.

30. Pág. 206, lín. 17.

31. Luc. 24, 49.

32. Act. 1, 8.

apóstol reprende a los gálatas de que habiendo dado principio a su conversación por la fe en el Espíritu Santo, fuesen separándose de él.³³ San Pedro nos enseña que en la virtud de Dios es que somos guardados, esto es, que Dios con la virtud omnipotente de su gracia es el que nos sostiene y protege para que nuestra fragilidad y flaqueza no caiga y se haga pedazos en los choques de la guerra continua que traemos con nuestros enemigos.³⁴ San Pablo, que escribiendo, como hemos visto, a los gálatas, pone en el Espíritu Santo y su virtud el principio de la conversión, atribuye a la misma virtud la perseverancia en medio de las tentaciones: *Nam virtus in infirmitate perficitur*,³⁵ quiere decir, según los intérpretes,³⁶ que el Señor, a quien había rogado por tres veces que le libertase del estímulo de la carne, y le respondió que le bastaba su gracia, también le había dado por razón que su divina virtud y poder brillaba más entonces: *Nam virtus id est virtus mea vel potencia mea*. Pero no acabaríamos, si hubiésemos de citar todas las sentencias de las divinas escrituras que hablan de esta virtud del Espíritu Santo, en que consiste el principio, el progreso y la consumación de la justicia cristiana, y que declararemos un poco más en la segunda parte, capítulo V.

Después de esto, ¿qué juicio haremos de la idea que se había formado el P. Eliseo sobre la *virtud*, si examinamos sus frases? “Lo que la hermosura sencilla de la *virtud* y los vanos preceptos de la filosofía no podían obrar, lo ejecutó J.C.”, dice.³⁷ Aquí la voz *virtud* no es la del cristianismo o la *virtud* del Espíritu Santo, porque con ésta, en ésta y por ésta, es que obró y obra J.C. en nuestros corazones y entendimientos y nos la hace amable, como causa de la verdadera felicidad. “Aun la *virtud*, que nos lo promete todo en lo venidero, sólo es un consuelo en nuestros llantos, y no reina con bastante imperio para agotar el manantial de nuestras lágrimas; fatigada de sus luchas se ve continuamente detenida por obstáculos en su camino penoso.”³⁸ Tampoco es éste el carácter de la *virtud* divina, la cual

33. Gal. 3, 2-3.

34. I. Pet. 1, 5.

35. 2. Cor. 12, 9.

36. Vide Cardin, Cajetan & Natal Alex...iq.

37. Pág. 205, lín. 8.

38. Tom. 2, Pág. 291, lín. 8.

tiene sobrado poder para agotar el manantial de nuestras lágrimas: jamás se fatiga, ni encuentra obstáculo que la detenga. Cuando habla del fruto que saca un alma de la sagrada comunión, y dice "su corazón se sacia de la verdad y de la *virtud* que saca de este manantial; ve y experimenta que es dichoso, y espera que lo será siempre,"³⁹ habla con mejor tino, aunque se contradice: porque la *virtud* que saca el justo de la comunión sacramental es la del Espíritu Santo, que como acabamos de decir, tiene todo el imperio que es menester, y mucho más, para agotar el manantial de nuestras lágrimas. La sentencia con que concluye de que "ve y experimenta que es dichoso", se opone al dogma católico explicado en el Concilio de Trento que enseña que ninguno sin especial revelación puede, no digo ver y experimentar que es dichoso, esto es, que tiene la gracia del Espíritu Santo; pero ni aun afirmarlo o creerlo con certidumbre; por lo cual siempre debe trabajar el justo en la obra de su salud, con miedo y temor.

El propio Eliseo habla este lenguaje católico en varias partes. Unas veces dice: "es verdad que esta confianza no llega hasta la certidumbre. El justo puede perder la gracia; y su salvación está en manos de Dios, quien a nadie debe el gran don de la perseverancia; esto basta para hacer temblar a los escogidos."⁴⁰ Otras exclama: "¡Oh Dios mío, Dios misericordioso! Una criatura débil y limitada que todo lo espera de vuestra bondad etc."⁴¹; en una palabra se conoce que el P. Eliseo no ignoraba las verdades católicas, pero también es innegable que no sabía predicarlas, y que cuando se ponía a ello, confundía este grano con muchos sacos de paja, entre la cual iban también semillas contrarias y gorgojos y palomillas, que lo malean. Por ejemplo, cuando dice del justo "la noble confianza que tiene en su *virtud* le hace superar todos los esfuerzos del mundo. Cuanto más violentos son sus males, tantos más le eleva su constancia; cuanto más penosos son los sacrificios que ofrece a la obligación, tanto mayor es la satisfacción que goza después de haberlos hecho, etc."⁴² En nada de esto suena, no digo como agente

39. Tom. I, Pág. 236, lín. 2.

40. Pág. 225, lín. 17.

41. Pág. 259, lín. 2.

42. Pág. 214, lín. 1.

principal, pero ni como subalterno, el Espíritu Santo, su virtud omnipotente y gracia divina. La virtud propia del justo es con la que supera los esfuerzos del mundo, y su constancia personal la que le eleva sobre los males más violentos para sacar una satisfacción que goza después de todo, gloriándose en sí mismo, contra lo que reprobaban los padres en el citado Concilio de Trento, en el cual, después de establecer que en nosotros no hay más justicia que la de Dios ni otra virtud que la suya, dicen que el hombre cristiano no ha de confiar en sí o gloriarse, sino en el Señor; cuya bondad es tanta con todos los hombres que quiere que sean méritos de ellos los que son dones del mismo Dios.⁴³ Del propio cuño es todo el soliloquio que sigue, y comienza: "Yo he abrazado el mejor partido, etc." La reflexión que dice "el placer de que jamás ha gozado el vicio... es aquél que nace de la inocencia, de las consideraciones sobre sí mismo, del examen de su propio corazón y de las prendas que le hermosean."⁴⁴ Este es un fariseísmo más refinado que el de aquél que oraba en el templo, según la parábola del Evangelio,⁴⁵ el cual registrando su conciencia, se lisonjeaba de que no había faltado al cumplimiento de los preceptos; pero no sabía hasta el grado de deleite con la vista de las prendas que hermosean su corazón. Estas locuciones falsas, defectuosas, llenas de presunción, inductivas de confianza vana y contrarias al espíritu del Evangelio hormiguean en todos los sermones del P. Eliseo. Esto es cuando él pone de su casa en ellos, porque el fondo, que es lo menos, lo toma de otros, y así dejando el examen particular de cada sermón, pasa al de los defectos generales que reinan en todos, cuyas observaciones serán más útiles para la instrucción de nuestros predicadores, principalmente de los que comienzan, para cuya instrucción he procurado siempre trabajar. ¡Ojalá consiga su fin para gloria de Dios!

43. Pág. 237, lín. 8.

44. Conc. Trid. ses. 6 de Justis, cap. XVI.

45. Luc. 18, 9-14.

SEGUNDA PARTE

**DEFECTOS COMUNES A TODOS
LOS SERMONES DEL P. ELISEO**

EXAMEN
DE LOS SERMONES DEL P. ELISEO,
C O N
INSTRUCCIONES UTILISIMAS
A LOS PREDICADORES.
FUNDADO, Y AUTORIZADO
con las Sagradas Escrituras, Concilios,
y Santos Padres.

P O R
D. ANTONIO SANCHEZ VALVERDE,
Racion. de la Sta. Igl. Prim. de Ind. Lic. en
Sag. Theol. y amb. Der. Abog.
de los R. Cons. &c.

*Declaratio Sermonum tuorum illuminat, &
intellectum dat parvulis. Ps. 118. v. 130.*

T O M. II.



EN MADRID:

En la Imprenta de Don Blas Román,
Año de MDCCCLXXXVII.

Portada de la primera edición de *Examen de los Sermones del Padre Eliseo*, tomo II, Imprenta de Don Blas Román, Madrid, 1787.

I DEFECTO DE DOCTRINA SAGRADA

El P. Eliseo entró, sin duda alguna, como sucede de ordinario, en el ministerio altísimo de los apóstoles, esto es, en el de la predicación, a ciegas y sin saber ni qué cosa era predicar, ni cuáles los ejemplos que debía seguir, ni cuál el autor que más debía leer y de cuya doctrina tenía que llenarse para derramarla en sus oyentes. Él creyó que predicar no era otra cosa que hablar a los fieles en la iglesia y desde el púlpito, tomando por principio una cláusula de la Sagrada Escritura, por la cual se introdujese en alguna materia en que pudiese dar vuelo al discurso y entretenér a los oyentes un rato. Juzgó que sus modelos y maestros debían ser Bourdaloue, Bossuet, Massillon y Flechier, como los oradores más célebres de la Francia, cuyos libros de sermones miraba por consiguiente como el autor único de su profesión, entre los cuales se conoce muy bien que dio toda la preferencia al Sr. Obispo de Clermont. No fue lo peor que tuviese el P. Eliseo unos principios tan errados, que podemos por desgracia mirar como el pecado original de los predicadores en nuestros últimos siglos, de que han sido pocos los que una gracia especial ha libertado para que nunca faltase la luz del Espíritu Santo en su iglesia por medio de la divina palabra; no fue, vuelvo a decir, lo peor que comenzase tan mal, sino que acabase con la misma ceguera, sin otro progreso que el de empeorar unos ejemplos que no eran perfectos en todo.

Lo mismo es regular que suceda a cuantos sigan el propio rumbo y no aprendan lo que es predicar, cuáles son los verdaderos ejemplos de tan alto ministerio y cuáles los logros que contiene la doctrina que se debe predicar. El oficio esencialísimo del predicador no es otro que el de publicar e intimar a sus oyentes la *Palabra de Dios*, que es el Evangelio. Así lo dijo el Soberano Maestro a sus discípulos cuando los enviaba a predicar: *praedicate evangelium*. Con el Evangelio están ligadas todas las Sagradas Escrituras, porque, como dice San Pablo, "Todas las ha revelado Dios y ha querido que se escriban para nuestra salvación por medio de la fe en J.C., y son útiles para enseñarnos, convéncernos, corregirnos e ilustrarnos en la justicia, y de este modo se perfecciona el hombre de Dios y se prepara a todo género de obra buena."¹ Pero esta publicación no ha de ser tan desnuda que queden en ayunas de su inteligencia los ignorantes, a los cuales, dice el mismo apóstol que estaba tan obligado a ilustrar, como a los sabios.² La multitud del pueblo rústico y de menos comprensión es aquella numerosa turba, que no quería J.C. despedir de sí en ayunas porque no desmayasen en el camino,³ y que ha de saciar con el pan de su divina palabra el predicador, dándosela bien amasada y pura, de suerte que pueda alimentarse su espíritu con la inteligencia de ella: ése será su trabajo, ése su talento grande, ésa la obra de su ciencia, la cual por grande que sea, necesita todavía la luz del Espíritu Santo para que pueda conseguir al dulce e inestimable fruto de la predicación, que es la declaración de las palabras de Dios, preparada de suerte que ilumine y abra el entendimiento de los párvidos e ignorantes, *declaratio sermonum tuorum illuminat, & intellectum dat parvulis*.⁴ Ninguno que suba al púlpito merecerá menos no digo el título de grande predicador; pero ni aun el mero nombre que aquél cuyos sermones estén, como los del P. Eliseo, vacíos de la *Palabra de Dios*.

Todo predicador debe acordarse que sigue a Jeremías en el ministerio, que es un enviado del mismo Dios, y que le repite lo que dijo a aquel profeta: "mira que he puesto mis palabras en tu boca *ecce dedi verba mea in ore tuo*,"⁵ ellas son las que han de

1. 2. Thim. 3, 15-17.

2. Rom. 1, 14-17.

3. Matth. 15, 32.

4. Ps. 113, 130.

5. Jerem. 1, 9.

resonar en tus labios. En efecto, ministro de la Palabra de Dios es y se llama el predicador: el ministerio de esa palabra, decía San Pablo que era el que se le había encargado,⁶ y ésa dijeron los apóstoles que era su ocupación, de que no podían separarse por motivo alguno, *non est aequum nos derelinquere verbum Dei.*⁷ ¿Y en qué consiste o cómo se desempeña esta soberana comisión de la palabra de Dios? Anunciando y declarando las Sagradas Escrituras y los testimonios de uno y otro testamento, que son los dos pechos abundantísimos con que el Señor cría y fortalece a sus hijos, infundiéndo en ellos la suavísima leche y el alimento divino de su palabra. Los dos testamentos son los ejes de la fe y de la doctrina; sus palabras son los fundamentos y las guías infalibles de la fe y de la verdad; los misterios y los preceptos se contienen en ellos; los consejos y las máximas saludables y eficaces emanan de allí; ellos son el digesto y código de nuestra religión por donde se arregla la creencia y la virtud, y son el arsenal de las armas y provisiones de nuestra milicia.

¿Y bastará poner al principio del sermón un texto, darle cuatro vueltas en la salutación, para deducir de grado o por fuerza, como hace el P. Eliseo, la proposición o proposiciones, y soltar después la rienda al discurso, a la filosofía, a las pinturas o imágenes del corazón humano y de las prácticas del mundo, sin volver a acordarse de las Sagradas Escrituras? Responda Clemente Alejandrino:⁸

"La voz del Señor es la que nos enseña a conocer la verdad. Porque no hemos de dar crédito a los hombres que la anuncian absolutamente y tienen también facultad de decir lo contrario. Pues si no basta decir absolutamente lo que parece, sino que es menester probar lo que se ha dicho; no esperemos el testimonio que dan los hombres, y sólo la voz de Dios que merece más fe que cualquier demostración o por mejor decir, que es la única demostración, puede probar lo que buscamos, y esta ciencia sólo se encuentra en las Escrituras."

6. Act. 20, 24.

7. Act. 6, 2.

8. Clemens Alex. lib. 7, Stromet.

Oigamos también a San Anselmo,⁹ el cual hablando de los predicadores, dice:

"Son ministros de Cristo, pues hablen las palabras de su Señor. Porque así como al principio sacó Dios milagrosamente de la tierra el trigo y cuando era menester para alimentar al hombre, sin necesitar semillas ni mano de labrador, del mismo modo hizo maravillosamente, sin auxilio de doctrina humana, que los corazones de los profetas, de los apóstoles y de los evangelistas se fecundasen de semillas saludables. De éstas es que recibimos cuanto sembramos en la labor de Dios para alimento de las almas; así como para el nutrimiento de los cuerpos tomamos de las primeras semillas de la tierra. Nada, pues, predicamos con utilidad para la salud espiritual que no la haya producido o contenga en sí la Sagrada Escritura, fecundada divinamente por el Espíritu Santo".

Pero que nos cansamos en probar una verdad tan manifiesta, es innegable. En un tomo bien abultado no cabrían los testimonios de la misma escritura, de los concilios, de los santos padres y escritores eclesiásticos que la confirman. Mas no podemos pasar en silencio que los apóstoles y los primeros discípulos nos dieron ejemplo. Ellos no predicaban otra cosa que lo que constaba en los libros de Moisés y los profetas; lo que el Espíritu Santo les dictaba. Véanse los discursos de San Pedro, los de Pablo, el de San Esteban y todas las epístolas canónicas, que son los primeros sermones que tenemos, y no se hallará otra cosa que el enlace de las Sagradas Escrituras: un testimonio llama a otro, y todos se apoyan y sostienen mutuamente. No se niega el lugar a la razón, pero es para mostrar inmediatamente su conformidad con la divina palabra. Repruébanse los abusos del mundo, pero es con la Sagrada Escritura o con una razón, que se funda en ella. Ni basta, como lo practica Eliseo, enlazar en el

9. S. Ansel. trac. de com. gra. & lib. arbi. cap. 6.

raciocinio alguna autoridad divina, haciendo una liga en que pierde el oro su valor y su brillo por la confusión con el cobre; es menester que sobresalga y se conozca que viene a dar a la filosofía o al raciocinio el mérito y estimación que no tenía. Por consiguiente falta al respeto de esta palabra: lo primero, el que la mezcla de tal suerte con las suyas que no se distingue al modo de hablar de Dios y el del hombre. ¿Puede haber mayor delirio que querer confundir el lenguaje de Dios con el nuestro? ¡Qué loco es el predicador que se persuade, de que mejora el estilo de Dios, cuando le acomoda al suyo! Las palabras de las Sagradas Escrituras debe producirlas lo más ligado y conforme que sea posible, con su letra, sin desviarse más de aquello que convenga para que mejor se entienda su sentido.

Lo segundo, falta a esta obligación el predicador que aunque tal vez inserta algún pasaje de la Escritura, lo dice de modo que sus oyentes ignoran o dudan si es sentencia de algún filósofo, doctrina de santo padre o palabra de Dios. Los sagrados libros están llenos de ...*dice Dios ... manda Dios ... dijo el Señor ... mandó el Señor.* El Evangelio, los Hechos de los apóstoles y sus epístolas resuenan a cada paso... *dice J.C. ... manda J.C. ... nos enseña el Espíritu Santo,* y otras semejantes. La Palabra de Dios, que es la que predicamos, ha de distinguirse de la nuestra por el sonido de sus voces y frases, como el diamante en la joya; y es muy útil repetir continuamente a los que la oyen el nombre de su soberano autor, porque él sólo llama la atención, concilia el respeto y hace una impresión saludable para recibir con sumisión y reverencia lo que se dice. Los profetas y los apóstoles, nuestros predecesores, nos dejaron este ejemplo y lo practicaban así, sin recelo, de que su repetición causase fastidio a los oyentes, dando con esa misma invocación la gloria que debían y debemos al nombre de Dios.

Lo tercero, pecan gravísimamente los predicadores que aun cuando usan en sus sermones de las Sagradas Escrituras y dan algunas palabras de ellas, lo hacen con tanta concisión o tan de paso, que no se detienen en sus divinas sentencias, sus preceptos, o sus máximas, sus consejos, sus promesas y sus amenazas, para darles todo aquel aire severo, nervio y majestad con que se explica el mismo Dios. Muchos, y entre ellos nuestro Eliseo, embotan la espada de la palabra del Espíritu Santo, que corta

y penetra las entrañas,¹⁰ o mejor diré, la manejan envainada en su estilo carnal, acomodando a la falsa delicadeza de sus oyentes, como temiendo aterrarlos y exasperarlos, si la desnudan; no tienen el valor apostólico de echar mano de ella para cortar el nudo de las pasiones, y se entretienen inútilmente en buscar las vueltas revueltas con que tienen ligado el corazón. Son los taberneros de Isaías,¹¹ de los cuales dice San Jerónimo que corrompen el vino de las Santas Escrituras, con cuya autoridad habían de corregir a sus oyentes, mezclándole el agua de su estilo halagüeño, que en vez de corregir, deleita. Daré sus palabras porque no se dude de la fidelidad de la traducción: *omnis Doctor qui austeritatem Scripturarum, per quam potest audientes corripere, vertit ad gratiam, & ita loquitur, ut non corrigat, sed delectet audientes, vinum sacrarum Scripturarum violat, atque corrumpit sensu suo.*¹²

Del mismo modo moteja el apóstol a semejantes predicadores, y dice que brindan la palabra de Dios viciada, a guisa de taberneros, *cauponantes verbum Dei*, según los setenta, que traduce nuestra vulgata llamándoles adulteros, *adulterantes verbum Dei*.¹³ Aquí observa el Crisóstomo que con este ingenioso apodo no sólo satiriza graciosamente el apóstol a los que se sirven de la divina palabra para sus intereses pecuniarios, sino que avergüenza a los que la mezclan con la suya, y no la alargan a sus oyentes con la sinceridad que deben, y asegura Pablo que lo hacía él, dándola en la propia conformidad que la había recibido de Dios, *sicut ex Deo*, y como que la daba delante de su majestad *coram Deo*,¹⁴ de que se infiere la razón porque el insigne maestro de las gentes y modelo de los oradores cristianos, predicaba la palabra de Dios sin arropajos humanos, como lo dice repetidas veces en sus cartas, esto es, porque su ánimo era no enervarla con los adornos de la elocuencia, no ocultarla con las sombras del artificio, sino darla clara *ex sinceritate*, con la misma pureza y fuerza que la había recibido de Dios, *sicut ex Deo*. Todavía añade que hablaba en Cristo *in Christo loquimur*. Con efecto, nada suena más en sus cartas o sermones escritos,

10. Eph. 6, 17.

11. Is. 1, 22.

12. Hyer. lib. I, in Isai.

13. 2 Cor. 1, 17.

14. Cris. Hom. 5 in Ep. 2 ad Cor.

que este dulcísimo nombre de Jesucristo. Cuando predicaba o hablaba de viva voz, exhortando a los judíos o a los griegos, nos advierte San Lucas que hacía frecuente mención del mismo nombre, *interponens nomen Domini Jesu*.¹⁵

¿Pues cómo no había de postrarles al pie de la cruz, *persuadebatque Judaeis, & Graecis*, si usaba de la espada de la palabra de Dios desenvainada, y en el nombre de Jesús? Este nombre solo, decía el mismo Pablo que hace doblar la rodilla a los ángeles, a los hombres y a los propios demonios.¹⁶ A la eficacia de ese nombre predicado, atribuye San Bernardo la extensión pronta y admirable del Evangelio en todo el orbe, y añade que su memoria sola conforta que es el nutrimiento más especial para el alma, que es el reparo de nuestros sentidos cansados, el aliento de nuestras virtudes y el mejor fomento de las buenas costumbres, que engendra castos afectos.¹⁷

El que ni predica, como el Padre Eliseo, la Divina Palabra con aquella energía, que tiene en su original de las Santas Escrituras, ni con aquella gravedad que se observa en sus sentencias, ni con aquél peso que da la autoridad del Espíritu Divino citándole, ni interpolando el nombre de J.C., bien podrá divertir y lograr aplauso entre los que ni saben lo que es sermón ni cuál es el fin altísimo de la predicación. De estos Eliseos hablaba el sabio y piadoso P. Rapin, a los cuales llama predicadores a la *moda* (y yo diría *petimetres* del púlpito), refiriendo el suceso de un sermón al que asistió.¹⁸ En él dice "que se encendió en cólera al oír, durante el discurso el susurro de las señoras que aplaudían entre sí, repitiendo... ¡Qué cosa tan linda!... ¡Qué graciosamente predica!..., y exclama Rapin ¡infelices predicadores a la moda! Ni el Evangelio ni los apóstoles tienen parte en sus sermones. ¡Qué decencia es predicar la triste severidad de nuestra religión, el abatimiento del cristianismo y el oprobio de la Cruz, con un estilo brillante y con palabras floridas! Entretiéñense estos predicadores en ser agradables para unas gentes, que debían aterrizar y estremecer." Hasta aquí el P. Rapin.

15. Act. 18, 4.

16. Phil. 2, 10.

17. Bern. serm. 15, in cant.

18. Se refiere al jenita francés René Rapin (1621- 1689), erudito y poeta latino. (JLS)

¿Por qué encargarían tanto los concilios que el obispo, el predicador y todo eclesiástico leyese, supiese y meditase con frecuencia las Sagradas Escrituras? ¿Para qué sino para que pudiesen, según se explican los mismos sínodos, como versados en ellos, enseñar al pueblo la palabra de Dios? Así lo dice el séptimo Sínodo general.¹⁹ Lo mismo ordena nuestro IV Concilio de Toledo en el Canon 24, y así éstos como otros muchos que dejó de citar, apoyan sus reglamentos en las mismas escrituras, doctrinas de San Pablo y sobre todo en el precepto de J.C. a los apóstoles, "predicad el Evangelio," *praedicate Evangelium*. No dice J.C. predicad vuestros discursos y pensamientos, sino lo que me habéis oído o me habéis visto practicar, de modo que vuestra predicación sea un testimonio, y vosotros seais unos testigos de mi doctrina y de mis obras *et eritis mihi testes*.²⁰ Y como al testigo no le es permitido filosofar a su fantasía o discurrir por su capricho sobre el dicho o hecho de que testifica, sino que debe exponerlo con claridad y sencillez, así el predicador ha de emplearse esencialmente, en declarar el Evangelio y todas las Santas Escrituras que son la Palabra de Dios, sus maravillas y acciones de J.C., y los dichos y hechos por donde se ha de dar a conocer quién es Dios, qué ha dicho y qué doctrina enseñó. Éste es, vuelvo a decir, nuestro oficio; y por eso cuando San Pedro, como cabeza del colegio apostólico, trató después de la ascensión del Señor de que se nombrase un sucesor a la silla que había perdido Judas por su prevaricación, no dijo que se buscase el más elocuente, sino que se escogiese entre aquéllos que habían vivido siempre en su congregación desde el bautismo de San Juan hasta el día en que J.C. había subido a los cielos, uno que pudiese ser junto con ellos testigos.²¹

Muchos son los defectos reprobables en la predicación del P. Eliseo, como se irá manifestando; pero éste es el más capital, y tanto que, hablando sin rebozo delante de Dios, ni puede dársele el nombre de *predicador*, ni llamarse *sermones* los que se nos han vendido. Porque un sermón no ha de ser otra cosa que la declaración del Evangelio, y las Sagradas Escrituras y

19. Sin 7 gen. Can. 2 rel. a Grac. in c. omnes psalentes, dist. 38.

20. Luc. 24, 48.

21. Act. 1, 21-22.

una exposición clara, nerviosa e instructiva de los misterios, de los sacramentos, de los preceptos y de los medios para conservar o adquirir la justicia y perfección espiritual a que se dirigen, por consiguiente, sus palabras, sus cláusulas, sus sentencias, sus avisos y sus ejemplos, han de ser los sólidos, de que se componga el cuerpo de una oración evangélica o sermón; sobre los cuales trabajará el predicador en la compaginación y el vestuario de músculos, nervios y carne, con los concilios, los padres, las antigüedades de la iglesia y sus decisiones; el Espíritu Santo, espíritu que dictó las escrituras, y ha de citarse frecuentemente como autor, debe ser el espíritu que anime y dé movimiento a ese cuerpo; pero el P. Eliseo apenas se sirve de las palabras de Dios en los suyos como de unos lunares sobreuestos, de cuyo auxilio puede sin dificultad pasarse. Si trae algunos testimonios, son cortísimos, y para reducirlos más, cercena las palabras del contexto, se desdeña de nombrar el autor o mencionar siquiera el libro:²² de suerte que los tales sermones nada son menos que la *palabra de Dios*. Excedió con mucho en esto a su original Massillon, demasiadamente reprobable por el mismo defecto. Si alguna vez trae a secas y descarnado algún textecillo, es cuando chupa del ilustrísimo Flechier y algunos otros franceses que guardaron más regularidad que Massillon, y conocieron que no hablaban en la Academia de las Ciencias y Bellas Letras, sino en la Cátedra del Espíritu Santo, para declarar su doctrina. Los que hablan en ella, como Eliseo, tengo por seguro que no conocen la sustancia de su jerarquía, que consiste, según el VII Sínodo general citado, en la ciencia de las divinas escrituras y de la tradición. No consultan para predicar los libros santos, sino los sermonarios más aplaudidos, y aun los escritores profanos y corrompidos que sobresalen en las

22. Aunque puede decirse, sin exageración, que el Padre Eliseo abusa en todos sus sermones de la Escritura, y de los Padres, como puede verlo el que quiera examinar los pocos textos que aparecen, con todo, para mayor justificación nuestra, insertaremos aquí un breve índice. Textos sin autor, Tom. II, p. 80 in fine. Dulcescas &c., Pág. 111, lín. 4. O mucro., Pág. 112. Cuando &c. Este es Josué cap. 4. 6 y le cercena el cras., Pág. 113, lín. 5. Mérito: Ibi. lín. 22. Prespice. Pág. 121, lín. 19. Tanquam, Pág. 283, lín. 14. Non crit: Pág. 342, lín. 15. Exagerat &c. &c. Otros son fuera de propósito, y como pegadizos: tales son entre innumerables Tom. II, Pág. 260, lín. 10. Fluctus: Pág. 258, lín. 18. Venient: Pág. 288, lín. 9. Noli timere: Pág. 214, lín. 18. Coa ego &c. &c. Esto es sólo un poco del tema seguido.

pinturas de las pasiones, de las costumbres y del mundo. Por eso se les ve brillar cuando hablan en estos puntos, y arrastrarse cuando tratan de los preceptos, de las virtudes, de los sacramentos, de los premios y de los castigos eternos. Contra el P. Eliseo se funda más esta presunción, no sólo por la textura de sus sermones, sino también por lo que dice su provincial, pariente y amigo, de haberle notado *que su mayor aficción era a las letras humanas.*

II DEFECTO DE TRADICIÓN APOSTÓLICA

Ninguno que tenga una mediana instrucción en la ciencia de la religión, ignora que se contiene no sólo en las divinas letras, sino también en la tradición de los apóstoles. El Soberano Maestro, que en el curso de su misión les declaraba separadamente con más extensión la doctrina que predicaba,¹ que les decía que sólo a ellos era concedido conocer los misterios que no penetraban los demás en sus parábolas,² con todo eso les asegura que tenía muchas más cosas que enseñarles.³ Con efecto, después de su resurrección les ilustró en la inteligencia de las escrituras,⁴ y aún les declara que están incapaces de salir a predicar por el mundo, y que suspendan el ejercicio de su ministerio hasta que hayan recibido el Espíritu Santo, que les instruiría en todas las verdades.⁵ Porque ninguna verdad que fuese concerniente a la declaración de su Evangelio y útil para la sabiduría verdadera de un cristiano, había de ocultarse a los que dejaba en el mundo, para publicar su doctrina y reducir toda la tierra al yugo del Evangelio. La Iglesia, a la cual prometió J.C. su asistencia y la de su espíritu,⁶ ha mirado desde

1. Marc. 4, 34.

2. Ib. 11.

3. Joan. 16, 12.

4. Luc. 24, 45.

5. Ib. 49; Act. 1, 4.

6. Math. 28, 20.

su cuna los escritos genuinos de los apóstoles por esta razón, como unas columnas de igual firmeza que los libros de los profetas y el Evangelio, para sostener los dogmas de la creencia y de la pureza en las costumbres.

Pero como los propios apóstoles manifiestan repetidas veces en sus escritos que, además de lo que allí decían reservaban otras cosas, y esas importantísimas, las cuales no juzgaban entonces conveniente manifestar al cuerpo de los fieles, para revelarlas en particular a los obispos, a quienes confiaban con la administración de las iglesias que iban fundando, el preciosísimo depósito de lo que se les había inspirado, y les encargaban al mismo tiempo de la tradición, o entrega que observasen igual conducta con sus sucesores; de aquí es que la Iglesia, no sólo ha creído como documentos divinos cuanto dejaron escrito en sus cartas reconocidas por legítimas, y que por eso llamamos *Canónicas*, sino también lo que constante y uniformemente predicaron y enseñaron sus inmediatos sucesores. De unos y otros testimonios se ha servido sucesivamente en sus juntas, sínodos o concilios, tanto para ir declarando, conforme a la necesidad de los tiempos, la antigüedad de su creencia en los artículos de fe, que se han controvertido, como para establecer las reglas invariables de una conducta pura y cristiana, y de esta forma se concluye que fuera de lo *escrito*, hay una autoridad divina en lo que ha observado desde su oriente por la tradición de los apóstoles.

Porque, como dice altamente Tertuliano:

“¿Quién será tan loco que se atreva a presumir que los apóstoles, que dejaba el Señor para maestros, que no se apartaban de su lado oyendo su doctrina y su conversación, a quienes separadamente descubría las cosas ocultas, a quienes aseguraba que tenía el don de penetrar los secretos que no podía alcanzar el pueblo, ignorasen cosa alguna? ¿Quién dirá que los apóstoles callaron o disimularon algo de lo que aprendían de Cristo? Él mismo les mandaba que publicasen lo que habían oído en secreto, y les había prevenido con un símil que ni una sola de sus palabras dejases sin fruto, ocultándola. Él les enseñaba que la luz no había de ocultarse, sino

ponerse en el candelero para que alumbrase a cuantos hubiera en la casa. Si los apóstoles no lo hubiesen practicado así, escondiendo la luz, esto es, la palabra de Dios y el sacramento de Cristo, sería por negligencia o por falta de inteligencia: cuando ellos, ni temían la furia de los judíos ni la de los paganos, y los que no callaban en las sinagogas ni en los lugares públicos, predicaban también con libertad en la iglesia. Tampoco hubieran podido convertir a los judíos, ni atraer a los gentiles, si no era exponiéndoles con claridad lo que habían de creer.”⁷

Igual argumento forma San Ireneo contra los herejes o novadores de la doctrina. “La tradición, dice, de los apóstoles se ha manifestado en todo el mundo, y pueden conocerla en toda la iglesia los que quieran oír y saber la verdad. Nosotros tenemos el consuelo de poder contar los obispos que ha habido en las iglesias hasta nuestros días, sucesores de los que fueron puestos por los apóstoles, los cuales no han enseñado tal cosa, ni supieron lo que ahora deliran estos novadores. Porque si los apóstoles hubiesen sabido misterios escondidos para enseñarlos con separación de los otros a los que eran más perfectos, a ninguno se los hubieran confiado más bien que aquéllos a quienes confiaban las iglesias; pues para un encargo semejante buscaban a los más perfectos e irreproscibles que ocupasen el lugar de su magisterio.”⁸

A esta doctrina constante y uniforme, ya sobre dogmas de fe, ya sobre puntos de costumbres que se encuentra en los padres, especialmente en los que florecieron hasta el Concilio de Nicea,⁹ y los que escribieron en los tres siglos siguientes para defender la Iglesia en sus más peligrosas tempestades, damos el nombre de *Tradición*, que se ha mirado siempre y mandado guardar como las joyas más preciosas de aquel depósito que encargaron los apóstoles al celo e integridad de sus sucesores, y éstos a los

7. Tert. de Prescriptionibus.

8. Iren. lib. 3, cap. 3.

9. El concilio de Nicea (325), combatió la herejía de Avvio un asceta libio, y formuló el primer Credo. (JLS)

que les siguieron, y de mano en mano ha llegado hasta nosotros con toda su pureza y cabalidad. De los libros que escribieron estos varones apostólicos, y de los concilios en que se juntaban, sacamos la sincera inteligencia de lo que se halla en divinos volúmenes. La uniformidad de su doctrina nos sirve de regla segurísima dictada por el Espíritu Santo a sus apóstoles para fundar los dogmas que creemos, aunque no estén expuestos literalmente en aquellos volúmenes, y para dirigir los fieles a la perfección evangélica. Por tanto, aquellos primeros padres y sus concilios son el apoyo de los posteriores, y debemos estudiarles como suplemento divino de ambos testamentos. Así nos lo encargan encarecidamente ellos mismos, y mandan que no sólo los obispos y predicadores, sino todos los sacerdotes en general hayan de saber los concilios y cánones de la Iglesia.

El Padre Eliseo de nada de esto se cuida; tal vez como adorno nombra a San Agustín, a San Ambrosio o a otro, y hace con sus testimonios lo mismo que con los de las Sagradas Escrituras. Conténtase con nombrarles y decir tres o cuatro palabras cortadas, sin seguir el hilo, ni manifestar la energía de sus sentencias, de sus consejos, de sus exhortaciones o de sus fundamentos, como que no ha menester aquellos auxilios, y les hace mucha honra con traer su nombre sin gastar su tiempo, que necesita para *truenos reconcentrados, apoteosis, cenizas mezcladas con cenizas, patria, amor del bien público, humanidad dulce, etc.* ¿Y diremos que esto es predicar? Cuando un sermón se compusiese todo, como debe, sobre la doctrina contenida en los libros santos, ilustrada con los santos padres y concilios, entonces tendría todo su peso, haría impresión, porque daría a conocer a los oyentes que aquello no lo sacaba el predicador, como decimos vulgarmente, de su cabeza, sino que eran las palabras del mismo Dios explicadas por aquellos hombres que venera el cristianismo por ejemplos de santidad, ilustrados por el Espíritu Santo para enseñarlos. Por el contrario, ¿qué juicio podremos formar de la utilidad y de la eficacia de los del P. Eliseo, que carecen de todo esto, y en los cuales si se hallan por casualidad algunas palabras de la Escritura o de los padres, es menester adivinar quién las dijo? Si el P. Eliseo cuando predicaba, hacía en su auditorio alguna moción permanente, (que lo dudo mucho) sería la obra milagrosa de Dios, que sabe servirse de todo para

la salud de sus escogidos,¹⁰ y sacar moneda acuñada de las entrañas de un pez.¹¹

No quiero decir por eso que se haga un sermón bilingüe, con una mitad o tercia parte de latín, que sobre inútil sería muy fastidioso; lo que pretendo es que el predicador, cuyo ministerio consiste en enseñar y declarar al pueblo la palabra de Dios, haga saber a sus oyentes lo que Dios ha dicho por boca de sus profetas, por su mismo Hijo o por sus apóstoles, citándoles, o cómo han explicado su divina palabra los Policarplos, Ireneos, Atanasios, Basílios, Gregorios, Jerónimos, Crisóstomos, Agustinos, etc. para que la gravedad de aquélla, con la santidad y literatura de éstos, rinda el entendimiento y mueva el corazón. Después de esto entra la ciencia y talento de cada uno para aclarar con la reflexión, aplicar según el carácter de su auditorio, corregirle, y exhortarle con una elocuencia varonil, con un idioma claro y cristiano; y la virtud de la palabra de Dios, la autoridad, y ejemplo de los santos, habrán abierto ya la brecha por donde entre a persuadir su intento, con la satisfacción de que si no agradare a los rebeldes y rechinaren los dientes, como los judíos en la predicación de San Esteban,¹² pasará con suavidad y con dulzura por el corazón de los timoratos y de los escogidos su espada, como que va ungida con el bálsamo del Espíritu Santo, que es la verdadera y única unción de los predicadores.

Quizá por falta de estos auxilios o principios primitivos, son tan raras las conversiones, y aun se multiplican infelizmente las apostasías donde abundan los oradores del carácter ponderado del P. Eliseo. Cuéntasenos de ellos que llevaban tras sí un concurso numeroso; que en ciertos pasajes de sus oraciones se levantaba casi todo el auditorio por un movimiento involuntario, y otras cosas semejantes; que no se nos refiere que los oyentes interrumpiesen, llenos de compunción, la palabra del predicador, preguntándole como a San Pedro qué era lo que debían practicar para su salvación,¹³ ni que después de oírlas, fuesen seguidos, no digo, de cinco mil, pero ni aun de cinco;¹⁴ ni que

10. Rom. 8, 28.

11. Matth. 17, 26.

12. Act. 7, 54.

13. Act. 2, 17.

14. Act. 4, 4.

siendo tantos los impíos e incrédulos, se conjurasen contra ellos, como le sucedió a San Pablo.¹⁵ Los propios incrédulos corren a oír a los oradores de esta clase por pasatiempo, seguros de que su predicación no será capaz de moverles, y aun les alaban y buscan como a un famoso peluquero de la moda, para aprender a peinar su estilo.

15. Act. 14, 12.

III

DEFECTO DE ANTIGÜEDADES ECLESIÁSTICAS

Del poco manejo de los concilios, de los santos padres y de los autores eclesiásticos, lectura esencialísima para aclarar la palabra de Dios viene, en los Sermones del P. Eliseo otro defecto, no menos reprobable, y es el vacío de aquellas noticias antiguas tan útiles a la moción y edificación, como eficaces para la reforma, ya de diferentes prácticas perjudiciales, que no sin muchas lágrimas tolera la Iglesia, suspirando por extirparlas y ver a sus hijos reducidos al fervor primitivo de los antiguos cristianos, como se explicó más de una vez en Trento.¹ El tiempo que gastan los predicadores del carácter de Eliseo en pintar la depravación actual de las costumbres, que saben más de lo que era menester los que pueden entender sus *cuadros*, se emplearía con mayor fruto en ponerles a la vista la imagen de los primeros fieles, para que viesen en ella, como en un espejo clarísimo, la perfección de todas las virtudes a que ellos aspiraban en siglos, países, estados y cortes, tanto o más corrompidas que las de nuestros días, y a que debe aspirar todo cristiano que pretenda salvar su alma. Estos bellísimos retratos de hombres y mujeres acabados de salir de la ceguedad, de la idolatría, de los vicios y torpezas del gentilismo, cercados por todas partes de sus abominaciones, acometidos, no digo del mal ejemplo y

1. Tri. Sess. XXII c. VI de Sacr. Mis.

de sus propias pasiones, sino de la mofa y del escarnio por un lado, y por otro de los honores y de los premios ofrecidos con prodigalidad a su apostasía, avergüenzan a los fieles de cualquier sexo y carácter, destruyen sus falsos pretextos, manifiestan por su oposición la impureza y la corrupción del modo actual de vivir y de pensar, y convencen que teniendo los de ahora iguales auxilios a los que tuvieron ellos, pueden seguirles en la práctica de la severidad evangélica, si de veras quieren salvarse.

Éstos son los *cuadros* que representan con viveza y atractivo la majestad y la santidad de la religión cristiana, y ésos los que fundan su justicia para reprender la indolencia o la ilusión de sus malos hijos. Cuando quiere animarles al despego o al desasimiento de los bienes del mundo, les propone primero la doctrina de J.C. y para exhortar a su práctica nada puede darle más fuerza contra los sofismas de la codicia y las interpretaciones del amor propio, que el ejemplo de aquellos hombres que ponían a los pies de los apóstoles todos sus bienes o que usaban de ellos como comunes con sus prójimos, y no contaban por bien gastado, sino lo que empleaban en la viuda, en el huérfano, en el peregrino, en el encarcelado, y en fin, en todo menesteroso. Cuando se empeña en enlazarlos con la caridad recíproca, uniendo santamente sus corazones para llorar o alegrarse con las penas o los bienes, ¿qué argumento hallará más convincente, que el de sus primeros hijos, que componían entre sí un cuerpo, animado de sola un alma, y sin más de un corazón?² Cuando trate de la obligación indispensable de saber y meditar la ley santa, y ocupar en su elección el tiempo que con tanto daño, y cuanto menos, sin provecho, se emplea en otras cosas, nada puede ser más a propósito que la seria aplicación de sus primitivos hijos, no sólo en el siglo de los apóstoles, de que testifica la Escritura,³ sino en los siguientes, conforme nos manifiestan las frecuentes exhortaciones de los santos padres sobre este particular. Las vidas ejemplares así de los anacoretas o monjes, como de los otros santos que vivieron en ciudades, no tiene más diferencia en cuanto a la oración, meditación y aplicación a la lectura sagrada o espiritual, que el entregarse

2. Act. 4, 32.

3. Act. 17, 11.

más o menos, según lo pedían sus diferentes estados; pero todos los fieles, sin excluir el otro sexo, no dejaban pasar día sin estos santísimos ejercicios, indispensables absolutamente para sostener y fomentar la piedad, los cuales se miran ya entre nosotros como una de las más duras penitencias que pueden imponerse a un reo de gravísimos pecados, porque exhortando los predicadores continuamente a ejercicios vocales y sin espíritu o a practicar de una importancia infinitamente menor, apenas suelen oír una vez al año la soberana utilidad y la necesidad indispensable de ocuparse en la lección y meditación de la ley santa que profesan, para arreglar por ella sus pasos, según el ejemplo y la sentencia del santo rey y profeta.⁴ Para acabar con los desórdenes del lujo, de las modas escandalosas o ruinosas, ¿qué cosa puede dar más calor, ni persuadir con más energía, que la conducta de aquellos nobles y ricos gentiles, de aquellas ilustres damas o bien venidas del paganismo o bien nacidas en el seno de la Iglesia, que lejos de creerse autorizadas por su clase o su caudal, no digo para el exceso escandaloso, sino para los trenes de vanidad, miraban con horror y como una cosa incompatible con el cristianismo, cuanto excedía de una decencia racional, y quitaba o acortaba los medios de socorrer al necesitado?

En fin, para dirigir la liturgia y asistencia al adorable sacrificio del Cordero, que es la demostración sensible y más soberana del culto de los católicos (después de su comunión sacramental) de suerte, que logren el inestimable fruto que produce en el alma, es menester limpiar los conductos por donde corre esa purísima fuente o mejor diría, abrirlos. ¡Tan cerrados están con los errores vulgares, las falsas opiniones de los probabilistas, y el poco o ningún celo de los predicadores! En la época del Concilio General de Trento se quejaba amargamente la Iglesia sobre la falta de piedad en sus hijos, originada del defecto de instrucción sobre un objeto de tanta importancia y procuró, con el esmero que dicta a una madre su ternura, el remedio a tanto mal, encargándolo entrañablemente y con el debido encarecimiento a los prelados, párrocos y predicadores.⁵ Y después de la doctrina, ¿adónde puede recurrirse mejor

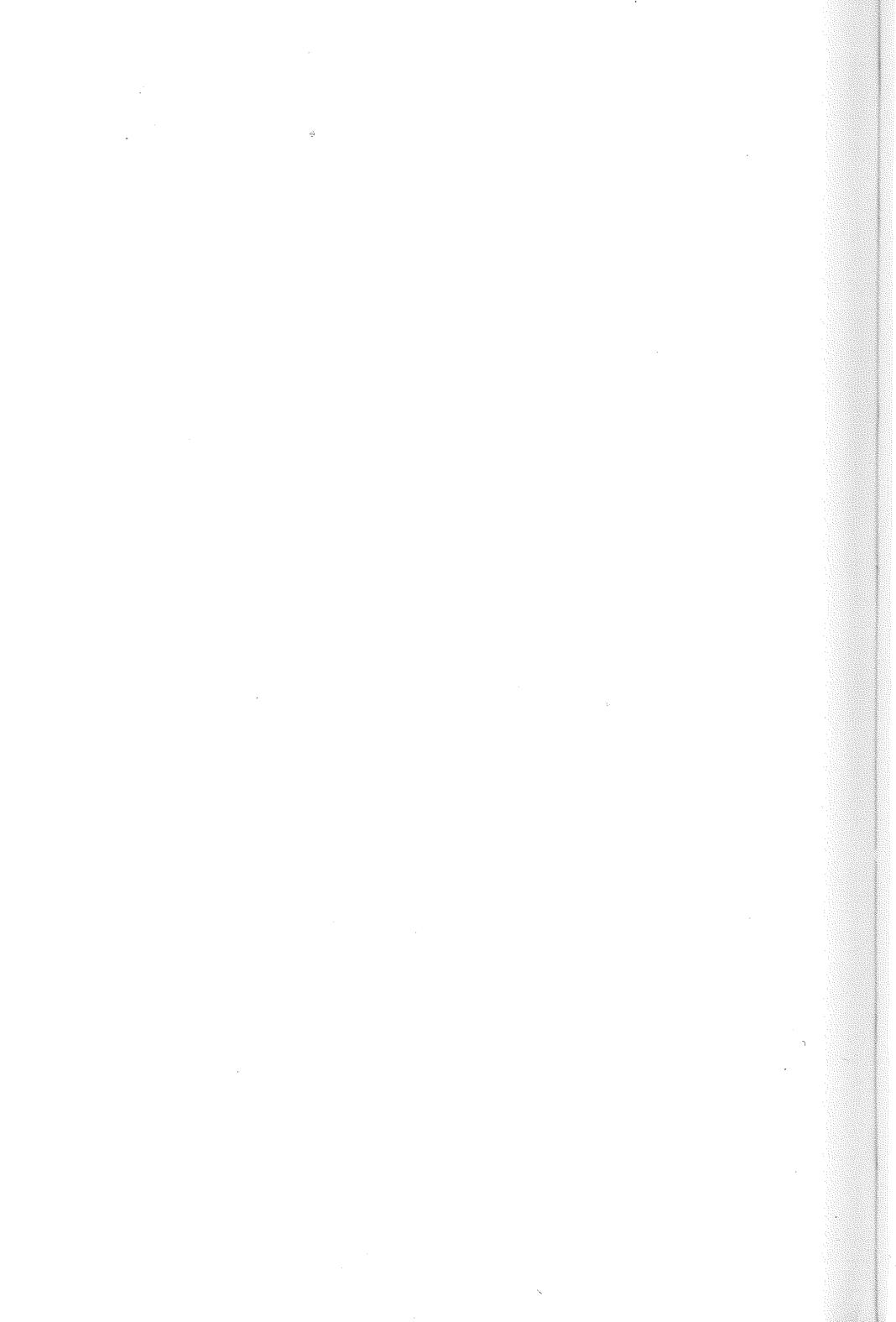
4. Ps. 118, 105.

5. Ses. 22, c. 8, de Sac. Mis.; DZ 946.14. Act. 4, 4.

que al ejemplo de humildad, compostura y devoción cordial de los primeros cristianos, que no contentos con asistir a los *misterios* (éste era el nombre más usado de la *misa*) con el afecto y reverencia que guardaban los ancianos del apocalipsis en presencia del Cordero (como que estaban delante de él, vivo, glorioso y derramando su beneficencia), se disponían antes, mejor que los hebreos para comerle en figura, porque iban a comerle en realidad? Éste es el medio útil, eficaz y necesario, si queremos curar el mal que impide la participación del fruto abundante de la cruz, y cortar el escándalo, mayor en nuestros tristes días que en los de el Concilio de Trento. Ya no es tibieza la de los fieles, es un desprecio y una injuria atrocísimas al Cordero de Dios. Puede sin exageración decirse que la mayor parte de los cristianos que concurren a misa en los días de precepto, quedaría menos recargada por no asistir o *ver la misa*, como se explican vulgarmente. Tal vez parecerá dura esta proposición al que no haya pesado en la balanza del santuario la confusión de Babilonia, que introducen en nuestros templos los fieles ignorantes de ambos sexos, ya con la indecencia, ya con el tropel, ya con las riñas, ya con las injurias, ya muchas veces con los golpes, sin sacar después de esto otro fruto que el haber estado en la Iglesia sacrílegamente y haber quitado el espíritu a los verdaderos oradores. No es raro, ¡qué abominación!, hacer de la sagrada concurrencia la atalaya de la galantería. Los trajes y la postura declaran sin equivocación que si acaso creen, (por una fe habitual, pero no actual), que se consagra allí el cuerpo y sangre de J. C., y se ofrece al Padre Eterno por nuestro bien, ignoran lo que es el sacrificio, la divinidad del sacrificio y la majestad del que se quiere aplacar, y en vez de apaciguarle, se le irrita con el ultraje.

La historia pues del cristianismo en su pureza primitiva, y las imágenes de los hombres y mujeres que le abrazaron y siguieron entonces, ofrecen al predicador la más completa y preciosa colección de originales para combatir todos los abusos que ha introducido la moral corrompida y la ignorancia, para establecer las prácticas sencillas y útiles, conforme al espíritu del Evangelio. Siempre que miremos en ellos la santidad de nuestros antepasados, nos avergonzará sus acciones con muda reprensión, y confundirán nuestro lujo, nuestro descaro, nuestra indiferencia sobre la eternidad, y todos los

pretextos frívolos con que queremos disculparnos. ¡Cuán diferente impresión hará en nuestro espíritu uno de estos cuadros de piedad, de la que pueden causar las pinturas más bien trabajadas de las costumbres presentes! Aquéllos al mismo tiempo que nos edifican y alientan a la virtud, nos llenan de rubor y confusión por nuestros vicios; éstas, aunque se les dé el colorido de vergonzosas, antes que abochornar, pueden incitar al mal ejemplo, teniéndole tan a la vista y siendo tan fuertes las pasiones, que nos arrastran a su imitación. ¿Quién duda que en muchos oyentes antes se engendran deseos que no habían concebido con semejantes descripciones, las cuales sirven de semilla? Los sermones del P. Eliseo están por desgracia, no digo llenos, pero atestados de estas fatales pinturas, escandalosas en la realidad para la gran parte de los fieles que las ignoran, e inútiles para la otra, que las saben más de lo que les convenía, y enteramente desnudos de otras, eficaces y necesarias para la edificación. ¡Cuántos cristianos yacen en la indolencia, como unos yertos cadáveres, que sacudirían la pereza, se pondrían en movimiento y corrián a la penitencia o a la perfección a vista del ejemplo de los primeros fieles! Sobre todo, éstos son los modelos que pueden formar santos, y los que quiere la Iglesia que se representen de generación en generación, para que los descendientes no desdigan de los progenitores, que siguieron inmediatamente a la publicación del Evangelio. Los del P. Eliseo y otros de su carácter apenas serán capaces, cuando más, de producir alguna corrección en el diseño filosófico.



IV

DEFECTO DE EXPLICACIÓN DE LA RELIGIÓN Y SUS MISTERIOS

No hay error más común entre las personas que se han metido a hablar de la predicación y de los predicadores después del siglo XVII, que el de decir que para ser un predicador grande no es menester ser un gran teólogo; y no ha faltado quien llegue al extremo de decir que los mayores teólogos son de ordinario malos predicadores. Son innumerables los sectarios de este axioma, que así puede llamarse en el día, siendo un error muy grosero y de las más fatales consecuencias para el cristianismo. Estoy persuadido (no sé si me engañaré), de que sacando sólo una de las muchas absurdas que de él pueden inferirse, abrirá los ojos el más preocupado, y es ésta: Luego ni los apóstoles necesitaron sobre la instrucción de J. C., la abertura de su entendimiento, para comprender las Escrituras, de que les dotó antes de su ascensión, y la infusión del Espíritu Santo, como maestro de toda verdad, para ser grandes predicadores, ni los Atanasios, Basilius, Gregorios, Crisóstomos y Agustinos tanto estudio de las Sagradas Letras y de la religión para haber sido excelentes oradores. O de otro modo: Luego, cualquier humanista con una mediana o regular tintura del cristianismo puede ser mejor predicador que San Pablo y los padres que acabamos de citar. La consecuencia es legítima, y no sé que pueda negar lo absurdo el más fanático.

Sólo una ignorancia profundísima de lo que es *predicar* puede haber concebido y dado a luz un monstruo tan espantoso. Si el predicar es enseñar la religión y sus misterios, esto es, lo que Dios ha revelado, lo que ha mandado observar; lo que su Iglesia y concilios han definido o declarado contra los herejes, cismáticos, moralistas que han pecado por rigor o por relajación, y en una palabra, lo que contiene el Evangelio y las Escrituras y lo que desde su principio se ha creído y observado, si esto es predicar, como con efecto lo es, ninguno puede ser predicador y menos predicador grande, sin saber todo aquello que es la ciencia de la teología. Si por *predicador* se entiende el que sube al púlpito para decir a la letra o estropeado, o el que cose un centón de varios retazos de sermones y los refiere, convengo en que puede serlo el que no sea buen teólogo; pero a estos tales no corresponde el nombre de predicadores, sino el de *predicantes*, y están expuestos, como sucede con demasiada frecuencia o a decir unos sermones jansenistas y viciados del error de sus autores, o a trastornar las proposiciones por ocultar el plagio de que abunda el P. Eliseo, y proponer unos principios erróneos, por no estar instruidos a fondo en la religión y sus dogmas.

También convengo en que para predicar, no es menester ser gran teólogo, cuando con este nombre se entiende un escolástico de aquéllos que sin cuidarse de lo que dicen los sagrados libros, los concilios y padres, empapelado en un Gonet, un Marin¹ u otro de la innumerable turba de este jaez, sabe disputar desde la mañana a la noche sobre si la esencia de Dios consiste en la *aseidad*, que es decir en lengua culta la independencia, o en otro de los divinos atributos, o si consiste *formaliter* o *quidditatively* en el conjunto de todos, y así muchísimas cuestiones en que hacen consistir la gran teología, estudiándola en unos autores, de cuyos volúmenes exprimidos, no sólo es imposible componer un sermón, sino que quedan casi inutilizados para hacerlo los que más se han entregado a su estudio, y cuando han predicado, toman por necesidad de otros a ciegas y sin principios para discernir. Mas cuando con el nombre de teólogo se entiende lo que es serlo en realidad, y con

1. J. B. Gonet, O.P. (1616-1681), era autor de un *Clypeus Theologiae Thomisticae*, y 6 vols. de un *Manuale Thomistarum*.

el de predicador lo que también debe ser, esto es, un hombre capaz de componer sermones con que instruya al pueblo en la religión sin error, con que les haga entender cuanto es posible los misterios, con que les declare los principios, los preceptos, los medios, los fines, etc., entonces ninguno podrá negar que para ser predicador, no sólo es indispensable ser gran teólogo, sino que además ha de tener un don de claridad para expresar las cosas más altas, de modo que las entienda el menos instruido, y otras muchas cualidades que hacen distinguir a unos predicadores de otros. ¿No sería vergüenza para un predicador que se hubiese hecho admirar en el púlpito, no poder satisfacer a solas a uno de sus oyentes, que movido de su sermón, en que habló del misterio de la encarnación, quisiese radicarse en la fe con la solución de algunas dudas o escrupulizando sobre la licitud de su comercio, porque oyó tratar de la usura, desease saber cuánto por ciento le sería permitido según la especie de su trato y demás circunstancias atendibles en el asunto?

En esta segura inteligencia, ¿qué idea puede tener de los sermones de Eliseo el que reflexione sobre el informe de su provincial y pariente? Éste dice sin rebozo que concluidos sus cursos, defendidas, como es costumbre, sus tesis y desempeñado el encargo de lector por seis años, que naturalmente no pudieron ser de teología, y en cuyo tiempo se le notó mayor afición al estudio de las letras humanas que al de la sagrada facultad, se presentó en el púlpito el año de 56, estando sin duda en el vigésimo octavo de su edad, habiendo nacido en octubre de 1728. Desde entonces se conoce que toda su ocupación fue leer sermonarios, componer a su modo, aprender y decir sus discursos; en una palabra, dejó la carrera de las letras para emprender y seguir la de predicador². Si alguno pensare con todo eso que podía hacer sermones de provecho, y aún le queda duda, después de lo que hemos dicho, me parece que se desengañará a no ser el más necio de los hombres, con el defecto de explicación en los puntos de la religión que se toca en sus sermones. ¿Puede haber cosa más triste para un sediento que llegar a una fuente, cuya hermosa figura y elevación le hizo correr a ella, y encontrarla seca? ¿Mayor pena para un hijo hambriento, que ir al despensero de su padre, del cual en vez de

2. Cfr. Sermones, I (1786), 9-11.

un mandrugo, sólo reciba palabras de la grandeza, de la majestad y del poder del que le engendró? La numerosa turba de los cristianos son otros tantos sedientos que corren a los sermones como a fuentes de agua viva, y a los predicadores como a ecónomos del pan de su soberano padre de familias, más los que se encaminaban a los del Padre Eliseo, volvían con la misma sed y sin haber matado el hambre.

Son unas piezas tan vacías del jugo divino y de la religión que, no digo el vulgo, sino también la mayor parte de los que por empleo o nacimiento se elevan sobre aquella esfera, queda sin el principal aliento de los sermones, que es la instrucción en la fe y sus dogmas. Toda la ciencia, y aun la observancia de la moral evangélica, sin la fe y conocimiento de Dios, de sus misterios, sacramentos y otros artículos, distinguen muy poco al cristiano del gentil, y aunque viva como anacoreta, se condenará como pagano. La fe, pues, la luz de la revelación, conocer a Dios y saber lo que quiere, que creamos aunque no se comprenda, es el carácter que diferencia a los fieles de los que no lo son, y la declaración repetida e inculcada continuamente es la primera y más esencial obligación de un predicador. Nada de esto se ve en los sermones de Eliseo, el cual aun el nombre de *Dios* escasea demasiado, por sustituir el de *Ser Supremo*, que le parece más sonoro y grave, aunque no se encuentra en los sagrados libros. No hay duda que en una perífrasis, de que puede usarse tal vez; pero la frecuencia es muy reprobable, por lo mucho que disuena del estilo de los profetas, de los apóstoles y del Evangelio, que han de ser nuestros únicos modelos. Los mismos humanistas, separados de nuestra comunión romana, reprenden semejante vicio en los que tratan los ritos y misterios de la religión.³ Los divinos atributos, cuyas nociones ilustran la fe, consuelan el alma, avivan la caridad o concilian el respeto, pasan como relámpagos o se presentan disfrazados en los sermones de Eliseo. ¡Cuántas veces en los elogios que hace de la *virtud* sonaría mejor y diría más la voz de *piedad, clemencia, poder divino o Espíritu de Dios*, en que consiste la virtud, y son el verdadero origen de cuanto se atribuye a esa voz indefinida! ¡Cuántas en aquellos raptos sobre las amarguras del pecador, del político o del incrédulo abando-

3. Hein. fund. P. I. c. 2, 12 (cum notis).

nado a sus remordimientos, en que habla sólo de proyectos desconcertados, de reveses del mundo, de envidias de competidores, de desdenes de protectores, etc., sería mejor que manifestase la justicia de Dios, los diversos modos con que obra en nosotros, y los medios útiles para aplacarla! ¡Cuántas el tiempo, que entretiene en la deliciosa humanidad y en la benéfica afabilidad, le gastaría con más dignidad en exaltar el eterno origen, del cual nos vienen esas centellas o chispas!

Lo mismo debe decirse de los demás atributos, de que teniendo frecuentemente precisión de hablar, los tuerce por sus efectos a los afectos del hombre en quien recaen, para hablar filosófica o poéticamente sobre las pasiones, pudiendo hablar de Dios. No aspiraba ciertamente el P. Eliseo, aun en sus sermones morales, al elogio que hace Mr. Tomas del gran Bossuet. Sobre su oración fúnebre de la Reina de Inglaterra, dice: "que por entre el magnífico espectáculo que pone a la vista el orador, de los tiempos calamitosos de cismas, divisiones y tempestades que combatían y anegaban la isla, entre la triste pintura del desorden de las sectas, del fanatismo de los independientes, del genio activo, hipócrita e impenetrable de Cromwell, plantado entre ellos, ya dogmatizando y ya combatiendo, del melancólico retrato de aquella infeliz reina, atravesando mares, azotada de tempestades y acosada de todos los infortuitos, que pinta, de un marido preso, tropas derrotadas y amigos degollados; por entre este grande espectáculo para el cual (dice Mr. Tomas) usa el orador de toda la tierra como teatro, nos descubre siempre a Dios presente, que desde las bóvedas del cielo estremece y rompe los tronos, precipita la revolución, y por su fuerza invencible aprisiona o doma cuanto le resiste. Esta idea derramada desde un cabo a otro del discurso, le llena de un terror religioso que se aumenta con los efectos, y da a lo patético un aire más sublime y más subido."⁴ El mismo influjo y acción de la divinidad, aunque no en igual grado, se observa en las pinturas del obispo de Clermont, que pilla el P. Eliseo, desnudándolas de esa soberana mocion o por disfrazar el plagio o por parecer más naturalista, que es su fuerte, de modo que mientras uno lee sus sermones, apenas se acuerda de que hay Dios o de que tiene relación con lo que se va leyendo.

4. Mr. Thomas Ess. surle elog., c. 31.

El misterio impenetrable de la Trinidad Beatísima, en la cual creemos, confesamos y adoramos un Dios solo en tres personas, que son realmente distintas entre sí, pero esencialmente inseparables; que así como se diferencian en su origen, también se distinguen en sus personalidades, sin que ninguna de estas tres sea distinta de la naturaleza común, quedando todas en una sola majestad, una sola voluntad, un solo poder, una sola perfección, santidad, eternidad, independencia, igualdad, etc., este misterio, vuelvo a decir, a medida de su soberanía y de su incomprensibilidad a las luces del hombre, por sabio que sea, es necesario que le crea el más rústico, y que sepa de él cuanto pudiere alcanzar. Su explicación debe resonar en la Cátedra del Espíritu Santo con tanta más frecuencia, cuanto es más alto y más necesaria su fe. El predicador verdaderamente celoso de la gloria de Dios y de la salud de las almas, en cualquier sermón que sea, hallará lugar de tirar una u otra pincelada sobre esta imagen divina que reina oculta entre la misma luz, sirviéndole de velo por su brillante copia, lo mismo que debía dar la claridad. Por muchos rasgos que hayan tirado los predicadores, siempre será inaccesible e incomprensible a los peregrinos del mundo;⁵ mientras caminen por él, la verán como en enigma,⁶ pero ese enigma es el que ha de procurarse a fuerza de repetir y variar los toques, que se haga inteligible al más rústico, cuanto Dios quiera concederle por su gracia. En veinte sermones que contienen los primeros dos tomos del P. Eliseo, no ha merecido una plana este adorable misterio. ¿Qué haremos con que en una dominica de Trinidad hablase de él todo el día, si callaba el resto del año? ¿Es por ventura tan poco lo que tiene que saber el cristiano sobre este punto, o les basta a todos creer solamente en un solo Dios verdadero y tres personas distintas? Esta es la *Summa* del misterio; pero todos y cada uno de los fieles está obligado a hacer la diligencia posible, implorando la gracia del Espíritu Santo, para entender cuanto pueda de lo mucho que comprende aquella suma, v. gr. la generación eterna del Verbo, Hijo que engendra el Padre solo, la procesión del Espíritu Santo que procede del Padre y del Verbo, sin ser hijo de los dos, como lo es el Verbo del Padre, la coeternidad de

5. Thi. 6, 16.

6. I Cor. 13, 12.

todas tres personas, que no obstante la diferencia de origen, creemos que el Padre, ni aun por imaginación puede contemplarse sin el Hijo, ni los dos sin el Espíritu Santo, etc., y todos los predicadores debemos inculcar a sus oídos la fe de este arcano, dándoles en alguno de los innumerables puntos que comprende, la luz que su majestad se sirva comunicarnos.

Lo mismo debe entenderse en orden al sacramento escondido, como llama San Pablo⁷, de la encarnación o generación temporal del propio Verbo Eterno. Ninguno puede comprenderla, por consiguiente, ni explicarla dignamente, pero todos deben trabajar en alcanzarla, y los predicadores evangélicos en explicarla con la claridad de que es capaz obra tan divina. Este, como el antecedente, es un misterio de misterios, porque abraza muchos y diferentes artículos. El Verbo toma nuestra carne sin apartarse del seno eterno de su Padre, la trinidad queda, digámoslo así cabal en el cielo y en todas partes, aunque el Verbo baja al vientre de una criatura para hacerse hombre; este verbo, que es esencialmente inseparable de las otras dos personas, es sólo el que se une con la humildad, y aunque ni el Padre, ni el Espíritu Divino se separan de él, no puede decirse sin herejía, que encaran o se unen con la humanidad: El Verbo se hace hombre, y el hombre verdadero, pero no por eso J. C. Dios y hombre es una sola persona humana, etc. Por lo mismo que en un ministerio se encierran tantos, debemos prever con la mayor diligencia los innumerables errores que pueden viciar la fe de tantos cristianos, no sólo de los que llamamos ignorantes sino de los que llamamos instruidos. ¿Cuántos creyeron que J. C. es Dios y hombre verdadero, y que nació de una virgen sin concurso de varón, ignoran los capítulos que acabamos de referir y otros sobre sus operaciones, sobre sus potencias y pasiones humanas, y tal vez creen lo contrario? Y si estos cristianos van con frecuencia a los sermones, y en tantos como oyen, no ven una centella que les descubra su error, ¿podremos disculparnos los predicadores de la necesidad y de la ceguera en que le dejamos? ¡Ah, que nuestras obligaciones y nuestras responsabilidades por razón del ministerio de la predicación, son mayores de lo que se piensa vulgarmente: así en orden a la ciencia de la religión y de la ley, que debemos atesorar para

7. Ephes 3, 9.

derramarla sobre el pueblo, como en orden a las miras que hemos de llevar a la Cátedra del Espíritu Santo! Cátedra verdadera, cuyo nombre nos está convenciendo que allí hemos de subir principalmente para instruir como maestros a los que quieran saber la palabra del Dios y las verdades del cristianismo, que es lo que San Pablo llamaba sembrar y regar, y sobre que nos extenderemos más en el capítulo siguiente.

No son de menos importancia que estos dos, los dogmas de la *justificación* y de la gracia; esto es, los artículos sobre el Espíritu Santo en nosotros y con nosotros: El de la presencia real de nuestro Salvador en la sagrada eucaristía, el de la virtud y efectos admirables del bautismo y los demás sacramentos, cada uno de los cuales contiene mil secretos de que debemos hacer capaces a todos los cristianos, así para que puedan merecer más tan alto nombre, como por las imponentes utilidades que produce en sus almas el conocimiento de estas verdades. Pero ninguna de ellas ocupa la atención del P. Eliseo. Conténtase en sus Sermones, conforme dice en uno de ellos, "con llegar a conseguir solamente que una persona sepa mejor sus obligaciones en la sociedad, ame las leyes, la religión y al prójimo."⁸ Esto es, que el móvil de sus acciones sea el amor de la patria y del bien público, que aunque tal vez entre la vanidad en sus obras y sean injuriosas al Creador, siempre serán útiles para el estado. En estos peligrosos principios, en *cuadros* de creación, de Adán holgando en el paraíso, de la amable humanidad, en declamaciones inútiles, en robar pensamientos brillantes y en inventar clausulones con que disfrazarlos, ocupa la preciosidad inestimable del tiempo que debía dedicar a aquellos misterios, para manifestar la grandeza de Dios, descubrir el velo que oculta la majestad augusta de la religión y darle a conocer al hombre, lo que es, lo que puede ser, los medios para serlo y los motivos que en efecto pueden alentarle a ser cuanto puede ser. De aquí es que el que se oponga a exprimir un sermón del P. Eliseo, no hallará más que el que pinche y apriete una vejiga soplada. Con ser tan corta la sustancia que se saca de los análisis de Massillon, excederán tres cuartas partes a los de Eliseo. El infeliz ladrón que le robare alguno, cuídese bien de no perderle una palabra, porque allí se acabará la función, sin que haya cabó de que echar mano.

8. Tom. I, Pág. 41.

V

**DEFECTO EN PROPONER LOS MEDIOS, PARA CUMPLIR
CON LA PERFECCIÓN DEL EVANGELIO**

No basta a los oradores evangélicos enseñar a los pueblos todas las verdades, que Dios se ha servido revelarnos, y su Iglesia Católica, apostólica, romana, gobernada por su espíritu ha definido, ni intimarles y declararles los preceptos que han de observar; es menester, además de eso, instruirles en los medios útiles o necesarios para alcanzar el conocimiento de los misterios y la práctica de los mandamientos y de las máximas, con relación al fin sobrenatural de la vida eterna a la que debe aspirar y a la que se dirigen la religión y la moral cristiana. ¿De qué le sirve al doliente que un médico le hable altamente de la sabiduría de Hipócrates, de la virtud de los minerales y las plantas en general, si no sabe cuál es la que conviene a su salud? Tal será el predicador que hable con la mejor elocuencia sobre la excelencia de Dios y su doctrina, sobre la felicidad eterna, sobre la grandeza de la santidad cristiana, si no dice a sus oyentes los medios que deben usar para conseguir todo esto. El predicador es un labrador a quien se ha encargado el cultivo del campo del Señor, para que siembre en él la divina palabra, y cuanto esté de su parte haga que nazca y produzca, pero ¿qué cosecha conseguirá el propietario, si su colono ni sabe sembrar el grano, ni darle el riego que necesita? ¿Qué producirá en la tierra la semilla más escogida, si no se planta, se cuida y se

limpia? Este es el vicio que inutiliza los Sermones del P. Eliseo. Habla a modo de los charlatanes, mucho de Dios y de la virtud, pero ni sabe sembrarla, ni aplica los medios para que fructifiquen; dice mucho de las pasiones y sus desórdenes, pero no pone los remedios con que se curan.

La vida cristiana, la práctica del Evangelio, el ejercicio de la piedad y la santidad del cristianismo, todo lo reduce a la idea o la noción de virtud, de la cual predica con efecto en todos sus sermones; pero si se hace atención, es en sus manos la virtud un *dado* que unas veces cae de azar y otras de suerte; es lo mismo que en boca de Sócrates, de Platón, de Aristóteles y de otros muchos filósofos que trataron de ella con toda la delicadeza, energía y extensión de que es capaz el entendimiento humano con sus luces naturales. ¿Pero de qué sirven sus discursos entre nosotros, cuando la noción o la idea que tenemos de la virtud es tan diferente de la que ellos tuvieron? Los filósofos y el mundo han dado este nombre, (que rigorosamente significa *robustez, fuerza, vigor* en el cuerpo) por un especie de metonimia o traslación a la fortaleza de las facultades espirituales, con que el hombre obra constantemente por principios racionales, lo que es decente y honesto. Esta es la idea más acrisolada que puede sacarse de los que hemos citado de Marco Tulio, Cicerón y de los que con más tino han escrito sobre la virtud, cuya definición debería pasar por muy exacta y ajustada en una religión puramente natural, pero en el cristianismo queda tan atrás de lo que tiene por virtud, que no pasa mucho de los límites de la misma flaqueza.

Un hombre que haga todo el esfuerzo de su razón, y apure el fondo de la reflexión para seguir una conducta constantemente arreglada y uniforme a los principios que la filosofía ha señalado para lo que llama honesto, que domine en cuanto alcance estas fuerzas el impulso de sus pasiones, y llegue por esos medios hasta refrenar de suerte sus movimientos, que ninguno trasluzca en su semblante, ni él sienta alteración en la serenidad de su alma, será (si hay o ha podido haber tal hombre) nada más que un virtuoso gentil o un filósofo pagano que trabaja consigo mismo por conseguir la tranquilidad del corazón, en que juzga la mayor felicidad; pero que no sólo no excluye de esa mira el fausto, la vanidad y la soberbia con que se cree superior a los demás hombres, sino que hace entrar esos vicios en el plan

de conducta como móviles que le animan. El aplauso humano o el *qué se dirá de mí*, fue el gran principio que presentó Sócrates a Critón, para no admitir la fuga que éste le facilitaba, y es la acción más virtuosa de su vida. He aquí la mejor pintura de la virtud filosófica, y el ejemplo más brillante del más virtuoso entre los filósofos, los cuales estaban tan lejos de reprobar la vanagloria y la soberbia, que hacían consistir la grandeza del alma en la elación o hincha-zón de espíritu, como puede verse en sus obras. Por eso, este gran Sócrates, a quien consagraron aras los atenienses; un Arístides, al cual dieron por su integridad el renombre de justo; un Foción¹, un Séneca y otros, estamos tan lejos los cristianos de mirarles como justos o virtuosos que antes les graduamos de hombres vanos y de hipócritas, que aspiraban a parecer lo que en realidad no eran. Querían ser tenidos por unas almas de otra esfera, en que ninguna pasión tenía imperio, y eran los más dominados del orgullo. Lo que en ellos se elogiaba por virtud, vituperamos nosotros por flaqueza, no como quiera, sino por flaqueza ridícula.

A imitación de éstos y en su propio sentido, toma el P. Eliseo en sus sermones el nombre de la virtud, como se convencerá con evidencia por su Sermón sobre la felicidad de los justos y nuestro examen. Rara vez reconoce en la virtud nuestra a Dios: le atribuye efectos, de que somos incapaces sin el auxilio especialísimo de la gracia; y en una palabra, manifiesta los sarmientos cargados de los más sazonados racimos, separados de la vida, porque se separa de la definición del santo Concilio de Trento, cuyas palabras a la letra insertaré aquí porque se vea mejor la justicia de nuestra reprensión.

"Cum enim ille ipse Christus Jesus, tamquam caput in membra, et tamquam vitis in palmites, in ipsos justificatos jugiter virtutem influat; quae virtus bona eorum opera semper antecedit, comitatur, et subsequitur; et sine qua nullo pacto Deo grata, et meritoria esse possent...cum Christus Salvator noster dicat: Si quis

1. Político ateniense (318 a. C.) que, acusado de traición, se envenenó lo mismo que el hispanoamericano Lucio Séneca (4-65). (JLS)

biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sicut in aeternum, sed fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam. Ita neque propria nostra justitia, tamquam ex nobis propria statuitur; neque ignoratur, aut repudiatur justitia Dei. Quae enim justitia nostra dicitur, quia per eam nobis inhaerentem justificamur; illa eadem Dei est, quia a Deo nobis infunditur per Christi meritum... Absit tamen, ut Christianus homo in se ipso confidat, vel glorietur, et non in Domino; cuius tanta est erga omnes homines bonitas, ut eorum velit esse merita, que sunt ipsius dona.”²

Porque en el idioma evangélico, nuestra virtud no es otra que la virtud de Dios o el espíritu de Dios, sin el cual no hay virtud o justicia en nosotros, ni poder para hacer obra meritoria o loable, y de la plenitud de ese espíritu en Jesucristo es que se deriva, según San Juan, a nosotros³. En tanto, pues, tenemos virtud o poder y facultad de obrar bien, en cuanto nos comunica por los méritos de Jesucristo el Espíritu Santo, y cooperamos con su influjo. Cuando San Pablo instruye a los corintios en las cosas espirituales, les dice que no podemos invocar siquiera el nombre de Jesús, sino en el Espíritu Santo⁴, no porque el gentil y el judío, el hereje y el cismático dejen de ser capaces de pronunciar aquellas palabras *Dominus Jesus*, sino porque ninguno le invocará con fruto y verdadera piedad sin el Espíritu Santo. En conclusión, el cristiano no reconoce otra virtud, tomada en general esta voz, que la *caridad* o la operación del Espíritu Santo infundido en nuestros corazones, de cuyo divino jugo se alimenta la misma fe para vivir y obrar bien⁵, y chupan la humildad y demás virtudes particulares. Por tanto, siempre que usemos de esta voz, ha de ser de suerte que se conozca su divino origen y toda su eficacia y su valor; no ha de confundirse con el amor de lo útil o de lo honesto, que se engendra y obra en el hombre por su estudio o sus fuerzas, que es como decíamos, la virtud de los filósofos. Por falta de este discernimiento,

2. Concil. Trident. De Iustificatione; DZ 809-810. Cap. XVI, Ses. VI.

3. Joan. 1, 16.

4. 1 Cor. 2, 3.

5. Gal. 5, 6.

y la confusión con que habla el P. Eliseo tomando frecuentísimamente los elogios de la virtud en el sentido pagano, la degrada, la debilita y la desfigura enteramente. Y siendo tal su error en orden a la naturaleza y excelencia del grano, ¿cuál creeremos que sería su destreza para la siembra y el cultivo? Ya hemos visto que su mayor tacha está en no saber sembrar⁶, porque no predica como debe la Palabra de Dios, que es el grano o la semilla, según nos enseña el mismo Jesucristo, de suerte que ignorante del grano y del modo de echarle en la tierra, tenemos al P. Eliseo declarado inhábil para labrador, pero todavía se conocerá mejor por lo que vamos a decir.

Como todo el objeto de las misericordias del Señor ha sido el cultivo de nuestras almas para apoderarse de ellas, ha cuidado no sólo de darnos su palabra divina, y en ella su Espíritu, y de venir él propio en nuestra carne a sembrarla, sino también de enseñar el modo que habían de usar aquéllos a quienes dejaba encargada su heredad. Tal vez se imaginará que vamos a sacar consecuencia por donde inferir el modo que se nos haya figurado correspondiente a esa siembra. No, por cierto; vamos a dar la ordenanza terminante del soberano padre de familias sobre su plantío, la cual es bien conforme a las reglas de la agricultura natural. Porque, ¿qué cosa hay más esencial en ésta, que preparar la tierra que ha de labrarse, arrancando y desarraigando cuanto se halla en ella? pues la misma diligencia encarga Dios a Jeremías, cuando le envía a predicar o sembrar las palabras que había puesto en su boca:⁷

“Ves aquí, le dice, que te doy la superioridad sobre las gentes y los reinos, para que arranques y destruyas, edifiques y planteas.”

En dos comparaciones le enseña el modo de anunciar su palabra: y son, la del alarife, que antes de edificar, allana el suelo y le ahonda para levantar los cimientos, y la del labrador, el cual no echa su semilla hasta haber desarraigado cuantas

6. Capítulo I de esta parte.

7. Hyeremiae I, 10.

plantas o yerbas podían perjudicar a su cosecha. Prosigue, y le instruye en el modo de desarraigárt:

"Yo (le dice) hablaré por tu boca de repente contra esa nación y reino, de suerte que arranque de raíz, ut eradicem,"⁸ ¿Y en qué consiste el desarraigo? En arrancar por la penitencia la maleza y la cizaña: si paenitentiam egerit gens illa, subito loquar, ut aedificem, et plantem: porque no caerá bien la divina semilla, ni producirá el espíritu de Dios en el corazón del hombre, si la segur de la penitencia no ha cortado los árboles viciosos, y el arado de la compunción no ha arrancado las raíces. El corazón del pecador es bosque de espesa arboleada, el del justo es campo delicioso; pero si no se le cuida incessantemente, retoña sus malas yerbas, y por eso en las manos del agricultor evangélico han de andar listos el escardillo, el arado y la segur, conforme sea el terreno que cultive.

Esta ordenanza que dio Dios a Jeremías, y que por su inspiración siguieron los demás profetas, cuyos testimonios pueden verse en la predicación de cada uno, observó en la ley de gracia del Santo Precursor, el Divino Maestro y sus discípulos. El Bautista, de quien podemos decir que rompió la tierra, dio principio a su soberana comisión intimando la penitencia. "Vino, dice San Mateo, Juan Bautista predicando y diciendo, haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos".⁹ ¿Y en qué conformidad manifiesta el mismo evangelista que empezó Jesús a predicar? Con las propias palabras del Precursor¹⁰. Su vicario y principio de los apóstoles San Pedro, ¿a qué redujo el primer sermón que hizo en Jerusalén? Probada la divinidad de Jesucristo con los testimonios de la Escritura, y su resurrección con los de la cita, movió el corazón de su auditorio tan vivamente que fue interrumpido por las voces de su contri-

8. Idem 18, 7.

9. Math. 3.

10. Idem 4, 17.

ción, preguntándole, qué harían, y respondió: "haced penitencia, bautizaos en nombre de Jesucristo, para que se os perdonen vuestras culpas, y recibiréis el don del Espíritu Santo."¹¹ Su primera carta comienza y sigue por este importantísimo objeto de cortar las pasiones antiguas *propter quod siccinti lumbos mentis vestra;*¹² desarraigárlos malignos, *deponentes omnem matiliam, et omnem dolum, et simulationes,* etc.¹³, sofocar los apetitos de la carne, *obsecro vos abstinere a carnalibus desideriis.*¹⁴ En la segunda, entra por el mismo principio, enseñándonos que el modo de asegurar las preciosas y grandísimas promesas del señor, y participar de su naturaleza divina, es arrancar la raíz de la concupiscencia, *fugientes ejus, qua in mundo est concupiscentia corruptionem.*¹⁵

Compilaríamos todo el Evangelio y las cartas apostólicas, si nos empeñásemos en dar todas las pruebas que pueden sacarse de ellas, para convencer que la ley de la penitencia, que limpia y desembaraza la tierra de nuestro corazón, es inseparable de la predicación evangélica y del cultivo apostólico para la cosecha espiritual. La razón de esta necesidad es palpable, porque en todo concurso habla el predicador con pecadores para atraerlos a Dios, y esto no puede conseguirse si no es por la penitencia. Los justos que le oigan han de saber que siempre deben practicarla por los pecados que cometieron antes, y como preservativo para no volver a caer. El P. Eliseo, lejos de observar esta divina ordenanza y santísimos ejemplos, muy rara vez, y entonces muy de paso, toma en boca la penitencia; pero ni se detiene en hablar de su virtud, ni en intimar su necesidad, ni en hablar de sus saludables efectos, ni en animar a su práctica. Los pecadores que le oyen, pueden salir de sus sermones (quiero concederlo) persuadidos de la excelencia de la moral cristiana y nobleza de sus principios, confundidos de haberse separado de ellos, atemorizados de la incertidumbre de su salvación, avergonzados de su ambición y demás vicios, convencidos de la felicidad de los justos que no han encontrado

11 Act. 2, 38.

12. I. Pet. 1, 13.

13. Ib. cap. 2, 1.

14 Ib. v. 11.

15. II Pet. 1, 4.

su conducta delincuente, en fin deseosos de volverse a un Dios benéfico y de alcanzar una gloria bien pintada. Yo doy, vuelvo a decir, todo este efecto a los sermones del P. Eliseo; pero me imagino a sus oyentes como al que en una isla desgraciada oyese ponderar el regalo, la suntuosidad, la grandeza y benigno clima de la Europa, sin barco, ni tabla, piloto, ni guía en que exponerse para llegar al goce de tanto bien.

Todo su esmero es ensalzar una virtud, que las más veces no es otra cosa que la honestidad filosófica, con unos colores gentilicios; elevar el imperio de la razón y de nuestra propensión natural al bien supremo, ponderar las obras del creador, y alentar al cumplimiento de las obligaciones sociales y patrióticas por principios de equidad y conveniencia, pero poquísimo o nada de virtud divina, ni de penitencia y mortificación, en que consiste la siembra y el riego que pide el Soberano Padre de Familias a los colonos de su heredad. Trata la virtud, no como un don sobrenatural que da Dios graciosamente por la infusión de su espíritu, el cual consiste esencialmente en la caridad, y es la substancia del grano de la divina palabra; sino como un fondo que adquiere el hombre por su estudio o industria, tentando de vanagloria a los que anima el espíritu de Dios; y desesperando al pecador que ha seguido y arrastran sus pasiones. Cuantas veces dice el P. Eliseo "el virtuoso halla la satisfacción en sí o en el testimonio de su conciencia,... su virtud le consuela en la adversidad" o cosas semejantes que dejamos notadas, niega, cuanto es de su parte, la gloria que se debe sólo al Señor. El cristiano funda su perfección en la humildad, y jamás encuentra en sí más que tachas e imperfecciones; ni halla más consuelo que es en la esperanza de la bondad de Dios, porque éste es su virtud, su asilo y su protección.¹⁶ La fe y la caridad con sus apoyos o sus anclas, y hablar de otra manera es paganizar, en vez de catequizar las buenas obras o inclinaciones del hombre, quitándole a su verdadero autor la gloria de producirlas e incitar al hombre a que se las atribuya.

No hay duda que el espíritu de Dios abrigado y recogido en el corazón por nuestra diligencia y estudio con la cooperación o ejecución de aquello a que nos inclina, engendra con la repetición de esa cooperación la facilidad que los teólogos

16. Psalm. 17, 1-4.

llaman *hábito*, porque se habitúa el hombre a lo bueno, actuándose en obras buenas. Los actos frecuentes de humildad: los de resistir a los incentivos de la carne por la virtud de Dios, engendran la virtud de castidad o la de continencia, y así de las demás. De todas juntas, resulta lo que llamamos justicia, y se forma el hombre justo, dispuesto en todo a obrar conforme le inspira el espíritu de Dios, y pronto a seguir sus movimientos, y aquella justicia es verdaderamente la virtud, y este justo es el hombre virtuoso; pero como cada una de aquellas virtudes las obra en nosotros el mismo espíritu de Dios, *unus atque idem Spiritus operatur in nobis*, y las distribuye a cada uno conforme a su divina economía y voluntad, *dividens singulis prout vult*;¹⁷ Él es también el autor de la justicia universal y de la virtud o por mejor decir, Él solo es justo y da la justicia y la virtud por su inefable e interior comunicación, derramándose en nuestros corazones.¹⁸ Y después de estos dogmas incontestables, ¿será loable un predicador que hable el idioma del esclavo de Epafrodito, por más semejante que sea su doctrina al fondo de la moral evangélica?¹⁹ Cualquiera que trate así la virtud desde el púlpito, vuelvo a decir, que paganiza y no evangeliza: que hace un discurso filosófico y no un sermón cristiano, que arenga y no predica; en fin, que podrá formar filósofos; pero no discípulos de J. C.

No sólo ha de predicarse la palabra de Dios, desarraigando la maleza con la penitencia y la mortificación del cuerpo y las pasiones; pero también debe animarse a esta práctica esencial del cristianismo, y contraria al hombre viejo, por los medios que nos enseñó el Divino Maestro, cuyos documentos siguieron sus apóstoles. Los predicadores que no saben mortificarse en despreciar el aplauso tampoco se atreven a mortificar la delicadeza de su auditorio con la santa severidad de la cruz y la necesidad de la negación propia; echándose por el camino de la filosofía y de la razón, que jamás han podido ni podrán conducir a un hombre a la virtud evangélica, y en cierto modo quieren acomodar la rectitud cristiana con el regalo y las pasiones, con tal que no se llegue al exceso de éstas. Así se observa en los

17. I. ad Cor. 12, 11.

18. Rom. 5, 5. Heb. 9, 14.

19. Epafrodito de Macedonia era un colaborador de S. Pablo (Flp. 2, 25-30). (JLS)

Sermones del P. Eliseo: aunque yo no lo atribuyo a vicio de vanagloria, y antes creo que nace de los malos ejemplares que se había propuesto. Si habla alguna vez de la cruz, de la penitencia, de la mortificación o del desprecio propio, huye de entrar a descubrir toda la severidad que contienen estos artículos, y deja abierta la puerta a las opiniones corrompidas que lisonjean nuestra delicadeza. El ruido es como el de un combatiente, pero los golpes no son de un atleta, ni las brechas por donde puede volver a introducirse, quedan bien defendidas. ¿Dónde están sus exhortaciones vivas y repetidas, como deben ser en los sermones, a la oración y a la vigilia, medio eficacísimo que nos enseñó J. C. para alcanzar cuanto quisiésemos,²⁰ y para resistir a toda tentación del enemigo?²¹ ¿Cuántas veces inculca, como los apóstoles,²² sobre la utilidad, la necesidad y la facilidad de este comercio con Dios, que el vulgo de los cristianos no conoce? ¿Qué dice de la importancia del ayuno y de sus frutos admirables? ¿Qué de la guarda y modestia de los sentidos? ¿Qué de la presencia de Dios, freno tan poderoso de las pasiones, y agudo estímulo de la virtud? ¿Qué de la repetición de actos de fe, esperanza y caridad, obligación indispensable y medio eficacísimo para acercarnos a Dios? ¿Qué de la reiteración de las promesas que hicimos en el bautismo? ¿Qué de la memoria de los novísimos, que preserva el alma de la muerte? ¿Qué de la frecuencia de los sacramentos, manantiales de la vida? ¿Qué del examen diario o a lo menos frecuente, de la conciencia, en que se juzga el hombre a sí mismo por los capítulos de la ley y perfección evangélica, para condenar sus deslices y arreglar sus pasos?. En fin, ¿qué de la meditación sobre la encarnación, la pasión, la muerte y resurrección del Hijo de Dios, lenitivo de nuestras penas, fomento de nuestra esperanza, yunque de nuestra fe, horno de la caridad, y casi puede decirse, seguridad infalible de nuestra vida?

Así es que se riega el plantío de la divina palabra; por estos conductos llevaban la humedad saludable al corazón de sus oyentes los profetas, los apóstoles y los mejores padres de la Iglesia. Cualquiera que sea el asunto que se trate principalmen-

20. Luc. II, 9-10 &c.

21. Math. 26, 41.

22. Los testimonios de las Ep. Canonic sobre este punto son innumerables.

te, deben juntarse estos puntos. El predicador, a imitación del jugador de cartas, que en cualquiera juego las barajas todas o la mayor partes de ellas, aunque sean una o dos las principales; debe entremeter todos los puntos referidos o muchos de ellos, conforme sea la relación que tengan con su asunto. No cumplen con tratar del ayuno, de la oración, de la abnegación, de la frecuencia de sacramentos, de la muerte, del juicio, de la gloria, del infierno, de la encarnación, de la pasión y muerte del Redentor, etc., con hacer un sermón de cada uno de estos puntos en su feria o dominica; debe mezclarlos en todos sus discursos por su influjo en la reforma o conducta de la vida cristiana. Porque entre ellos, unos mueven al seguimiento de J. C. en medio de la aspereza que nos presenta el camino, otros nos retraen del que presentan los vicios, por más sembrado de flores que le veamos; éstos animan a la pureza del cuerpo y del alma con el premio; aquéllos nos atemorizan en las sensualidades con la acerbidad de la pena; tal melancoliza con una tristeza santa, cuál consuela y ensancha el corazón con un gozo sobrenatural, y todos conspiran a mantener limpio, florido y abundante de frutos saludables el campo de la Iglesia, por lo cual no debemos abrir la boca sobre el pueblo cristiano, sino es como Dios sobre el primer hombre, para infundirle el espíritu de vida, inspirándole el divino aliento y no los flatos corrompidos de los filósofos.

En fin, los puntos generales de que he hablado sirven de lugares comunes a la oratoria evangélica, y deben jugar en todos nuestros discursos. Éstos son los episodios de nuestros poemas sagrados, si puedo hablar de esta suerte. Bien se dará a conocer el talento de un predicador, en saber escogerlos, unirlos, insertarlos, animarlos y reducirlos o extenderlos, sin cuidarse de la tacha tal vez de largos, como sean útiles al cuerpo de los fieles, que ésa ha de ser su única mira.

VI DEFECTOS EN LA ORATORIA

Sobraba lo que hemos dicho, para que se conociese o pudiese al menos hacer juicio de la miserable oratoria del P. Eliseo. Los retóricos, que son los maestros de este arte, convienen en que la primera ocupación del orador es la invención, que es lo mismo que decir que debe saber la materia de que ha de hablar y las fuentes que abundan de ella. Las disciplinas, las artes, las facultades y las ciencias son la semilla que ha de fecundar al ingenio, a que se sigue la disposición, el ejercicio y toda la cultura y adorno con que enseña particularmente la retórica a hermosear la oración, pero su fondo esencial consiste en la ciencia y posesión del asunto que se trata conforme a la sentencia de uno de los mejores maestros de la antigüedad:

Scribendi recte sapere est et principium et fons.¹

Si esta instrucción cae sobre el fondo de un ingenio claro, dócil y vivo, entonces dice Cicerón que resulta el no sé qué de singular, y excelente. *Quum ad naturam eximiam, atque illustrem accesserit ratio quaedam, conformatioque doctrinae; tum illud*

1. Horat., *Art. poet.*, vers. 309.

nescio quid praeclarum ac singulare solet existere; porque al que posee perfectamente su materia y la encuentra acomodada con la fuerza de sus hombros, esto es, con su ingenio:

*Nec facundia desseret hunc nec lucidus ordo,²
Verabque provisam rem non invita sequentur.³*

Quintiliano, en el proemio de sus *Institutiones Oratoriae* en nada se ocupa tanto como en manifestar que al principio, siguiendo la naturaleza que une la elocuencia con la sabiduría, se juntaron también los oficios, de suerte que los sabios eran los que se estimaban como elocuentes: *Fuisse haec olim quemadmodum juncta natura, sic officio quoque copulata, ut idem sapientes, atque eloquentes baberentur.* Y en realidad, ¿quién no ve que las disciplinas y las ciencias han de ser la madre que con sus institutos y conocimientos hayan criado al sabio para entregarle después a la retórica como a un ayo, cuyos preceptos sin aquel jugo nutriente no formaría más que un parlantín? ¿Cómo podrá un orador obligar con su elocuencia a la elección de un general para el mando de las armas, si ignora el arte militar, por cuyos principios ha de convencer la necesidad que tiene el ejército más florido de una cabeza que le dirija, y manifestar las calidades y el grado de experiencia, prudencia, severidad, constancia, valor, etc. que han de concurrir en él? ¿Cómo ha de persuadir al senado y al pueblo las ventajas o perjuicios que puede haber en una guerra, si no está muy instruido en la política, si no conoce las fuerzas, los arbitrios y la situación del reino o república, para combinarlos en su oración, y disuadir o persuadir a que se declare aquella guerra? ¿Cómo ha de inclinar los ánimos de sus jueces a castigar el delito del que acusa o proteger la inocencia del que defiende, si no sabe las leyes de la nación, los ejemplares autorizados por la práctica de sus primeros tribunales, y las limitaciones o ampliaciones que admiten las mismas leyes, conforme al juicioso sentir de sus más ilustres jurisconsultos regnáculos?

2. Horat. sup., vers. 42.

3. Id., 311.

En este incontestable supuesto, ¿qué aprecio podrá hacerse de la oratoria de Eliseo, que ocupado todo en decir, no sabe lo que se dice? Esta verdad que parecerá a muchos dura o cuando menos poco urbana, es indispensable en nuestro asunto, y debe disculparla la gravedad de la materia. Tratamos principalmente del interés sagrado de la religión y de la salvación eterna de las almas, contra una preocupación tan universal como perniciosa, y así debe tomarse la defensa con toda la energía que pide tanto interés. Hemos ido manifestando en la obra, que el P. Eliseo, si sabe las Sagradas Escrituras, los concilios, los padres, la disciplina y la historia, que son las fuentes de la religión, del dogma y de la moral, lo disimula demasiado en sus sermones, así por el poco uso, y ese adulterado, que hace de estas bases y materiales, como porque ni ajusta a ellos sus proposiciones ni saca sus pruebas, sus confirmaciones y sus prevenciones y confutaciones de los argumentos contrarios. Su teología más es gentil que cristiana, por no haberse llenado, como era menester, del precioso licor de aquellas fuentes. Sus principios unos son falsos, otros sospechosos, y no pocas veces algo más; en ellos se contradice a cada paso. En fin, las ideas del mérito, de la gracia y de la virtud son, cuando menos muy oscuras, y fatal su explicación. ¿Cuáles, pues, vuelvo a decir, han de ser los sermones de este hombre?

Aunque esto sobraba no sólo para despreciarlos, sino para suprimirlos y quitarlos de las manos de una multitud de seglares, cuya fe peligra con la lectura de algunos, y cuya piedad apenas atinará con un grano de doctrina cristiana en todo un saco de filosofía y paganismos; con todo como son innumerables (¡qué dolor!) los predicadores, que ignorantes de la verdadera elocuencia, se llevan del follaje de las voces, de la hinchañón de los clausulones que llaman *estilo*, y tanto mayor aprecio hacen de un autor cuanto más se apartan sus frases de nuestro idioma y de la común inteligencia; me ha parecido concluir este *Examen* con un breve y sólido desengaño de esta preocupación. No es mi ánimo entrar, ni en la discusión de las diferencias del estilo, ni en la cuestión de si la retórica que enseñan los antiguos y sus reglas es necesaria al orador cristiano. Sobre lo primero, son innumerables los que han escrito admirablemente, tanto antiguos como modernos, así de nuestra comunión romana, como de los que se han separado de ella. Sobre lo

segundo, no son menos los escritores, y tengo ya explicado mi sentir, a que espero dar más extensión en una disertación que no tardará en salir.

Digo, pues, que el P. Eliseo, además del defecto de la invención y sus fuentes; defecto que vicia esencialmente sus sermones y que deja sin cimientos la retórica, además también de la mala disposición y unión de las partes de sus sermones; segundo vicio esencialísimo de la oratoria, y que hemos manifestado en varios pasajes de este examen, sobre lo cual podemos decir que peca en todos sus sermones; porque en cualquiera de ellos es fácil manifestar que trastorna los argumentos y confunde los materiales de su fábrica contra el precepto:

*Ut jam nunc dicat, jam nunc debentia dici
Pleraque differat, et praesens in tempus omittat.^{4 y 5}*

Además de todo eso, contrayéndonos a las puras reglas del adorno de ese cuerpo (que por aquellos defectos no es cuerpo o cuando más será un monstruo, que por entre las más brillantes galas descubrirá sus horrores), manifestaré que el P. Eliseo es la peor *modista* que ha pasado los Pirineos, y el *peluquero* más zurdo de que pueden servirse nuestros predicadores. Porque la primera dote de su estilo, fuera de la pureza del idioma, es la que los latinos llaman *concinnitas*, y en castellano puede traducirse *justa extensión o dimensión* de cada una de las partes entre sí: no de cada una de las partes principales, sino de cada

4. Hor. supra., v. 43 y 44.

5. Para que cualquiera pueda hacerse cargo de la conformidad de nuestro modo de pensar con el del gran maestro Horacio, me ha parecido insertar la sencilla, y hermosa traducción de nuestro don Tomás de Iriarte.

*Tome el que escribe, asunto que no sea
superior a sus fuerzas: reflexione.
cual es la carga que en sus hombros pone,
y si pueden con ella, o los abruma;
piénselo bien; y en suma,
quién elige argumento
adecuado a su genio, y su talento,
hallará sin violencia
método perceptible, y elocuencia.*

una de aquéllas de que se componen éstas. Por tanto, consiste en los períodos, que son unas locuciones u oraciones ceñidas a ciertos términos, que van pendientes entre sí hasta concluir la sentencia o el pensamiento. Son los períodos al menos *bimembres*, y cuando más *cuadrimembres*: todo lo que de aquí pasa, si no es vicioso, tampoco es laudable. Tienen también los miembros su número de sílabas, de suerte que no se fatigue el aliento de un orador para concluir su período. Un período tras otro, variado por sus innumerables diferencias que traen los retóricos, son otras tantas oraciones pequeñas de que se forma el discurso o la oración grande. No es menester ni conviene que el orador vaya siempre, como nota Mr. Tomas en el ilustrísimo Flechier, con el compás en la mano midiendo sus períodos, antes algunas veces ha de arder, digámoslo así, la paciencia de esta circunspección, pasando del período a lo que se llama *incissum*, como advierten los mismos maestros. Mas esto que se previene en ciertos casos, es como una dispensa de la ley general por la cual debe reinar en la oración el enlace de los períodos, y será tanto más exacta, fluida y sonora, cuanto sea menos floja o desunida, que es el vicio opuesto. La segunda dote o virtud es que estos períodos sobrenumerosos, tengan el correspondiente adorno de tropos y metáforas.

Como el uso de estas dotes o virtudes admite más o menos extensión y una infinita variedad, según el genio, gusto o costumbre del orador, también tiene la oración diferentes caracteres en el estilo, el cual puede ser ático, asiático o rodio. El lacónico es muy impropio para el género oratorio, y sólo cabe como un lunarcillo. La naturaleza de cada uno de estos caracteres explican a la larga los retóricos y nos contentaremos con decir que el primero consiste en la brevedad, agudeza y elegancia, sin afectación ni tumor; el segundo, contrario a éste, en la pompa y copia de palabras para pocas ideas; el tercero es un medio entre los dos. A los caracteres que pertenecen a la cualidad del estilo se siguen las propiedades de la cantidad, de que nace el que uno sea magnífico, otro mediano, otro débil, o por los vicios contrarios, frío o hinchado, inconstante o desigual; y en fin seco. Pero fuera de las dotes o virtudes y de los caracteres de cualidad y cantidad, han de brillar en el estilo las *ideas de decir* que llaman los retóricos, entre las cuales es la principal la claridad.

Después de esta brevíssima noción del estilo, en que cada uno puede imponerse más largamente, si no lo está, concluirá sin duda conmigo que el P. Eliseo no tiene más estilo propio que el no tener alguno. Todos los tiene, esto es, los usa según de quién roba, y todos los desfigura por disfrazar el plagio. Si periodiza con Flechier, le quita el *rodismo* y le hace *asiático*, y sigue después con sus clausulones sin trabazón ni orden alguno de estilo, con una puntuación rarísima de que hemos indicado ya algunos pasajes, como es toda la plana 45, tomo I, y por toda satisfacción al que dudare le remito a la 352 y siguiente del propio tomo, donde para decir que la muerte disipará los desvaríos, y los frívolos pensamientos perecerán con las cosas presentes, gasta 43 líneas con esta puntuación, diez y seis (,,,), sin seis, o siete que le faltan; un (;) al cual siguen otras seis (,,,), y todavía no concluye la sentencia, sino que interpola una exclamación y un interrogante, y sigue nueve líneas con una (,), y cuatro puntos y comas. No es menester decir más para el que tenga narices. De esto hallará una cosecha abundantísima, y nada hallará menos en el P. Eliseo que períodos. Por consiguiente, su carácter o mejor diré, el carácter de sus sermones es la inconstancia y desigualdad, según la diversidad de originales que chupa; estilo como dice Heinecio⁶ el más absurdo de todos *quo vix ullus poterit repertiri absurdior*, y advierte en sus notas que es propio de los plagiarios. *Solet, dice, hoc illis contingere, qui hanc vel illam dictionem elegantiores, aut integras etiam sententias ornatores bonis autoribus sublegunt, atque buic purpurae deinde suas adtexunt lacinias. Sin enim fit, quod ait Horatius.*

*Amphora coepit institui, currente rota cur urceus exit?*⁷

El adorno de tropos y figuras, excediendo demasiado de sus términos, hace que cada uno de sus sermones no sólo deje de ser una matrona honesta decentemente ataviada, que es cuanto permiten los oradores profanos a sus composiciones, sino que pasando de la compostura provocativa de una cortesana, es una botica de todas modas y ungüentos; pero por fortuna todo anda hacinado y revuelto. Conócese que trataba demasiadamente en

6. Hein., fundam. P. I, Cap. 2, 45.

Se refiere al jurista alemán Juan Teófilo Heinecio, 1681-1741, (JLS).

7. Hor. Art. P., 22.

este género y que juntaba cuanto hallaba de él en otros; pero que no era buen sastre para coserlo ni tenía la delicadeza de gusto necesaria en simetría de los colores. Su mayor fuerte es la *prosopopeya*, hablando o haciendo hablar las cosas inanimadas; no hay sermón en que no entre (debiendo ser tan raro su uso), y en algunos juega cinco o seis veces, y no es una u otra pregunta la que hacen o les hace, ni poco lo que dicen o les dice, pues suelen ocupar una plana.⁸ En suma, nada hay más verdadero ni más falso que el juicio de los diaristas de París sobre este particular. Dicen, "que aunque se valía de todos los arbitrios de la oratoria, no lo ostentaba, antes al contrario, extinguía de tal modo la brillantez de sus pensamientos que parecía era a pesar suyo elocuente y ameno." Aquí hay de verdad el que se valía de los arbitrios de la oratoria, aunque sin talento. También es cierto que extinguía la brillantez, no de sus pensamientos, sino de los ajenos, y cualquiera que lo reflexione bien, hallará que siendo los arbitrios de la oratoria para hacer brillar y sobresalir, no digo los pensamientos grandes, sino las menudencias de menos entidad, si el P. Eliseo valiéndose de aquellos arbitrios, apagaba las ideas y pensamientos de Massillon, Flechier y otros maestros, era seguramente porque ignoraba el verdadero modo de servirse de las reglas. Sabrías como un escolar, pero estaba muy lejos del manejo diestro de un orador. De aquí se colige también que es falso lo de "que parecía era a pesar suyo elocuente, y ameno." Lo cierto es que procuraba parecerlo, pues "se valía de todos los arbitrios de la oratoria", y si a algunos pareció elocuente y ameno, tendrían los oídos tan obstruidos como él. Los ratos que brilla el P. Eliseo son de otro, en los que anocrece son los tuyos, cuanto se eleva es en hombros ajenos, cuanto anda por el suelo muestra la flaqueza de sus bases. Lo más lastimoso es que no pudiendo ignorar la virtud de los apóstoles para solidar las de un tullido, levantarle y hacerle correr y saltar,⁹ no se acoge a ellos, buscando en sus escritos la verdadera luz que ha de brillar en un sermón, y la divina elevación con que ha de sobresalir, dejando muy debajo de sí todo lo que con sus observaciones y preceptos nos ha quedado de la antigüedad profana. Por tanto, ningún modelo

8. Tom. I, Pág. 357, lín. 14. 284, lín. 19.

9. Act. 3, 7-8; 14, 9.

peor puede escoger un predicador para su imitación que estos sermones, si pueden llamarse así, vacíos de la palabra de Dios, de la verdadera moral, de los medios para conseguir la gracia, y desnudos no sólo del adorno cristiano, sino aun del miserable aparato de la oratoria del siglo. Huyamos, pues, del P. Eliseo y sus semejantes, si queremos cumplir con las obligaciones que tomamos en el ministerio de la palabra de Dios, predicándola sin buscar nuestro aplauso, puramente para la exaltación de nuestra Santa Fe, gloria de nuestro Soberano Redentor J. C. y salud eterna de nuestras almas y las de nuestros prójimos.

Amén.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Protesta	9
I.-Examen del primer punto del Sermón sobre la incredulidad.	17
II.-Medio que debió seguir el Padre Eliseo para su intento.	31
III.-Malos principios y subdivisión de la segunda parte.	45
IV.-Perniciosos efectos que puede causar a nuestra fe la traducción de este sermón, el siguiente, y los dos sobre la honradez sin la religión.	57
V.-Examen de los otros sermones indicados en el antecedente.	63
VI.-Examen del Sermón sobre la excelencia de la moral cristiana.	85
VII.-Examen del Sermón sobre el amor de Dios.	107
VIII.-Examen del Sermón sobre la ambición.	125
IX.-Examen del Sermón sobre la felicidad de los justos.	139

SEGUNDA PARTE

DEFECTOS COMUNES A TODOS LOS SERMONES DEL P. ELISEO

I.-Defecto de doctrina sagrada	157
II.-Defecto de tradición apostólica.....	167
III.-Defecto de antigüedades eclesiásticas.....	173
IV.-Defecto de explicación de la religión y sus misterios	179
V.-Defecto en proponer los medios para cumplir con la perfección evangélica.	187
VI.-Defecto de oratoria.	199

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS.

- Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:
Diario (enero-agosto de 1921).

- Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.-Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
1.- Cuentos.
- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
2.- Ensayos históricos.
- Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
3.- Ensayos literarios.
- Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde
Tratado del predicador.
- Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde
Sermones panegíricos, y de misterios.
- Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde
Examen de los Sermones del Padre Eliseo.

Este libro se terminó de imprimir
el día 15 de septiembre de 1995
en los Talleres Gráficos de
EDITORIA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana